

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

SECCIONES:

I. HISTORIA
—

II. BIOGRAFIAS
—

III. CLASICOS DEL SOCIALISMO
—

IV. UTOPIA Y REALIDAD
—

V. ECONOMIA · POLITICA
—

VI. SOCIOLOGIA · DERECHO · EDUCACION
—

VII. FILOSOFIA · RELIGION
—

VIII. ENSAYOS E INTERPRETACIONES
—

IX. LITERATURA · ARTE
—

X. CIENCIA · TECNICA
—

BIBLIOTECA
DE CULTURA SOCIAL

EMILIO FRUGONI

GENESIS, ESENCIA Y FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO

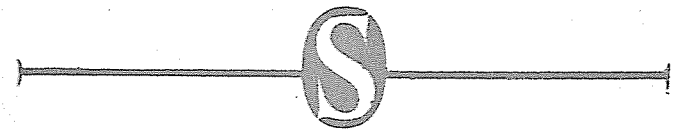
Sección VIII

ENSAYOS E INTERPRETACIONES

EMILIO FRUGONI

GENESIS, ESENCIA
Y FUNDAMENTOS
DEL SOCIALISMO

TOMO II



EDITORIAL AMERICALEE
BUENOS AIRES

OCTAVA PARTE

LA EXPANSIÓN DEL SOCIALISMO

EL PROGRAMA DE PARÍS

Los partidos socialistas van formando su doctrina con las ideas de Marx y Engels. El marxismo se identifica así cada vez más con el movimiento socialista continental.

En Francia había hasta entonces escritores que aportaban concepciones de transformación social a los espíritus, y a veces con esas concepciones se constituían escuelas, pero no existía realmente un partido orgánico en tren de darse a sí mismo una doctrina para la acción que necesitaba desarrollar en pro de los intereses obreros y de unos cuantos principios cardinales de orientación ideológica. Un partido en el que, como dice Paul Louis, los programas de los congresos se sustituyen a las obras que llevan el nombre de un autor. Los escritores son los miembros de los consejos directivos, que asocian a su tarea literaria una necesidad de organización práctica.

En 1876 aparecen los síntomas del despertar del movimiento obrero francés —brutal y trágicamente aplastado en la derrota de la Comuna— con el Congreso de Unidad, celebrado en París. Fué éste el primero que pudo realizarse desde el estallido de la guerra del 70.

Se caracterizó por la vaguedad de sus ideas y la timidez de sus resoluciones. Los organizadores habían cuidado con singular empeño que fuese exclusivamente obrero, sin participación de políticos.

“Se debía a toda costa —decían los organizadores— evitar que políticos, hombres teóricos, viniesen a servirse del Congreso como de un trampolín para las operaciones electorales y políticas”.

Comentando esa declaración escribe León Blum:

“Era el antiguo espíritu sindicalista, y su desconfianza de la acción política” (*Les Congrès Ouvriers et Socialistes français*, pág. 7).

El matiz prudhoniano de la mentalidad de la mayoría

se reveló en que el Congreso sólo esperaba de la asociación obrera la emancipación del trabajo. Condenó las huelgas; no tocó la cuestión de la propiedad. Pero pese a los términos en que había querido mantenerse por razones no ajenas a la situación política del momento, algunas resoluciones revelan una tendencia de reforma social y de espíritu de clase. Se condenó el interés del capital, "que permite a una parte de la sociedad gozar del esfuerzo de la otra"; se proclamó que "el trabajador debe poseer su útil si quiere recoger integralmente el producto de su trabajo". Y en los debates se admitió que "la clase obrera, que hasta ahí había marchado junto con la burguesía republicana, debía afirmarse en sus intereses propios".

Surgió así un movimiento obrero en el que hallaron ambiente agitaciones ideológicas.

Los prudhonianos intentaron, a través de ese movimiento, reconquistar al pueblo obrero y predominar en sus filas. Lo consiguieron hasta el Congreso de Marsella de 1879, que se pronunció por el colectivismo, proclamando la constitución de un partido de clase y la socialización de los medios de trabajo y las fuerzas de producción. Ahí nació la Federación del Partido de los Trabajadores Socialistas de Francia.

Daba así sus frutos la propaganda de Guesde, que arrojó desde el año 1876 las simientes del socialismo científico, y luego, con la colaboración de Pablo Lafargue y Gabriel Deville fundó el periódico "La Igualdad".

Había de llegarse, al cabo de varios lustros, a la reconstrucción de la unidad bajo la denominación de Partido Socialista Unificado.

El año siguiente del Congreso de Marsella, es decir el año 1880, un Congreso Regional de la Federación del Centro, celebrado en París, aceptaba un programa cuyas consideraciones generales resumían la doctrina colectivista como prefacio del conjunto de reformas que constituían el programa mínimo.

Ese documento fué redactado por Marx en colaboración con Guesde, Lafargue, etc., y tiene por eso la importancia histórica e ideológica de una expresión doctrinaria del

más puro marxismo. Es un "programa mínimo" que contiene los siguientes conceptos:

"La libertad política es indispensable para la emancipación económica del proletariado. Éste está resuelto a servirse de todos los medios para alcanzar su liberación y debe aprovechar las tres últimas revoluciones. La acción política, además, es útil como medio de agitación y la arena electoral es un terreno de lucha cuya importancia no puede discutirse. La abstención política sería funesta por sus consecuencias. La intervención política deberá manifestarse por candidaturas de clase sin alianza alguna con las fracciones de los viejos partidos existentes. Pero el proletariado, aún utilizando todos los medios legales, no podrá llegar a su emancipación por la vía pacífica, y la revolución social por la fuerza permanece como la única solución definitiva posible.

"La intervención política estará subordinada al movimiento socialista y no le servirá sino de medio. Mezclándose a las luchas de las diferentes fracciones de la burguesía para combatir las indistintamente, el proletariado perseguirá su organización distinta, que no es más que la forma preparatoria de la sociedad del porvenir.

"El primer acto de esa organización es, necesariamente, la separación de la clase obrera de los partidos políticos burgueses y esta separación debe realizarse sobre el terreno electoral, con la ayuda de la misma boleta del voto, que ha creado políticamente la confusión de las clases.

"Acepta el programa electoral publicado por los diarios "El Ciudadano", "La Alerta Socialista", "El Boletín", "La Igualdad", "La Federación" (órganos de las diversas fracciones socialistas), con algunas modificaciones. Considera que la emancipación de la clase obrera es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo ni de raza. Que los productores no serán libres mientras no sean dueños de los medios de producción. Que no hay sino dos formas bajo las cuales estos medios pueden pertenecerles: 1) la forma individual, que jamás ha existido en el estado de hecho general; 2) la forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales son creados por el desarrollo mismo de la sociedad capitalista.

"Esta apropiación colectiva no puede surgir sino de la acción revolucionaria de la clase productora o proletariado, organizado en partido político directo. Semejante organización debe ser perseguida por todos los medios de que dispone el proletariado, comprendido el sufragio universal, transformado así, de instrumento de engaño que ha sido hasta aquí, en instrumento de emancipación".

Los trabajadores socialistas, dando como fin a sus esfuerzos en el orden económico el retorno a la colectividad

de todos los medios de producción, decidieron participar en las elecciones con un programa mínimo en el cual figuran medidas legales que se han incorporado, desde entonces acá, al programa de casi todos los partidos del mundo, aun de los conservadores algunas de ellas. De esas medidas destacamos tres: revisión de todos los contratos de enajenación de la propiedad pública, bancos, ferrocarriles, minas, etc., y explotación de todos los talleres clausurados confiada a los obreros que trabajaban en ellos. Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de todos los impuestos directos en un impuesto progresivo sobre las rentas que pasen de tres mil francos; supresión de la herencia en línea colateral que pase de 20 mil francos. Cesación absoluta de la enajenación de las propiedades fundiarias por el Estado.

Hay, sin duda, en ese documento cierta influencia del blanquismo, del cual sin embargo separaban a Marx muchas cosas; pero hasta por eso puede tenerse como una expresión auténtica del socialismo marxista en ese momento.

Para que se cumpliera aquella observación de Engels según la cual parecería que cada partido obrero de un gran país no puede desarrollarse sino por una lucha interna, surgieron divergencias en el seno de la Federación que condujeron a separaciones sucesivas. Ya en el Congreso de El Havre, de 1880, los sindicalistas moderados quedaron aparte de los colectivistas y anarquistas (éstos venían integrando el Partido Socialista desde el Congreso Regional de París del mismo año, donde estuvieron representados por Juan Grave) para disolver poco después su grupo. No tardó en producirse la separación de los anarquistas por ser contrarios a la acción electoral. El Congreso de Londres de 1816 prohibió la entrada en futuros Congresos socialistas de los grupos que no aceptasen la acción parlamentaria. Pero la escisión más trascendente fué la que se produjo entre el centralismo de Guesde y el federalismo de Benoit Malón, en materia de organización del partido, ligado el primero a un concepto ortodoxo de la lucha de clases, y el segundo a una táctica menos

rígida y menos definida, que Guesde calificó de *posibilista* porque Malón había escrito: "Es necesario fraccionar nuestro objetivo hasta volverlo posible".

Esa divergencia dió origen a la separación que se produjo en la formación de dos partidos rivales: el Partido Obrero Socialista Revolucionario, denominación poco después cambiada por la de Federación de Trabajadores Socialistas, y que respondía a la tendencia de Malón y Brousse; y el Partido Obrero, que fué el de la tendencia de Guesde.

Este último en su Congreso de Rubais, 1884, sobre el punto "El Partido Obrero antes, durante y después de la Revolución" votó una resolución cuyo texto se ha juzgado uno de los más notables que se pueda encontrar en la historia de los Congresos Socialistas (LEÓN BLUM, obra cit., pág. 94). Allí se lee:

"La revolución social, librando el poder al proletariado, le permitirá operar la expropiación económica. Esta revolución no puede ser decretada; ella no será tampoco un fenómeno espontáneo; ella no depende de la más o menos viva impaciencia de los interesados; ella será la consecuencia fatal de los movimientos generales que elabora la sociedad moderna".

Y tras un pasaje en que describe cómo debe prepararse el proletariado antes de la revolución y cómo actuará durante ésta (revelando en este último punto grandes coincidencias con la teoría blanquista) agrega:

"Los poderes revolucionarios evitarán las violencias inútiles; no descenderán a rencores personales; el capitalista desaparecido como capitalista, debe ser, como hombre, tratado igual que los otros. Dejarán su instrumento de trabajo al pequeño productor, a condición de adaptarse escrupulosamente, para realizar la socialización de las fuerzas productivas, a los diversos grados de desarrollo de esa fuerza... Después de la revolución no habrá sitio para el partido obrero. Partido de clase, desaparecerá con las clases. Y ocurrirá lo mismo con el Estado. Su primer acto, es decir, la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad será (como dice Engels) al mismo tiempo su último acto como Estado; pues el gobierno de las personas será sustituido por la administración de las cosas".

El partido "Posibilista" fué decreciendo en importancia mientras el partido marxista se desarrolló con firme

crecimiento. Pero otras fracciones socialistas surgieron más adelante, como por ejemplo, la Federación Socialista Revolucionaria sobre la base de un grupo encabezado por Allemane. El año 1904 había en Francia tres fracciones socialistas, las tres integrantes de la Internacional Socialista y sólo unidas en cierto modo a los efectos electorales: el Partido Socialista Francés, el Partido Socialista de Francia y el Partido Obrero Revolucionario: Jaurés era el más alto representante del primero, Guesde del segundo, Vaillant del tercero.

El Congreso I. de Amsterdam de ese año debió pronunciarse ante esa situación y adoptar una resolución que declaraba indispensable la existencia de un sólo partido socialista en cada país. Ella dió origen a una Comisión de unificación constituida por militantes de las tres fracciones de socialistas francesas, que logró finalmente re-fundirlas en un gran Partido Unificado Socialista¹.

¹ El socialismo francés, que se había unificado sobre todo mediante los esfuerzos de Jaurés, salvando las discrepancias que lo separaban de Guesde y Vaillant, al estallar la guerra de 1914 se dividió nuevamente. Jaurés caía muerto el primer día por la bala de un fanático. Guesde, el líder ortodoxo, entró a formar parte del gobierno de l'Union Sacrée como ministro sin cartera, y otros dirigentes pasaron igualmente a ocupar puestos de responsabilidad en el gobierno, como Albert Thomas, quien tuvo a su cargo, como subsecretario de un ministerio, una tarea importantísima para los menesteres bélicos. Una fracción, encabezada por Longuet, era opuesta a la participación del partido en esa "guerra imperialista", rechazando la tesis de que la defensa nacional contra la agresión del militarismo prusiano era un deber del proletariado si no se quería ver a la nación avasallada por la prepotencia agresiva y a la clase trabajadora de Francia retroceder en sus conquistas de libertades democráticas. Al fundarse la Tercera Internacional la mayoría del partido se pronunció por la adhesión a Moscú, y de acuerdo con las 21 condiciones pasó a denominarse Partido Comunista, mientras la minoría continuaba con el nombre de Partido Socialista, que al sobrevenir la nueva contienda del año 1939 contaba con uno de los más grandes sectores parlamentarios. "L'Humanité", el diario fundado por Jaurés, pasó a ser el órgano comunista por efecto de la decisión de la mayoría del Congreso de ruptura; y el Partido Socialista fundó el cotidiano "Le Populaire" bajo la dirección de León Blum. El comienzo de la guerra actual encontró

a esos partidos en posición diametralmente opuesta, debido a la existencia del pacto nazi-soviético, que retuvo a los comunistas en la neutralidad, mientras los socialistas proclamaban la lucha para aplastar al nazismo y al fascismo. Hoy el Partido Socialista y el Partido Comunista colaboran en el Gobierno de Francia.

El Socialismo renace en Francia con una riqueza magnífica de ideas, una verdadera opulencia intelectual. Porque en él se juntaban la nueva corriente del Socialismo contemporáneo con aquella tradición del Socialismo humanitario, romántico e idealista, en que la veta del Comunismo revolucionario y jacobino de Babeuf, que llegaba hasta el insurreccionalismo de Blanqui, corría al lado de las numerosas concepciones, escuelas y tendencias, que se disputaban el campo de la adhesión comprensiva de los hombres bien intencionados o de las masas populares que era necesario redimir. La nueva corriente caía allí en un terreno espiritual que habían venido removiendo, a través de muchas generaciones, esas ardientes contiendas ideológicas, esas agitaciones del intelecto y del corazón en busca del camino para suprimir las injusticias sociales y los dolores colectivos creados por una mala disposición de las cosas.

En los partidos Socialistas de Francia, en los últimos lustros del siglo XIX y los primeros del siglo XX hasta el estallido de la guerra mundial de 1914-1918, brillan personalidades de excepción, pero ninguna pudo merecer del historiador imparcial del movimiento socialista y obrero francés de esa época, y acaso de ninguna otra, tanta atención, interés y simpatía como Jean Jaurès, juzgándosele en su triple aspecto de intelectual vigoroso, de tribuno genial y de apóstol del Socialismo, entregado con abnegación que le valió el martirio, a la más trascendental acción política y a la más empeñosa tarea de propagandista y dirigente de la opinión socialista y obrera de Francia y del mundo. Por su pensamiento y por su acción, por su obra de escritor, de periodista, de historiador de la Revolución Francesa y de parlamentario; por sus magistrales discursos en la más portentosa actividad tribunicia a que asistiera Francia desde los

tiempos de Mirabeau, con quien puede medirse; por su incansable vigor y su insuperable coraje civil para la lucha; por la elevación y grandeza de su espíritu; por la amplitud de su visión profética, por el profundo sentido de honradez que guiaba sus pasos y decidía sus actitudes; por el desinterés, la rectitud y la pureza de su vida en todos los terrenos, ¿quién podría ser erigido, con más derecho que él, en la encarnación misma, en el símbolo viviente del Socialismo contemporáneo como fuerza y como ideal?

Dibujar su retrato moral, trazar su biografía, reflejar en la memoria de los hombres los rasgos de su espíritu, de su talento y de su vida múltiple, es sencillamente tallar para la historia la estatua representativa del genio del Socialismo francés, que pudo darse bases científicas sin dejar de ser una expresión idealista y alada del racionalismo humanitario y del humanitarismo militante. Su vida y su muerte completan la cifra de un destino que no lo puede haber más adecuado para una personificación de la epopeya civil del Socialismo de su tiempo.

EL AFFAIRE DREYFUS

Tres grandes momentos, entre muchos otros, grabaron su figura moral en la mente de las generaciones como pensador socialista en acción. El primero de ellos fué su actitud ante el asunto Dreyfus. El sentimiento de justicia, el humanitarismo y el alto sentido político lo elevaron muy por encima de las preocupaciones "clasistas" de aquellos correligionarios que, por tratarse de una injusticia contra un militar, perteneciente por añadidura a una familia de ricos burgueses judíos, entendían que el proletariado no tenía por qué mezclarse en el ardoroso debate. Sintió y comprendió que los socialistas debían ser los primeros en hacer suya la causa de aquel mártir víctima de una canallesca y despiadada conjura que se cebaba en él por ser judío, condenándolo bárbaramente por una culpa ajena mientras el verdadero culpable y sus amigos

maniobraban en la sombra para evitar se reabriese el infame proceso.

De un lado estaban en el dramático asunto el espíritu de casta militar, "la razón de Estado" interpretada con la intención más aviesa, el odio al judío, la superstición del prestigio del ejército, que se lesionaría si quedaba en evidencia la complicidad de los jueces militares y los consejos de guerra en una condena injusta e inexorable dictada con desprecio de las más elementales exigencias procesales. Del otro lado estaban el derecho de todo hombre a no ser escarnecido, muerto civilmente, enterrado de por vida en la ergástula de una isla inhospitalaria, sin motivo ni culpa; el espíritu de justicia y de respeto a la personalidad humana; la necesaria y salvadora reacción contra el prejuicio de religión y de raza; la protesta contra el abuso de la razón de Estado; la defensa del hombre contra la conspiración de las preocupaciones de casta de un ejército que procuraba la cimentación de su prestigio en la impostura criminal y la ocultación deliberada de la verdad.

Había, sin ningún género de dudas, razones de sobra para que los socialistas viesan como propia la causa de esa víctima expiatoria de la ferocidad militarista, Jaurès vinculó su nombre al de los que libraron batallas, en primera línea, por la revisión del proceso Dreyfus, y no cejaron en sus empeños aclaratorios hasta que el suicidio de los dos culpables de falsedad y traición recorrió en sus últimos pliegues el velo que había venido cubriendo los hechos originarios del asunto famoso. Salvó el honor del Partido Socialista y del Socialismo francés, sobreponiéndose a la miopía y estrechez de espíritu de quienes querían mantenerlo al margen de la gran contienda que apasionó a todo Francia, sacudida por la pluma de Zola y la palabra de Jaurès, y volcaba en los boulevares de París multitudes patriotas, nacionalistas y antisemitas pidiendo frenéticas la cabeza del insigne escritor y del formidable tribuno, mientras multitudes no menos numerosas reclamaban con fervor generoso en todos los países de la tierra el triunfo de la verdad.

Una minoría, felizmente ínfima, concebía el principio de la lucha de clases en forma de impedir al proletariado tomar parte en cuestiones donde su interés no estuviese en juego. Ante esa posición de algunos socialistas franceses "La Petite République", el diario en que entonces escribía Jaurès (aún no había fundado "L'Humanité") abrió una encuesta entre las personalidades más destacadas del Socialismo Internacional, preguntándoles: "¿El Partido Socialista puede, sin faltar al principio de la lucha de clases, intervenir en los conflictos de diversas fracciones burguesas, sea para salvar la libertad política, sea como en l'affaire Dreyfus, para defender la humanidad?"

Las respuestas fueron casi unánimes, sin más excepción que la de Guillermo Liebnecht. Por eso en un discurso pronunciado en el Congreso de Amsterdam de 1900, decía Jaurès:

"Casi todo el Socialismo Internacional ha proclamado que en la cuestión Dreyfus, el proletariado habría seguido consejos funestos, si, bajo pretexto de no confundir su acción con la de la burguesía, hubiese dejado precisamente a una fracción burguesa el monopolio y el honor exclusivo de la batalla contra la mentira".

El Socialismo francés estuvo presente en esa batalla por la justicia, y su voz resonó en las cámaras y en las asambleas populares, propiciando y promoviendo la revisión del proceso, gracias a Jaurès, cuya palabra prolongaba y ampliaba en el Parlamento, con toda la magia portentosa de su elocuencia, el tremendo "J'Acusse" de Zola.

EL BLOQUE PARLAMENTARIO

El otro momento fué cuando se comprometió, con todo coraje cívico y absoluto desinterés en favor de una política de intervención socialista en gobiernos republicanos de izquierda, "la toma de una parte del poder" —decía—, inclinando finalmente a las dos fracciones del Socialismo francés a adoptar una política parlamentaria de

coalición, la llamada de "delegación de las izquierdas", y del famoso bloque para sostener el Gobierno del radical Combés.

Aunque en estas alianzas parlamentarias participaban las dos fracciones del Socialismo francés, se dirigían particularmente contra él todos los golpes cuando se ponía en el tapete de la discusión esa política, contra la cual se desataron campañas en las mismos congresos internacionales socialistas, azuzadas por los guesdistas, quienes hablaban del "ministerialismo" de Jaurès como de una enfermedad de desviaciones doctrinarias y un grave peligro de claudicación. Hasta se le llegó a presentar como un "pescador de Ministerios". En todo caso, nunca los quiso para él.

Pero era él quien hablaba más claro y sensatamente en esos Congresos, como lo reconoció un delegado austríaco, el diputado Pernestofer en el "Socialistische Monats-Hefte" a propósito del Congreso de Amsterdam de 1904.

"Sólo Jaurès, escribía, penetró en lo vivo de la cuestión, y ello en su discurso de la sesión plenaria. Lo hizo cuando preguntó a los camaradas alemanes cómo se comportarían si dependiese de los votos de que ellos disponen en el Parlamento el mantener o derribar el Ministerio radical burgués cuya política sirviese los intereses del proletariado. El único punto litigioso es el de saber si Jaurès no fué demasiado lejos en ese sentido. Los adversarios socialistas le reprochan únicamente su participación en el bloque republicano. Ellos deberían haber presentado en consecuencia todos los casos en los cuales, según ellos, él ha dañado los intereses proletarios sosteniendo el Ministerio Combés. Pero eso no se hizo sino de una manera muy defectuosa".

Jaurès había demostrado que en los países donde existen en la burguesía elementos radicales el deber de los partidos socialistas es apoyarse en ellos para defender los intereses del proletariado e impulsar el progreso de las instituciones. Es el propio Marx quien ha aconsejado esa táctica en el Manifiesto Comunista.

Por eso el diputado austríaco afirmaba en su artículo:

"Por otra parte toda esta discusión no tiene para los alemanes y los austríacos —para no decir nada de los países del este y sudeste— absolutamente ningún interés. Nosotros no arries-

gamos ser tentados a trabajar en común con elementos burgueses radicales, pues no poseemos semejantes elementos. Desearíamos mucho tener en Austria una burguesía mejor. El carácter atraído de nuestra burguesía no nos facilita el trabajo y nosotros no nos quejaríamos verdaderamente si entre nosotros una burguesía radical y un Ministerio radical quisiesen realizar reivindicaciones políticas radicales. Nosotros los ayudaríamos aún si supusiésemos que ellos tienen la intención diabólica de debilitar con concesiones al partido obrero. Anseelé, ese valiente representante del Socialismo que abraza todos los dominios ha dicho con una magnífica franqueza que los trabajadores belgas se valen de todos los medios de realizar progresos, que ellos hasta ni temen tomar parte en el poder gubernamental".

La decisión del Congreso de Amsterdam fué un tanto ambigua y refiriéndose a ella expresaba con acierto la "Correspondenzblatt", órgano central de los sindicatos socialistas de Alemania:

"El Congreso Internacional había sido instado por la organización guesdista a tomar una decisión contra la táctica gubernamental de la organización jauresista. Ya el Congreso precedente (el de Dresde de 1903) se vió enredado en el mismo difícil problema, el de ventilar la querrela doméstica de los camaradas franceses, pero la moción Kautsky no había alcanzado el fin perseguido. El Congreso de Amsterdam hubiera él también hecho mejor en dejar la táctica a la libre decisión de cada país, pues las condiciones de que depende la táctica son muy diferentes para permitir una reglamentación internacional uniforme".

Pese a que la moción votada, según lo demuestra E. Milhaud ("La tactique Socialiste") no condenaba la política del Partido Social Francés, pues sólo se declaraba contra un "revisiónismo" definido por la tendencia a acercarse a partidos burgueses y al orden social establecido para el renunciamiento a la lucha de clases, a la conquista del poder, al Socialismo (lo que no iba implícito en aquella política) toda la prensa reaccionaria comentó esa resolución como una derrota de Jaurès, cuyo socialismo había sido descalificado por ella. El "Figaro" fué el que más recalcó ese sentido de la desautorización socialista de que habría sido objeto Jaurès. Pero el alborozo de la prensa reaccionaria contribuyó a probar, precisamente, que nada interesaba tanto por el momento a los clericales y conser-

vadores de Francia como desprestigiar una táctica de resultados concretos y palpables en favor de las corrientes renovadoras. Las polémicas periodísticas mantenidas por Jaurés en esa y otras ocasiones emparejan casi el volumen de su personalidad de escritor político con el de su ciclópica figura de orador.

PREDICANDO LA PAZ

El otro "momento" de su vida fué su campaña por la paz, su afanarse dramático y esperanzado en el empeño febril de contener y conjurar las potencias oscuras de la guerra que veía, con inquietud pero sin desesperación, acumularse sobre los caminos de la historia como las nubes de una tormenta día a día más amenazadora y más cercana. Pero fué optimista hasta el fin. No era el suyo, por cierto, un optimismo inconsciente que cierra los ojos a la gravedad de los hechos y sólo se atiende a la consoladora sugestión de sus ilusiones. Él conocía y evaluaba bien el peligro. Ponderaba exactamente la importancia de los síntomas que se volvían sin cesar más delatores. Sabía cuál era el alcance de los razonamientos, de los conflictos que cada vez con mayor frecuencia surgían entre las naciones. Pero tenía fe, ardiente fe en el porvenir de la humanidad y creía posible oponer a los factores de discordia otros factores de paz capaces de librar al mundo de la espantosa contingencia de una guerra que infatigablemente denunciaba como un horrendo mal en sí y como una fuente de muchos otros males. No ignoraba que para movilizar con eficacia las fuerzas que hubieran podido paralizar en el brazo de los forjadores de la tremenda desgracia la intención criminal, era necesario que su fe en el esfuerzo pacificador se contagiase a muchos espíritus y a muchas voluntades. Y se dió a su esperanza no para quedar mecido en sus brazos como un amante iluso que entrega sumiso su voluntad a la amada, sino para fecundarla con su acción tesonera de hombre que ve, con los ojos bien abiertos, la realidad de su tiempo y busca incansable to-

dos los medios para acrecentar y poner en juego las potencias de la paz y se afana por descubrir todos los caminos, todos los senderos, todos los requisitos por donde puedan hacerse llegar impulsos de pacificación a los resortes decisivos de la historia política.

En ese momento o capítulo de su existencia podemos incluir su viaje a América. Lo efectuó tres años antes de que estallase la conflagración de 1914. Dió conferencias en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. En estas dos últimas ciudades visitó los centros socialistas y en ellos pronunció memorables discursos de confraternidad partidaria en improvisaciones realmente portentosas. Sus conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires fueron taquigrafiadas y traducidas al español por Antonio De Tomaso, entonces joven y ya destacado militante del Partido Socialista de la Argentina, y reunidas en folleto. En una de ellas sobre las consecuencias de una guerra europea y los medios de asegurar la paz decía:

"Desde hace dos meses la Europa viene estando singularmente agitada, agitando por contragolpe al mundo entero..."

.....
"Lo característico del período que hemos atravesado y que aún se prolonga, es una especie de contradicción, de incoherencia fundamental. De una parte, las potencias no están contenidas o dirigidas en su acción nacional por ninguna regla de derecho, por ningún principio cierto y definido en que pueda apoyarse la conciencia universal. El mundo está entregado a las inspiraciones y a las sorpresas de los grandes egoísmos colectivos y, sin embargo, se hace todos los días más neta y más fuerte en los pueblos, la impresión de que los gobiernos no pueden abstraerse plenamente del sentimiento y voluntad populares, que no quieren que esas temeridades y egoísmos hagan peligrar la paz de Europa y del mundo. Vivimos así en un período incierto, de pánico y de reflexión, de locura y de sabiduría, en que la humanidad no tiene bastante fuerza para ser plenamente sabia ni bastante audacia para ser enteramente loca. Es un invierno que se prolonga. Puntos de azul aparecen, que hacen entrever la luz y la esperanza de un porvenir de justicia y de paz, pero las crueles ráfagas invernales no dejan de pasar.

"Y bien; se trata de saber si la humanidad seguirá en ese período incierto y semibárbaro, en que las fuerzas de violencia y las fuerzas de derecho y de sabiduría chocan y se mezclan, o, si al contrario, podrá y sabrá hacer surgir un orden estable de paz definitiva y de sabiduría organizada, de esas incertidum-

bres y de ese caos. Para todos los pueblos, para todos los partidos y ciudadanos de todos los países ha llegado la hora de trabajar, no con fórmulas, sino con hechos reales en la vida cotidiana, en la institución de un orden de justicia internacional y de paz garantizada. En cuanto a mí, tengo la convicción profunda de que en el estado actual del mundo no hay una sola cuestión que no pueda arreglarse sin la guerra. Yo sé que sobreviven en la realidad contemporánea los efectos de muchas violencias y muchas injusticias del pasado. Durante siglos y siglos la fuerza ha construido y moldeado las cosas humanas. Y aún no hemos entrado sino en parte en el período de la historia humana, es decir, en el período en que el pensamiento reflexivo y la conciencia clara del hombre dirigirán los acontecimientos. La humanidad todavía está hundida a medio cuerpo en la brutalidad de la naturaleza. La fuerza ha dejado su huella sobre el mapa del mundo, y lo mismo que el asesino deja sobre el muro la impresión sangrienta de sus dedos, que es la prueba de su crimen, el pasado ha dejado en la realidad y continuidad de la historia la huella de sus violencias salvajes. Pero no contaremos nunca con esas barbaries de otros tiempos si seguimos contando con la fuerza para reparar las iniquidades de la fuerza". (*Las consecuencias de una guerra europea y los medios de asegurar la paz.*)

En ese pasaje está todo entero Jaurés con su elocuencia inflamada en la llama eterna de los más elevados ideales humanos y su confianza irreductible en la victoria final de las potencias morales.

En esa misma conferencia exclamaba: "Si la humanidad no tiene hoy la fuerza, la sabiduría, la potencia de razón para poner un término a los furores y brutalidades de la guerra, la tendrá menos después de una conflagración nueva que exasperará en unos el orgullo de la victoria y en otros el resentimiento de la derrota. No; no es una nueva guerra, un nuevo desencadenamiento de locura lo que podría enseñar a los hombres y a los pueblos la moderación y la razón". Y en otra conferencia sobre la organización militar de Francia le oíamos decir:

"Yo sé bien que desde hace siglos y siglos la esperanza de paz que formulo ha sido destruida y desgarrada por la brutalidad de los acontecimientos, por la violencia salvaje de los hombres y de las cosas.

.....
 "La revolución creyó también al surgir que traía la paz al mundo, pero la reacción que se desencadenó después destruyó

esa esperanza pacífica y en la hora misma en que hablo, en la hora en que formulo nuestro ensueño, percibimos de lejos los rumores siniestros de una conflagración. Y bien; no nos descorazonemos y continuemos teniendo fe en la obra de la paz..."

Estalló la conflagración "cuyos rumores siniestros" llegaban a sus oídos. Y se renovó más destructora y terrible veinte años después. Y una y otra vez los "ejércitos defensivos" como lo había previsto Jaurés hicieron fracasar entre olas de sangre y huracanes de exterminio las "empresas de aventura y conquista".

¿Pero se ha encontrado al fin el medio de garantizarle al mundo una paz imperecedera? No faltan, desgraciadamente, motivos para temer que el sistema de paz armada, por ser armada, conspire a la larga contra la estabilidad de la concordia universal. El no creía que de una guerra pudiese esperarse la solución del desarme unánime, que es el remedio específico, o por lo menos, el síntoma cierto de que las naciones han renunciado a echar efectivamente mano de las armas para dirimir sus diferencias.

La guerra de entonces trajo como efecto casi inmediato, después de un corto período de revueltas populares y de revoluciones en los países derrotados, con el consiguiente derrumbe de varias orgullosas monarquías, una era de reacciones fascistas y nazis, que a su vez produjo una nueva y más espantosa conflagración. De ésta, que termina ya con el aplastamiento de los sistemas políticos agresores que desataron la tempestad, pudo esperarse el desarme. Lo que se concertó, en cambio, fué la universal preparación militar.

Al final de la guerra anterior, la aspiración de alejarse para siempre de la aplastante preocupación armamentista y del método contraproducente de la paz armada, gozaba de sonoros prestigios y se cotizaba con puntos muy altos entre las ideas formuladas como promesa de una efectiva regeneración y pacificación del mundo.

Pudo entonces organizarse una asociación de naciones, que adoleció de ciertos defectos de estructura y fué víctima, desde el comienzo, de fuerzas muy poderosas empuñadas en su fracaso más que en su saludable eficien-

cia. Pero en su seno podían alzarse voces enérgicas reclamando, para evitar las maniobras sombrías de los cultores y forjadores de la guerra, el desarme para todos.

Los delegados de la U.R.S.S. hicieron bandera de esa reclamación popular en algún instante de las dramáticas vicisitudes del siglo, en plena víspera sangrienta de la conflagración.

Ahora no se habla del desarme. No puede ni siquiera insinuarse. —Desarme es una palabra desacreditada, desaterrada del lenguaje de la política realista. Ese descrédito es una venganza del militarismo derrotado, que triunfa en la mentalidad de los vencedores. La historia suele reservarnos esas paradojas. La misma U.R.S.S., que antes había agitado esa bandera en algún fugaz pasaje retórico de sus debates en la difunta liga, ufana de poner en evidencia la negativa de los otros, vuelve a su verdadero criterio armamentista en materia de pacificación. El discípulo de Lenin y de sus discípulos por el pacifismo romántico de que acusaban a los pacifistas como Jaurès, pese a que éste no pedía el desarme de la nación democrática sino su propia defensa sobre la base de la nación armada, se halla naturalmente consustanciado con la política de la intensa preparación militar de la Unión Soviética, que se justificó, claro está, por los ataques de que se le hizo víctima y los peligros de que se vio rodeada pero que puede volverse factor de inquietudes internacionales en su competencia con los armamentos capitalistas cuando la humanidad nada necesita tanto como internarse en un camino de desarme de las manos si se quiere llegar algún día al desarme de los espíritus.

Las potencias imperialistas, es decir las que mantienen un imperio colonial y extienden por consiguiente su poder hacia territorios cuyos nativos reclaman derechos que van hasta la completa soberanía con la inherente independencia, no pueden mostrarse gustosas de la solución del desarme, toda vez que ellas necesitan de las armas para someter a los pueblos colonizados. Pero no podrían oponerse a fórmulas prácticas de evolución hacia limitaciones combinadas con las exigencias del mantenimiento del or-

den que se estableciesen como legítimas, si las corrientes populares fuesen orientadas dentro de esas potencias en ese sentido y estimuladas por la actitud de una gran potencia mundial que, como la Unión Soviética, habría de lograr fácilmente de las masas obreras una adhesión ferrosa a su política de desarme.

Jaurès tuvo a todas luces razón cuando en vísperas de la guerra de 1914 exigía el desarme de los espíritus y la organización de un sistema de arbitraje internacional para excluir la intervención de la fuerza del campo en que se desarrollan los problemas de la convivencia de las naciones y de los pueblos. Hoy, al ver como entre los problemas que deja subsistentes la guerra, se estructura un plan de seguridad basado en la fuerza, en una concertación de potencias rivales que permanecen vigilándose mutuamente con el fusil amartillado, no sería aventurado creer que el apóstol de la paz y el socialismo hallase dentro de poco motivos para repetir sus palabras de entonces¹.

Cuando retornó de su viaje, Europa ya rodaba hacia el despeñadero. Se dedicó con un dinamismo titánico a

¹ Esto se escribía al iniciarse los trabajos para la constitución del nuevo organismo internacional encargado de mantener en contacto a las naciones, para el arreglo de los asuntos relacionados con el mantenimiento de la paz mundial.

Pero en el mes de octubre de 1946, Molotov, ministro de Negocios Extranjeros de la U.R.S.S., propuso en la O.N.U. el desarme. Adhirió a su iniciativa la delegación de Estados Unidos. El gobierno británico exigió que la medida se tomase sobre la base de un pleno conocimiento de las fuerzas armadas dispersas por cada país fuera de la metrópoli y de las que existiesen dentro del país mismo, agregándose además medidas de seguridad para que el desarme fuese efectivo en las condiciones que la asamblea acordase. Reapareció así, de pronto, un concepto de estabilización de la paz que parecía olvidado y que constituye sin duda alguna una saludable orientación, que coincide con la de los pacifistas del tipo de Jaurès.

La iniciativa soviética, en vías de aprobación, abre los horizontes de la historia a claras perspectivas de concordia entre las naciones y de alivio para los pueblos abrumados por los gastos militares. Con agrado intercalamos la presente nota que rectifica el pesimismo de los párrafos acotados.

tender las líneas de la paz frente al avance continuo de los escuadrones de la guerra. Su actividad en esos dos años y medio fué trascendente. Su voz llenaba el ámbito del mundo apelando a la buena voluntad de todos los hombres, pero sobre todo a la conciencia y sensibilidad de las clases trabajadoras. Llegó hasta su gobierno en el ansia de volverlo propicio a todas las posibles soluciones de paz. No tuvo inconveniente en cruzar la frontera de Francia para exhortar a las masas obreras de Alemania a formar con las de todo el mundo un frente indestructible para el mantenimiento de la paz. En los congresos internacionales propuso, como medio para contrarrestar el designio de los gobiernos imperialistas, la huelga general, que impidiese la movilización y el transporte de los ejércitos y su aprovisionamiento de armas, víveres y petrechos. Su plan resultó impracticable porque faltaba decisión y cohesión en las masas trabajadoras de las grandes potencias. La huelga general en tales circunstancias no podía limitarse a ser una simple huelga; debía ser toda una revolución, porque significaba resistirse a las órdenes de enrolamiento y movilización lanzadas por los gobiernos. Para hacer una revolución en tales circunstancias y en ese momento no estaban preparadas las masas trabajadoras. Pero su idea era lógica. La huelga hubiera desarmado por igual a los que habrían de ser agresores y a los que habrían de ser agredidos; y la agresión no hubiera podido efectuarse. Veía con horror la posibilidad de la hecatombe. No debía ahorrarse ningún medio para evitarla.

Los falsos patriotas interpretaban su proyecto de huelga general contra la guerra como una traición a la patria. Los odios del chauvinismo, que tantas veces le habían hecho blanco de su exasperada preferencia, volvieron a recrudecer contra él y concluyeron por armar la mano de un fanático para que la primera víctima de la contienda fuese, precisamente, el hombre que más ardor había puesto en el empeño de impedirla. Vino así el martirologio a agrandar su figura de apóstol como si hubiera hecho falta —según entonces se dijo— que el alud de la guerra saltase sobre su cadáver.

UNA INTERROGACIÓN

¿Cuál hubiera sido la actitud de Jaurès si la bala del asesino no tronchara su vida admirable la víspera misma del estallido de la conflagración? No faltaban quienes opinasen que hubiera seguido clamando por la paz y oponiéndose a la guerra, en una actitud semejante, por ejemplo, a la de Mac Donald en Londres. Más lógico es, en cambio, suponer que habría acompañado a Guesde en la tarea de mantener unida a Francia para repeler la invasión de los ejércitos alemanes. Él ya había declarado estar convencido de que el Gobierno de Francia había agotado todos los medios de conciliación y de que no era por tanto suya la culpa si la guerra estallaba. La huelga general, que él preconizaba, habría sido el último recurso, con el cual Francia se salvaría de la invasión y el mundo del horrendo cataclismo, toda vez, claro está, que los imperios centrales por un lado y la misma Rusia por el otro, hubieran quedado imposibilitados de atacar, como Francia de defenderse.

Fracasado ese recurso, movilizadas las fuerzas de los imperios centrales, Jaurès habría sido el más poderoso propagandista de la lucha a muerte contra el invasor. Él no hubiera compartido el criterio de la neutralidad ante la "guerra imperialista" mientras viese invadido o amenazado el territorio de su patria por las fuerzas de un imperialismo sin freno.

Después de todo, aquella no fué sino un primer acto de esta otra guerra de hoy, y aquellos imperialismos del Kaiser y de Francisco José no eran sino expresiones del militarismo brutal que concluyó por asumir la forma y la doctrina del nazismo para desencadenar una nueva e implacable furia imperialista.

Hubo una apreciación errónea y una equivocada aplicación del marxismo en el enjuiciamiento de esa guerra, que condujo a muchos socialistas, especialmente a los más "revolucionarios", a no tomar partido en favor de un bando contra otro. Ni siquiera cuando Alemania

sojuzgaba a un país neutral como Bélgica ni cuando desataba su campaña submarina que echaba a pique barcos de toda nacionalidad, esos socialistas comprendieron que la posición doctrinaria antiguerrera no podía traducirse en paralización de las fuerzas que luchaban por aplastar al más peligroso e inescrupuloso de los rivales. Ya entonces se sabía que el triunfo de los imperios centrales habría significado una ola de reacción autocrática de todo el mundo, con quién sabe qué repercusiones en la República Francesa y en la democracia inglesa y aun en la misma república americana, que intervino al final de la contienda para decidirla contra dichos imperios.

No bastaba para justificar una neutralidad que en Francia constituiría una ayuda importantísima a los designios de esos imperios, explicarse la conflagración como un efecto de las contradicciones y antagonismos esenciales del sistema capitalista; ni ver en el imperialismo político, según el precepto de Lenín, "una última etapa del capitalismo". Hay épocas en la historia de las naciones en que el determinismo político prevalece sobre el económico y en que el poderío capitalista sirve a los planes de aquel determinismo.

Antes de que hubiesen surgido en Austria formas de capitalismo moderno, su casa dinástica había adoptado como lema el orgulloso "Austriæ est imperare orbi universo" (A Austria toca mandar al mundo entero).

En Alemania, a través de Federico el Grande, de Bismarck, del Kaiser Guillermo, fueron las ambiciones de predominio político del militarismo prusiano las que exigían una Alemania grande y económicamente poderosa, porque sin una fuerte economía no puede ninguna nación aspirar a hacerse dueña del mundo. Esto es así aun en el caso de que esas ambiciones aparezcan como una consecuencia del desarrollo de la economía capitalista, pues esto no contradice el hecho de que aquellas ambiciones políticas del militarismo predominan en la dirección de la sociedad y supeditan todas sus fuerzas y sus destinos económicos a los propósitos militaristas de sojuzgamiento de otros pueblos. Y el nazismo no es, en esencia, sino el

espíritu reencarnado y persistente del racismo teutón y del nacionalismo prusiano. Abatir, pues, esas potencias belicosas adueñadas de los destinos de una nación, no es por cierto finalidad ajena a la suerte del socialismo. El fascismo y el nazismo aparecen como formas de regresión hacia el más feroz imperialismo de esclavización y de rapiña. Casi las mismas razones que hoy existen para que todos los socialistas, desde los más moderados a los más extremistas, se consideren beligerantes contra el fascismo y el nazismo, y colaboren en una forma u otra con los ejércitos que los enfrentan, o estén abiertamente de parte de las naciones agredidas, existían entonces.

Verdad es que, terminada la guerra, no faltó en Francia una propaganda de cierto sector extremista de izquierda que se dedicaba a demostrar que Poincaré había querido la guerra, reforzando así la tesis de los militares y junkers alemanes, quienes se proclamaban inocentes de toda provocación. Jaurès sabía de dónde partían las provocaciones esa vez, sin que olvidase la culpa de las voracidades imperialistas francesas, rusas y británicas, que habían venido repartiéndose el mundo. Él no podía ignorar que por encima de la tarea de discernir culpas y responsabilidades, estaba la necesidad de salvar a los pueblos de la dominación o la influencia de una política como la prusiana, y de un espíritu como el del militarismo y el nacionalismo prusiano, que tarde o temprano habrían de degenerar en las abominables aberraciones nazis.

Para creer que Jaurès hubiese sido zimmerwaldiano es necesario ignorar por completo su libro "El Ejército Nuevo". Es un libro que escribió respondiendo a una especie de desafío lanzado por Clemenceau. Cierta día en el Parlamento éste le había dicho: "No conocemos el plan de la sociedad futura; dadnos vuestro proyecto y nosotros lo examinaremos y discutiremos".

Se recordará lo que ante un requerimiento parecido respondió Leroux. Es sabido, asimismo, que solía reprocharse a Marx el que no describiese, a semejanza de un novelista como Bellamy o de un poeta como William Morris, la organización de la sociedad socialista. Marx no

habría, por cierto, de entretenerse en esas fantasías. Corresponde al carácter científico de su doctrina expresar los principios generales de la evolución histórica, de acuerdo con los cuales la sociedad capitalista deberá ser suplantada por el Socialismo; la propiedad capitalista por la socialización de los medios de producción y de cambio. Pero no es cosa de ella dibujar construcciones futuras y predecir detalles de organización, que surgirán en los hechos como consecuencia de las circunstancias, en relación con nuevas causas y nuevas realidades, y que podrán cuando mucho conjeturarse, más no darse por seguros de antemano.

Eso no impidió que Jaurès juzgase posible estructurar en proyectos legislativos todo un plan de socialización o de implantación del Socialismo en Francia. Su libro comienza así:

“Con el estudio de los problemas referentes a la defensa nacional y a la paz internacional doy comienzo a la exposición del plan de organización socialista de Francia que voy a someter al Parlamento en fórmulas legislativas”.

“También tiene interés vital para la nación que se desvanezca cualquier malentendido entre ella y el Socialismo. Un país que no pudiera contar en días de crisis en los cuales estuviese expuesta su propia vida con la adhesión nacional de la clase obrera, sólo sería un guiñapo miserable.

.....
 “A medida que los ciudadanos se hacen más personas, tienen para con la patria mayores deberes, pero también la patria tiene mayores deberes para con ellos. Está obligada, ante todo, a no lanzarlos sin un motivo trascendental a conflictos que comprometen su vida, ni sobre todo su conciencia. Si procede sinceramente y no disfraza con pretextos de interés nacional combinaciones aborrecibles de codicia o de orgullo; si realmente ofrece al adversario con espíritu leal una paz equitativa por medio del arbitraje de la humanidad civilizada; si para defenderse contra una agresión injusta y mortífera, o contra pretensiones intolerables, llama para combatir a todos sus ciudadanos libres, no habrá un solo francés, no habrá un solo proletario, que pueda resistirse a la sinceridad de tal llamamiento”. (J. JAURÈS, *El Ejército Nuevo*, Edición Aguilar, Madrid, pág. 13.)

Con ese espíritu hubiera encontrado a Jaurès aquella guerra que fué el funesto prelude de esta otra.

En cuanto a su posición doctrinaria en relación con la

teoría del Socialismo, no fué ella ni la de un marxista ortodoxo ni la de un revisionista bernsteiniano. No aceptaba el “movimiento es todo y el fin es nada” de Bernstein. El fin —decía— es el ideal que orienta nuestros pasos. Si lo perdemos de vista nos movemos sin saber hacia dónde vamos.

Y para él, saber hacia dónde dirige la humanidad sus pasos era esencial a la conquista del progreso y a la realización consciente de la historia. Por eso, esforzándose en conciliar el materialismo económico con el idealismo histórico, reclamaba de aquél un preconcepto ético sobre el sentido de la evolución humana.

“La concepción materialista —decía en una conferencia de controversia con Paul Lafargue— nos presenta a la humanidad como un viajero que fuese arrastrado por el curso de un río sin contribuir él a la marcha o al menos sin darse cuenta de su dirección, y despertándose a intervalos para percatarse tan sólo de que el paisaje ha cambiado”.

Pero ¿qué juicio nos da esa concepción —se pregunta— acerca de la dirección del movimiento económico y del movimiento humano?

“No basta decir que una forma de producción sucede a otra. Tampoco basta decir que la esclavitud sucede a la antropofagia; que la servidumbre sucede a la esclavitud; que el salariado a la servidumbre; y que el régimen colectivista o comunista sucederá al salariado; no, hay que definir. ¿Hay evolución o progreso? Y si hay progreso, ¿cuál es la idea decisiva y última por la cual se rinden las diversas formas del desarrollo humano? Y si se quiere descartar por demasiado metafísica esta idea del progreso, ¿por qué el movimiento de la historia ha sido regulado de tal forma en tal forma, y ha seguido tal dirección y no tal otra?”

Su respuesta es que la explicación de esa marcha reside en que las fuerzas humanas impulsan a la historia en la dirección constante de un ideal de justicia consistente en la finalidad de ir rectificando la contradicción implícita en todo sistema de producción sin libertad y solidaridad humana completas: la contradicción de tratar como instrumentos inertes a los hombres. Este ideal se proyectaría desde el fondo de las edades y desde las profundidades de

la naturaleza espiritual del hombre, sobre la realidad cambiante del mundo.

Esa tendencia de la humanidad a encontrarse a sí misma marchando en el sentido de atenuar, hasta suprimirla, esa contradicción del empleo inhumano del hombre, sería, pues, una reacción, una rebeldía del instinto humano contra el modo de explotación del hombre. Y es así como la vocación, más o menos confusa de justicia, aparecería referida, en cuanto impulso director del movimiento o idea moral orientadora, al modo social de producción.

Nosotros nos hemos ocupado ya de las ideas de Jaurès al respecto ("Los fines ideales en la concepción materialista de la Historia") y no cabe reproducir aquí nuestras consideraciones. Lo que ahora interesaba era tan sólo exponer someramente el pensamiento teórico de Jaurès, ya que se trata de dejar estampados en el cuadro sinóptico del Socialismo francés contemporáneo, los rasgos salientes de la imagen espiritual del gran socialista.

LAS FUERZAS SOCIALISTAS SE EXTIENDEN

El Programa de París sirvió de modelo para la declaración de principios y programa de muchos partidos socialistas, especialmente los de aquellos países en que la Internacional había logrado arraigarse. Así en Bélgica, donde el socialismo obrero surgió, tras las prédicas de Paepe, bajo la influencia de dicha Asociación, que llegó a contar allí hasta con ocho importantes secciones. Desaparecida la Internacional, se formaron dos corrientes: la de los socialistas parlamentarios, que reclamaban el sufragio universal, y la de los anarquistas.

Eran, en realidad, las dos tendencias que habían chocado en el seno de la Asociación I. de los Trabajadores, siguiendo, la una, las inspiraciones de Marx, y la otra las de Bakunin. Aunque las secciones belgas no habían querido tomar parte en la querrela, decidiendo continuar en la Asociación cuando Bakunin fué expulsado, pero sin aceptar su expulsión, las dos tendencias, perdido todo punto de contacto al disolverse aquel organismo, se enfrentaron con mayor encarnizamiento.

La tendencia parlamentaria constituyó el Partido Obrero Belga, que en los últimos años del siglo XIX y en lo que va del siglo XX, descontando, naturalmente, los de la ocupación de Bélgica por los ejércitos de Hitler, se desarrolló con gran pujanza, figurando en sus filas personalidades de tanto relieve como el citado Paepe, el abnegado pionero; Héctor Denis, famoso economista; Amselee, dueño de gran prestigio como organizador; Emilio Vandervelde, uno de los más brillantes oradores y hombres públicos del socialismo internacional, que formó parte del gobierno de su país en gabinetes de coalición.

En Austria el Socialismo había llegado de Alemania desde el año 1876. Por la propaganda de Bernard Becker se fundó el año 1868 una sección de la Internacional,

cuyo órgano era el "Arbeiter Blatt". Reclamó el sufragio universal y congregó muchos miles de afiliados, organizando el año 1879, para la apertura del Parlamento, en Viena, un mitin al que concurrieron no menos de cien mil obreros. La burguesía se sintió temerosa ante ese crecimiento inusitado de las fuerzas socialistas. Comenzaron las persecuciones. Con alternativas el socialismo continuó su obra de organización y orientación de las masas obreras. En su seno se desatan luchas de tendencia, semejantes a las que ocurrían en otros países. La unidad se realizó en el Congreso de Hainfel el año 1888, iniciándose así una era de notables progresos de las fuerzas del Partido Socialista, que a raíz de la guerra de 1814-18 desempeñó en la República Austríaca un importantísimo papel, sobre todo en Viena, cuya administración comunal ejerció hasta que sobrevino la reacción de Dollfus, contra la cual en vano lucharon heroicamente los socialistas en su gloriosa resistencia revolucionaria, ahogada en sangre por los cañones de aquel gobernante que a su vez caería ultimado por el revólver de los agentes de Hitler.

En Italia el movimiento obrero hizo su aparición en 1867 bajo los auspicios de la Asociación Internacional, y traspuesta la etapa de las luchas entre marxistas y bakuninistas, separados ya por completo los anarquistas de los socialistas, surgen en el Socialismo corrientes diversas que se fusionaron en el Congreso de Génova de 1892, pero no desaparecieron las posiciones distintas que iban desde el socialismo más revolucionario al más moderado y desde el marxismo más ortodoxo a las primeras manifestaciones de lo que después se llamará el Socialismo Liberal. También allí, como en Francia, como en Alemania, como en Austria, como en todas partes donde el Socialismo despliega sus banderas de lucha, altas figuras de propagandistas militan bajo las rojas enseñas y los nombres de Andrea Costa, de Felipe Turati, de Treves, de Prampolini, de Ciccotti, de Antonio Labriola, de Edmundo D'Amicis, y más recientemente de Mateotti, de Roselli, por no citar sino a los muertos, integran el elenco de sus personalidades más destacadas por el talento o por

el carácter o por la abnegación. Algunas de ellas, como Mateotti y los hermanos Rosselli, aureoladas por el martirio.

Durante la guerra de 1914-18, fué neutralista. La mayoría adoptó el lema "ni ayudar ni obstaculizar el esfuerzo bélico"; no quería complicarse en una "guerra imperialista" a la que Italia entraba con reivindicaciones territoriales sobre Trento y Trieste, que al pueblo obrero lo dejaban indiferente. Al sobrevenir la revolución bolchevique el Partido Italiano se dividía en tres fracciones: la moderada, encabezada por Turati; el Centro, cuyo líder era Serrati, y la extrema izquierda revolucionaria, a cuyo frente se hallaban Bordiga, Terraccini, etc. El Partido adhirió a la Tercera Internacional y envió una delegación a Moscú. En el Congreso de Livorno, del año 1921, se batieron tres tendencias: la moderada o "reformista", la maximalista y la comunista. Los comunistas derrotados en la votación, en que la mayoría correspondió a los maximalistas, constituyeron un partido aparte. Se retiraban después de haber mantenido junto con los maximalistas a la numerosa fuerza parlamentaria del Partido Socialista Italiano en una esterilidad suicida, atada por las resoluciones negativas de los últimos congresos en que predominaba el criterio bolchevique del "todo o nada" y de la revolución inmediata estilo ruso, y se ordenaba a los diputados limitarse a la crítica implacable y votar en contra de todos los Ministerios, que caían uno tras otro, faltos de base política mientras el fascismo, financiado por los grandes industriales y terratenientes (a quienes la fracasada ocupación de las fábricas y de las tierras puso sobre aviso) tomaba cuerpo y crecía en audacia.

Casi en seguida se separaban, a su vez, una de otra, las otras dos tendencias. La de Turati, Modigliani, Treves, etcétera, formaba el Partido Socialista Unificado. Luego el fascismo disolvía todos los partidos políticos. Y hoy, disipada la pesadilla de la grotesca tiranía de Mussolini, el Socialismo y el Comunismo reaparecen como fuerzas de suma importancia en la dirección de la política italiana.

España tuvo también, desde los primeros días de la

Internacional, su baluarte socialista. Y el socialismo contó allí, para su labranza en el espíritu de las multitudes laboriosas, con el fervor admirablemente abnegado de un apóstol como Pablo Iglesias, en torno del cual se constituyó un partido socialista que fué el factor decisivo para la implantación de la República democrática de 1931, —“República de trabajadores”— y su espina dorsal, y en cuyas filas se congregó toda una legión de intelectuales de mucho relieve y eminentes hombres de acción.

Allí, como en Italia, la Internacional había sido llevada por los partidarios de Bakunin; y en España había encontrado también esta tendencia un campo fértil en el temperamento del pueblo, en las condiciones históricas del país, en la opresión económica de las masas urbanas y campesinas, enconadas contra los dueños de la tierra en su irritación permanente contra la gran propiedad fundiaria, el latifundio de algunas regiones, que marcaba una de las formas más injustas de las desigualdades sociales. El movimiento anárquico alcanzó, como en Italia, notable desarrollo, sobre todo en Cataluña, región sumamente fabril en cuyos campos existían resabios del feudalismo en el régimen de la propiedad, y en Andalucía, tierra de los cortijos señoriales y de las dehesas latifundiarias.

El Partido Comunista, que carecía de fuerzas apreciables, pues sólo había obtenido un solo diputado en las Cortes constituyentes de la República, que los comunistas combatieron a su aparición por ser democrática, liberal, y no soviética, creció en volumen e influencia al producirse la guerra civil desatada por la traición de los militares reaccionarios. Esto fué debido sobre todo a la ayuda prestada por la U.R.S.S. a la República en su lucha desesperada contra el ejército sublevado y la cínica intervención de las armas de Hitler y de Mussolini, a quienes la absurda y funesta política de “no intervención” de las potencias democráticas dejaba con las manos libres mientras maniataba a la República Española.

En Rusia, donde el desarrollo del capitalismo industrial se había visto entorpecido por el régimen de la

servidumbre rural que predominaba en la economía del país, y donde las condiciones políticas de la época del zarismo ahogaban todo intento de concentración entre los trabajadores, recién surgen las asociaciones obreras el año 1875. La primera de ellas fué la Unión de Obreros del Sur, organizada en Odesa. Sólo tuvo ocho o nueve meses de vida, habiendo sido disuelta y dispersados sus principales dirigentes por la persecución del gobierno zarista. Tres años después apareció en Petersburgo la Unión de los Obreros del Norte, con un programa donde se decía que los objetivos de la Asociación eran análogos a los de los partidos obreros social-demócratas de los países occidentales, y que su meta era llevar a cabo la revolución social para derribar el régimen político y económico del estado existente (*Historia del Partido Comunista de la U.R.S.S.*, Edic. Española, pág. 10).

Pero antes ya se habían producido agitaciones obreras. La Unión del Norte intervino en las agitaciones ulteriores y comenzó a dirigir las. Fué disuelta por las autoridades. No por eso cesaron las huelgas, habiéndose registrado entre los años 1881 y 1886 más de cuarenta y ocho con un total de ochenta mil huelguistas.

Hasta ese momento la llama de la lucha revolucionaria entre las masas trabajadoras era mantenida por los “populistas”. Éstos no creían en el desarrollo del capitalismo en Rusia, no veían en la clase obrera urbana la vanguardia y el nervio de la lucha revolucionaria. Asignaban ese papel a los campesinos, a los cuales dirigían sus prédicas, creyendo que eran sus revueltas, como aquellas anteriores a la abolición de la servidumbre en 1861, las que habrían de poner término a la dominación del zar y de los terratenientes. Intelectuales y estudiantes se vestían de campesinos para mezclarse con éstos y confraternizar con ellos, a fin de atraerlos a sus ideas. Pero la táctica fracasaba en todas partes. Los campesinos no seguían a esos teorizadores que vistiendo ropa campesina se lanzaban a confundirse en el campo con el pueblo (y de ahí la denominación de “populistas”) porque no los comprendían ni los reconocían como de los suyos en realidad. La

policía no tardaba en descubrirlos y en detenerlos. Se decidieron, por ello, a luchar sin el pueblo contra el zarismo, y de ahí la táctica del atentado político contra los zares y sus ministros, y del terror individual que se conoció con el nombre de "nihilismo".

El Socialismo Científico oponía a esa táctica estéril su método de lucha de clases; su concepto sobre el papel histórico del proletariado industrial como avanzada de la revolución, su concepción de un partido de clase en que obreros y campesinos tuviesen participación a igual título y fuese en sus manos la herramienta viva para una acción revolucionaria de masas.

Esta teoría de la lucha y de la organización proletaria fué sostenida por el grupo "Emancipación del Trabajo", que fué creado por Plejanov en Ginebra, adonde se había exilado, y que desde allí hacía llegar su propaganda a Rusia. Plejanov escribió numerosos trabajos de exposición y explicación del socialismo científico siguiendo las ideas de Marx ("El Socialismo y la lucha política", "Contribución al problema de la concepción materialista de la historia", "Las cuestiones fundamentales del Marxismo"). Refutó en sustanciosos folletos al "populismo" y al "anarquismo". A su lado, desplegando junto con él las actividades del grupo "Emancipación del Trabajo", estaban en Ginebra Susolich, Axerolt, etc. Ese grupo trajo el Manifiesto Comunista, "Trabajo asalariado y capital", de Marx; "Socialismo Utópico y Socialismo Científico", de Engels, etc. Ese grupo redactó dos proyectos de programa de los social-demócratas rusos (en 1884 y 1887). Pero no había logrado infundirse en el movimiento obrero. Todavía hasta 1894 la social-democracia rusa estaba formada por pequeños grupos y círculos insuficientemente infiltrados en un movimiento obrero de masas. Era aún más una teoría que una práctica, una doctrina que una acción. Lenin ha dicho que por ese entonces la social-democracia atravesaba en Rusia por "un proceso de desarrollo intrauterino". A Lenin le correspondió el año 1895, unificar en Petersburgo todos los círculos obreros marxistas (que eran unos veinte) en la "Unión de

lucha por la emancipación del proletariado", que se consagró a poner en contacto al movimiento ideológico marxista con las masas obreras, pasando a la agitación política de estas masas en vez de reducirse a la propaganda del marxismo entre los obreros avanzados. Se produjo así la fusión del socialismo con el movimiento obrero, como dice la Historia citada. No se había producido, sin embargo, la constitución orgánica de un partido socialista ruso.

Fué en 1898 cuando con algunas "uniones de lucha", las de Petersburgo, Moscú, Kiev, etc., y el *Bund*, que era la unión general social demócrata judía, fundada en las provincias occidentales de Rusia, se celebró un primer congreso del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia. Faltaba todavía organizar realmente ese partido: darle un programa, dictar sus estatutos, constituir un centro de dirección. Surgieron divergencias de criterio en cuanto a la acción del proletariado. Los llamados "Economistas" sostenían, frente al marxismo, que el proletariado no debía agruparse en partido político sino que debía concretarse a la lucha económica contra los patrones. Lenin combatió esta tendencia y trasladado a Ginebra para tratar de editar la "Iskra", su órgano de combate, en unión con el grupo "Emancipación del Trabajo", fundó allí con Plejanov, Axerolt, Susolich, etc., la edición extranjera de ese periódico.

Los acontecimientos reclamaban la acción de una fuerza obrera coherente y consciente de sus intereses propios. Era problema inaplazable organizar el partido socialista. Hubo nuevas ardientes controversias entre distintas opiniones sobre la táctica y la acción. En la porfiada lucha contra los "economistas" la victoria dentro del partido correspondió a quienes sostenían que el proletariado debía actuar en el campo político. Luego surgió una divergencia, durante la elaboración del proyecto del programa y sobre todo de los estatutos, en el seno mismo de la redacción del órgano, la "Iskra", que había sostenido la tendencia triunfante. Se llegó al segundo Congreso del partido en el que se aprobó sin mayores dificultades el

proyecto de programa auspiciado por la "Iskra", pero donde se trabó una contienda en torno de los estatutos y de la constitución del Comité Central, así como de la redacción del órgano oficial del Partido. La tendencia que obtuvo la mayoría en la elección de los organismos centrales se denominó, por ello, desde entonces la de los "bolcheviques", y a sus adversarios, por haber quedado en minoría, se les denominó "mencheviques".

Desde ese momento toma estado de lucha abierta una disparidad de criterios que habría de mantener en constante rivalidad, dentro del partido, a esas dos fracciones, encabezada, la primera, por Lenin y la segunda por Martof, Axerolt, Plejanov y también por Trotsky, el cual habría de evolucionar después hacia el bolcheviquismo. La separación condujo a la celebración, en abril de 1905, de dos Congresos simultáneos, uno en Londres, al que concurrieron los delegados bolcheviques, y otro en Ginebra donde se reunieron los mencheviques. "Dos congresos, dos partidos", habría de decir Lenin.

Las diferencias de tácticas, de que hablaremos más adelante, se acentúan entre las dos fracciones. Cada fracción consideró a la otra al margen del partido.

Durante la huelga general política de octubre hicieron su aparición los Soviets, consejos de diputados obreros, delegados de todas las fábricas y empresas industriales de cada localidad. Fueron creados por la iniciativa de las masas. Ellos jugaron papel importante en la insurrección de diciembre. Aplastada ésta, se buscó la unificación de las dos fracciones. En 1906 se llevó a cabo en Estocolmo el cuarto congreso del P.O.S.D.R., que se ha llamado Congreso de Unificación. Predominaron los mencheviques. La unificación no se produjo de hecho. Ambas fracciones continuaron manteniendo su organización propia. La lucha entre ellas recrudesció después de dicho Congreso. Ella condujo, finalmente, a la separación completa con la creación del Partido Comunista (bolchevique) denominación que se dió la fracción encabezada por Lenin en un Congreso celebrado por ella al efecto el año

1912 en Praga. Desde entonces los bolcheviques se consideraron un partido marxista independiente.

En Dinamarca la Internacional penetró poco después de la caída de la Comuna, en 1871. Su primer propagandista fué un preceptor católico de Copenhague, Pio, que había ido a Ginebra a afiliarse a la Internacional, y vuelto a su país, formó una sección de la misma, publicó folletos y fundó un diario, *El Socialista*. El desarrollo industrial de Copenhague dió pie a un movimiento obrero importante. Hubo huelgas en que los socialistas actuaban visiblemente. El Gobierno prohibió la Internacional pero los socialistas constituyeron la Asociación Democrática de los Obreros, que tuvo en un trabajador manual, el ebanista Pihl, un hábil y activo conductor. La estructura básica del país, con su economía principalmente agraria, a base de pequeñas propiedades rurales, y las libertades públicas de que goza, imprimieron al socialismo danés una fisonomía de movimiento demócrata liberal, cuyo programa de reivindicaciones obreras y reformas sociales lo vincula a los trabajadores de la ciudad y del campo en una forma que ha llegado a hacer de él un partido de mucha influencia en la vida nacional¹.

En Suecia y Noruega, donde la Asociación Internacional de los Trabajadores no logró mayores éxitos, el Socialismo se desarrolló considerablemente después de su disolución, habiéndose constituido grandes partidos socialistas (en Suecia surgió el año 1887 el Partido Social Demócrata encabezada por Branting) adheridos a la Segunda Internacional, que dentro de las respectivas constituciones de monarquía democrática tienen el Gobierno parlamentario en sus manos.

En Suecia, sobre todo, donde la Social Democracia gobierna, el desarrollo de las fuerzas socialistas durante la guerra es considerable.

Un país hay en Europa, que pese a su pequeñez geográfica goza de una posición privilegiada desde el punto de vista de su participación, como centro de irradiaciones

¹ Después de la guerra, en las primeras elecciones efectuadas, el comunismo registró un notable aumento de sus fuerzas.

intelectuales, en los acontecimientos más trascendentales de la vida internacional: Suiza. Esa posición se ha reflejado también en lo que respecta a la suerte del Socialismo. Había allí, desde 1843, en que Weitling predicaba el comunismo, un terreno muy bien preparado para el socialismo. Muchos actores de la Revolución de 1848 buscaron refugio en la hospitalidad de las libertades suizas. Se fundaron numerosas asociaciones, como la de los *hermanos alemanes*; llegaban agitadores como Bakunin y Outin, los italianos Rosetti y Ghalino; un amigo de Marx, Becker, fundaba la primera sección de la Internacional. Se multiplicaron las secciones llegando a contarse unas treinta y dos. Desde Suiza la propaganda socialista irradiaba hacia Austria, Italia, España. En los cantones de lengua francesa las secciones de la Asociación constituyeron la Federación de la Suiza Románica donde la lucha entre Marx y Bakunin repercutió de inmediato. La sección de Jura estuvo con Bakunin, la de Ginebra con Marx. De ahí, la escisión en dos federaciones. En octubre de 1877 se reunieron las sociedades obreras de la Suiza Alemana, adoptando un programa de acción moderado, de simples mejoras, sin pronunciamiento sobre el colectivismo. Dos periódicos, el *Tagwecht* y el *Felleirin* expresan las dos corrientes que rivalizan en el seno de ese grupo obrero, el más numeroso de Suiza, una más radical o menos moderada que la otra. El Socialismo Marxista continúa extendiéndose sobre todo en los cantones franceses, mientras los bakuninistas del Jura proclaman los procedimientos de violencia terrorista contra las testas coronadas y los reaccionarios. Poco a poco el movimiento demócrata-social va ganando terreno y el Partido Socialista, formado con la fusión de los diversos grupos socialistas el año 1888 sobreponiéndose a los restos del bakuninismo y a la acción de la democracia cristiana y de los sindicatos obreros católicos, asume importancia como fuerza política de innegable gravitación en los destinos de la República Helvética.

Es también del más vivo interés la historia del socialismo en Polonia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia,

en Rumania, en Finlandia, pero no consideramos esencial a los fines de este libro detenernos en una reseña de las vicisitudes del ideal y del movimiento socialista en esos países, en algunos de los cuales, como en Checoslovaquia hallamos expresiones doctrinarias dignas de un estudio completo que aquí no podemos realizar.

También en Gran Bretaña —donde el movimiento obrero con una tradición de casi un siglo, adelantándose al de todos los países del mundo por haberse iniciado allí la gran revolución industrial capitalista y donde las organizaciones gremiales conocieron en ciertas épocas el contacto y la penetración de ideologías como la de Roberto Owen —penetró el nuevo socialismo doctrinario que animó los cuadros de la Primera Internacional e inspiró el Manifiesto Comunista y programas como los de Ghotá, de París y de Stuttgart.

Fué su introductora la Federación Social Demócrata (The Social Democratic Federation). Echaron las bases de ésta, el año 1881, algunos intelectuales de la clase media, encabezados por Henry Mayer Hyndman. Era un periodista radical que admiraba a Mazzini. Él y sus colaboradores, entre los que figuraban el gran poeta William Morris, el no menos grande pintor y dibujante Walter Crane, y el popular periodista Edward Carpenter, procedían de la escuela positivista de John Stuart Mill, el economista liberal que desembocó en un socialismo presidido, como toda su obra de filósofo y economista, por la idea política de la libertad. Su partido comenzó por llamarse solamente Federación Democrática (Democratic Federation). Se habían propuesto, según el mismo Hyndman se lo comunicó a Marx, resucitar el Cartismo adaptándolo a las circunstancias del momento, y contaban con atraer a los clubes obreros radicales y liberales que dejaban sentir su influencia en las zonas fabriles. Comenzó con un programa de los "remedios prácticos para las necesidades urgentes", que aceptaron de inmediato las asociaciones obreras. Sin embargo, la Federación no llegó a ser nunca un partido de masas. Casi todos sus dirigentes, empezando por Hyndman, se

convirtieron al marxismo, y la Federación Democrática agregó un adjetivo a su título, llamándose desde entonces Federación Social Democrática, apartándose de ella, para constituir la Liga Socialista, algunos militantes destacados, entre los que sobresalía William Morris, de tendencias anárquicas. La Federación fué el primer partido que proclamó el "Home rule" para Irlanda. Su programa puede sintetizarse así: "Socialización de los medios de producción, distribución y cambio, bajo un estado democrático y el interés de la comunidad entera, emancipación del trabajo de la férula capitalista; igualdad económica y social para ambos sexos".

En Estados Unidos, adonde como recordaremos se trasladó la Asociación Internacional de los Trabajadores para disolverse al poco tiempo, el Socialismo no logró un desarrollo adecuado a las proporciones del medio industrial que allí comenzaba a perfilarse como un competidor del industrialismo europeo. Se formaron, eso sí, importantes organizaciones gremiales, pero que por lo general quedaban al margen de las orientaciones doctrinarias de transformación social. Más adelante volveremos a ocuparnos del socialismo en esa nación.

EL PROBLEMA DE LAS INTERNACIONALES

LA INTERNACIONAL DE PARTIDOS

Llegó el momento en que se consideró conveniente crear un organismo de contacto y coordinación internacional entre todas esas fuerzas políticas que perseguían iguales fines y adoptaban métodos de lucha análogos sobre la base de principios doctrinarios afines o semejantes. En Alemania, en Francia, en Gran Bretaña, en Austria, en los Países Escandinavos, en Rusia, en Italia, en España, en Bélgica, en Holanda, en Suiza, en la Europa Central, los Partidos socialistas habían tomado ya considerable incremento o se hallaban en tren de abrirse paso con éxito entre las dificultades del momento histórico en su respectivo medio nacional.

Esos partidos socialistas, aunque representaban una misma causa, no actuaban por cierto con un acuerdo de programas. Los socialistas de Alemania, Austria y Bélgica, eran marxistas; lo eran también algunos grupos socialistas de otros países, según hemos visto. Pero los Fabianos de Inglaterra, los Posibilistas de Francia y varios otros grupos socialistas de otras partes fundaban su acción en filosofías y doctrinas que no procedían de Marx.

Había diferencias de métodos de acción y de táctica de lucha. Entre esos grupos y partidos había desde los que todo lo esperaban de una revolución social, que vendría en un futuro no lejano, y sólo participaban en la política considerándola sobre todo como un medio de propaganda y de agitación, hasta los que, por el contrario, solamente se interesaban en conseguir un mejoramiento gradual de la vida de los trabajadores y de las condiciones del trabajo para lo cual se esforzaban en ganar influencia política en los parlamentos, en los municipios y en los gobiernos electivos. Había entre esos dos extremos, la posición intermedia de quienes, sin descartar en absoluto la ocasión o la necesidad de levantamientos revolucionarios decisivos en el momento histórico apropiado, hacían

de la actuación parlamentaria y comunal no sólo un medio de propaganda sino una acción legislativa, administrativa y política, en beneficio inmediato del pueblo trabajador.

Pero mientras esas tendencias del socialismo parlamentario rivalizaban y luchaban entre sí, debían mantener una lucha permanente contra los anarquistas, por un lado, y contra el obrerismo antipolítico y el tradeunionismo de derecha, por otro.

LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

En París, el año 1886, se celebró un Congreso para la coordinación de todos los partidos social-demócratas del mundo. La cuestión más importante de las tratadas por este Congreso fué la relacionada con la legislación obrera internacional. No faltaron quienes argumentaran que la legislación obrera era incompatible con el socialismo revolucionario, pero el Congreso se pronunció por enorme mayoría en favor de las leyes del trabajo y recomendó a los partidos y a las tradeuniones y asociaciones gremiales apoyar la iniciativa del gobierno suizo, que acababa de invitar a los gobiernos europeos a una conferencia internacional para tratar el problema de una legislación obrera que comprendiese a los principales países del continente. Se aprobó también una resolución sobre el movimiento pro-jornada de 8 horas que había resuelto llevar a cabo la Federación Americana del Trabajo de Estados Unidos, la cual no estuvo representada pero envió un saludo y llamaba la atención del Congreso sobre su campaña pro dicha jornada, que se iniciaría el 2 de mayo de 1890. Por moción del gremialista Lavigne, se decidió recoger la idea de la Federación Americana y realizar el 1º de mayo una manifestación obrera internacional reclamando la jornada de 8 horas. La moción votada decía lo siguiente:

“Teniendo en cuenta que la American Federation of Labour ha dispuesto una manifestación pro-jornada de 8 horas para el día 1º de mayo de 1890, según lo acordado en su Congreso

de diciembre de 1888, efectuado en San Luis, Misourí, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.

“Los trabajadores de todos los países harán esta manifestación en las condiciones que les imponga la situación de los respectivos países”.

En los posteriores Congresos de Bruselas, en 1891, y de Zurich, en 1893, se fijó el carácter permanente y universal del día 1º de mayo. En el Congreso de Londres de 1896 se produjo la demarcación neta entre socialismo demócrata y anarquismo. Los socialistas políticos no podían convivir en una organización con los anarquistas, sobre todo al desarrollarse la táctica de los atentados terroristas, que aquellos condenaban como formas de acción brutales y contraproducentes. Quedaron excluidos allí los anarquistas y antiparlamentarios, y se declaró que sólo se admitiría la incorporación de partidos políticos socialistas y de tradeuniones o sindicatos obreros no reñidos con el socialismo demócrata. Se designó a continuación un Comité para preparar las bases de una organización permanente.

En los Congresos sucesivos se trató de armonizar, en lo posible, diversas corrientes que surgían como efecto de las distintas condiciones históricas en que se hallaban, desde el punto de vista de su desarrollo económico y de sus costumbres e instituciones políticas, los países allí representados. En casi todas partes la primera tarea que tenían que afrontar los socialistas fué como dice Lewis Lorwin: “la de establecer el sufragio universal, la libertad de expresión, de reunión y de asociación, la introducción de las dietas parlamentarias, la educación pública libre y laica. Además los partidos social demócratas eran requeridos para que ayudasen al pueblo a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo y patrocinar las leyes de protección obrera, de seguro social, de reformas de tarifas de aduana y un sistema de impuestos más popular”.

Por eso la Socialdemocracia alemana agregaba al programa de Erfurt un larga lista de “exigencias inmediatas”, ejemplo que siguieron los partidos socialistas de todas partes.

De esta situación, añade ese autor, se derivó un doble conflicto.

“Por un lado la “revolución” abrigaba el temor de que las tácticas parlamentarias relegaran la revolución integral al segundo término. Por otro lado los moderados comenzaron a dudar de la imperiosa necesidad del “fin revolucionario” y a exigir el abandono del antiguo pensamiento revolucionario para consagrar su atención a las necesidades de reforma, en la esperanza de que así pronto se evolucionaría hacia una sociedad socialista. Entre unos y otros, los marxistas mantenían sus principios proclamando que las reformas podrían reforzar las posiciones de los trabajadores, que los partidos socialistas crecían rápidamente y que tan pronto como tuvieran mayoría en los parlamentos tomarían el gobierno y reorganizarían la vida política y económica sobre bases netamente socialistas”. (Obra cit., págs. 62 y 63, tomo I.)

En los Congresos de París en 1900 y de Amsterdam en 1904 quedó constituida una organización permanente. En el primero se estableció que sólo podían ser admitidos en los Congresos Socialistas los partidos que aceptan “los principios fundamentales del Socialismo”, o sea, “la socialización de los medios de producción, la organización internacional de los trabajadores y la conquista del poder político por el proletariado organizado en partido político de clase”. Se permitió la adhesión de las asociaciones gremiales, trade-unions o sindicatos obreros, que aunque manteniéndose fuera de la acción política, actuasen con el método de la lucha de clases y reconocieran “la necesidad de la acción por medio de la legislación y el parlamentarismo”.

Se fundó el Buró Socialista Internacional, dirigido por un Consejo formado por un delegado de cada partido adherente al Congreso Internacional y que se reuniría cuatro veces al año. En los intervalos la dirección quedaba confiada al Comité Ejecutivo del Partido Obrero Socialista Belga, pues las oficinas quedaban instaladas en Bruselas. La resolución que creaba esta oficina internacional socialista decía:

“Considerando: Que los Congresos Internacionales están destinados a ser el Parlamento de la clase proletaria y tienen

interés en tomar medidas que guíen al proletariado en su lucha de emancipación.

“Se resuelve: Formar un Comité permanente internacional, con un delegado por cada país y con fondos necesarios a su disposición. Este Comité fijará el programa del siguiente Congreso y pedirá informes a cada nación adherente. El Comité elegirá un Secretario General estipendiado”.

Al celebrarse el Congreso de Amsterdam (1904) la Segunda Internacional entraba en su período de mayor prestigio e influencia. Se reunieron en él cuatrocientos cuarenta y cuatro delegados. Era “el más grande y coherente de los movimientos socialistas internacionales conocidos” (ÍDEM, pág. 69). Hasta el Japón tenía allí el representante de un partido socialista. La Segunda Internacional, en el auge de su predominio intelectual sobre el espíritu de las masas obreras organizadas, logró unificar, en 1905, los grupos socialistas franceses en las filas del Partido Socialista Unificado de Francia. Dos años después, un Congreso celebrado en Stuttgart reunía ochocientos ochenta y seis delegados; y el de 1910 en Copenhague, congregaba ochocientos noventa y seis, con veintiséis nacionalidades representadas.

“Más que grupo alguno conocido hasta la fecha —expresa el autor citado— ellos eran el ejemplo de la *mentalidad internacional* que se desarrollaba en el mundo, mensajera de un internacionalismo amplio que pretendía cambiar las relaciones entre los pueblos y las naciones”.

Muchos fueron los problemas que se plantearon a la nueva Internacional en el campo de las vicisitudes históricas de la clase obrera y de las relaciones de los pueblos entre sí. No siempre encontró ante ellos y para ellos posiciones inobjetables. La propia composición del organismo y la diversidad de matices y aún de colores en el temperamento de las diversas organizaciones socialistas que lo integraban, no permitía, en muchos casos, sino declaraciones transaccionales, que suelen ser vagas. Así, por ejemplo, ante el problema que planteaban en varias regiones del continente europeo las reclamaciones de las pequeñas nacionalidades frente a las grandes agrupaciones políticas. Lo mismo puede decirse del problema de la

colonización y de las migraciones, pues al par que se esforzaba en reconciliar a los países de emigración con los de inmigración, o a los países exportadores con los importadores, no se mostraba bastante enérgica contra políticas coloniales a base de distingos entre extranjeros y nativos.

Ninguna de esas cuestiones habría de compararse, sin embargo, por la magnitud de sus proyecciones sobre la suerte del organismo socialista internacional, con la que se refiere a la conducta de los partidos socialistas en cada país ante el estallido de una guerra.

El socialismo, impotente para impedir la conflagración europea en una era histórica en la cual el capitalismo y el militarismo imperialista habían venido acumulando los factores que la preparaban y la hacían inevitable, sería su primera gran víctima, y la Segunda Internacional, en que él había organizado su representación efectiva y su símbolo vivo, quedaría destrozada de hecho y en espíritu desde el primer instante de la catástrofe mundial.

Alguna de sus secciones, como la Democracia Social Alemana, se complicó en la agresión de los imperios centrales votando en el Reich los créditos de guerra; otras, como el Partido Socialista Francés y el Belga, mostrándose fieles al principio de la defensa nacional, debieron hacer la guerra contra Alemania y Austria-Hungría; otras se pronunciaron por la neutralidad, como el Partido Socialista Italiano, que nunca aceptó la alianza militar de Italia con aquellos imperios, en la famosa Triple Alianza, y que luego deseaba verla al margen de una guerra del todo ruinosa para Italia, fuese cual fuere el bando en el cual se enrolase.

En cada país beligerante se habían formado, además, corrientes socialistas opuestas; y así tenemos en el Laborismo Británico a los pacifistas, que como Ramsay Mac Donald, se oponen a la política del Partido Laborista, de colaboración con el esfuerzo bélico; en el Partido Socialista Francés, a los que no aceptaban la participación de Guesde en el Gobierno de Unión Sagrada Nacional. En Rusia, mientras los minimalistas eran partidarios

de la defensa de su territorio invadido por los ejércitos alemanes y austríacos, los bolcheviques eran contrarios a la intervención en la guerra imperialista bajo las banderas del Zarismo. En Austria, donde hubo un destacado líder demócrata social, Federico Adler, que atentó contra un Primer Ministro, la oposición socialista a la guerra era considerable. En Alemania misma, la posición adoptada por la mayoría no fué compartida por un grupo de dirigentes tan destacados como Carlos Kautsky, Eduardo Bernstein, Hugo Haase, Arturo Krispien, Jorge Ledebourg, etc., que formaban el "centro", y otro grupo de tendencia más radical encabezado por Carlos Liebeck, Franz Mehring, Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, que formaban la "izquierda", luego denominada la "Internacional".

Durante la guerra se intentó volver a la vida a la Segunda Internacional sobre la base de una campaña pacifista. La Conferencia reunida en setiembre de 1915 en Zimmerwald para reclamar la paz, designó un Comité Internacional Socialista, que debía cooperar con el Buró de la Segunda Internacional en una acción para poner fin a la guerra. Lenin, que era uno de los delegados, quería que se plantasen allí las bases de una nueva Internacional, que fuese enterradora de la Segunda.

La guerra continuó manteniendo dislocadas las secciones de esa Internacional y separados en varias tendencias opuestas a los socialistas.

Se llegó así al fin de la contienda, y en los comienzos del año 1919 el Partido Laborista y el Partido Socialista Francés consiguieron tras muchos empeños reunir en Berna una conferencia a la que asistieron 87 delegados de 26 países. Se dejó allí constituida una Comisión cuyo cometido era reconstruir la Internacional.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El relativo éxito de esa conferencia preocupó a los bolcheviques, que en octubre de 1917 se habían adueñado del poder echando abajo el Gobierno provisional surgido

algunos meses antes en el levantamiento popular que diera por tierra con el zarismo, y que no deseaban la resurrección de la Segunda Internacional, pues querían, en cambio, una Internacional nueva. Alentados por las noticias de las revueltas en casi todo el continente creían los bolcheviques que una revolución se extendería por la Europa Central y llegaría a invadir los países aliados. Afrontando en su territorio una guerra desesperada contra los ejércitos de Kolchak, atrincherado en Omak, y de Skoropadski, que se había adueñado de Ucrania, ansiaban ardientemente la revolución europea que les traería la inmediata seguridad del triunfo.

Para contrarrestar la Conferencia de Berna organizaron rápidamente una Conferencia en Moscú con el fin de fundar la Internacional Comunista. Se reunieron representantes de las organizaciones de "izquierda revolucionaria" de 24 países; pero delegados con pleno derecho a voto sólo había de 19 países. Esta Conferencia se proclamó una ampliación y continuación de la de Zimmerwald, y dando por disuelta la Comisión designada en ésta, constituyó la Tercera Internacional o Internacional Comunista.

Un "manifiesto" al proletariado de todos los países exponía las causas y los fines de esta nueva Internacional. La guerra imperialista —afirmaba el Manifiesto— que había lanzado unas naciones contra otras se estaba convirtiendo en una guerra civil que en todos los países agrupaba clases contra clases. La burguesía estaba asistiendo a su bancarrota, como efecto de la devastación de que era culpable y por su propia incapacidad para organizar la producción. No había más que una salida del caos político, económico y social ocasionado por la guerra: la toma del poder por el proletariado para implantar el Socialismo. Preconizaba el levantamiento de las masas obreras organizadas con el fin de desarmar a la burguesía, constituir consejos de obreros y campesinos, instaurar el Gobierno de los Soviets, organizar ejércitos rojos para su defensa y establecer la dictadura del proletariado, tal como lo habían hecho en Rusia los bolcheviques o "comunistas", que eran, según el manifiesto, los únicos fieles

ejecutores del Manifiesto Comunista de Marx y Engels. Ese documento atacaba duramente a los que llamaba "social patriotas" de la derecha socialista y a los socialistas del centro, que juzgaba irresolutos. El Segundo Congreso de la Tercera Internacional, celebrado el año 1920, contó con delegados de 37 países, entre los cuales algunos componentes del Partido Independiente Alemán y del Laborismo Independiente Británico y de organizaciones gremiales revolucionarias como la I. W. W. (Industrial Worker of the World) de Estados Unidos de América, los delegados de los sindicatos revolucionarios de Francia, de Italia, de España y de Alemania. Muchos de esos delegados no representaban tendencias comunistas, pero estaban interesados en encontrar puntos de coincidencia para luchar juntos por la revolución a corto plazo. Sin embargo ese Congreso adoptó las "21 Condiciones" (léase la nota del t. I, pág. 22), que abrían un abismo entre la naciente organización y no pocos de los grupos allí representados. Esas condiciones obligaban a los partidos que quisieran adherirse a prescindir de los reformistas y de todos aquellos líderes que no hubiesen seguido una línea de rígida intransigencia revolucionaria en su trayectoria política, restablecían la táctica del clandestinismo y la ilegalidad, dando por sentado que ya el mundo había entrado en la era de las convulsiones revolucionarias, y preconizaban utilizar el parlamento democrático sólo como medio de propaganda y de agitación, tendiendo a destruirlo desde adentro.

Dos meses después los socialistas independientes alemanes celebraban un Congreso en Halle, para tratar su afiliación a la Tercera Internacional. El Congreso no aceptó las 21 condiciones y los partidarios de su aceptación lisa y llana (no podía ser sino así) se retiraron. El año siguiente, el de 1921, la posición del Centro e izquierda socialistas se volvió más firme contra la Tercera Internacional. Los procedimientos dictatoriales de los dirigentes de ésta, que tanto desilusionaron a muchos adherentes entusiastas de la primera hora, como a varios delegados del Partido Socialista Italiano, especialmente a

María Angélica Balabanoff (autora de un interesante libro de memorias) no eran los más indicados para conquistar el espíritu de partidos que no se resignaban al papel de simples instrumentos autómatas. En 1921 se llevó a cabo en Viena un Congreso al que concurrieron 80 delegados en representación del centro e izquierda de partidos y grupos socialistas de 13 países. Allí se constituyó la Unión Obrera Internacional de los Partidos Socialistas, a la que luego se conoció con el nombre de Unión de Viena para distinguirla de la Segunda Internacional con sede en Londres y de la Tercera con sede en Moscú, siendo además motejada de "Internacional Dos y Medio", por ocupar un sitio intermedio entre la Segunda y la Tercera. Ella no pretendía ser la Internacional, sino que sólo aspiraba a preparar el terreno para una Internacional futura. Respondía a una posición del Socialismo militante menos moderada que el legalismo evolucionista de la derecha, pero sin incurrir "en la imitación mecánica de los métodos de los revolucionarios obreros y campesinos rusos" ni aceptar "la dictadura del proletariado" que la Internacional Comunista preconizaba.

Finalmente esta Unión y la Segunda Internacional consiguieron ponerse de acuerdo para celebrar un Congreso de fusión que se llevó a cabo en Hamburgo, en mayo de 1923, al cual asistieron 400 delegados en representación de casi 7 millones de miembros de las organizaciones adheridas a una u otra central socialista. Los progresos del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania fueron factores externos que influyeron decisivamente en la fusión de esos dos organismos; y quedó así constituida la nueva Internacional Socialista Obrera, frente a la ola creciente de la reacción en aquellos dos países de Europa y a la Internacional Comunista, que fué decreciendo y desgastándose en complejas y equívocas maniobras tendientes a minarle el terreno o a copar sus componentes, hasta que en agosto de 1943, cuando la U.R.S.S. luchaba para arrojar de su territorio a los ejércitos alemanes con la ayuda de las grandes potencias

democráticas, fué disuelta por un decreto del Presidium del Comintern.

Se pudo decir ante este hecho, para muchos inesperado, aunque había sido precedido por la disolución, algún tiempo antes, de la Sindical Roja (el departamento gremialista de la Tercera Internacional) que ese decreto sólo vino a matar un cadáver, pues nada representaba ya esa Internacional para el proletariado comunista del mundo, que recibía sus consignas por intermedio de los partidos políticos del Comunismo, y para la suerte de la U.R.S.S. y del Comunismo Soviético en Rusia, a la que más que provechos reportaba inconvenientes la existencia de dicha organización.

Había sido un elemento de discordia y desunión del proletariado mundial, que preparó el terreno para la reacción fascista por doble manera: dividiendo las fuerzas obreras con su escisionismo rabioso y su táctica de "todo o nada" y sembrando en las masas populares, al menos durante los primeros años de su prédica, un torpe menosprecio y un grosero escepticismo por las formas y progresos de la democracia política, sirviendo de ese modo con la mayor eficacia a los planes de dominación de fascistas y nazis.

Y luego, en las primeras etapas de la guerra actual, su derrumbe moral había sido completo al colocarse en actitud de neutralismo activo ante los dos bandos en lucha, prestando así al nazifascismo durante casi dos años servicios invalorable con su propaganda antiguerrera entre los obreros —con la que contribuyó a precipitar la caída militar de Francia— y los Congresos propaz organizados hasta en Londres cuando más arreciaba el bombardeo de los aviones alemanes sobre Inglaterra. Porque sin entrar a discutir las razones que la U.R.S.S. haya podido tener para celebrar con Hitler el pacto de neutralidad amistosa (ya que un país siempre tiene motivos plausibles para permanecer al margen de una guerra), lo que no se puede explicar benévolamente es que esa Internacional haya debido prodigarse en una propaganda insistente y porfiada de alejamiento de las masas

trabajadoras y populares de toda actitud de colaboración con el esfuerzo bélico y hasta de simple beligerancia espiritual, que de haber alcanzado éxito en los países democráticos —los únicos donde, como es natural, se realizaba— hubiera decretado la derrota de Inglaterra en el curso de esos dos primeros años y por consiguiente el triunfo completo del nazismo. En su contacto con el espíritu de las masas obreras de casi todos los países civilizados a través de sus secciones políticas, los partidos comunistas, ella cultivó un confusionismo disolvente del carácter cívico de esas masas, con sus fórmulas de una llamada "política realista", que no era sino la misma estigmatizada por Marx cuando la veía encarnada en la doctrina de los resultados inmediatos de M. Miquel o en los tratos equívocos de Lasalle con Bismark. Terminada la guerra el Comunismo ha entrado a colaborar con los partidos social-demócratas y burgueses en el gobierno de varios países.

En cuanto a la Segunda Internacional, rudo golpe le aplicó el nazismo, como también a la I. Comunista, cuando adueñándose del poder implantó sus normas de dictadura brutal y sanguinaria, que desembocaron en la más terrible conflagración que haya presenciado los siglos, y durante la cual los partidos socialistas debieron, en todos los países de Europa, sufrir los embates de la bárbara invasión alemana, si antes no habían sido disueltos o desterrados por la ocupación militar del nazismo, como en Checoslovaquia o por gobiernos fascistas como en Italia, en España, en Austria, en Hungría. Cuando cayeron Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda y sobre todo Francia, sólo quedaba en pie, como poderosa fuerza viva de la Segunda Internacional, el Laborismo Británico.

Las circunstancias no permitían que se desplegasen actividades de coordinación entre esas fuerzas y las otras fuerzas socialistas dispersas, cuyos componentes, como los del socialismo italiano, daban señales de vida en Francia hasta que se produjo la ocupación alemana, o en América, como los socialistas españoles desde la victoria del general Franco.

Ya hemos referido que la conclusión de la guerra permitió que en los primeros días del mes de marzo de 1945 se reuniera en Londres una Conferencia Internacional Socialista en la sede del Partido Laborista. Fué presidida por el entonces ministro de Comercio, H. Dalton, y se hallaban presentes las delegaciones de 14 países.

No debemos dejar de referirnos, por otra parte, a las relaciones del aspecto político del internacionalismo socialista con el internacionalismo gremialista, es decir, las relaciones de esa organización de partidos políticos con el movimiento sindical internacional.

Al mismo tiempo que se realizaban esfuerzos para crear un organismo internacional de coordinación de las fuerzas políticas socialistas, se procuraba dar vida a una central mundial gremialista obrera.

El Socialismo contemporáneo dió siempre y en todas partes mucha importancia a la capacitación de los trabajadores para la lucha de clases en el terreno de las relaciones directas e inmediatas del trabajo con el capital, es decir, en el campo de las actividades gremialistas. Es en ese campo donde aparecen las primeras manifestaciones de la lucha de clases, que empiezan por ser simplemente instintivas, producto del instinto colectivo de conservación y defensa que se expresa en el espíritu de asociación y de coalición de los hombres para mejorar sus condiciones de vida. Ante los rigores de la opresión económica, los trabajadores tienden a agruparse buscando en la unión un amparo obedeciendo solamente al impulso de la necesidad. Así como los esclavos y los siervos supieron concertarse algunas veces para intentar romper sus cadenas o al menos volverlas menos crueles; y los "oficiales", los *compagnons* de los talleres medievales en el régimen de las corporaciones, dieron en unirse secretamente para mejorar su situación frente a los patronos o "maestros", así también los obreros de la era capitalista debían por fuerza procurar en la solidaridad permanente el medio para adquirir capacidad de acción ante la explotación que los agobiaba y que de tanto en tanto los arrojaba a levantamientos y revueltas tan exasperadas como las que agitaron el medio indus-

trial inglés en la época de los *luddistas* y las que estallaron en Lyon y otras ciudades industriales de Francia en la tercera y cuarta década del siglo XIX.

La misma dura necesidad que decretaba esos estallidos, impuso el empleo de la unión y la asociación constantes para dar a todos los movimientos de resistencia proletaria posibilidad de preparación y garantías de éxito. Y es precisamente esa tendencia instintiva del proletariado a agruparse —apenas supera un poco el estado de embrutecimiento y sumisión en que los explotadores suelen mantener a los explotados en los más bajos sectores y en las más sombrías etapas de la explotación— la que puede considerarse el germen orgánico del socialismo en cuanto movimiento sistemático y organizado de los trabajadores en pro de su emancipación económica y social.

En esa acción de defensa propia de los obreros ignorantes y ajenos a toda ideología, el socialismo debía ver un elemento vivo de agitación social y de mejoramiento y elevación de los trabajadores estrechamente vinculado a su suerte como ideología militante. Ya hemos explicado cómo en vez de desentenderse y apartarse de esos intentos espontáneos y sin doctrina del obrero para reaccionar contra la miseria a que implacablemente lo condenaba un régimen social de injusticia, el Socialismo dejaba de ser una idea, una filosofía social o política para los dirigentes de la sociedad o para los idealistas e ideólogos, convirtiéndose en un pensamiento de orientación de las masas productoras, de esas mismas masas productoras que se rebelaban instintivamente o se organizaban solamente para impedir que las esquilmasen siempre más.

Desde ese punto de vista el movimiento gremialista puede considerarse uno de los orígenes y fundamentos reales del Socialismo contemporáneo. Los nuevos partidos socialistas surgidos, directa o indirectamente de la Asociación I. de los Trabajadores, en la que la acción del proletariado aparece integrada por su doble aspecto de lucha en el campo gremial y de lucha en el campo

político (aunque partiendo de la base de que la lucha de clases es una sola, que se manifiesta en terrenos distintos), consideraran a las asociaciones de oficio, a los sindicatos gremiales, a las tradeuniones como elemento esencial del movimiento de emancipación proletaria y de transformación social.

Prestaron, pues, gran atención a los esfuerzos de organización de los obreros en ese campo y ayudaron o decidieron la formación de sociedades gremiales locales o nacionales; y fueron los socialistas quienes las impulsaron a la fundación de centrales obreras de cada país y luego a la celebración de acuerdos entre las centrales de diversos países. Los obreros socialistas y los partidos socialistas ven en esos organismos factores necesarios para mejorar las condiciones de vida y trabajo de las masas obreras y capacitarlas para la campaña integral de emancipación. Ven en las huelgas y boycotts medios apropiados de lucha, pero aún cuando suelen entender con Marx que los esfuerzos de los obreros en pro de su mejoramiento son buenos sobre todo porque sirven al surgimiento de la acción de clase o impiden la estagnación, debilitamiento y domesticación, por atrofia mental, de su acción de clase, exigen que esos medios radicales se empleen con cautela y bajo la garantía de organizaciones responsables. Quiere esto decir que ponen por encima de los actos más peligrosos de agitación y de lucha, la preocupación de constituir y mantener el órgano sin el cual esos actos pueden resultar contraproducentes.

El acto fundamental consiste, pues, en asociar y organizar a los trabajadores para la mejor defensa de sus intereses y el triunfo de sus aspiraciones.

Y así como en cada país donde el partido socialista toma pie y se consolida, se desarrolla a su costado, creado por él, o estimulado y en alguna medida influido por él, un movimiento gremial, así también había de surgir paralelamente a la coordinación internacional de los partidos socialistas, una coordinación internacional de las asociaciones gremiales obreras.

Las primeras concertaciones de esta índole que sur-

gieron fueron las que se establecían entre asociaciones de trabajadores de una misma industria. Entre los años 1889 y 1890 se constituyen los primeros secretariados profesionales, comenzando por el de tipógrafos, que surgió de la conferencia internacional de ese oficio en la que se hallaron representadas 17 uniones tipográficas de Francia, Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania, Italia, España, Bélgica, etc. Le siguió la Federación Internacional Minera, que surgió de una conferencia celebrada en Londres, donde se reunieron 102 delegados de las uniones mineras de Inglaterra, Alemania, Francia y Austria. En 1900 el número de secretariados internacionales de determinadas industrias (de transportes, de la madera, de empleados de comercio, etc., además de los dos arriba citados) alcanzaba a 17, número que fué sobrepasado en años posteriores hasta el estallido de la guerra mundial de 1914. Algunos secretariados profesionales estaban situados en Inglaterra, otros en Alemania, otros en Suiza, otros en Holanda.

Uno de los factores que impulsaron la formación de esos secretariados fueron los Congresos de la Segunda Internacional. Los Congresos de Zurich de 1893, y de Londres, de 1896, en los que figuraban como delegados muchos trabajadores agremiados y proclamaron la conveniencia de formar organizaciones internacionales de industria. Esto multiplicó los secretariados, y de ahí se pasó a la tentativa de la formación de una Internacional de gremios de toda especie. Tuvo éxito la que llevaron a cabo de consuno la Federación de los Gremios Daneses y la Federación de las Trade-unions británicas, que cuajó en un Congreso reunido en Copenhague el año 1901. De ahí salió el secretariado internacional de las Centrales Obreras Nacionales, que años después en una de sus conferencias que tuvo lugar en París el año 1909 cambió su nombre por el de Federación Internacional Sindical.

Esta es la misma que, reorganizada después de la guerra en el Congreso de Amsterdam, de 1919, y con funciones más amplias que la primitiva, se conoce con el

nombre de Internacional de Amsterdam, ciudad donde tenía en los últimos años su sede central, con un Consejo Directivo que solía reunirse conjuntamente con el Consejo de la Internacional Obrera Socialista para acordar actitudes y líneas de acción paralela ante las más importantes cuestiones de interés general para los trabajadores.

Mientras la Internacional Socialista encabezaba el movimiento del proletariado mundial en el plano de acción en que se mueven los partidos políticos en sus relaciones con el Estado y las instituciones públicas de la sociedad, la Federación Sindical Internacional, sin confundirse con aquélla, era el centro mundial que daba a la acción de las organizaciones de industria y oficio, constituidas para la lucha desde el sindicato en defensa de los intereses gremiales y el mejoramiento de las condiciones de trabajo, una coherencia de conjunto, o por lo menos, una posibilidad de apoyo para cada central nacional obrera en la solidaridad internacional de todas.

Como hay zonas donde una y otra acción se confunden, o en las que, a igual título, pueden intervenir aunque con distintas técnicas de actividad pública, las asociaciones gremiales y los partidos políticos —la zona de la legislación obrera, la de los impuestos, la de las garantías legales para el desenvolvimiento obrero, de la política interna o externa en relación a la suerte misma de los principios fundamentales de orientación de los trabajadores—, se estableció una norma de convivencia fecunda entre la Internacional Socialista, cuyas fuerzas operaban por el órgano de los partidos (cuya estructura y composición es distinta a la de un sindicato obrero), y la Sindical Internacional, que agrupaba asociaciones de esa otra índole y con un radio más limitado y más específico de actividad.

Los consejos de una y otra Internacional encaraban juntos ciertos problemas de fondo para el destino de las clases productoras. Ellas han redactado y firmado juntas algunos mensajes dirigidos a los trabajadores del mundo con motivo de los avances del fascismo y del

nazismo y ante la amenaza de la nueva conflagración. Y así mantenían un contacto que no podía menos de ser saludable para los partidos de la democracia social y para las orientaciones sindicales, tanto más cuanto que ese contacto no se traducía en sometimiento de aquéllas a éstos ni de éstos a aquéllas, si bien, eso sí, en la Federación Sindical figuraban agrupaciones obreras que como las trade-uniones británicas integraban el Laborismo británico, que es una expresión política adherida, a título de tal, a la Internacional Socialista.

La guerra mundial vino a darle un golpe de muerte. La ocupación de casi toda Europa por los ejércitos de Hitler desbarató sus cuadros e imposibilitó su acción. En las postrimerías de la contienda, por iniciativa de un comité de alianza de las trade-uniones inglesas y los sindicatos soviéticos, que se había constituido al entablarse la alianza militar de Gran Bretaña con la U.R.S.S., se efectuó en Londres una gran conferencia sindical mundial, donde se resolvió constituir una nueva Federación Internacional de los Sindicatos. Fué designado un comité, con sede en París, para elaborar el proyecto de estatutos de la nueva Federación y organizar el Congreso Sindical Internacional en el transcurso del año 1945. Las trade-uniones de Inglaterra y los sindicatos de la U.R.S.S. serían los grandes puntales de esa nueva organización. Aunque la Internacional de Amsterdam tuvo alguna participación en la formación de este organismo obrero por medio de un delegado en el Comité de París, ella quedó sepultada bajo la flamante Internacional de los sindicatos obreros. Con ésta se abre una nueva etapa del movimiento sindical en el mundo¹.

¹ El laborista Walter Citrine, primer presidente de la Nueva Internacional Sindical, escribió lo siguiente en un artículo para "Tiempos Nuevos", revista que aparece en Moscú (Nº 8, septiembre de 1945):

"Un organismo sindical internacional fuerte, unido y universal debe ser creado para hacer representaciones colectivas en nombre del movimiento sindical a los gobiernos nacionales o a las organizaciones internacionales. Esta necesidad está afirmada por toda la marcha de los sucesos que se han desarrollado después de la guerra en Europa y en Extremo Oriente".

DÉCIMA PARTE

RELACIONES DEL SOCIALISMO CON LOS
ÓRGANOS ECONÓMICOS DE LA
CLASE OBRERA

En lo tocante a las relaciones del Socialismo con las asociaciones gremiales surgen diversas tendencias en el seno de aquél o en el ámbito de la clase obrera, que van desde la separación en planos casi incomunicados hasta la supeditación de los segundos al primero; desde la hostilidad de las asociaciones gremiales al partido, hasta la confusión del partido con las asociaciones.

Mientras unos quieren que los organismos gremiales se atengan, pura y simplemente, a su acción de baluartes de los intereses económicos del gremio sin complicarla con doctrinas ni con preocupaciones espirituales de posición política o social; otros quieren que ellos no permanezcan ajenos a cuestiones de un orden general que afectan a los trabajadores como componentes de un sistema social o como miembros de una sociedad civil, que les reconoce o les niega derechos. Y hay quienes, yendo todavía más lejos, quieren, en un bando, hacer de esos órganos un instrumento de la acción partidaria, poniéndolos a su servicio, y en otro bando, independizándolos de toda ingerencia de los partidos, pero no para privarlos de acción política y reducirlos a sus fines estrictamente gremiales, sino para erigirlos en factores de una política propia, con una doctrina y una filosofía política, y con una acción que mira por encima de los mejoramientos de las condiciones del trabajo al objetivo mucho más ambicioso de transformar la sociedad por medios revolucionarios.

Un ejemplo de la primera posición lo encontramos en la Federación Americana del Trabajo, de Estados Unidos, de sus primeros tiempos, cuando bajo la presidencia de Gompers no sólo asumió una actitud apolítica, sino hostil a las ideologías, y luego propuso en la Conferencia de Amsterdam del Secretariado Internacional, en el año 1905, que éste "excluyera toda cuestión teórica y las que

afectaran los métodos y tendencias de los movimientos gremiales de los diversos países”, y que se limitara a “deliberaciones concernientes a la promoción de vínculos más estrechos entre los gremios de los distintos países, la obtención de estadísticas gremiales, la provisión de ayuda mutua en caso de conflicto industrial y toda otra cuestión o relación directa con los organismos gremiales de las clases trabajadoras”. Por las limitaciones de ese cometido el Secretariado Internacional llegó a ser denominado en ese entonces “el buzón de Amsterdam”.

Un ejemplo de la última la tenemos en la Confederación General del Trabajo de Francia, que en ese tiempo exigía que en los Congresos gremiales se consideraran los problemas sociales y políticos junto con los gremiales, invadiendo así la órbita de acción de los partidos y suplantándolos como partidos obreros.

Esta posición chocaba en Francia directamente con los partidos socialistas. Se fundó en ese país en el año 1886 el Comité Nacional de Sindicatos con fines económicos y políticos, que dió gran impulso al movimiento obrero sindical. La actividad política de ese Comité se intensificaba en un sentido revolucionario. Eran los tiempos en que Aristides Briand, más tarde ministro burgués de la República y jefe ilustre del gobierno, se enorguecía del dictado de “apóstol de la huelga genral” por su propaganda en pro de lo que se llamara el *grevegeneralisme*, o sea, la doctrina que hacía de la huelga genral un gran medio para la liberación del proletariado. Como en la clase obrera francesa hubo siempre un fuerte núcleo de prudhonianos y de anarquistas bakunianos, contrarios a la actividad parlamentaria, prosperó fácilmente en el ánimo de la mayoría la opinión de que la acción política debía desplazarse absolutamente del campo gremial. Se trató de eliminar de ese modo la influencia de los socialdemócratas sobre los sindicatos, y se fundó la Federación de Bolsas de Trabajo. Fué su director y principal inspirador un intelectual anarcocomunista, Fernando Pelloutier. Las dos organizaciones se fueron, a pesar de todo, aproximando. En 1895 se constituyó la

Confederación General del Trabajo, en cuyo seno se fusionaron ambas, en 1902. En su ambiente y por la influencia de algunos intelectuales como Pelloutier, Legendelle, Sorel, el teórico de la violencia, que tanto influyó en la filosofía de los dictadores totalitarios, se fué elaborando la doctrina sindicalista revolucionaria, que tuvo teóricos destacados en otros países, especialmente en Italia y España, y que en algunos de sus representantes pretende ser una superación y un perfeccionamiento de las concepciones doctrinarias de Marx; en otros, una mejor aplicación e interpretación de éstos, y en otros una rectificación del marxismo. Lenin lo ha llamado “revisionismo de izquierda”. Su tesis central es la de que la lucha obrera tiene como campo de acción verdadera el de las relaciones directas del trabajo con el capital y que el órgano de emancipación, el órgano específico de la Revolución no es otro que el sindicato obrero. No puede tener sino ese sentido la frase según la cual “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”. El Parlamento fué órgano de la Revolución burguesa y es el órgano de la democracia burguesa; el órgano de la Revolución Social de los trabajadores tiene que ser la asociación gremial animada de espíritu revolucionario y organizada para todas las formas de “acción directa”. Incluía entre sus medios extremos el sabotage y rechazaba los convenios colectivos del trabajo.

Algunos sindicalistas repudiaban la acción política parlamentaria, otros la empleaban como un medio de propaganda y enviaron representantes al parlamento a defender los derechos sindicales y a hacer la crítica del sistema capitalista.

Como estaba entonces de moda en Francia el filósofo Bergson, con su teoría del *elán vital*, algunos doctrinarios del Sindicalismo vincularon su concepción de la revolución proletaria a esa teoría que contiene, como la dialéctica hegeliana, un principio de dinamismo creador, con lo cual encontraban en el pensamiento filosófico

francés un sucedáneo del elemento filosófico alemán introducido por Marx en el socialismo contemporáneo.

A propósito de ese movimiento ha dicho Juan B. Justo:

“Con toda su unilateralidad el sindicalismo ha sido en Francia una reacción saludable contra la tutela que ejercían las fracciones políticas sobre el movimiento obrero gremial, al cual debilitaban con sus disensiones doctrinarias y personales”. (JUAN B. JUSTO, *Teoría y Práctica de la Historia*, segunda edición, pág. 432.)

Esa corriente contagió a no pocos afiliados de los partidos socialistas y apareció en ellas con tintes marcadamente revolucionarios, de intransigencia clasista y antirreformista, aspirando a adueñarse de la dirección de esos partidos. No tardaron en ser expulsados o en alejarse de sus filas. Perdió casi toda su fuerza cuando la Confederación General Obrera de Francia, su principal baluarte, cambiando de actitud durante la guerra, en que sus declaraciones pacifistas y el antipatriotismo rabioso de algunos de sus líderes como el voluble Gustavo Hervé, dieron paso a una táctica de colaboración con el Estado, y después de la guerra, evolucionaba hacia el reformismo gradualista legal. Había entrado así en las aguas de un nuevo “sindicalismo” que no rompía lanzas con los socialistas parlamentarios sino que colaboraba con ellos en Amsterdam, donde su dirigente Jouhaux ocupaba un sitio en el Consejo y tomaba parte importante y directa en la confección del capítulo XIII del Tratado de Versalles, el de la Convención Obrera, que dió origen a la Oficina Internacional del Trabajo y a sus conferencias anuales.

El sindicalismo revolucionario fué, en realidad, enterado por la acción de la Confederación Obrera General, donde había nacido, que lo había creado como hecho. En efecto, por una parte, del seno de ello se desgajaba la fracción que formó la Confederación General de Obreros Unidos de Francia, para adherirse a la Sindical Roja de las Uniones Obreras —que no era sino un apéndice del comunismo político—; y por otra parte ella se adap-

taba a fines de acción reñidos con el ideario y la táctica de su anterior sindicalismo.¹

Verdad es que otra corriente, manteniéndose fiel a los principios originarios, continuó equidistante de aquellas dos tendencias y constituyó una Internacional Sindicalista con sede en Berlín, para rivalizar con la Internacional Sindical de Amsterdam y la Sindical Roja de Moscú. Pero no llegó a contar con la adhesión de grandes grupos obreros sino en muy escasas regiones de Europa.

Existe una tendencia llamada Socialismo de la Guilda, surgida en Inglaterra y propiciada sobre todo por los gremios de la construcción, que puede considerarse como una forma de sindicalismo. De ella se derivaría una sociedad organizada sobre la base de grupos profesionales. En vez de una representación de clases en la estructura política, propone una representación profesional. La representación nacional suprema estaría compuesta por delegados de las industrias y oficios. Esta “democracia profesional” como se la ha llamado ha encontrado una derivación desnaturalizadora en las tendencias fascistas que quisieron suplantarlo el principio de la soberanía en función de los partidos políticos por el de la soberanía en función de los gremios obreros y patronales. claro está que sometidos unos y otros a la voluntad de la dictadura. El régimen soviético, por su parte, puede considerarse teóricamente una forma de gobierno de democracia profesional relativa, pues en la U.R.S.S. la Constitución concede el derecho de presentar candidatos “a las organizaciones sociales y a las asociaciones de trabajadores: al Partido Comunista (como único partido político), a los sindicatos, a las cooperativas, a las organizaciones de la juventud y a las sociedades culturales”.

¹ A la terminación de la guerra reciente se fusionaron ambas, o mejor dicho la Confederación Comunista se refundió en la primera Confederación, que actúa al margen de todos los partidos, y por ello se llama apolítica.

Paralelamente a las grandes vías, la política y la gremial, por donde se desarrolla el movimiento obrero socialista, se viene ampliando otra a la que ese movimiento hace llegar su impulso y de la que recibe a su vez su impulso y contribución constantes.

Es el cooperativismo que nació de las ideas y de los esfuerzos, en gran parte utópicos, de Roberto Owen, y que debiendo por su índole interesar sobre todo a los trabajadores, marcha vinculado a la suerte del movimiento socialista; y si bien constituye una forma de actividad económica que interesa asimismo a los hombres de las clases sociales medias, y agrupa millones de éstos en sus cuadros, sin distinción de tendencias políticas, ofrece al Socialismo un campo de cultivo práctico y experimental de primer orden, llegando a ser en sus expresiones más genuinas una de sus alas para el avance en la preparación de los espíritus y en la disposición de los hechos. Tan es así, que para casi todos los modernos forjadores del Socialismo internacional la pujanza del movimiento socialista en un determinado país se mide por la importancia de las fuerzas partidarias socialistas, por la potencialidad del sindicalismo obrero y por el desarrollo del cooperativismo entre los trabajadores.

La cooperación con fines de defensa económica se ha derivado de la mutualidad para la asistencia y socorro, que aparece como objetivo de algunas "fraternidades" obreras de comienzos del siglo XVIII. Surgen por ese tiempo las primeras asociaciones de socorros mutuos, que se han calificado como verdaderas cooperativas de seguro para la enfermedad.

En las llamadas "sociedades gremiales de base múltiple", de que son un ejemplo las más fuertes trade-uniones inglesas, el mutualismo se traduce en la ayuda que pres-

ta a sus asociados en los casos de enfermedad, vejez, muerte, accidentes, desocupación.

El mutualismo ha continuado creciendo en todas partes sin impedir el crecimiento del cooperativismo ni ser obstaculizado por éste. Son actividades hermanas, que pueden fusionarse en organismos comunes, que no se estorban entre sí.

Para la suerte de los trabajadores es más importante —sobre todo después que la legislación social viene organizando en los países más adelantados formas estatales de socorro, asistencia y seguros para los obreros— la cooperación económica "libre" como la califica el doctor Justo para distinguirla de la cooperación coercitiva, forzada, en que los hombres deben entrar a trabajar dentro del régimen de la producción capitalista. Ella es la asociación espontánea para adquirir o producir, para vender mercaderías o realizar servicios como el del crédito, el de los seguros de diversa índole, el de la distribución, el de la irrigación en algunas zonas agrícolas, etc. En los comienzos del siglo XIX se realizaron por iniciativa de Owen, intentos utópicos tendientes a hacer de la cooperación en condiciones inadecuadas la base de una nueva organización social. Trasladóse el genial reformador al territorio de Indiana, en Estados Unidos, donde fundó la colonia comunista "Nueva Armonía", que fracasó por ilusoria, arrastrando en su fracaso la fortuna acumulada por el reformador en sus negocios, humanitariamente conducidos, como fabricante en New Lanark. Pero las ideas de Owen sobre las virtudes de la cooperación, que aparecían desbaratadas por la realidad en los organismos creados de acuerdo con planes inadaptables a las circunstancias, fructificaron en realizaciones viables en manos de quienes con menos imaginación y propósitos por cierto mucho menos audaces las pusieron prácticamente al servicio de sus necesidades modestas. Sus enseñanzas en ese terreno resultaron preciosas. Su entusiasmo por el ideal de la cooperación; los efectos que esperaba de ella; los aspectos prácticos que le descubría sirvieron para que aquellos

oscuros obreros se decidiesen a llevar a cabo, humildemente, un día del año 1844, en una pequeña ciudad de su país, en Rochdale, una obra que habría de constituir el punto de partida de todo el cuantioso movimiento cooperativo actual.

Pero por ese tiempo en el continente europeo las ideas de cooperación tomaban cuerpo con miras más ambiciosas. No se resignaban a detenerse en la asociación de obreros y consumidores modestos para defenderse de la extorsión de los dueños del capital mercantil. Tendían a librar a los productores de la sujeción al capitalista industrial, y la agitación que inspiraban proclamaba "la fábrica de los obreros", reclamando la ayuda del Estado para organizarlas o sostenerlas con el crédito oficial. Ya hemos reseñado la campaña de Luis Blanc en ese sentido en Francia y más tarde la de Lasalle en Alemania así como el reflejo de las ideas de éste en el Programa de Gotha. También se recordará el sitio reservado en el programa de la Primera Internacional al sistema cooperativo "sostenido por medios nacionales".

ASPECTO IDEOLÓGICO DEL COOPERATIVISMO

La cooperación debía, necesariamente, dar motivo a grandes debates en sus relaciones con la ideología de renovación social. Marx y Engels no compartían la fe de Lasalle en la virtud de las asociaciones cooperativas creadas bajo el ala protectora del Estado, y no las creyeron llamadas a suprimir por sí solas el régimen del salariado ni a desplazar el capitalismo del campo del intercambio de los productos.

Ofrece interés del punto de vista de la exposición que venimos haciendo, seguir la evolución que el concepto de la cooperación ha sufrido en el seno del movimiento obrero y socialista con relación a su eficacia o alcance como medio de emancipación económica de los trabajadores.

El Congreso de París de 1896 se planteó la cuestión

como 6º punto de su orden del día o programa de trabajo: "Las asociaciones cooperativas de producción, de consumo y de crédito". Ese Congreso, de cuya tendencia ya hemos hablado, resolvió "que el principio vital que debe redimir a los trabajadores había salido de las sombras de la utopía: era la asociación". Y agregaba que "la cuestión de la emancipación del trabajador hallaría su solución en el principio de la asociación cooperativa".

La mayoría de los delegados veía en la asociación una especie de panacea universal. De ella esperaba la supresión de la miseria y un nuevo Estado social fundado en la equidad y en la solidaridad (LEÓN BLUM, obra cit., pág. 13).

Pese a las objeciones de un delegado, el ciudadano Finance, que sobre el ejemplo de las asociaciones francesas, alemanas, inglesas, demostró que las cooperativas de producción estaban expuestas al fracaso, el Congreso manifestó su confianza en los resultados de las cooperativas de producción, de consumo y de crédito.

En el Congreso obrero de Lyon, el año 1878, el optimismo cooperativista aparece muy atenuado. Es verdad que allí el delegado de las grandes cooperativas de consumo declaraba "que el fin digno de perseguirse debía ser la regularización de la producción y la supresión del salariado", cuya realización vinculaba al desarrollo de las cooperativas. Pero el delegado Dupire interpretando el criterio del periódico "Egalité" decía:

"La sociedad moderna está dividida en dos clases: los explotados y los explotadores; los que trabajan sin poseer y los que poseen sin trabajar. ¿De qué proviene este estado de cosas? Del antagonismo de los intereses. ¿Cómo ponerle remedio? Sustituyendo el principio de la solidaridad universal al principio del antagonismo general. Esto es precisamente lo que han intentado los cooperadores. Pero la experiencia de estos últimos años testimonia, en ellos, los fracasos de la idea cooperativa; y teóricamente la cooperación no revela ninguna de las propiedades necesarias a la solución del problema social. La cooperación generalizada no conducirá absolutamente a la emancipación total de los trabajadores, sino a la explotación de los trabajadores por algunas categorías corporativas o por algunos individuos".

Pero fué en el Congreso de Marsella, el año siguiente, donde la idea de la cooperación como forma única o principal de transformación social en el sentido de la liberación económica de las masas obreras, quedó descartada:

“El Congreso declara que la emancipación de los trabajadores no podría resultar del solo desarrollo de las asociaciones cooperativas”.

En el debate sobre ese tema se pronunciaron algunos discursos radicalmente contrarios a la cooperación. Así el ciudadano Finance decía:

“Todo el mundo ha sido cooperador; el Conde de París y Napoleón III. Es que la cooperación mata el sentimiento político. Ella es una apariencia de solución que podría creerse inventada por la burguesía egoísta... ella es el más grande común divisor de las fuerzas obreras”.

A continuación el delegado Dupas sostiene la tesis de que ningún obrero “debe formar parte de ninguna cooperación”.

Hubo, eso sí, defensores fervientes de las cooperativas, como Tessier y Chartier, de Nimes, que abogaron por las cooperativas de consumo; y Herivault, representante de la Unión de la Construcción de París, que se declaró partidario de la cooperativa de producción. El delegado Tranier, de Toulouse, contestándole dijo:

“Nosotros no condenamos las cooperativas; muy al contrario, ellas constituyen medios apropiados para instruirnos sobre nuestros derechos y nuestros deberes; pero los trabajadores no pueden obtener los instrumentos de trabajo y las materias primas más que por la revolución”.

Por último el Congreso formuló el pronunciamiento siguiente:

“Considerando que de los discursos pronunciados por los diversos oradores resulta:

- (1) Que el trabajador no puede por su salario equilibrar su presupuesto.
- (2) Que siéndole imposible, por consiguiente, toda economía, él no puede alcanzar por el rescate el fin social de la posesión de los instrumentos de trabajo.

“3) Que las sociedades cooperativas de producción o de consumo no pueden mejorar sino la suerte de un pequeño número de privilegiados en una débil proporción.

“El Congreso declara: Que las sociedades no pueden ser consideradas como medio bastante poderoso para arribar a la emancipación del proletariado. Que, sin embargo, pudiendo ese género de asociaciones prestar servicio como medio de propaganda para la difusión de las ideas colectivistas y revolucionarias, cuyo fin es poner los instrumentos de trabajo entre las manos de los trabajadores, el debe ser aceptado al mismo título que todos los otros géneros de asociaciones con el único objeto de llegar lo más pronto posible a la solución del problema social por la agitación revolucionaria más activa”.

Las ideas de Marx sobre la cooperación no fueron muy claras. Según Bernstein eso se explica por dos razones: la primera es que, en esa época, no se había hecho todavía de las diferentes formas de cooperativismo una experiencia suficiente. Las de los bazares de cambio, cuyo fracaso se había demostrado completamente, no era por cierto favorable. La otra razón es que Marx no tenía ante las asociaciones cooperativas esa libertad de espíritu teórico que habría permitido a su clarividencia teórica ver más lejos que un socialista cualquiera, pues la doctrina de la expropiación se alzaba como un obstáculo ante su poderosa facultad de análisis con respecto al fenómeno de las cooperativas (E. BERNSTEIN, *Socialisme theorique*, págs. 166 y 167).

El Congreso de Génova, de la Internacional, adoptó una resolución redactada por Marx en los siguientes términos:

“Recomendamos a los obreros ocuparse más de la cooperación de producción que de los almacenes cooperativos. Estos últimos sólo afectan la superficie de la sociedad económica actual, mientras que los primeros la atacan en sus bases. Para evitar que las sociedades cooperativas degeneren en simples sociedades de comandita burguesas, sería necesario que todos los trabajadores por ellas ocupados recibiesen una parte igual. Como medida temporaria solamente se podría pagar a los accionistas un interés moderado”.

Las cooperativas de producción fracasaron entre los años 1860 y 1870. Las de consumo no habían logrado mucho desenvolvimiento. Pero éstas, sobre todo tras el

éxito alcanzado por la de Rochdale, encontraron cada vez ambiente más propicio.

Entre los socialistas alemanes el cooperativismo fué motivo de especial preocupación en la época de la gran controversia entre Lasalle y Schulze-Delitzsch, que propiciaban tendencias distintas de la cooperación.

Desde entonces el movimiento cooperativista se ha venido desarrollando con ininterrumpido crecimiento y ha cabido, en casi todas partes, a los socialistas un papel preponderante en el progreso y fomento de las cooperativas. En Bélgica, por ejemplo, el diario "Le Peuple", órgano del Partido Socialista, con sus costosas instalaciones, y la Casa del Pueblo, fueron financiados a base de una gran cooperativa.

En Italia, las famosas cooperativas de Milán, las agrícolas de muchas regiones, las de navegación de Génova, fueron obra de los socialistas. En Inglaterra, el vasto movimiento cooperativo con su Consejo Central está dirigido por laboristas y mantiene relaciones casi orgánicas con el Laborismo británico. En los países escandinavos, donde la cooperación asume tan diversas formas y se ha desarrollado en proporciones tan considerables, puede también decirse que es casi toda ella una realización debida a las iniciativas y actividades del Socialismo. En la República Argentina "El Hogar Obrero", la más importante cooperativa de viviendas y de consumo, fué fundada por los socialistas, a iniciativa del doctor Juan B. Justo.

No se le mira, pues, como un rival de la obra del Socialismo y de los partidos socialistas, sino por el contrario, como una encarnación y un aliado, cuando no un punto de apoyo de esa obra.

Se ha querido, eso sí, asignarle por parte de algunos cooperativistas doctrinarios una ideología propia con vistas a la organización de la sociedad como movimiento encaminado a plasmar bajo sus principios toda la economía social.

Y se ha pretendido oponer como rivales la solución cooperativista a la solución colectivista del problema so-

cial, como en tiempos de Proudhon, pero ya sobre la base de una extensa actividad cooperativista en la que se juntan muchas corrientes ideológicas distintas, y sin los puntos de vista políticos y socialmente filosóficos del autor de "Las contradicciones económicas".

En cambio las corrientes extremistas del socialismo revolucionario siguieron desdeñando las cooperativas, y los bolcheviques no le acordaban ningún papel útil a la causa de la emancipación del proletariado considerándolas sólo aprovechables después de realizada la toma del poder por los obreros, y en cuanto organizaciones que servirían para colaborar con el Estado en varias importantes funciones de las actividades económicas y de la asistencia social.

Lenin atribuyó a la cooperación voluntaria papel destacadísimo en la implantación del socorro mutuo agrícola. En los tiempos de la NEP exhortó a las poblaciones rurales a que constituyesen sus sociedades mutualistas de socorro. El se comprometía a proporcionarles todo lo necesario para que pudiesen proveer a la asistencia de los campesinos asociados en los casos de enfermedad, invalidez o vejez. Les dotó de tierras, que los campesinos cultivaban en común para formar y acrecer con sus productos los fondos sociales de la cooperación.

Pero más trascendencia debían tener aún sus puntos de vista sobre la función del trabajo cooperativo en sus relaciones con la transformación agraria de Rusia. Encaró la cooperación como "el método más simple, más fácil y más accesible a todos los campesinos para encaminarlos hacia el trabajo colectivo".

El régimen soviético ha organizado la mayor parte de la producción campesina sobre la fase del "artel", la primitiva cooperativa agrícola de donde se derivó la actual forma típica del sistema koljosiano, que es actualmente una cooperativa de producción *sui generis*.

En un tiempo se habían organizado cooperativas para construcción de viviendas en la ciudad, mediante las cuales podían los cooperadores obtener una habitación o adquirir los materiales para edificarla. Pero hace algu-

nos años fueron suprimidas, pasando todas esas viviendas urbanas a ser, como las demás, propiedad del Estado bajo la administración de los Consejos Municipales.

Hay actualmente en la U.R.S.S. organizaciones llamadas cooperativas que se hacen cargo de la venta al por menor de productos y mercancías en general, pero como órganos del Estado.

Fuera de Rusia, ella levanta frente a las crecientes acumulaciones de riqueza del capitalismo privado, los planos, cada día más sólidos, de una economía también privada pero democrática en cuanto pertenece a millares de pequeños ahorristas que asocian sus ahorros sin fines de lucro, y sólo con simples fines de defensa económica y de mejoramiento de su vida.

Se va formando así, una potencia económica vinculada a la suerte de verdaderas masas consumidoras y productoras, y que puede servir a destinos más altos y generosos que los del simple capitalismo especulador. Y además, en sus cuadros, muchos hombres del pueblo, muchos trabajadores manuales aprenden a administrar sus propios intereses y adquieren la visión de los negocios y de las maniobras mercantiles e industriales en que ellos suelen figurar, sin saberlo, como los elementos pasivos de que depende el éxito de las combinaciones.

En sus manos, por poco que madure en ellos la conciencia política y se encienda el sentimiento de solidaridad, esa potencia económica se vuelve, como en Gran Bretaña, un apoyo de los más sanos y renovadores impulsos colectivos.

No puede, por otra parte, preverse toda la magnitud de la función que las cooperativas han de llenar como órganos de distribución y de comercio en una sociedad de economía socializada, si se la quiere mantener a cubierto de los peligros de una centralización excesiva del Estado como administrador de las cosas. Las cooperativas de consumo pueden, en efecto, erigirse junto con los sindicatos de producción, en los órganos económicos colectivos por medio de los cuales la sociedad se mantenga por encima, y no por debajo del Estado.

DIVERGENCIAS DOCTRINARIAS

EL REVISIONISMO

Siempre hubo, en todas partes, diferencias de criterio doctrinario y de concepciones tácticas que determinaban distintas tendencias en el seno de los movimientos socialistas.

En el Congreso de la Democracia Social Alemana celebrado en Stuttgart, en el año 1898, aparece una comunicación que expresa en forma sintética y "científica" una actitud de crítica ante ciertos principios del marxismo y postula una revisión de las directivas doctrinarias de la democracia socialista.

Es la carta de Eduardo Bernstein. He aquí un extracto de la misma hecho por su autor:

"Ciertas personas han pretendido que la conclusión práctica de mi manera de ver sería el renunciamiento a la conquista del poder político por el proletariado político y económicamente organizado. Es ésa una conclusión absolutamente arbitraria a la que yo le niego justeza categóricamente. Yo me he opuesto a la propagación de la idea de que el derrumbe de la sociedad burguesa estuviese cercano y que la social-democracia deba regular su táctica en vista de esta gran catástrofe social inminente, y eventualmente subordinada a ese acontecimiento. Yo me atengo enteramente a mi opinión.

"Los partidarios de esta teoría del cataclismo invocan, en apoyo de su manera de ver, el Manifiesto Comunista.

"La hipótesis de la evolución de la sociedad moderna, expuesta en el Manifiesto Comunista era exacta en lo que ella caracteriza las tendencias generales de esta evolución. Pero ella era erróneo en varias conclusiones especiales y especialmente en lo que concierne a la evaluación del tiempo que necesitaría esta evolución. Este último error fué reconocido sin reservas por Federico Engels, el co-redactor del Manifiesto, en el Prefacio de "La Lucha de Clases en Francia". Y es de toda evidencia que puesto que la evolución económica ha tomado un tiempo mucho más considerable que lo que se había creído al principio ella debía también revestir formas y conducir a situaciones no previstas o imposibles de prever en la época de la redacción del "Manifiesto".

"La agravación de la situación económica no se ha efectuado cómo lo había previsto el Manifiesto. Es no solamente inútil

sino torpe disimular ese hecho. El número de poseedores no ha disminuído, sino crecido. El enorme acrecentamiento de la riqueza social no se halla acompañado por la disminución del número de magnates del capital, sino al contrario, por el aumento del número de los capitalistas de todo grado. Las capas medias modifican su carácter pero ellas no desaparecen de la escala social.

“La concentración de la producción no se efectúa en todos lados, en nuestros días, con una fuerza y una rapidez siempre igual. En un número de ramas de la producción, ella justifica, es cierto, todas las previsiones de la crítica socialista, pero en muchas otras ellas no le corresponden todavía actualmente. Más lento es aún el proceso de la concentración en la agricultura. La estadística de la industria revela una articulación infinita de empresas. En ninguna categoría da muestras de querer desaparecer. Las importantes modificaciones sobrevenidas en la estructura interna de las empresas y sus relaciones recíprocas no cambian nada a este respecto.

“En el dominio político nosotros vemos desaparecer poco a poco los privilegios de la burguesía capitalista ante el progreso de las instituciones democráticas. Bajo la influencia de éstas y la presión siempre más fuerte del movimiento obrero, una concentración social ha comenzado contra las tendencias explotadoras del capital, concentración aun hesitante e incipiente hoy en día, pero que sin embargo, extiende de más en más el campo de sus operaciones. La legislación sobre las fábricas, la democratización de la administración municipal y el ensanchamiento de su campo de acción, la emancipación de las instituciones sindicales y corporativas de toda traba legal y la toma en consideración de las organizaciones obreras para todos los trabajos ejecutados por la administración pública caracterizan esta fase de la evolución social. Que en Alemania se piense todavía en obstaculizar la acción de los sindicatos, ello no caracteriza el estado avanzado sino el estado atrasado de evolución política en ese país. Pero cuánto más se democratizan las instituciones políticas de las naciones modernas, más también la necesidad y la eventualidad de las grandes catástrofes políticas desaparece. El que se atiene a la teoría de las catástrofes, deberá lógicamente combatir a ultranza y procurar obstaculizar la evolución comprobada aquí, como por otra parte los partidarios lógicos de esa teoría lo hacen ya. ¿Pero es que la conquista del poder político por el proletariado no es en realidad otra cosa que la conquista de ese poder por una catástrofe política? ¿Es que ella significa la conquista y la utilización exclusivista del poder político por el proletariado a pesar y en contra del universo no proletario todo entero...? Si no es así no se puede razonablemente irritarse cuando algunos dicen que lo que la social democracia tendría que hacer es, durante largo tiempo todavía, en lugar de especular sobre la gran catástrofe, organizarse políti-

camente y preparar para la democracia la clase obrera y luchar por todas las reformas en el Estado, propias a elevar la clase obrera y a transformar la institución del Estado en un sentido democrático”.

Hasta ahí la carta. A ella agrega en el avant-propos de la edición alemana de “Socialismo teórico y Socialismo práctico”, los siguientes conceptos:

“La cuestión que nos ocupa conduce al aserto de Engels de que la democracia significa siempre: *exactamente tanto poder político ejercido por la clase obrera como ella es capaz de ejercer conforme a su madurez intelectual y al grado de desarrollo de la evolución económica.*

“Pero como yo estoy absolutamente convencido de que es imposible saltar períodos importantes en la evolución de los pueblos, yo atribuyo la más grande significación a los deberes presentes de los social-democráticos, a la lucha por los derechos políticos de los obreros, a la actividad política de los obreros en el interés de su clase, así como a la obra de su organización económica. Es en ese sentido que yo he escrito en un momento dado que para mí el movimiento era todo y que aquello que se llama habitualmente el objetivo final del Socialismo no era nada. En ese sentido yo repito todavía esto hoy. Aún mismo si la palabra “habitualmente” no hubiera indicado que mi frase debía ser interpretada condicionalmente, era de toda evidencia que ella no podía significar indiferencia en lo que concierne a la realización final de los principios socialistas, sino solamente indiferencia, o mejor dicho, despreocupación, en cuanto al cómo del aspecto final de las cosas.

“La conquista del poder político por la clase obrera, la apropiación de los capitalistas, no son, en sí, fines finales sino medios solamente para la realización de ciertos aspectos y fines determinados. Como tales, ellos forman parte del programa de la social-democracia y no son atacados por nadie. No se puede predecir nada en cuanto a las circunstancias en las cuales se efectuará su realización. Pero para poder conquistar el poder político son necesarios derechos políticos y la más importante de las cuestiones tácticas que la social democracia alemana tiene que resolver actualmente me parece ser la del mejor medio de ampliar los derechos políticos y económicos de los obreros alemanes. Y mientras una solución satisfactoria no se haya encontrado a esta cuestión, la acentuación de los otros no será, en definitiva, más que declamación.

“Hubo un tiempo en que la concepción aquí desarrollada no habría encontrado oposición en el partido, y si no es así actualmente yo no veo en ello sino una comprensible reacción ante ciertos fenómenos de hoy, reacción que desaparecerá al mismo tiempo que esos fenómenos y dejará sitio al reconocimiento

de esta verdad: que con la extensión de las instituciones democráticas, el pensamiento más humano, que de más en más se manifiesta en el conjunto de nuestra vida social, no puede detenerse ni aún ante las luchas de clase más considerables, sino que aquí como allá creará formas de realización más suavizadas. En nuestros días nosotros realizamos, por medio de la boleta del voto, manifestaciones y otros medios análogos, reformas que hace varios años habrían necesitado revoluciones sangrientas".

Bernstein presentó aquella carta al Congreso citado porque se había pedido que éste se pronunciase respecto de sus críticas. Ella no era sino la culminación y el resumen de una campaña abierta con antelación en las columnas de la prensa socialista alemana. Surge así una corriente crítica que se denominó "Revisionismo" y que llegó a parecer, en el apasionamiento de la polémica, una negación rotunda del marxismo, cuando sólo quiso ser, y era en realidad, una rectificación o abandono de las "ramas muertas" del ideario de Marx.

Y desde entonces se denominaron "revisionistas" todas las discrepancias con el marxismo, anteriores o posteriores, algunas de ellas muy poco o nada emparentadas con el Revisionismo de Bernstein.

Éste no renunciaba a considerarse discípulo de Marx mientras negaba sus predicciones de un cataclismo fatal e inmediato y se apartaba de él en otros puntos de su sistema ideológico. Pero a los que le preguntaban qué quedaba en pie del marxismo de ser sus críticas certeras, pudo responderle que no era eso, precisamente, lo que más intresaba saber, sino cómo había que orientar el movimiento socialista en presencia de las realidades históricas comprobadas.

El mismo ha escrito:

"Yo bien sé que sobre diversos puntos importantes difiero de las concepciones teóricas de Marx y de Engels, dos hombres cuyos escritos han influido grandemente sobre mi pensamiento socialista, y de los cuales, uno, Engels, no solamente me honraba hasta su muerte con su amistad personal, sino que todavía por disposiciones testamentarias y de ultratumba me ha testimoniado su gran confianza".

Partiendo de Marx intentaba renovar las bases del socialismo científico de acuerdo a las experiencias his-

tóricas. Sólo sería el suyo "un criterio para la asimilación y el desarrollo de las consecuencias de la obra crítica de Marx. No se trata —dijo él— de oponer a las doctrinas marxistas otra doctrina o tesis sociológica. Tampoco se trata de refutar el marxismo" (*Preface pour l'édition française*, de obra cit., pág. 11).

Bernstein juzgó insuficiente la teoría Ricardo-Marx del valor, y entendió que se debía completar con la teoría anglo-austríaca (Jevons-Boehn) del valor-utilidad. Respondiendo a la objeción de que conciliaba principios incompatibles rompiendo la unidad de la teoría de Marx, dice que ésta se halla basada sobre la fusión de dos principios del todo inmensurables: tiempo de trabajo necesario a la producción y utilidad social. Sostiene que se puede llegar a las mismas conclusiones a que arriba Marx sobre la legitimidad del capital, sin necesidad de la hipótesis de la plusvalía, pues basta para ello el hecho fácilmente comprobable del sobretrabajo.

"Que la teoría marxista del valor sea exacta o no —concluye— es sin importancia alguna para la demostración del trabajo surplús. Ella no es, bajo esa relación, una tesis de demostración sino una simple comprobación y un modo de evidenciar el hecho".

Tampoco está de acuerdo con la adhesión de la doctrina del Socialismo Científico a la lógica hegeliana.

"Lo que Marx y Engels, dice, han producido de grande lo han producido no gracias a la dialéctica hegeliana, sino a pesar de ella. Y si por otra parte ellos pasan impasibles¹ ante los más groseros errores del blanquismo, se debe en primer lugar a la ingerencia del elemento hegeliano en su teoría personal".

No admite que está probada la depauperación progresiva del proletariado ni —como ya hemos visto— la concentración de los capitales en un número decreciente de poseedores. Niega que esa concentración, sobre todo

¹ No siempre fué así. En otro sitio hemos recordado los ataques de Engels al blanquismo por su posición en la Comuna de París y después de la Comuna.

se produzca en la propiedad de la tierra, en forma que no sea la de una simple tendencia, y desecha por tanto la conclusión "catastrófica" que se apoya en esas premisas.

Y después de haber aclarado que él no niega la acumulación y concentración capitalista como *tendencia* (hecho demostrado por algunos economistas anteriores a Marx) toma en cuenta una refutación de Rosa de Luxemburgo la cual le reprocha que con su manera de comprender las cosas el Socialismo dejaba de ser una necesidad objetiva, histórica, y tenía una base idealista. "En efecto, responde él, yo no subordino la victoria del Socialismo a su "inmanente necesidad económica" y yo no creo ni posible ni necesario darle una justificación puramente materialista. ¿Qué tiene que ver la victoria del Socialismo con el hecho de que el número de poseedores aumente o disminuya? ¿Por qué la realización del Socialismo ha de depender de la confirmación o de la negación de ese hecho? Únicamente —afirma— porque "el esquema dialéctico parecería quererlo así, puesto que una plancha del edificio amenaza caer desde que se reconoce que el sobreproducto social no se lo apropia un número decreciente sino un número creciente de poseedores. Ahora bien, solamente la doctrina especulativa resulta tocada por esta cuestión, que es de un interés del todo secundario en lo que concierne a los esfuerzos materiales de los trabajadores. Ni su lucha por la democracia política ni su lucha por la democracia económica son afectadas. Los resultados de estas luchas no dependen de la concentración del capital entre un número decreciente de capitalistas, sino del crecimiento de la riqueza social, es decir, de fuerzas productivas sociales, junto al progreso social general, y más particularmente de la madurez intelectual y moral de la misma clase obrera" (Obra cit., págs. 289 y 290).

Bernstein advierte, por otra parte, que la denominación de Socialismo científico puede conducir a creer que el socialismo, en cuanto teoría, tiene que ser o debe ser una *ciencia pura*. Esa idea no sólo es falsa sino además

peligrosa porque se arriesga con ella quitarle al Socialismo una de las condiciones más esenciales del juicio científico: la imparcialidad. De acuerdo con esa idea errónea "toda proposición de un sistema social bajo la forma que ella haya recibido una vez será desde luego mirada como un eslabón necesario en la cadena de las pruebas del Socialismo, y como el Socialismo busca con razón unir la teoría y la práctica, eso puede en ciertos casos influir de una manera engorrosa sobre la práctica" (*Socialisme et science*, París, págs. 48 y 49).

Por eso prefiere a esta denominación de Socialismo Científico una forma que responda igualmente a este pensamiento: que el Socialismo tiene por base un conocimiento científico, pero que excluye para él la pretensión contradictoria de ser una ciencia pura al mismo tiempo que una ciencia ya acabada. Para ello le parece mejor el nombre de "Socialismo Crítico", tomando la palabra en el sentido del criticismo científico de Kant.

Se apoya en un concepto de Antonio Labriola, quien en 1886 en su trabajo "En memoria del Manifiesto Comunista", decía que no era el nombre de científico sino el de crítico el que más convenía al Socialismo marxista.

La objeción al calificativo de científico no obedece a un prurito de simple purismo idiomático, sino precisamente, al deseo de asegurar a la teoría Socialista el carácter más científico posible. "Se trata —dice Bernstein— de prevenir una falsa interpretación de las relaciones entre la ciencia y el Socialismo... La ciencia es extraña a tal o cual aspiración; en tanto que en conocimiento de los hechos ella no pertenece a ningún partido, a ninguna clase. El Socialismo, por el contrario, es una cierta aspiración social, y en tanto que doctrina de un partido que lucha por una sociedad nueva, él no puede adherirse puramente y simplemente a lo que está establecido. Pero como el fin que el Socialismo se propone se halla en el sentido de la evolución social —y esto es lo que muestra bien un examen científico de las fuerzas sociales actualmente actuantes en la sociedad moderna— la doctrina

socialista puede, la Social-Democracia puede, más que ninguna otra, poner su fin y sus reivindicaciones en armonía con las enseñanzas y las exigencias de la ciencia. Yo puedo, por tanto, resumir así mi pensamiento: El Socialismo Científico es posible en la misma medida en que el Socialismo científico es necesario, es decir, en la medida en que se puede razonablemente exigir de la teoría de un movimiento de renovación social, que ella sea científica" (Obra cit., págs. 49 y 50).

Quiere desatar la acción de la democracia social de ciertos vínculos, que se vuelven pesados en cuanto mantienen un compromiso inútil con conceptos teóricos superados por la realidad; y por eso dice que "el movimiento es todo y el objetivo final nada", apotegma con el que quiso valorar la actividad progresista y conducente por encima de las metas ideales rígidas, que tanto contrarían el concepto científico de la evolución indefinida y el principio dialéctico del eterno devenir. Es ése un apotegma que Sorel, el filósofo del sindicalismo doctrinario recoge, y que en cierto modo parece inspirado en aquella máxima de Marx en su "Crítica al Programa de Gotha": "Vale más una hora de acción que cien programas".

El Revisionismo provocó refutaciones violentas. Tuvo adversarios que lo declararon al margen del Socialismo Científico y sostuvieron que se trataba de una desviación oportunista que sólo podía conducir a posiciones de traición a los intereses del proletariado. Pero los revisionistas continuaron en la Democracia Social. Bernstein siguió perteneciendo a ella en Alemania, y como no faltaron quienes atribuyesen a la presencia de esos "oportunistas" del Revisionismo en sus cuadros partidarios la conducta claudicante del Socialismo Alemán ante la guerra de 1914-18, conviene recordar que Bernstein fué uno de los pocos dirigentes socialistas alemanes que adoptaron en esas circunstancias una actitud decidida y valiente contra el gobierno y el militarismo imperial.

Un revisionismo posterior al de Bernstein, y que dió también lugar a ardorosas polémicas, fué el de Henry

de Man, socialista belga, a quien refutó, entre otros, su compatriota Vandervelde.

Se ha dicho que era la vieja querrela de Duhring y Engels que volvía.

De Man sostiene en su libro "Más allá del marxismo" que éste "ha confundido las causas y las condiciones en la interpretación causal de la historia". En su opinión "no hay leyes inevitables que determinen, es decir, que causen nuestros actos, sino tan sólo hechos de probabilidades que los condicionan o los limitan".

Dice que la teoría de Marx que hace derivar el "pensamiento social" del "ser social", la superestructura ideológica de la estructura económica no ha sido refutada; pero que le ha sucedido algo peor: no nos interesa ya. Porque queremos precisamente emanciparnos de esa dependencia del hombre con respecto a sus medios técnicos y modos de existir.

Poniendo en el primer término de la lucha social el móvil psicológico, expresa:

"Lo que se le reprocha al capitalismo es menos la plusvalía de que se apropia, que el uso que él hace de ella para implantar un predominio social que transforme a los no capitalistas en objeto de su voluntad. Lo que conduce, pues, al obrero a las luchas de clases, no es que adquiera conciencia de sus intereses adquisitivos, son fenómenos mucho más complicados y mucho más arraigados en la vida afectiva que la psicología moderna llama un complejo de inferioridad social". (HENY DE MAN, *Más allá del Marxismo.*)

Vandervelde refutándole ha dicho:

"Bajo pretextos de psicología de Man se dedica a minimizar la importancia del interés económico. Lo llama el instinto adquisitivo. Lo reduce a no ser más que el instinto, estrechamente especializado, que empuja al hombre a apropiarse de valores materiales. Le hace el sitio más estrecho, el más oscuro posible en la serie de instintos que determina la actitudes y las soluciones sociales". (E. VANDERVELDE, *Le Marxisme a t'il jaillit?*).

De Man ejerció no poca influencia en los sectores intelectuales del Socialismo en sus días, y alcanzó en su

país una posición política prominente pero su actitud poco clara ante la guerra desencadenada por el fascismo lo hundió en un desprestigio inmediato y total, sin que se supiese nada de su suerte ulterior.

EL COMUNISMO SOVIÉTICO

La fracción de la social democracia rusa que se denominó "bolchevique" por haber sido mayoría en un Congreso partidario, resolvió en el año 1912 formar el Partido Obrero Social de Rusia (bolchevique) separándose de los "mencheviques" (los de la minoría), que continuaron bajo el antiguo rótulo.

Algunas breves referencias hemos hecho ya en el capítulo "Las fuerzas socialistas se extienden" (pág. 39) a las luchas entre esas dos ramas y tendencias del socialismo ruso. Hemos de ampliarlas aquí para explicar el carácter del nuevo partido que surgía proclamándose la más perfecta encarnación del marxismo.

La primera diferencia entre unos y otros se produjo por un problema de organización partidaria que entrañaba distintos conceptos de la acción y distintos temperamentos de lucha. En el Segundo Congreso del P.O.S.D.R., que comenzó a sesionar en Bruselas y terminó de sesionar en Londres, en el año 1903, se discutieron el programa y los estatutos del partido. El programa aprobado constaba de dos partes: el programa mínimo y el máximo. En el primero se incluía la instauración de la dictadura del proletariado. Éste punto dió lugar a un largo debate en el que una parte del Congreso se oponía a la inclusión de una cláusula que no figuraba en los programa de muchos partidos social-demócratas del extranjero. Pero la tendencia más radical se impuso y la cláusula fué aceptada sin mayores dificultades. Fué en torno del primer artículo del proyecto de Estatuto que se entabló la batalla más encarnizada. Dos fórmulas estaban en juego. La de Lenin y la de Martov. La de Lenin consistía "en que sólo pudieran ser miembros del partido quienes aceptasen su programa, ayudasen al partido en el aspecto material y estuviesen afiliados a una de sus organizaciones. La fórmula de Martov, aún con-

siderando como condiciones necesarias en todo miembro del partido el reconocimiento del programa y la ayuda material a aquél, no reputaba requisito indispensable el hecho de formar parte de una organización del partido, por entender que se podía ser miembro de éste sin estar afiliado a ninguna de sus organizaciones”.

De esa discrepancia se desprende que unos, como Lenin, querían que el partido fuese como un “destacamento organizado” cuyos miembros no se le sumaran directamente, por sí mismos, sino pasando a formar parte de una de las organizaciones o uniones que lo componen, que lo someten a la disciplina partidaria de acuerdo con las normas que él dicta a esos componentes colectivos.

Así se constituyen en casi todos los partidos socialistas existentes en la Europa occidental, si bien casi todos ellos admiten la afiliación individual directa en el caso de no haber en la localidad o región de su residencia una organización, un centro o club de su partido. Es ésa, sin duda, una forma de garantizar mejor la disciplina de los afiliados, que deben ceñirse a las reglas de actuación que su respectivo centro u organización partidaria les impone, y que era la llamada a concederle o negarle la entrada al Partido y a tratar de que su conducta dentro o fuera de filas fuese digna de él.

La fórmula de Martov abría las puertas del Partido suprimiendo ese requisito de lo que podría llamarse una adhesión de segundo grado, pues el ciudadano podía adherir directamente, sin formar parte de ninguna organización interna, y el partido venía a ser así no una agregación de uniones, centros, etc., sino una agregación de individuos. Se podía llegar a resultados análogos o muy parecidos a los de la fórmula anterior obligando a cada adherente individual a plegarse a una de las organizaciones sin adquirir derechos de intervención en la marcha partidaria sino después de cierto período de preparación y de prueba.

Pero no se llegaba a admitir la transacción o conciliación entre ambas fórmulas porque mientras unos querían con la suya darle al Partido una estricta rigidez

disciplinaria y una composición de elementos dispuestos a las formas más activamente revolucionarias, los otros deseaban volver al Partido más accesible a la incorporación de un mayor número de elementos menos homogéneos, facilitando la entrada de los que serían, según los partidarios de la otra fórmula, “elementos vacilantes del proletariado”.

“En vísperas de la revolución democrático-burguesa (la de 1905) había entre los intelectuales de la burguesía, hombres de esta clase que simpatizaban momentáneamente con la revolución. Estos hombres podían, de vez en cuando, prestar incluso ciertos servicios al partido. Pero no se prestaban a entrar en la organización, a someterse a la disciplina del partido, a cumplir sus tareas, ni se exponían a los peligros que esto llevaba aparejado”.

Había, dos concepciones distintas de lo que debía ser la fuerza socialista y su modo de actuar. Lenin quería un partido “monolítico y combativo” y no podía hacer concesiones a ninguna forma de incorporación que no garantizara en absoluto esa homogeneidad.

Desde ese Congreso en adelante quedan bien definidas en su rivalidad permanente las dos tendencias: la “leninista” y la “oportunistas”, como se llamaban el uno al otro los dos bandos contendores.

Toda una larga serie de controversias y de luchas van ahondando la separación entre esas dos fracciones. Los acontecimientos históricos obligaban a definiciones de actitud y de táctica que en una y otra fracción aparecían determinadas por diferencias de temperamento y de mentalidad que se volvían diferencias de doctrina. Así ante la Revolución de 1905. “Los “bolcheviques” reconocían que la revolución que estaban preparando tendría un carácter democrático burgués, pero entendían que a pesar de que ella no podía en esos momentos “salirse del marco de las medidas compatibles con el capitalismo”, su triunfo total interesaba a la clase obrera, pues él daría a esta clase la posibilidad de organizarse, de educarse políticamente, de adquirir experiencia, capacitándose para pasar de la revolución burguesa a la revolución socialista. En esa lucha el proletariado debería buscar el apoyo

de los campesinos, los cuales habrían de comprender que sólo lograrían rescatar las tierras desembarazándose de los terratenientes, gracias al triunfo de la revolución. Ellos eran, por tanto, los aliados naturales del proletariado. En cuanto a la burguesía liberal, ésta no deseaba el triunfo completo de la revolución, porque necesitaba mantener a los obreros y campesinos dentro del cerco de los privilegios económicos, y por eso se conformaba con una evolución del zarismo hacia la monarquía constitucional. Finalmente, el triunfo de la revolución exigía, a su juicio, como condición, que el proletariado se pudiese a la cabeza de ella y aliándose con los campesinos aislase a la burguesía liberal, para una vez victoriosa la insurrección en la que los "bolcheviques" deben tomar una parte activa, se instale un gobierno provisional revolucionario que destruya las raíces de la contrarrevolución y convoque a una Asamblea Constituyente "de todo el pueblo".

Los "mencheviques", en cambio, creían que tratándose de una revolución burguesa ella sólo podía tener como jefe a la burguesía liberal. De modo que es a ella, y no a los campesinos, a los que debía aliarse el proletariado. Consideraban en tal virtud imprudente atemorizar a esa burguesía con actitudes revolucionarias y darle motivo o pretexto para que se alejase de la revolución. Y cuando la insurrección triunfe y se organice un gobierno provisorio, la social-democracia no deberá participar en él porque este gobierno no ha de ser un gobierno socialista, sino simplemente demócrata burgués, al cual la social-democracia deberá dejarle toda la responsabilidad de gobernar, exigiéndole los derechos que el proletariado necesita para el desarrollo de su acción. Éste tiene sus intereses propios, de clase, y no debe preocuparse en erigirse en jefe de la revolución burguesa, "que sería una revolución política general que afectaría por tanto a todas las clases y no al proletariado solamente".

Lenin respondiendo a este punto de vista escribía:

"El marxismo no enseña al proletariado a permanecer al margen de la revolución burguesa, a no participar en ella y a entregar su dirección a la burguesía, sino que enseña que debe participar del modo más enérgico y más decidido en la lucha por el democratismo proletario, consecuente en la lucha por llevar a término la revolución".

Según el criterio de Lenin el proletariado en vez de ser un auxiliar de la burguesía en la revolución democrática, pasaría a ser la fuerza dirigente, desplazando a la burguesía; y los campesinos en vez de convertirse en la reserva de la burguesía, se transformaban en la reserva del proletariado.

Los "bolcheviques" hablan de preparar las masas para la insurrección y despedazar el aparato del poder del zarismo empleando las "huelgas políticas" de masas; la inmediata implantación por la vía revolucionaria, y sin ley, de las ocho horas; la organización urgente de comités campesinos revolucionarios para introducir, por vía revolucionaria, todos los cambios democráticos hasta llegar a la confiscación de las tierras a los terratenientes; el armamento del proletariado.

Ellos hablan de la *dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos*, como forma de triunfo de la revolución obrera sobre el zarismo.

En lo tocante a la participación en el gobierno provisional, su opinión es afirmativa.

"A las objeciones de los mencheviques de que el Gobierno Provisional sería, a pesar de todo, un Gobierno burgués, y de que no era posible admitir la participación de los social-demócratas en semejante Gobierno, a menos que se quisiera cometer el mismo error que había cometido el socialista francés Millerand al entrar a formar parte del Gobierno de la burguesía francesa, Lenin contesta haciendo ver que los "mencheviques" confundían aquí dos cosas distintas y revelaban su incapacidad para abordar el problema como marxistas: En Francia se trataba de la participación de los socialistas en un Gobierno burgués reaccionario y en una época en que no existía una situación revolucionaria dentro del país, lo cual obligaba a los socialistas a no participar en aquel Gobierno; en cambio, en Rusia tratábase de la participación de los socialistas en un Gobierno revolucionario, que lucha por el triunfo de la revolución en su *apogeo*, circunstancia que hacía admisible, y bajo condiciones propias obligadas, la partici-

pación de los social-demócratas en él para dar la batalla a la contrarrevolución no sólo "desde abajo" y desde fuera, sino también "desde arriba" y desde dentro del Gobierno" (Obra citada, página 85).

Conquistada la república democrática había que comenzar la lucha por la revolución socialista. La dictadura del proletariado no era para poner fin a la revolución coronando la victoria sobre el zarismo, sino para prolongar el estado de revolución y hacer que su llama prendiese en toda Europa.

En el curso mismo de la revolución y después de su derrota, las discrepancias se fueron tornando todavía más agudas. Se hizo, pues, inevitable la ruptura total, cosa que como dijimos ocurrió en la Conferencia de Praga de 1912, la cual decretó la expulsión de los mencheviques y de la que dijo Stalin en un Congreso partidario:

"La Conferencia de Praga tuvo una importancia grandísima en la historia de nuestro Partido, pues deslindó los campos entre los bolcheviques y mencheviques y unió a las organizaciones de todo el país en un partido bolchevique único" (Actas del XV Congreso del P.O.S.D.R.).

Quedó así constituido un nuevo partido que se distinguía por la inclusión de la palabra "bolchevique" colocada entre paréntesis al final de la denominación primitiva.

Explicando la razón de ser de este nuevo partido se ha dicho:

"Los bolcheviques no podían menos de observar que después de la muerte de Engels los partidos social-demócratas de la Europa occidental habían comenzado a degenerar de partidos de la revolución social en partidos de "reformas sociales", y que todos ellos se habían convertido ya, como organizaciones, de fuerzas dirigentes en simples apéndices de sus propios grupos parlamentarios. Los bocheviques no podían desconocer que un partido así no es capaz de conducir a la clase obrera a la revolución. Ellos no podían desconocer que lo que necesita el proletariado no son partidos de éstos, sino un partido distinto, nuevo, un auténtico partido marxista, irreconciliable en su actitud frente a la burguesía, un partido fundido en una unidad fuerte y monolítica, un partido que fuese partido de la revolución social, el partido de la dictadura del proletariado" (Obra citada, pág. 163).

Al estallar la guerra de 1914 el partido bolchevique adoptó una actitud radicalmente antibélica. Hacía propaganda en el ejército para que los soldados, en vez de luchar en los campos de batalla, volviesen sus armas contra sus jefes. Aspiraba a que en los otros países ocurriese igual cosa; y por eso Lenin en Zimmerwald proponía la formación de una nueva Internacional que no admitiese la participación de sus secciones en la defensa nacional y proclamase la resistencia de la clase obrera a continuar la guerra, preparándose en cambio para adueñarse del poder aprovechando las armas puestas en manos de los hijos del pueblo por los gobiernos.

Al llegar el año 1917 la situación de Rusia era desesperada. Los desastres militares, el desorden administrativo, la corrupción de la corte, la incapacidad del zarismo para conducir la guerra y solucionar los graves problemas económicos y sociales que traía aparejada, abrieron la sepultura del régimen autocrático. Éste se derrumbó a continuación de grandes huelgas en Moscú, Petrogrado, Bakú, Nizhni-Novgorod, provocadas por las penurias que abrumaban a los obreros, y a raíz de los disturbios que se produjeron en Petrogrado con motivo de la huelga política estallada tras el conflicto de la fábrica Putilov, y en que al fin se vió a los soldados confraternizar con los obreros y sublevarse contra sus jefes, primero en las guarniciones de las ciudades y luego en el frente.

LOS SOVIETS

Desde los primeros días de la revolución aparecieron los Soviets. Eran consejos de obreros y soldados. Ya habían surgido cuando la revolución de 1905, pero mientras entonces eran solamente Soviets de obreros, los de ahora eran de obreros y soldados. En esos Consejos estaban en minoría los bolcheviques. La mayoría del proletariado estaba con los mencheviques y los socialistas revolucionarios. Esta mayoría decidió la formación de

un gobierno provisional. Su primera composición fué la de un gobierno provisional burgués, presidido por un monárquico liberal, el príncipe Lvov, e integrado por el jefe del Partido Kadete, por el de los octubreístas y otras fracciones de la burguesía democrática, y por Kerenski en calidad de socialista revolucionario. Había sido organizado, sobre todo, bajo la influencia del Comité Provisional de la Duma, y en él no figuraban ni bolcheviques ni mencheviques.

Caído el régimen zarista el partido bolchevique abandonó la clandestinidad y pasó a la propaganda pública y a la labor política abierta. El 3 de abril de 1917, Lenin que se hallaba expatriado desde hacía muchos años y que encontrábase en Suiza cuando el estallido de la revolución, retornó a Rusia. Bajo su inspiración los bolcheviques adoptaron la tesis de que se debía pasar de la primera etapa de la revolución, la revolución democrático-burguesa, a la revolución socialista. Proclamaron a los Soviets órganos de la Revolución en el poder y enarbolaron la consigna de "todo el poder a los Soviets". Estos serían los agentes de la "dictadura del proletariado".

En mayo el gobierno provisional tuvo que dejar su sitio a otro "de coalición", en el figuraban los "mencheviques" y varios social revolucionarios, correspondiendo la presidencia a Kerenski, "social revolucionario".

En junio se reunió el Primer Congreso de los Soviets, a cuyas elecciones había concurrido los bolcheviques con aquella consigna, a pesar de lo cual sólo tuvieron en él 100 delegados frente a 800 de los mencheviques, de los social revolucionarios y de otros partidos.

El gobierno provisional teórico contaba, pues, con una amplia base de apoyo en los Soviets, pero su empeño en reanudar la guerra contra los imperios centrales, respondiendo a la presión nada inteligente en la oportunidad de los gobiernos aliados, le hizo perder terreno en las masas populares, donde era en cambio muy simpática la bandera de la paz inmediata que los bolcheviques agitaban. Se realizaron manifestaciones pacifistas y se pro-

dujeron choques con las fuerzas del gobierno. Éste adoptó medidas de represión. Los bolcheviques intensificaron sus trabajos preparatorios de una insurrección, refugiándose nuevamente en la clandestinidad.

Como los Soviets permanecieron bajo la influencia de los mencheviques y los social revolucionarios —"y no podían continuar sino como auxiliares del gobierno provisional". ("Historia del P. C.", pág. 230)—, los bolcheviques abandonaron momentáneamente la consigna de "todo el poder a los Soviets". Declararon por boca de Stalin que "el período pacífico de la revolución había terminado y que comenzaba el período no pacífico de la revolución, un período de choques y explosiones".

A fines de julio y primeros días de agosto celebraron su VI Congreso, que revistió carácter clandestino, y se reunió en la barriada de Viborg en Petrogrado. En él fué admitido el grupo encabezado por Trotsky, que había ocupado una posición intermedia entre bolcheviques y social revolucionarios. Otro pasaje memorable de ese Congreso fué el debate en torno de la proposición del trotskista Preolrazhenski, para que en la resolución sobre la conquista del poder se agregara que sólo se podría implantar el Socialismo en el país si triunfaba la revolución proletaria en la Europa occidental.

La tajante refutación de Stalin fué decisiva:

"No está descartada —dijo éste— la posibilidad de que sea precisamente Rusia el país que rompa la marcha hacia el Socialismo. Hay que rechazar esa idea caduca de que sólo Europa puede señalarnos el camino. *Hay un marxismo dogmático y un marxismo creador.* Yo me sitúo en el terreno del segundo" (Actas del VI Congreso del P. C. (b), página 233).

El 12 de agosto se inauguró en el Gran Teatro de Moscú la Conferencia de Estado convocada por el Gobierno. En ella los Soviets estaban representados por los mencheviques y los social-revolucionarios. Los bolcheviques, en señal de protesta contra esa Conferencia, organizaron una huelga general en Moscú y en otras ciudades. En medio de las agitaciones surgidas en esos instantes, se produjo la sublevación del General Kornilov para apoderarse del

gobierno. Esa intentona fué aplastada por el gobierno de Kerenski con la ayuda de las masas obreras. La participación que los bolcheviques tuvieron en el aplastamiento de esa tentativa reaccionaria les permitió apreciar el grado de sus posibilidades como fuerza armada, desde el punto de vista de la organización y disciplina de sus elementos.

Llegó así el 12 de setiembre, en que abrió sus sesiones la "Conferencia Democrática de representantes de los partidos socialistas, de los soviets, de los sindicatos, de los Zemstos (consejos municipales de aldeas), de los círculos comerciales e industriales y de las unidades militares de toda la República". De ahí salió el Parlamento (Consejo provisional de la República). Los bolcheviques estaban en minoría. Declararon el boycot al Parlamento y decidieron el retiro de sus representantes, algunos de los cuales, como Kamenev y Teodorovich, no eran partidarios de abandonar sus escaños (Obr. cit. pág. 238).

Al Parlamento democrático, los bolcheviques quisieron oponer el Segundo Congreso de los Soviets, a cuya preparación se consagraron con ardor "confiando contar allí con la mayoría". No cejaban entretanto en su tarea insurreccional. Muchos dirigentes de probada capacidad fueron destacados hacia diversos puntos del país para preparar la insurrección: Voroshilov, Molotov, Dzerzinski, Kirov, Kaganovich, Kuivichev, Frunze, Yarovslaski, etc. En Petrogrado se constituyó un Centro del Partido para dirigir la insurrección poniéndose a Stalin a la cabeza, siendo ese Centro el núcleo director del Comité Militar revolucionario que dirigió prácticamente toda la insurrección.

El estallido había sido fijado para el día mismo de la apertura de los Soviets, pero tras varias disidencias se decidió anticipar la fecha y comenzar el levantamiento el día antes de dicha apertura.

El 24 de octubre se produjo la chispa inicial en Petrogrado con la refriega entre los carros de asalto enviados a clausurar el diario "*Rabochi Put*" (órgano oficial del Partido Bolchevique) y los guardias rojos y soldados

revolucionarios destacados por Stalin. La edición del diario salió a la calle con un llamamiento para derribar al Gobierno provisional; y al mismo tiempo se movilizaban y concentraban los destacamentos de soldados revolucionarios y guardias bolcheviques.

El día 25 (7 de noviembre para el calendario actual) las tropas revolucionarias tomaron las estaciones del ferrocarril, las centrales de correos y telégrafos, los ministerios, los bancos del Estado. Ese día se disolvió el Parlamento.

El Gobierno se había refugiado en el Palacio de Invierno protegido por los cadetes y los batallones de choque. Pero en la noche del 25 al 26 de octubre el Palacio de Invierno fué tomado por asalto y los miembros del Gobierno fueron detenidos.

El Congreso de los Soviets que abrió sus puertas "cuando se hallaba en todo su apogeo la revolución triunfante en Petrogrado", y del cual se retiraron los mencheviques, los delegados del Bund y los social-revolucionarios de derecha, "no sin antes declarar que renunciaban a tomar parte en sus tareas calificando como una conspiración militar la revolución de octubre" (obr. cit. pág. 245), eligió el nuevo gobierno Soviético, el Consejo de Comisarios del Pueblo, formado en su totalidad por bolcheviques y presidido por Lenin.

Al principio los bolcheviques habían sido partidarios de la instalación de la República parlamentaria, siguiendo a Marx y Engels, que vieron en la Asamblea de la Comuna, donde estaban representadas todas las fracciones de la clase trabajadora y había muchos elementos de la pequeña burguesía, un órgano genuino de la dictadura del proletariado, y de acuerdo con Engels, que consideraba la República Democrática como la mejor forma para ir a la implantación del gobierno proletario.

"Hasta entonces los teóricos marxistas venían considerando la República parlamentaria como la mejor forma de transición hacia el Socialismo" (Obra cit., página 216).

En el libro de Henry Rollin sobre la Revolución Rusa, al hacerse notar que "en las vísperas de la revolución de

octubre el programa del Partido Bolchevique estaba lejos de emprender todas las medidas que han sido tomadas después”, se transcribe una resolución del Comité Central de fecha 13 de agosto, con vigencia hasta el 12 de setiembre de 1917, que fijaba un programa en el que se reclama la convocatoria de la Asamblea Constituyente y somete a su decisión el régimen de los grandes bienes raíces. Véase dicho programa:

“Decretar la República Democrática; la abolición inmediata, sin indemnización, de la propiedad privada sobre los grandes bienes raíces regidos por comités de campesinos hasta la decisión de la Asamblea Constituyente; el control del Estado de los obreros sobre la producción y el reparto de los productos; la nacionalización de las ramas más importantes de las industrias: petróleo, carbón, metalurgia; dos impuestos severos a los grandes capitales y confiscación de los beneficios de guerra con objeto de salvar al país de la descomposición económica; la disolución de la Duma y la reunión de la Asamblea Constituyente; la supresión de los privilegios (nobleza, etc.), y la igualdad completa de los ciudadanos”. (Protocolo del Comité Central del Partido Social Democrata Obrero de Rusia. Agosto 1917, febrero 1918. Ediciones del Estado, año 1929, pág. 48).

Dice Lenin en la página 201 del tomo XXV de sus obras completas editadas en la URSS:

“Participamos de setiembre a octubre de 1917, en las elecciones del Parlamento burgués de Rusia, de la Asamblea Constituyente”.

La Asamblea Constituyente fué convocada para los primeros días de enero. Se reunió, pero como en ella estaban en minoría los bolcheviques fué disuelta alegándose que no reflejaba la voluntad de la gran mayoría del proletariado, cuya representación exacta se registraba en la composición de los congresos de los Soviets, el último de los cuales reunido el día siguiente de estallada la revolución bolchevique había acusado un 51 % de delegados comunistas, según los datos dados a conocer por éstos.

Lenin se indigna contra Kautsky porque éste en su libro sobre Dictadura del Proletariado dice:

“Sólo que es lástima que hayan llegado (los bolcheviques) a esa conclusión cuando se han encontrado en minoría en la asamblea constituyente”.

Responde a eso que el mismo día de sublevada Rusia, el 4 de abril de 1917, leyó públicamente las tesis en las que proclamaba la superioridad de un Estado del tipo de la Comuna sobre la República parlamentaria burguesa. En la segunda tesis (eran 19) se lee:

“Al reclamar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, la Social Democracia desde los primeros días de la Revolución de 1917 subrayó más de una vez que la República de los Soviets era una forma de la democracia superior a la República burguesa ordinaria con su Asamblea Constituyente (“La Revolución proletaria y el renegado Kautsky”).

Pero de ahí mismo se desprende que la tesis de Lenin innovaba en el programa del Partido —que continuó reclamando la Asamblea Constituyente— y que éste la reclamaba en “los primeros días” de la Revolución, que según las actas publicadas por Rollin se prolongaron hasta el 13 de setiembre. La verdad es que los bolcheviques reclamaban ambas cosas, cuyo funcionamiento simultáneo les parecía compatible. Ellos concurren a las elecciones del Primer Congreso de los Soviets reunido en junio de 1917, con el lema “todo el poder a los Soviets”. Allí sólo alcanzaron el 13 % de las delegaciones (103 sobre 790) según datos del mismo Lenin. Fué a raíz de esa derrota electoral que ellos, según la historia oficial del P. C. (pág. 230), retiraron la consigna de “todo el poder a los Soviets”. Conservaron en ese interregno la reivindicación de la asamblea constituyente, que seguía en su programa. Pero desataron una acción de “choques y explosiones”, que desarticuló las fuerzas democráticas, y en esa atmósfera se realizaron las elecciones del Segundo Congreso de los Soviets, cuyo número de delegados demuestra que hubo un marcado abstencionismo electoral, pues en vez de 790 delegados sólo hubo 675, de los cuales el 51 % habría correspondido a los bolcheviques.

Después de reunido ese Segundo Congreso, ya bajo el dominio comunista, se reunió la Asamblea Constituyente en enero de 1918, donde, como Lenin lo reconoce, los bolcheviques se hallaban en minoría “pues reflejaba el

mismo agrupamiento político del primer Congreso de los Soviets celebrado en junio". (LENIN. Obr. cit.)

La Asamblea Constituyente fué disuelta. Si hubiera habido mayoría comunista habría continuado para dictar una Constitución que legitimase "todo el poder a los Soviets".

Rosa Luxemburgo —que no pertenecía, por cierto a la tendencia de Kerensky, sino que era bolchevique —escribió en un famoso folleto "La Revolución Rusa", lo siguiente:

"Un hecho que ha jugado un papel preponderante en la política de los bolcheviques es la famosa disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917. Esta medida ejerció una influencia decisiva sobre toda una actitud ulterior; ella fué en cierta manera el punto inicial de su táctica. Es un hecho que Lenin y sus amigos hasta su victoria de Octubre, exigían con furor la convocación de la Asamblea Constituyente, y que la política de aplazamiento del gobierno de Kerensky sobre ese punto, era una de sus principales quejas contra ese gobierno, que le proporcionaba un motivo de ataques extremadamente violentos. En su estudio intitulado: *De la Revolución de Octubre al tratado de Brest-Litovsk*, Trotsky dice asimismo "que el golpe de Estado de Octubre ha sido, en efecto, la salvación para la Constitución así como para la Revolución en general. Y cuando nosotros decimos, continúa él —que la vía de acceso hacia la Constitución pasaba no por el Parlamento de Tzeretelli, sino por el poder de los Soviets, nosotros éramos sinceros"—. Y de ahí que después de esas declaraciones el primer acto de Lenin al día siguiente de la revolución de Octubre, fué precisamente disolver esa misma Asamblea Constituyente, de la cual debía ser la vía de acceso. ¿Cuáles son los motivos que han ocasionado esa vuelta de faz tan sorprendente?"

Los argumentos con que Trotsky en la obra mencionada trata de explicar ese cambio no son, a su juicio, nada convincentes.

"Uno no puede menos que asombrarse de que gente tan

inteligente como Lenin y Trotsky no hayan arribado a la conclusión del todo indicada que se desprendía de los hechos. Siendo dado que la Asamblea Constituyente había sido electa largo tiempo antes del viraje de Octubre y reflejaba en su composición la imagen del pasado fenecido y no del nuevo estado de cosas, la conclusión que se imponía por sí misma era que debía licenciarse esa Constituyente anticuada, por tanto nacida muerta, y proclamar sin tardanza nuevas elecciones para una nueva Constituyente".

El nombre de Partido Comunista (bolchevique) aparece en el XII Congreso partidario de marzo de 1918. Ese era el primero que se realizaba después de la toma del poder por los bolcheviques. Estuvieron representados 145 mil afiliados. Ese Congreso resolvió el cambio de designación para distinguirlo de los partidos de la Social democracia y para expresar que el bolcheviquismo se proponía la realización del Comunismo. Sus principios cardinales son la supresión del capitalismo bajo un régimen político de dictadura del proletariado y la implantación de una economía socialista para encaminarse hacia el Comunismo.

EL LENINISMO

¿Qué es el Leninismo? A esta pregunta responde Stalin en una conferencia pronunciada el año 1924:

"Es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria, o más exactamente: la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la táctica de la dictadura del proletariado en particular".

Explica a renglón seguido que Marx y Engels actuaron en el período prerrevolucionario (refiriéndose a la revolución proletaria), "en que aún no existía un imperialismo desarrollado, en un período de preparación de los proletarios para la revolución, en un período en que la revolución proletaria no era aún directa y prácticamente inevitable".

En cambio Lenin, discípulo de ambos, actuó en el período del imperialismo desarrollado, en que se despliega la revolución proletaria y luego cuando ésta ha triunfado ya en Rusia y ha destruido la democracia burguesa e inaugurado la era de los Soviets. De ello deduce que el Leninismo es un nuevo desarrollo del marxismo. ("Cuestiones de Leninismo", página 1).

Vendría, pues, a ser la aplicación del marxismo a una realidad histórica que Marx no conoció, aunque supo preverla en sus lineamientos generales.

¿Qué trajo de nuevo al marxismo la teoría de Lenin?

A esta pregunta respondió el mismo Stalin en la encuesta de la Primera delegación de Obreros Norteamericanos el 9 de setiembre de 1927:

"Pienso que Lenin *no añadió ningún principio nuevo* al marxismo ni tampoco suprimió ninguno de los "viejos" principios del marxismo. Fué el discípulo más fiel y eminente de Marx y Engels, basándose enteramente y sin reservas en los principios del Marxismo".

Pero a renglón seguido establece que "no fué solamente el realizador de la doctrina de Marx y Engels, sino al mismo tiempo el continuador de dicha doctrina. ¿Qué quiere decir esto?" se pregunta: "Esto quiere decir que continuó desarrollándola teniendo en cuenta las nuevas condiciones del desarrollo, la nueva fase del capitalismo, el imperialismo. Esto quiere decir que al desarrollar e impulsar la doctrina de Marx en las nuevas condiciones de la lucha de clases, Lenin aportó algo nuevo..."

No sería el suyo, según esta opinión de Stalin, un aporte de nuevos principios, sino de nuevos desenvolvimientos de los principios marxistas en relación a nuevas experiencias históricas en condiciones que no eran ya las conocidas por Marx y Engels.

En el plano de la teoría no hizo generalmente sino adoptar los principios de Marx y Engels sin formular ninguno nuevo, pero interpretándolos con un criterio que expresa, naturalmente, la posición personal de su espíritu ante esos principios.

En el plano de la aplicación práctica es donde el Leni-

nismo se configura como una doctrina de trazos propios con adaptaciones del pensamiento marxista a la realidad histórica, que la individualizan y le conceden carácter inconfundido dentro del ámbito de la teoría original. Las necesidades de la acción obligaron a Lenin a forjar su ideología en la candente fragua de los hechos, y es en ese sentido que se le pudo considerar una encarnación vigorosa de aquella filosofía de la *praxis* que conducía a Marx a la convicción de que sólo la práctica verifica las verdades de la teoría, y ella es, por tanto, no sólo como la piedra de toque para el metal sustancial y vivo de las ideas, sino una fuente constante de sugerencias y nociones, una matriz de ideas.

Es como Marx uno de esos hombres en quienes el pensamiento no estorba a la acción y en quienes la acción sirve de apoyo al pensamiento. Pero es más hombre de acción que de pensamiento, mientras que en Marx la ideología abstracta sobrepasa con mucho en importancia y alcance a la acción práctica de su vida. Porque así lo quiso el imperio de las circunstancias. Marx construyó todo un sistema de ideas para que fuese, principalmente, el formidable arsenal doctrinario de una vasta revolución histórica; y puso toda su obra de pensador bajo el signo de sus inquietudes de hombre que se sabe vocado por el destino para abrir caminos en la historia de la humanidad moviendo multitudes. Quiso por ello organizarlas y capacitarlas para una lucha que era, en su sistema ideológico, un elemento esencial; que formaba parte de ese sistema como una pieza indispensable —la decisiva— del engranaje conceptual elaborado por su reflexión y su estudio.

Pero no le tocó actuar sino en el llano, siempre como un enemigo del poder público, bajo la vigilancia y la sospecha de éste, cuando no acorralado por sus persecuciones. En ese terreno hizo su siembra, inspiró y dirigió asociaciones de obreros, echó las bases de su primera gran organización internacional, forjó con sus enseñanzas y su influencia, a través de discípulos decididos, partidos políticos de la clase obrera que a su vez proliferaron por todo el mundo civilizado. Pero el aspecto de su perso-

alidad como hombre de acción, debatiéndose entre dificultades oscuras, en una brega aniquiladora por conquistar la dirección o no dejársela arrebatar, de los organismos formados a su iniciativa, en un permanente cuerpo a cuerpo, personal y doctrinario, contra adversarios y rivales, no está a la altura del otro aspecto de su personalidad, el del hombre de pensamiento y de ciencia, que desata a golpes de genio, en la atmósfera espiritual del siglo, las corrientes actuantes de una profunda palin-genesia histórica que se producirá gradualmente, con convulsiones o sin ellas, a lo largo del tiempo.

En Lenin —cuya obra de pensador sin ser original no dejó, por cierto, de ser considerable— lo que más resalta es su acción política y social. Es siempre Stalin quien, en una difundida página biográfica, nos lo muestra con los perfiles más salientes de su ciclópea personalidad.

Dos episodios le bastan para mostrarnos su psicología de fuerte y sereno filósofo de la acción. Uno de ellos fué cuando en el Congreso del Partido Social Demócrata Ruso, celebrado en Estocolmo en el año 1906, sufrió una derrota frente a la tendencia de Plejanov, Axerol, Martov. Allí exclama ante los que se dejaban ganar por el escepticismo, el cansancio y el desaliento:

—“¡No lloriquear en la derrota!”

El otro fué cuando en el Segundo Congreso, en Londres, el año 1907, él quedó vencedor. Ante los que se dejaban arrastrar por la euforia del triunfo y creían haber aplastado a los mencheviques para siempre, exclamaba:

—“¡No envanecerse en la victoria!”¹

Otros dos episodios sirven a su biógrafo como demostración sintética de que Lenin “había nacido para la revolución; que fué realmente el genio de las explosiones

¹ En una ocasión en que Bujarin proponía “en el verano de 1917” desechar el programa mínimo y dejar solamente el máximo, le dijo: “No te envanezcas al partir para la guerra, hazlo a la vuelta” (*Informe sobre el Programa del Partido en el VIII Congreso*).

revolucionarias y el gran maestro en el arte de dirigir revoluciones”. Recuerda, primero, las condiciones en que había desencadenado la insurrección de octubre, captando con toda clarividencia el sentido histórico del momento, que era el indicado para, bajo las banderas de la revolución que instauraba la República de los Soviets, poner fin a una larga guerra ruinosa e impopular. Narra luego un episodio de los primeros días de la Revolución de Octubre, cuando el Consejo de los Comisarios del Pueblo necesitaba obligar al General rebelde Dujonin, Generalísimo de los ejércitos rusos, a suspender las hostilidades con los alemanes y entablar negociaciones con ellos para completar el armisticio. El General se negaba a cumplir las órdenes del Consejo de Comisarios del pueblo. Todo el cuadro de mando del ejército se hallaba en manos del cuartel general. Se ignoraba qué haría aquel ejército de doce millones de hombres sometidos a las organizaciones militares hostiles al Gobierno de los Soviets. En Petrogrado se incubaba la sublevación de los alumnos de la Escuela de guerra. Kerenski avanzaba, por su parte, con fuerzas armadas sobre Petrogrado. Fué en un momento de angustiosa incertidumbre cuando se le ocurrió utilizar la emisora de Radio de Petrogrado para transmitir a toda Rusia la destitución, por orden especial, del General Dujonin, designando para reemplazarlo al camarada Krylenko, dirigiéndose en seguida a los soldados, por encima de la cabeza del mando, exhortándolos a aislar a los generales, a cesar las hostilidades, a entrar en contacto con los soldados austro-alemanes y a tomar la causa de la paz en sus manos.

Era un salto en lo desconocido, comenta Stalin, pero Lenin no tenía miedo de ese salto; se anticipaba a él, porque sabía que el ejército ansiaba la paz y la impondría barriendo todos los obstáculos. La apreciación con que el biógrafo clausura esa viva semblanza es de una evidente exactitud:

“Una perspicacia genial, una facultad de comprensión, de adivinar rápidamente el sentido profundo de los acontecimientos inminentes; tales eran precisamente las cualidades propias de

Lenin que le permitían elaborar una estrategia certera y una línea de conducta clara en los virajes del movimiento revolucionario" (Discurso del 8 de enero de 1924, ante los alumnos de la Escuela Militar del Kremlin).

Como un estratega audaz se le ve, en efecto, manio-
brar ante las circunstancias buscando y hallando el
camino del éxito sobre las mayores dificultades del ins-
tante, y replegándose, cuando es necesario, en retrocesos
provisionales, como un general que decide una retirada
hacia líneas más sólidas para no perderlo todo en un
descalabro irremediable.

Su objetivo práctico inmediato es siempre la conquista
del poder político para su partido, cuando aún estaba en
el llano, o la conservación del poder político para su
partido cuando ya estaba en la altura del gobierno. Los
conceptos tácticos o las fórmulas de acción que no sir-
viesen a este propósito, caducaban ante las exigencias de
una realidad más fuerte que ellos. Y los cambiaba.

Así, cuando los soviets aparecieron como un hecho
favorable a la rápida implantación de un gobierno del
proletariado, Lenin proclamó: "Todo el poder a los So-
viets", pero cuando vió que en los Soviets, en vez de
predominar los bolcheviques predominaban los menche-
viques y los social-revolucionarios, dejó a un lado esa
consigna a la espera de que viniesen mejores tiempos
para volver a enarbolarla. Y el momento llegó cuando los
Soviets empezaban a ser conquistados por los bolchevi-
ques y podían ser opuestos a la Asamblea Constituyente,
donde los bolcheviques se hallaban en ínfima minoría, y
la cual antes había sido preconizada por ellos como el
órgano legislativo de la revolución. Se produjo así un
cambio de posición doctrinaria, que se ha explicado de
la siguiente manera:

"Hasta la segunda revolución rusa (febrero de 1917), los
marxistas de todos los países partían del criterio de que la
república democrática parlamentaria era la forma de organi-
zación política de la sociedad más conveniente para el período
de transición del capitalismo al socialismo. Es cierto que Marx
había señalado ya en la década del 70 del siglo pasado que la
forma más conveniente de la dictadura del proletariado no era la

república parlamentaria, sino una organización política del tipo
de la Comuna de París². Pero, desgraciadamente, esta indicación
de Marx no fué desarrollada en sus obras y cayó en el olvido.
Además, la autorizada declaración hecha por Engels en su crítica
del proyecto de programa de Erfurt, en 1891, de que "la repú-
blica democrática... es... la forma específica para la dictadura
del proletariado", no dejaba lugar a duda en el sentido de que
los marxistas seguían considerando la república democrática como
la forma política de la dictadura del proletariado. Esta tesis
de Engels sirvió más tarde de orientación a todos los marxistas,
incluyendo a Lenin. Sin embargo, la revolución rusa de 1905 y,
sebre todo, la de febrero de 1917 destacaron una forma nueva
de organización política de la sociedad, los Soviets de diputados
obreros y campesinos". (Historia del Partido Comunista (b) de
la U.R.S.S., páginas 415 y 416).

Lo mismo ocurrió con el concepto relativo a las con-
diciones necesarias para el triunfo de la revolución.

"Estudiando el capitalismo preimperialista, Engels y Marx
llegaron a la conclusión de que la revolución socialista no podía
triunfar en un solo país por separado, de que sólo podía triunfar
simultáneamente en todos o en la mayoría de los países civilizados.
Esto ocurría a mediados del siglo XIX. Y esta conclusión sirvió
más tarde de orientación para todos los marxistas. Sin embargo,
a comienzos del siglo XX, el capitalismo preimperialista evo-
lucionó en capitalismo imperialista, el capitalismo ascensional se
convirtió en capitalismo agonizante. Basándose en el estudio del
capitalismo imperialista y partiendo de la teoría marxista, Lenin
llegó a la conclusión de que la vieja fórmula de Engels y
Marx no estaba ya en consonancia con la nueva situación histó-
rica, de que la revolución socialista, podría perfectamente triun-
far en un solo país por separado" (Obra cit., página 416).

Finalmente, cuando ya en el poder surgieron ante su
paso las tremendas dificultades económicas y sociales que
amenazaban derribar el régimen de su partido, dió má-
quina atrás sin vacilaciones, pero sin dejar de mantener
firme el timón en su puño. La NEP (la nueva política
económica) lo presenta como una especie de Jenofonte
de las retiradas sociales, salvando al régimen del desastre
con una especie de golpe de flexibilidad...

² La Comuna tenía como órgano directo una asamblea elegida
por el pueblo donde estaban representadas todas las fracciones de
la clase trabajadora y de algunos sectores de la pequeña bur-
guesía republicana. Véase el capítulo "La Comuna de París".

Lo importante era aprovechar el momento histórico y las condiciones de hecho en que podía intentarse, con muchas probabilidades de triunfo, la revolución, y por ello el sentido de la oportunidad y el seguro instinto de guiarse entre las realidades, que caracterizaba a Lenin, resultaban consejeros clarividentes. Contestando a Kamenef, que se aferraba a la fórmula de Engels sobre dictadura del proletariado, decía:

“Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción, han dicho siempre Marx y Engels, burlándose con razón de los que aprenden de memoria y repiten mecánicamente “las fórmulas” que en el mejor de los casos sólo sirven para señalar las tareas *generales*, que se modifican necesariamente con la situación económica y política concreta de cada fase especial del proceso histórico... Es necesario asimilarse la verdad indiscutible de que el marxismo debe tomar en cuenta la vida real, los hechos precisos de la realidad y no continuar aferrándose a la teoría del día antes” (LENIN, tomo XX, pág. 100).

Y en otro pasaje expresa todavía con mayor claridad, si cabe, el sentido realista de su interpretación de los textos doctrinarios:

“Nosotros no consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo acabado e inmutable: estamos convencidos, por el contrario, de que esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas deben impulsar en todos los sentidos, siempre que no quieran quedar rezagados en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario impulsar *independientemente* la teoría de Marx, porque esta teoría da solamente principios directivos generales que se aplican en particular a Inglaterra, y de un modo distinto que a Francia; a Francia de un modo distinto que a Alemania; a Alemania de un modo distinto que a Rusia” (Obras Completas, T. II. Pág. 492. Edic. Rusa).

Le cupo en suerte encabezar una revolución dentro de otra revolución, cuando las circunstancias le ofrecían la mejor oportunidad posible para ejercer sobre las muchedumbres proletarias toda la influencia de su fuerte talento de intérprete de las realidades sociales, de organizador de movimientos populares y de director de multitudes. Y luego le tocó quedar, como era lógico, en el puente de comando de la nación presidiendo y rigiendo, con su

robusto puño de timonel experto, la travesía en medio de las revueltas olas del caos revolucionario, de donde debía ir haciendo brotar un nuevo ordenamiento social y una nueva estructura política, tal como en las profundidades infinitas del Cosmos brota un planeta del seno informe y vago de la nebulosa. Él tenía una luz para orientarse entre la niebla y él sabía hacia dónde y por dónde conducir la nave.

Pudo, pues, intentar poner a prueba la eficiencia y la exactitud de la teoría que aprendiera de Marx y Engels como el más ahincado, aunque no siempre el más fiel de sus epígonos, confrontándola con la materia difícil de la realidad histórica; y experimentar en el rudo goce con la áspera corteza del mundo de su tiempo, la capacidad del marxismo, tal como él lo interpretaba y entendía, para descubrir el curso de las corrientes subterráneas y para superar las objeciones aparentes o reales atravesadas por la vida de su tiempo y su medio en la trayectoria de la idea.

Amasó su doctrina mientras realizaba la tremenda tarea de consolidar la nueva situación surgida frente a los embates de una guerra civil cuatro veces renovada y de cuatro invasiones extranjeras, alimentadas por la contribución del capitalismo occidental y el concurso de ejércitos mercenarios, y debiendo luchar simultáneamente contra los enemigos en armas y contra la incapacidad, la indisciplina, el desorden por un lado, el desaliento por el otro, y aún el descontento de los partidarios fanáticos o impacientes. Sólo un genio de la acción pudo haber logrado adueñarse, tan rápidamente, del movimiento revolucionario que echó abajo el zarismo, y resolver los arduos problemas de la instalación en el poder y de la nueva compaginación social en medio de una economía desquiciada; y conseguir, además, que su autoridad moral se mantuviese incólume sobre el ánimo de todos sus colaboradores y subordinados, así en las horas de exultación como en las de desaliento. Había en él una tal fuerza de carácter, tanta energía para la acción y el trabajo, una tan inquebrantable firmeza de propósitos y

designios finales, que los obstáculos no podían vencerlo y él, en cambio, concluía por apartarlos de su paso.

Pero no hubiera sido —claro está—, un genio de la acción si su voluntad no se hubiese visto auxiliada por una inteligencia poderosa. Que ésa es condición *sine qua non* de tal clase de genios. El hombre fracasa en sus intentos, sea cual fuere el grado de su tenacidad y dinamismo, si no lo guía en sus empeños un criterio claro y un seguro instinto de orientación. Y Lenin poseía en grado máximo la inteligencia de la índole que corresponde a esa clase de genios: una inteligencia práctica y vivaz, que se mueve a gusto y con destreza inigualada en el terreno de las realidades concretas y de la actividad necesaria, y que no es sino una forma depurada del buen sentido, que en cuando se eleva al cubo, como decía Clarín, constituye el genio.

En él se aliaba esa capacidad mental, que se ejercitaba en la acción, a una insistente vocación doctrinaria y a una tensión sostenida del pensamiento teórico. No fué tan erudito como Marx, no alcanzó los puntos de su asombrosa cultura, no poseyó sus dotes extraordinarias de escritor —aunque lo fué de primer orden—, no pudo ni pretendió igualarlo en el vuelo de sus grandes concepciones, que aceptó íntegramente, ni en la penetración de sus reflexiones sobre todos los temas de su meditación y de su estudio, especialmente los de economía política y de filosofía social. No igualó tampoco a Engels en tales sentidos; pero estuvo por encima de ellos en el plano de las realizaciones, no sólo porque el destino lo llevó a la cumbre del poderío político en la historia de una nación que abarcaba la sexta parte del orbe terráqueo, sino porque puso de manifiesto cualidades constructivas y talentos prácticos para la vida política y económica verdaderamente excepcionales.

Lenin llevó a cabo los sueños de Marx en cuanto pudo ser como dirigente de multitudes, como conductor de un pueblo, como árbitro de los destinos del proletariado en un país de 180 millones de habitantes, lo que Marx hubiera querido ser y se imaginaba poder ser cuando se

dejaba arrastrar por la ilusión de que la Asociación Internacional de los Trabajadores fundada por él iba en rápido camino de controlar las fuerzas de la revolución social y gravitaba con todo el peso del proletariado europeo sobre los destinos de la sociedad contemporánea.

Lenin, además, elaboró una doctrina a título de simple aporte complementario a la de Marx, en una prolongación que correspondería, según la definición de Stalin, a un nuevo trecho de la historia, muy posterior a Marx, en que desplegaba su acción. De ella se destacan su noción del imperialismo definido como fase superior del capitalismo, y la concepción soviética de la dictadura del proletariado, campo de acción donde el Leninismo adquiere todo su carácter de escuela activa en la que se registra no sólo el ideario y la actividad de Lenin, sino la contribución teórica y práctica (más práctica que teórica, sin duda) de los que a su lado abrieron la vía de la revolución comunista y luego trabajaron con él en el empeño de hacerle dar sus frutos reales, continuando y desarrollando su obra y su pensamiento cuando Lenin ya había desaparecido.

La fórmula Leninista de dictadura del proletariado es una aplicación rígida de las ideas de Marx al respecto. Este entendía por tal el gobierno de la clase obrera, que dueña del poder tras “la conquista de la democracia” (palabras del Manifiesto Comunista) adoptaría, en un interregno de “transición política comprendido en el período de transformación revolucionaria de la sociedad capitalista a la sociedad comunista” (“Crítica del Programa de Gotha”, Edición Francesea, página 53), medidas apropiadas para impedir la contrarrevolución y propiciar el tránsito de una a otra forma de sociedad. Había hallado la estructura típica de ese Gobierno en la Comuna de París, donde estaban representadas todas las fracciones de la clase trabajadora y que consideró como la “forma política bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo”. (Véase el capítulo III de “La guerra Civil en Francia”).

Lenin explica que son los “proletarios”, es decir los

obreros industriales, y especialmente los obreros industriales urbanos, los protagonistas de la revolución y los que ejercen la dictadura del "proletariado", la clase creada por el capitalismo. Los productores del campo, los obreros rurales en general, constituyen una clase precapitalista, también explotada por el capital y la burguesía capitalista: la de los campesinos.

"La dictadura del proletariado, si traducimos la expresión latina, científica, histórico-filosófica, a un lenguaje más sencillo, significa lo siguiente: sólo una clase determinada, a saber, la de los obreros urbanos y en general de los obreros industriales de las fábricas y talleres, está en condiciones de dirigir a toda la masa de trabajadores y explotados cuando luchan por derribar el yugo del capital, cuando crean el nuevo régimen social socialista en toda la lucha por la supresión completa de las clases". (LENIN, *Obras Completas*, tomo XXIV, pág. 336. Edic. rusa).

El "proletariado" (entendido, pues, como el conjunto de los obreros industriales de las fábricas y talleres) "dirige" a las masas laboriosas, aliándose con "las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etcétera)" (LENIN, *obra cit.* pág. 311).

Esa función de dirección asignada a los obreros industriales, en calidad de únicos proletarios propiamente dichos, que sin embargo actúan aliándose con los campesinos pobres y comparten el gobierno con ellos, es un rasgo peculiar del leninismo, que debe, por otra parte, relacionarse con la forma de dictadura obrera ejercida a través de un solo partido, de una sola fracción política de esa clase, tal como ocurre todavía hoy en el régimen soviético, donde todo el poder corresponde prácticamente a los miembros de un solo partido, el Partido Comunista. (Artículo 116 de la Constitución de la URSS).

Ese artículo dice:

"Los ciudadanos más activos y más conscientes del seno de la clase trabajadora y de las otras capas de trabajadores se agrupan en el Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores en su lucha por el afianzamiento y desarrollo del régimen socialista, y que representa el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado".

Otro rasgo —y sin duda el más saliente— de la concepción leninista de la dictadura del proletariado es la fórmula del gobierno de los *soviets*, que pone en juego una nueva institución política, el consejo de soldados, obreros y campesinos, como órgano específico de la Revolución y del poder proletario. Eso constituye una adaptación del principio de la dictadura proletaria a las modalidades típicas del medio político ruso.

Lenin dijo:

"Los *soviets* son la forma rusa de la dictadura del proletariado. Si el teórico marxista que escribe una obra sobre la dictadura del proletariado hubiera estudiado efectivamente este fenómeno... habría comenzado por dar una definición general de la dictadura y después habría examinado su forma particular nacional, los *Soviets*, los hubiera analizado como una de las formas de la dictadura del proletariado". (Obras escogidas. Edic. en lenguas extranjeras. Moscú. Tomo IV, pág. 43).

"Los *Soviets* —agrega— son el barómetro más próximo al "pueblo", el barómetro más sensible del desarrollo y de la creciente madurez política y de clase de las masas". (Ídem, pág. 81).

Debe recordarse que Lenin entiende que la forma soviética del Estado revolucionario coincide, en lo esencial, con la Comuna de París considerada por Marx como la forma estatal típica de la dictadura de la clase obrera.

Cuando se pronuncia contra la Asamblea Constituyente oponiéndole los *Soviets* invoca el siguiente pasaje de Marx:

"La Comuna debía ser una corporación de trabajo, una corporación ejecutiva y legislativa al mismo tiempo, y no un organismo parlamentario".

El primitivo Estado soviético sería, pues, de acuerdo con su teoría del gobierno de los *Soviets*, un Estado del tipo de la Comuna.

Lenin habría aportado a la teoría de la dictadura del proletariado, según Stalin, tres nuevos elementos:

"A) Descubrió el poder de los *Soviets* como forma estatal de la dictadura...; B) descifró la fórmula de la dictadura del proletariado, al definir ésta como forma específica de la alianza de clase del proletariado, que es el dirigente, con las masas

explotadas de las clases no proletarias (campesinos, etc.); C) Recalcó con fuerza particular el hecho de que, en la sociedad de clase, la dictadura del proletariado es el tipo más elevado de la democracia, la forma de la democracia *proletaria* que expresa los intereses de la mayoría (de la explotada) por oposición a la democracia *capitalista*, pues ésta expresa los intereses de la minoría (de los explotadores). (*Entrevista de Stalin con la primera delegación de obreros norteamericanos*, 9 de setiembre de 1927).

En cuanto a lo que caracterizó desde sus comienzos la posición de Lenin dentro del marxismo es, por un lado, una estricta adhesión a la filosofía genética materialista en su concepto más rigidamente realístico, y por otro lado, su acentuación del sentido energético de ciertas partes de la ideología de Marx. Son éstas aquellas que más se prestan a una interpretación que conduce a concebir la conquista del poder por los obreros y para los obreros como un asalto de la fuerza proletaria; y la dictadura del proletariado como un medio "de despotismo legítimo" centralista, para la inmediata destrucción de toda la máquina política del capital —según lo hemos visto en los comentarios de Lenin a *La Guerra Civil en Francia*, donde Marx estudia la revolución de la Comuna— pero también como un esfuerzo colosal, realizado con el sacrificio de muchas libertades y derechos individuales, para organizar la producción sobre bases colectivas e intensificarla lo más posible.

Un autor explica en los siguientes términos lo colocación filosófica de Lenin:

"Cuando Marx y Engels formularon sus teorías la burguesía avanzada, al propio tiempo que se declaraba materialista, seguía creyendo en las cosas eternas cuya existencia debía justificar, con su espíritu, la inmortalidad de su propio dominio; Marx y Engels combatieron al materialismo mecanicista y la creencia en las cosas eternas y en las verdades absolutas, e insistieron en la relatividad de nuestros conocimientos. Pero cuando le llegó a Lenin su turno ideológicamente la situación había cambiado, la ciencia burguesa, víctima de crisis terribles, debidas en parte a la misma velocidad de su desarrollo, abandonaba el materialismo, al que seguía considerando bajo la forma mecanicista y cuyos peligros desde el punto de vista social, presentía y regresaba, a través del agnosticismo, al idealismo y al misticismo. Entonces Lenin atacó el relativismo de Mach y defendió enérgicamente la creencia en

la realidad del mundo exterior" (PAUL LABERENE, *El Materialismo Dialéctico y la Ciencia*).

Su concepto realista de la materia se afirma en pasajes como éste:

... la única propiedad de la materia cuya misión define el materialismo filosófico es la de ser una realidad objetiva, de existir fuera de nuestra conciencia".

Pero lo que más individualiza su posición teórica dentro del marxismo, en sus últimos tiempos, es el retorno a la preponderancia del aspecto filosófico de la doctrina en su condición de nueva modalidad de la dialéctica, es decir, de dialéctica realista con contenido materialista.

Siguiendo a Plejanov, entiende que lejos de tenerse que aclarar la denominación de la doctrina para no confundir el determinismo económico de Marx con el materialismo filosófico, ella por el contrario indica bien el compromiso esencial que la teoría importa entre el moderno sentido filosófico del materialismo propiamente dicho y aquel determinismo.

La concepción del materialismo filosófico en cuanto atribuye a la materia realidad objetiva y función genésica de sí misma queda, en su concepto, íntimamente comprendida en el materialismo histórico, que no podría separarse de ella porque tiene en ella una base constitucional.

Pero el materialismo histórico no es una metafísica sino una expresión básica de la sociología.

"Al formular el concepto de los fenómenos económico-sociales como un conjunto de determinadas relaciones de producción y al establecer que el desarrollo de esta formación constituye un proceso histórico natural, Marx ha puesto por primera vez la sociología sobre una base científica, siendo la concepción materialista de la historia sinónimo de la ciencia social" (N. LENIN, *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*).

Valoriza la filosofía materialista clásica de los pensadores rusos que a mediados del siglo XIX superaban a los materialistas metafísicos ingleses y franceses del siglo XVIII y comienzos del XIX porque se apartaban de su mecanicismo o de su naturalismo ingenuo y adoptaban,

como Marx, el dinamismo dialéctico de Hegel pero despojándolo, como aquél, de su engañoso contenido idealista para enderezarlo en sentido materialista. Si no llegaron a desarrollar como Marx "la medula racional" de esa dialéctica fué porque las circunstancias históricas en el medio ruso no ofrecían los elementos necesarios a ese desarrollo. Sólo les habría faltado para llegar al materialismo dialéctico marxista integrar su concepción del mundo y de la historia, y aún más, su teoría del conocimiento, con el principio de la acción como aptitud verificadora de la verdad y con el concepto activo del proletariado como factor de la síntesis histórica en su carácter de perpetuo devenir.

No había en su tiempo una burguesía rusa independiente y el proletariado moderno no existía casi, ni contaba para nada como clase social en el atraso técnico y económico del país.

El artículo de Lenin sobre Hertzen marca bien su posición ante aquellos precursores o introductores del materialismo dialéctico en Rusia, con los cuales confraterniza ideológicamente el gran revolucionario bolchevique por un triple motivo. Porque algunos de ellos se internaron en la acción política y social viendo en ella un complemento eficiente y pragmático de la teoría; porque afirmaban los principios del materialismo filosófico que vinculan la sociología y la historia a las comprobaciones y al progreso de las ciencias naturales que Lenin consideraba como la base más sólida del Socialismo; y porque representaban un notable aporte de la inteligencia y del espíritu rusos al desenvolvimiento de las ideas contemporáneas.

Ahora se ha puesto de moda trazar la línea que une a esos pensadores —Belinski, Hertzen, Chernishevski, Dobroliubov, Pissarev, Zimiriavez— con Lenin, pasando por Plejanov, el primer gran discípulo y expositor (tras aquellos representantes clásicos de la filosofía materialista) del materialismo histórico y de las ideas de Marx y Engels.

Una biografía del año 1943 editada por el Instituto

Marx-Engels-Lenin de Moscú define su importancia como continuador de Marx en los siguientes términos:

"Lenin multiplicó el caudal ideológico del marxismo sobre la base de la experiencia de la nueva época. Desarrolló el marxismo más allá, lo elevó a un nuevo estado superior. Es el creador del Leninismo".

Se emplea, pues, la denominación de marxismo-leninismo o de marx-leninismo con preferencia a la de marxismo-leninista, porque ésta parecería indicar que puede haber marxismos no leninistas, mientras que aquella expresaría que el leninismo es un desarrollo del marxismo, que acopla a la doctrina originaria elementos sustanciales, que lo complementan, y no tan sólo elementos adjetivos que le imprimen una determinada acentuación o tendencia adventicia.

En 1914, al comienzo de una guerra mundial, leyó la "Ciencia de la Lógica" de Hegel, y consignó en cuadernos de escolar sus observaciones en sagaces notas. Además manifestaba en cartas a un amigo que le agradaría escribir, apenas tuviese tiempo para ello, un estudio sobre Hegel.

La publicación de esos "Cuadernos sobre la Dialéctica" obró sobre el espíritu de muchos jóvenes exégetas del materialismo histórico como una palabra de orden, y se puso de moda en algunos sectores del pensamiento marxista situar en el primer plano la dialéctica y reanimar al hegelianismo que se halla incrustado en no pocas partes de la doctrina al menos como una impregnación del léxico y un estilo mental o modo de manejar las ideas.

Lenin admitiría que la misma esencia de la doctrina se ha mezclado de hegelianismo, si como parece desprenderse de sus anotaciones, el método y el contenido de la dialéctica hegeliana no están separados por un tamiz, según dice uno de esos intérpretes, y una parte del contenido pasa al materialismo dialéctico. De ahí que el leninismo, en su aspecto teórico, haya llegado a individualizarse, al menos para algunos de sus intérpretes de "cátedra", como una acentuación de las vinculaciones de la dialéctica hegeliana con el marxismo.

UN VIRAJE FILOSÓFICO

Pero ya asistimos, por obra de la guerra entre la U. R. S. S. y Alemania a una reacción post-leninista contra esa tendencia a acentuar la dosis de hegelianismo contenida en el marx-leninismo.

La palabra de orden es ahora entre los expositores y comentaristas bolcheviques del marx-leninismo separar lo más posible a Hegel de la doctrina del Partido Comunista sacando al primer plano toda aquella parte, tan extensa, de la obra del filósofo alemán en que se descubre y aún se ostenta su reaccionarismo político y su chauvinismo germánico.

Un episodio altamente significativo y muy característico de la situación en que se halla el pensamiento ruso contemporáneo en sus relaciones con la "línea política" del Estado Soviético, vino a mediados del año 1944 a señalar el viraje filosófico a que hacemos alusión.

El año 1943 se dieron a publicidad los tres primeros tomos de una Historia de la Filosofía editada bajo el patrocinio de la Academia de Ciencias y dirigida por sus miembros Bykovsky, Mitine y Trudine. A fin de ese año se otorgó a esos tres tomos el Premio Stalin. Pero he ahí que a principios del año 1944 se desató en "Bolshevik", revista de ideas, una verdadera campaña contra el III volumen de esa historia, dedicado a los filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, especialmente por los capítulos dedicados a Kant, Fichte y Hegel. Ese volumen fué escrito por Amis, Bykovsky y Tchernichev.

El número 7 correspondiente al 8 de abril, traía un editorial titulado: "Lagunas y errores de la enseñanza de la historia de la filosofía alemana al fin del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX", en el que se censuraba con bastante acritud el criterio adoptado en sus apreciaciones por los autores de ese tomo. "Estos se han dejado conducir a serios errores de expresión y de apreciación", se dice allí.

Y a continuación se demuestra que si el método dialéctico de Hegel contiene una "medula racional" —la teoría de la evolución— "elemento progresivo de este filósofo", en revancha, su sistema idealista dogmático es conservador, pues postula el detenimiento de la evolución. Los autores de ese tomo "resbalan" sobre esa contradicción. Se han olvidado que Stalin escribió en su trabajo "Materialismo histórico y materialismo dialéctico", que Marx y Engels no tomaron de la dialéctica sino aquella medula y rechazaron la envoltura idealista hegeliana, desarrollando la dialéctica más hacia adelante y dándole un aspecto científico" ("Cuestiones de Leninismo").

El mismo Mitine, uno de los directores de la edición, escribe en el número del 1º de junio un artículo para puntualizar el reaccionarismo político-social de Hegel, con citas de diversos pasajes de sus obras en que se manifiesta sin ambages su nacionalismo, su imperialismo, su desdén por el pueblo y las formas democráticas, su espíritu "prusiano" en una palabra, tal como lo ha descrito magistralmente Heine.

No era, pues, de extrañarse, que se declarara excluido del Premio Stalin al tercer tomo de la obra, que deberá ser nuevamente redactado.

Fué la defenestración de Hegel. Su expulsión violenta del templo del marx-leninismo. Se trata de una campaña antihegeliana demoledora. La pasión política del momento contra lo alemán entra, claro está, por mucho en ese encarnizamiento contra un filósofo que Marx y Engels contribuyeron no poco a rodear de prestigio ante la intelectualidad contemporánea.

No hay manera de conciliar el desmenuzamiento implacable y la crítica despiadada a que se ve sometido Hegel en las trituradoras de la propaganda filosófica bolchevique, con las reverenciales expresiones de Marx —tan duro para todos los filósofos de su tiempo— al "gran filósofo", y con numerosos pasajes de Engels, que en su entusiasmo apologético llegó a escribir:

"Con Hegel termina toda filosofía; por una parte, porque él comprende en su sistema el desarrollo entero de la manera más

grandiosa; y por otra, porque él nos señala, aunque inconscientemente, el camino para pasar de ese laberinto de los sistemas al conocimiento real y positivo del mundo" (*L. Feuerbach*, etc., pág. 8).

Adviértase que Engels hace concluir en Hegel toda filosofía, mientras que los profesores del marx-leninismo quieren que la filosofía termine con Marx-Lenin y Stalin.

Eso nos obliga a pensar en que acaso existe un malentendido sobre la acepción de la palabra filosofía... Al menos, parece poco dialéctico ese empeño en cerrar el campo para toda filosofía futura tras el más reciente continuador de Marx.

Se diría que caemos en el saco de un sistema... cerrado.

Para evitar esta contradicción es forzoso entender que Hegel nos proporciona una herramienta científica (comparable al método experimental) que pertenece axiomáticamente a los hallazgos experimentales imperecederos del conocimiento científico, por encima o al margen de toda especulación filosófica abstracta. Pero esa herramienta, perfeccionada por Marx y Engels, y afilada, si se quiere por Lenin y hasta por Stalin (con su incorporación de la "dictadura del proletariado", forma soviética, como principio esencial de la teoría), ¿es un hallazgo científico, en realidad, o una simple fórmula para pensar la vida del mundo, un criterio lógico discutible no más seguro, por cierto, en el mejor de los casos, para la orientación en el pasado, en el presente y en el futuro, que los verdaderos principios de la ciencia experimental entre los cuales la concepción económica de la historia vale como uno de los más firmes para las ciencias sociales?

He ahí un problema interesante a estudiar, que aquí sólo rozamos a título de digresión, para volver en seguida al asunto, o sea a la campaña contra Hegel.

Quienes la conducen coinciden con Guillermo Liebnick, que (como lo recordamos en el capítulo sobre hegelianismo y marxismo), en una nota al folleto de Engels "La guerra de los campesinos en Alemania", que aquel editó el año 1870, afirmó ingenuamente lo que todo

el mundo había podido comprobar en cuanto a las ideas políticas del filósofo en cuestión. Ellos no lograrían, pues, eludir los dictérios que la indignación hizo brotar de la pluma de Engels al leer la nota del infortunado autor de tamaña imprudencia. La carta que Engels envió a Marx en esa ocasión —y que los lectores rusos pueden hallar en las "Obras de Marx y Engels". (Tomo XIV, pág. 335, edición rusa) polemiza a través de casi un siglo con los redactores y colaboradores de *Bolshevik*.

En ella se lee:

"La idiotez ha llegado tan lejos que no hay medio de tolerarla. Este hombre ha hecho la observación siguiente a continuación del nombre de Hegel: "Es conocido de un público más amplio como pensador que descubrió y glorificó la idea monárquico-prusiana del Estado". Y sigue: Yo le he administrado una buena solfa por esto y he mandado para la publicación una declaración cuyos términos son —dadas las circunstancias —extremadamente suaves. Ese ignaro tiene el tupé de creer que basta la palabra "prusiano" para situar a un hombre como Hegel, y todavía comete la imperitencia de hacer creer al público que soy yo quien lo dice. Vale más no publicar nada de uno antes de hacerlo pasar por un asno gracias a Liebnick".

Véase ahora como remachó Marx, en su respuesta, el clavo de la indignación de su amigo:

"Yo le he escrito diciendo que si únicamente es capaz de repetir las viejas tonterías de Rattek Welker sobre Hegel, haría mejor en callarse. A eso llama él "acabar con Hegel sin demasiada ceremonia" (como ahora los redactores de "Bolshevik" y "Propagandist")... Decididamente este hombre es demasiado bruto".

En la atmósfera de esa campaña de rectificación disuenan hasta no pocas apreciaciones del mismo Lenin, que se pronunció, él también, sobre la dialéctica de Hegel en términos caldeados de simpatía muy distantes de ese encarnizado afán con que los doctrinarios del marx-leninismo recalcan que la dialéctica de Marx, según éste lo expresó, "es todo lo contrario de la de Hegel", y prescinden de sus elogios al alcance de su concepción dialéctica pese al idealismo de su punto de partida.

Son de Lenin los siguientes conceptos y acotaciones a

la lógica hegeliana, que pueden leerse en los Cuadernos tantas veces citados:

—“...Hegel exige una lógica en la cual las formas deben encontrarse llenas de un contenido vivo, real, al que deben hallarse ligadas de modo inseparable.

—“La dialéctica: “aprehender lo contradictorio en la unidad”.

—“Una magnífica fórmula: “no solamente lo universal, sino lo universal que caracteriza en sí la riqueza de lo particular, de lo individual, de lo aislado, toda la riqueza de lo particular y de lo individual”.

—“¡Muy bien!

—“Me esfuerzo ante todo en leer a Hegel en materialista.

—“Lo que en la ciencia es lo primero debió ocupar *históricamente* el primer lugar”. (¡Esto suena de un modo terriblemente materialista!)

—“Aforismo. Hegel ha demostrado realmente que las formas y las leyes lógicas no son una apariencia vana, sino el reflejo del mundo objetivo. No demostrado muy exactamente, pero *genialmente* adivinado.

—“Hegel adivinó *genialmente* la dialéctica de los objetos (de los fenómenos del mundo, de la naturaleza) en la dialéctica de las ideas”.

Y como remate de esta antología de pensamientos hegelistas de Lenin confeccionadas sin mucho rigor de selección y casi al azar, agregaremos este otro:

—Aforismo: no se puede comprender completamente “El Capital”, de Marx, y particularmente el primer capítulo, si no se ha estudiado a fondo y comprendido toda la lógica de Hegel. A esto se debe el que desde hace medio siglo muchísimos marxistas no hayan comprendido a Marx.

Es, sin duda, evidente el contraste entre la posición de espíritu ante Hegel que estos apuntes revelan y las rotundas y radicales negaciones de Hegel que aparecen ahora en los artículos de los pensadores soviéticos.

Todavía en un artículo soviético de un escritor marx-leninista-stalinista, G. Alexandrov, sobre la “medula racional de la dialéctica de Hegel”, anterior a este último viraje filosófico de los doctrinarios soviéticos, encontramos este pasaje de Lenin que reconoce a la doctrina del filósofo un sentido político revolucionario:

“La fe de Hegel en la razón humana y en sus derechos y el principio fundamental de la filosofía hegeliana, según el cual el mundo sufre un continuo proceso de metamorfosis y de evoluciones, condujeron a los alumnos del filósofo berlinés, que no querían resolverse a aceptar la realidad, a la idea de que la lucha llevada contra la realidad, la lucha contra la falsedad existente y contra el mal reinante se basa en la ley universal del desarrollo perpetuo. Si todo se desarrolla y unas instituciones son reemplazadas por otras, ¿por qué iban a perpetuarse la autocracia del rey de Prusia o del zar ruso, el enriquecimiento de una minoría ínfima a expensas de la inmensa mayoría, el dominio de la burguesía sobre el pueblo?” (V. I. LENIN, *Marx, Engels, Marxismo*, París, 1935).

El editorial del número 7 del “Bolshevik”; el artículo de M. Mitine, del 12 de junio de 1944; el P. Feodosiev, de mayo del mismo año sobre “La oposición de la dialéctica idealista hegeliana y del método dialéctico marxista”; el de M. Jovtshuv, del número 12 de la citada revista sobre los “Clásicos de la Filosofía rusa del siglo XIX” (estonograma abreviado de una conferencia pronunciada en la Casa de los Sindicatos de Moscú el 30 de julio); niegan todo mérito a Hegel hasta en lo tocante a su concepción de la dialéctica y su influencia sobre el pensamiento de Marx y Engels, de modo que uno se pregunta: ¿cómo pudo entonces Marx romper lanzas en defensa de Hegel contra los que pretendían haberlo enterrado, y cómo pudo Lenin sostener que sin leerse bien su Lógica y su Fenomenología del Espíritu no es posible comprender “El Capital”?

Más de un pasaje de esos artículos se aproximan mucho, sin quererlo, a la posición crítica del excomulgado revisionista Bernstein, según el cual la dialéctica hegeliana “constituye el elemento pérfido en la doctrina marxista”; y lo que Marx y Engels “produjeron de grande lo produjeron no gracias sino a pesar de la dialéctica hegeliana”.

Y cuando se lee en uno de aquellos artículos que “la ideología alemana es el enemigo principal de la concepción científica marxista” (P. Feodosiev) no se puede menos de recordar los agudos reproches que Juan B. Justo dirigía hace más de cuarenta años a los autores de la teoría Científica de la Historia por haberse empeñado

en vincular su doctrina a las fórmulas abstractas de la filosofía alemana, lo que hacían constar con orgullo y con palabras que hoy en vano tratan de ocultar bajo otras palabras los actuales profesores de marx-leninismo, pues para que puedan servir ahora de excusa o atenuante a los pocos felices historiadores del descalificado tomo III, Engels había estampado las siguientes el año 1891:

“Nosotros los socialistas alemanes nos enorgullecemos de descender no sólo de Saint-Simon, Owen y Fourier, sino también de Fichte y Hegel. El movimiento obrero alemán es el heredero de la filosofía clásica alemana”.

No cabe duda que estos “nuevos enterradores sin ceremonia” del autor de la “Filosofía de la Naturaleza”, insurgen, como un día lo hizo para su mal el pobre Guillermo Liebnick, ante la autoridad intelectual de los clásicos del marx-leninismo. Tienen, eso sí, en su favor, para sentirse alentados en su depuradora empresa, que Stalin, el continuador del marx-leninismo, no parece haberse comprometido con juicios ditirámicos de la obra y las ideas del que podríamos llamar —con permiso de “Bolshevik”— abuelo idealista de la dialéctica materialista.

STALINISMO

El stalinismo como escuela sólo significa una afirmación subrayada de ciertos conceptos del leninismo, pero como movimiento o expresión política es un desarrollo hasta sus más lejanas consecuencias lógicas de la doctrina leninista.

Así como Stalin proyecta en la historia un recio perfil de hombre de acción y dirección, con una intensidad y una trascendencia que dan a su vida un diapasón de militancia no alcanzado por la de sus geniales maestros, habiéndole tocado en suerte afrontar pruebas mayores y diversificarse en mayor número de actividades públicas, como actor destacado en las guerras internas y externas de los primeros tiempos de la Revolución, como hombre de Estado más adelante, como conductor de su pueblo en

la paz constructiva y en la guerra mundial, saliendo de todo ello rodeado de una creciente aureola de prestigio, así también el stalinismo se caracteriza como el adaptador de las ideas de Lenin a las nuevas circunstancias, siendo una prolongación de la doctrina en los hechos, y más que una escuela, un movimiento político doctrinario.

Aquel concepto de Marx y Engels, que Lenin invocaba a menudo, de que la doctrina no es un dogma sino una guía para la acción, es un lema de la actividad realizadora del stalinismo. Y la filosofía de esa actividad se resume en aquellas palabras que ya hemos citado de Stalin en el curso de un debate: “Hay un marxismo dogmático y hay un marxismo creador. Yo me sitúo en el terreno del segundo”.

La idea “revisionista” sin duda sobre la posibilidad de realizar y consolidar el Socialismo en un país dado, aunque no se realice al mismo tiempo en el resto del mundo, constituye la más saliente característica del stalinismo, en materia de preceptos rectores de su conducta. Como el stalinismo comienza después de la muerte de Lenin, esa idea actúa en las condiciones de una idea de gobierno.

Lenin, que se sentía profundamente ruso —por lo mismo que, según dijera, “había que amar no a Rusia, en abstracto, sino al pueblo ruso”— deseaba ardientemente la revolución social sobre todo para su pueblo, pero ansiaba y esperaba con no menos vehemencia la revolución social en otros países, porque no dejaba de comprender que la revolución socialista quedaría bloqueada por las fuerzas capitalistas e imperialistas del mundo, a menos de transigir con ellas, retardándose. Si llegó a rechazar la República parlamentaria y a proclamar la revolución socialista sin la instancia previa de una revolución burguesa democrática, fué porque creyó que la revolución mundial no tardaría en sobrevenir, pero más que eso aún porque su sentido político le indicaba que en un país como Rusia lo importante era adueñarse del gobierno para desde él imprimir a la transformación social el ritmo requerido por las circunstancias, y aún detenerlo, si fuese necesario, con tal de mantenerse en el poder y conservar

la posibilidad de poner los enormes recursos materiales del país al servicio de su causa política e ideológica. Pero mientras, al frente ya del gobierno, se veía forzado a dar máquina atrás, y aplicar la forma del capitalismo de Estado junto a concesiones más o menos transitorias a la economía privada, con lo cual salvaba políticamente al régimen, pensaba que el destino del ideal socialista en Rusia se volvía muy precario si ella había de ser durante mucho tiempo la única nación socialista. "A Rusia —escribió— en la situación histórica concreta, extraordinariamente original del año 1917, le fué fácil *comenzar* la revolución socialista, en cambio le será mucho más difícil continuarla y llevarla a término que a los países europeos" (Obra cit., tomo XXV, pág. 205).

El stalinismo se situó en el terreno de una fe absoluta en la consolidación del régimen soviético en un medio como el de Rusia, aun cuando debiera sostenerse y continuar su obra en un mundo dominado por el capitalismo. No necesitaba alimentarse con la esperanza de una revolución mundial inmediata, en la que Lenin creía aún durante algunos años después de la conquista del poder por los bolcheviques.

Lenin le proporcionó los conceptos doctrinarios que nutrían su convicción. Porque en su libro "El Imperialismo, fase superior del capitalismo", sienta la ley de que los países capitalistas no se desarrollan, económica y políticamente, con ritmo igual, de lo que resulta que el frente imperialista ofrece algunos puntos más débiles que otros, y al hacerse inevitables los conflictos armados entre las potencias rivales, en esos puntos más vulnerables la revolución es más fácil.

"La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De aquí se desprende que el triunfo del Socialismo es posible, en principio, en algunos países, incluso en un solo país capitalista y tomado por separado. El proletariado victorioso de este país, después de expropiar a los capitalistas y organizar en su país la producción socialista, se alzaría contra el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayéndose a las clases oprimidas de los demás países, organizando en ellos una insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario,

hasta la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados" (LENIN, obra cit., tomo XXVIII, págs., 232-233).

Por el momento el stalinismo³, en vez de alzarse contra el mundo capitalista, se alía con él política y militarmente y renunciando a organizar en él la insurrección de las clases explotadas, disuelve la Tercera Internacional, después de haber colocado a sus secciones en tren evolucionista, hasta el punto de que en muchas partes (Cuba, Colombia, etc.) se llaman ahora partidos "socialistas democráticos", o se transforman en asociaciones de Estudios Sociales, para colaborar con los partidos burgueses, como en Estados Unidos de América.

Adoptará esa posición todo el tiempo que le sea necesario para reconstruir la nación, tan castigada por la guerra, y restablecer el ritmo de su producción general en todas sus ramas y aun intensificarlo. El Gobierno Soviético firma tratados de paz con las grandes potencias democráticas victoriosas y compartirá con ellas la dirección del organismo para la seguridad internacional. Dentro de esas normas de armonía con el capitalismo de afuera, ¿cuáles serán las actitudes del Gobierno Soviético con relación a las formas de la democracia política? La Constitución en vigencia indica, sin duda, que el régimen ha de continuar moviéndose sobre una plataforma política de partido único, límite al que quedan referidas todas las libertades públicas y derechos individuales que esa carta consagra (libertad de conciencia, de reunión, de asociación, de palabra, de prensa). ¿Cuáles serán sus intenciones respecto a la evolución político-social de los demás países? Lo sabremos cuando veamos al Comunismo como ideología actuar en ellos en el nuevo período de la historia por medio de las organizaciones políticas nacionales que responden a esa ideología.

No debe, por lo demás, descartarse que una vez terminados sus planes de reconstrucción y de desarrollo económico, y acaso por indirectas vías mientras cumple las obligaciones oficiales de las alianzas concertadas por la U.R.S.S., el stalinismo reactualice aquellos conceptos y

³ En 1941 a 1946.

propósitos del propio Stalin que figuran en uno de sus folletos reeditados en diversas lenguas el año 1939 y que hoy mismo pueden adquirirse en las librerías de la U.R.S.S. Vale la pena transcribir estos párrafos, que expresan opiniones e intenciones dignas de ser tenidas en cuenta:

“Si cierta es la tesis de que el triunfo *definitivo* del Socialismo en el primer país liberado no es posible sin los esfuerzos comunes de los proletarios de varios países, lo es igualmente que la revolución mundial se desarrollará tanto más rápida y fundamentalmente cuanto más eficaz sea la ayuda prestada por el primer país socialista a los obreros y a las masas trabajadoras de los demás países restantes. ¿En qué debe consistir esta ayuda? En primer lugar, en que el país que ha triunfado “lleve a cabo el máximo de lo realizable en un sólo país para desarrollar, apoyar y despertar la revolución en todos los países” (LENIN, tomo XXIII, pág. 385). En segundo lugar, en que el “proletariado victorioso” de un país... se alce “contra el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayéndose a las clases oprimidas de los demás países, organizando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, hasta la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados”. (Idem). La particularidad característica de esta ayuda prestada por el país victorioso consiste, no sólo en que acelera el triunfo de los proletarios de otros países, sino también en que, facilitando ese triunfo, asegura con ello el triunfo definitivo en el primer país victorioso.

“Lo más probable es que en el curso del desarrollo de la revolución mundial se forme, junto a los focos del imperialismo en distintos países capitalistas, y junto al sistema de estos países soviéticos y un sistema de focos de éstos en el mundo entero, y que la zona entre estos dos sistemas llene la historia del desarrollo de la revolución mundial.

“Por eso no tienen razón los que, olvidando el carácter internacional de la revolución de octubre declaran que el triunfo de la revolución en un sólo país es un fenómeno puro y exclusivamente nacional. Tampoco tienen razón los que, recordando el carácter internacional de la revolución de octubre, se inclinan a considerarla como algo pasivo, llamado sólo a aceptar el apoyo del exterior” (STALIN, *La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos*, Edic. española, Moscú, 1939, págs. 37 y 38. Escrito en diciembre de 1924).

Lenin había dicho en un informe:

“...No vivimos solamente dentro de un Estado, sino dentro de un sistema de Estados, y la existencia de la República Soviética junto a los Estados imperialistas durante un tiempo prolongado es inconcebible. En fin de cuentas, acabará triunfando

o lo uno o lo otro. Pero, mientras este fin llega, es inevitable una serie de los más terribles choques entre la República Soviética y los Estados burgueses. Esto significa que si la clase dominante, el proletariado, quiere dominar y seguir dominando, tiene que demostrarlo también por medio de su organización militar...” (De la *biografía de Lenin*, Edic. rusa, 1943, Moscú, pág. 280).

El párrafo resulta profético en cuanto anuncia “los más terribles choques entre la República soviética y estos burgueses”, ya que le ha tocado batirse contra varios de estos Estados en la guerra más atroz que hayan presenciado los siglos. Esa misma certeza del augurio confiere extraordinaria seriedad a la advertencia para el futuro que podría desprenderse de aquella otra frase en que dice: “La existencia de la República Soviética junto a los Estados imperialistas durante un tiempo prolongado es inconcebible. En fin de cuentas acabará triunfando o lo uno o lo otro”. En circunstancias en que la U.R.S.S. se dispone a convivir en paz —pero sin desarmarse⁴, por las dudas— con las grandes potencias capitalistas, nos parece evidente que el consejo de la frase final del párrafo transcrito no ha sido echado en saco roto por los actuales gobernantes del Estado Soviético.

El stalinismo recogió la herencia de Lenin como partido en el poder, y no sólo la conservó en ese punto, sino que la aumentó. Quiere esto decir que ese concepto de no renunciar a convivir con el mundo capitalista exterior siendo ello condición de la propia existencia del régimen, y esa fe en que éste habría de contar con recursos bastantes para sobreponerse a todos los contratiempos y dificultades, fueron en manos del stalinismo un caudal creciente de resolución para llevar a cabo las más arduas y audaces empresas constructivas.

También en este terreno, el de realizaciones y obras de transformación económica e industrial del medio histórico —la electrificación del país, el progreso de la industria pesada, etc.— se desarrolla con ímpetu la preocupación obsesiva de Lenin que trazó los primeros lineamientos de esa tarea y echó las bases del primer plan quinquenal.

⁴ Véase la nota de la página 448 (a).

Por otra parte, aquél concepto del socialismo ruso que no espera la consolidación sino de su propia vitalidad, casa indisolublemente con la tendencia al robustecimiento de los sentimientos nacionales, que es otro de los rasgos más acentuados de la fisonomía política del stalinismo.

Acaso lo que más afirma a éste con un carácter propio e inconfundible, en relación con el leninismo, es esa tendencia que se ha desarrollado con intensidad progresiva en los años de la guerra con Alemania. Así como Lenin detuvo la marcha hacia el Socialismo replegándose momentáneamente en la NEP, el stalinismo, pulsando la presión de las circunstancias y entendiéndose a consolidar y fortalecer con ello el régimen soviético, empezó por entregarse al culto de la nacionalidad y de la patria y concluyó por dejar de lado el internacionalismo formal. El primer himno de la Rusia Soviética, la Internacional, fué sustituido por un himno guerrero, que exalta la patria en el tono de todos los himnos patrióticos corrientes. Y son héroes nacionales venerados, que el gobierno soviético glorifica, los generales zaristas que defendieron la patria contra Napoleón; y se habla con orgullo, en el lenguaje oficial, de esa guerra por la defensa del territorio invadido "nuestra primer guerra patria", porque fué la guerra en que toda Rusia luchaba contra una invasión extranjera. Los recios forjadores de la nacionalidad como Iván el Terrible, Pedro el Grande, y la misma Catalina II son evocados con simpatía y figuran con buena colocación en el Walhala de los héroes pretéritos que el pueblo soviético puede recordar sin aversión ni desdén.

Se ha cambiado también en materia de religión. Se ha entrado en una era de tolerancia religiosa efectiva, no solamente nominal. Se han reabierto iglesias ortodoxas y seminarios. Ya no son legalmente tolerados pero prácticamente contrariados, sino ampliamente permitidos los ejercicios del culto; y los diarios publican cartas del Patriarca de la Iglesia Ortodoxa al mariscal Stalin con motivo de la guerra; se celebran Congresos de Obispos

Protestantes y Concilios de metropolitanos y patriarcas de la Iglesia Griega. Funciona ahora una escuela de Teología. La necesidad de la unidad nacional frente a la invasión alemana ha impulsado la aplicación de esos nuevos preceptos que ya la Constitución del año 1936 consagraba en su artículo 124: "La libertad de practicar los cultos religiosos y la libertad de propaganda antirreligiosa se reconocen a todos los ciudadanos".

Otro problema hay en que el stalinismo aparece actualizando y vitalizando fórmulas de realización que se erigen en sustentación positiva de un aspecto de su doctrina originaria.

El leninismo había proclamado el principio de la nacionalización de la tierra, y mientras los socialistas revolucionarios se mostraban inclinados al reparto del suelo entre los productores campesinos, aquél, de acuerdo con la posición primitiva del Partido Demócrata Socialista, entendía que la propiedad territorial debía transferirse íntegramente al Estado. La revolución suprimió, pues, la propiedad privada de la tierra. Sólo admitió la posesión por parte de todos aquellos que la trabajasen directamente. Aplicó el impuesto en especies, que levantó enconadas resistencias, y que la NEP sustituyó con el impuesto en dinero. Implantó la colectivización de la tierra y de la economía agraria, combatiendo a los kulaks (campesinos relativamente ricos, o dueños de un capital de explotación).

El stalinismo dió formas especiales a la nacionalización agraria. Estructuró los órganos de la transformación económica y social del campo ruso, el Shovjós, —empresa agrícola del Estado— y el koljós, corporación agraria de producción, compuesta de familias de campesinos, dirigida por funcionarios oficiales y establecida en tierras del Estado que pasan a ser utilizadas por el koljós, pero en la que cada familia productora adquiere el carácter de usufructuaria (mientras trabaje en el koljós) de la vivienda y de un pequeño lote circundante así como de

los animales domésticos que pueda mantener con la producción del mismo, producción que incluso puede vender en el mercado libre.

Los artículos correspondientes de la Constitución vigente dicen:

“Artículo 5.—La propiedad socialista en la U.R.S.S. reviste, ya la forma de propiedad del Estado (patrimonio del pueblo en su conjunto), ya la forma de propiedad cooperativa-koljosiense (propiedad de cada koljós o de las asociaciones cooperativas).

“Artículo 7.—Las empresas sociales en los koljoses y en las organizaciones cooperativas, con su inventario de bienes muebles e inmuebles, la producción obtenida por los koljoses y las organizaciones cooperativas, con su inventario de bienes muebles e inmuebles, así como sus edificios sociales, constituyen la propiedad común, socialista, de los koljoses y de las organizaciones cooperativas. Además del ingreso fundamental de la economía koljosiense común, cada hogar koljosiense disfruta personalmente, conforme al Estatuto de las Cooperativas Agrícolas (arteles), de un pequeño terreno contiguo a la chacra, y sobre ese terreno, posee en propiedad personal una economía auxiliar, casa-vivienda, ganado productivo, aves de corral y aperos de labranza menudos.

“Artículo 8.—La tierra ocupada por los koljoses se les da en disfrute gratuito por tiempo ilimitado, es decir, a perpetuidad.

“Artículo 9.—Paralelamente al sistema socialista de economía, que es la forma dominante en la U.R.S.S., la ley admite las pequeñas economías privadas de los campesinos y artesanos individuales, basada en el trabajo personal y excluyendo la explotación del trabajo ajeno”.

Se ve, pues, como en cumplimiento del principio activo y vital de adherir el campesino al régimen político y unirlo al proletariado en la obra de consolidar su revolución, el stalinismo llega, al menos en sus textos, a una atenuación de la solución extremadamente comunista en materia de bienes y da entrada a una cierta conciliación entre la economía colectiva y la pequeña economía individual.

Débase, sin embargo, advertir que se tiende a la absoluta desaparición de las explotaciones individuales del campo, rodeándose de crecientes dificultades legales a los agricultores que todavía permanecen fuera de los koljós.

También en el terreno de las relaciones de la revolución con el problema de las nacionalidades, el stalinismo, desarrollando conceptos de Lenin, dicta la fórmula de unificación de los diversos pueblos que ocupan el territorio de Rusia. Adoptando la forma federativa hace actuar un principio de autonomías estatales que en la esfera de las resoluciones políticas, sobre todo por la preponderancia, para todas las repúblicas y territorios de la Unión, de un partido único de fuerte centralización directiva, se reduce prácticamente a muy poco.

Esa reforma quedó consagrada en la segunda constitución soviética, la del año 1924, de la cual arranca la nueva denominación del Estado. La constitución de 1908 era el estatuto de la Revolución Rusa. La de 1924 fué la primera constitución de la U.R.S.S.

No cabe la más mínima duda de que ambas eran constituciones de dictadura. Pero en el año 1936 se dictó una nueva constitución.

LA CONSTITUCIÓN VIGENTE

Por esa época ya no había en la U.R.S.S. —en opinión de Stalin— clase proletaria. Según él se decía todavía “el proletariado”, hablándose de la clase obrera, por un modo de expresarse tradicional o por hábito. Pero el proletariado había dejado de existir junto con la clase capitalista. “El proletariado es una clase privada de los medios e instrumentos de producción; bajo un sistema económico en el que los medios e instrumentos de producción pertenecen a los capitalistas y en el que la clase de los capitalistas explota al proletariado” (STALIN, *Informe presentado al VIII Congreso Extraordinario de los Soviets de la U.R.S.S.*, 25 de noviembre de 1936). Por eso Stalin cree que no se puede llamar proletariado a la clase obrera soviética.

No se deberá, pues, hablar de la “dictadura del pro-

letariado" sino de la "dictadura de la clase obrera" a propósito de la constitución del año 1936.

¿Pero es que también esta constitución consagra una dictadura de clase o de partido? Hasta hace poco nadie lo negaba porque la respuesta a esa pregunta la había dado, rotunda y categórica, en el informe citado, el propio Stalin.

Tomando en cuenta "la crítica burguesa" al proyecto de constitución, se encara con el grupo de críticos que al atacar el proyecto lo califican de "evolución a la derecha", de "abandono de la dictadura del proletariado", de "liquidación del régimen bolchevique", y les responde:

"Si la extensión de la base de la dictadura de la clase obrera y la conversión de la dictadura en un sistema más flexible, y por lo tanto, más poderoso, de dirección estatal de la sociedad, lo consideran no como un fortalecimiento de la dictadura de la clase obrera, sino como su debilitamiento o incluso su abandono, entonces cabe preguntar: ¿es que estos señores saben al fin de cuentas, lo que es la dictadura de la clase obrera?" (IDEM, *Cuestiones sobre Leninismo*, edic. de Moscú, pág. 615).

Y más adelante, encarándose con el grupo de críticos que, al contrario del anterior, acusa al proyecto de dejar intacta la dictadura de la clase obrera, de no admitir la libertad de partidos políticos y de mantener en vigor la situación absorbente del Partido Comunista, dice:

"Debo reconocer que el proyecto de la nueva Constitución, desde luego, deja en vigor el régimen de la dictadura de la clase obrera, así como deja intacta la actual posición dirigente del Partido Comunista de la U.R.S.S."

No cabe duda: la nueva constitución no sólo mantiene el régimen de dictadura de un partido obrero, sino que lo fortalece haciéndolo más poderoso como sistema de dirección del Estado.

No cabe expresar más claramente que el recurso de la dictadura, que Marx había preconizado como solución momentánea, de transición, para destruir en poco tiempo,

desde el poder, el régimen capitalista, se adoptaba en la U.R.S.S. con ánimo de permanencia, reforzándosele cuando ya llevaba veinte años de vigencia y después de haber desaparecido las condiciones internas que, para el criterio de Marx, de Engels y del propio Lenin, lo justificaban.

Porque aquellas afirmaciones de Stalin vienen a continuación de un capítulo destinado a demostrar que en la U.R.S.S. se había cumplido "la primera etapa del comunismo, el socialismo", y que el "socialismo en la U.R.S.S. es algo que ya se ha alcanzado y conquistado". El proyecto de la nueva constitución, "parte del hecho de la victoria del régimen socialista", "descansa sobre los fundamentos principales del socialismo, que ya han sido alcanzados y realizados, esto es: propiedad socialista de la tierra, bosques, talleres, fábricas y otros instrumentos y medios de producción; liquidación de la explotación y de las clases explotadas..."

"Es, pues, un hecho", se lee asimismo, la victoria completa del sistema socialista en toda la esfera económica.

"¿Y qué significa esto?"

"Esto significa que la explotación del hombre por el hombre ha sido suprimida, liquidada... La clase de los terratenientes ha sido ya liquidada... En lo que respecta a los demás explotadores, han compartido la suerte de la clase terrateniente. Ya no existe la clase de los capitalistas en la esfera de la industria. Ya no existe la clase de los kulaks en la esfera de la agricultura. Ya no existen los comerciantes y especuladores en la esfera de la circulación de mercancías. Todas las clases explotadoras han sido, pues, liquidadas".

Tras estas comprobaciones resulta sorprendente que en vez de declararse: "ha llegado el momento de prescindir de la dictadura de la clase obrera", se diga: "ha llegado el momento de reforzarla".

Porque ahora, ¿contra qué clase se ejercerá, si ya han sido eliminados los explotadores?

Sólo quedarían, según ese informe, la clase obrera y la clase campesina. Y al lado de estas clases algunas "capas sociales", como la de los intelectuales, que no formarían, como lo explica Stalin, una clase especial.

Y a pesar de tratarse de clases antagónicas, sino aliadas, se mantiene la dictadura del partido único.

Parece, por tanto, evidente que Stalin se aparta de algunos preceptos de Lenin en el concepto de la dictadura. Para Lenin ésta sólo se concibe en una sociedad donde hay lucha de clases. Es el mismo Stalin quien nos enseña que aquel "recalcó el hecho de que, en la sociedad de clases, la dictadura del proletariado es el tipo más elevado de la democracia, la forma de la democracia proletaria que expresa los intereses de la mayoría (de los explotados) por oposición a la democracia capitalista, que expresa los intereses de la minoría (de los explotadores)". (*Entrevista de Stalin con la primera delegación de obreros norteamericanos*, 9 de septiembre de 1927. *Stalin-Lenin*, edic. lenguas extranjeras, Moscú 1939, pág. 51).

Todavía añade a continuación de ese pasaje y refiriéndose al problema de la forma y procedimiento de la edificación del socialismo durante el período de la dictadura del proletariado, "en el período de transición del capitalismo al socialismo, en un país cercado por Estados capitalista".

"Marx y Engels consideraban el período de dictadura del proletariado como un período más o menos largo, lleno de contiendas revolucionarias y de guerras civiles, período durante el cual el proletariado, desde el Poder, toma medidas de orden económico, político, cultural y de organización, necesaria para crear, en vez de la vieja sociedad capitalista, la nueva sociedad socialista... Lenin se mantenía plena y enteramente en el terreno de estas ideas básicas de Marx y Engels".

Está claro que Lenin confiere la dictadura a la clase obrera en pugna con otras clases, a las que necesita aplastar para emanciparse por completo de ellas y para ponerse a cubierto de sus tentativas de desalojarla del poder. A través del texto de Stalin, Lenin habla siempre de la dictadura y de la hegemonía del proletariado, que para el concepto de Stalin se define como clase obrera explotada. Su dictadura sería, pues, un medio para librarse de la explotación, en primer lugar, y para impedir que esa explotación se restablezca. Ella actúa en una sociedad donde hace falta extirpar las raíces del capitalismo.

Lenin murió antes de haberse alcanzado en la U.R.S.S. la supresión de las clases, que es según él, la característica esencial del socialismo. Se había "derrribado a los terratenientes y a los capitalistas", valgan sus propias palabras. Pero quedaba por cumplir una segunda parte de la tarea en la marcha hacia el socialismo: suprimir las diferencias entre los obreros y los campesinos, concluir con los capitalistas agrícolas para que en el campo sólo hubiese trabajadores.

Esta segunda parte se llevó a cabo después de su muerte, cuando concluyó la lucha contra los capitalistas agrícolas, los Kulaks, y la colectivización de la empresa agrícola, se extendió suplantando la economía individual de dichos capitalistas.

Si los campesinos son ya todos ellos, trabajadores, como quería Lenin, la clase campesina, cuya existencia señala Stalin en su informe al lado de la clase obrera, es una clase trabajadora, una clase de productores. Y debe, por consiguiente, entenderse, como Lenin sin duda lo entendía, que en una sociedad con sólo esas dos clases distintas pero comprendidas bajo un común denominador —trabajadores o productores— no hay lucha de clases y hasta puede decirse que, prácticamente, no hay clases.

Para poderse decir que se ha llegado a realizar el socialismo, debe poder decirse que se han suprimido las clases, al menos en el sentido que acabamos de consignar.

Una dictadura de clase no cabe en una sociedad así, para el concepto de Lenin.

Hasta el Estado mismo desaparece, se "extingue", como escribe Engels en el Anti-Duhring. Pero Stalin continúa a Lenin en la etapa del socialismo realizado, y no cree que esto permita por sí solo renunciar a la dictadura de clases.

La dictadura debe prolongarse, sino como dictadura del "proletariado", como dictadura de la clase obrera (ya hemos visto en qué consiste para él la diferencia entre una y otra denominación); y en vez de disiparse, debe reforzarse la hegemonía de la clase obrera que ya no es "proletaria".

Stalin introduce, cómo se ve, un nuevo concepto de la dictadura obrera: el concepto de la dictadura de una clase obrera que, ya no es proletaria, es decir, no es explotada, y que además gobierna en una sociedad donde por no haber explotadores, no hay antagonismos de clase, no hay clases contrarias irreconciliables.

El agente de la dictadura sigue siéndolo, más que el Estado (que para Lenin y Stalin teóricamente se confunde en la dictadura misma) el Partido Comunista. Este constituye "el núcleo dirigente de todas las organizaciones de trabajadores, tanto sociales como del Estado". (*Artículo 126 de la Constitución de 1936*).

Y si Stalin entiende haber reforzado "la dictadura del proletariado" estableciendo "un sistema estatal más poderoso" no es sólo porque haya "ampliado la base de la dictadura obrera" y haya "convertido la dictadura en un sistema más flexible", sino porque además deja "intacta la función dirigente del Partido Comunista". Y la "deja intacta" elevándola a la categoría de un privilegio político constitucional, es decir, consagrado por la Constitución en términos inequívocos.

La base de la dictadura continuaba siendo la clase obrera, a cuyo costado la clase campesina era una "aliada", pero no una clase dirigente en realidad, porque la dirección se reserva al Partido Comunista, que es el partido de la clase obrera como se desprende del propio texto constitucional: "los ciudadanos más activos y más conscientes del seno de la clase obrera y de las otras capas de trabajadores (Stalin nos explica que las "capas", como la de los intelectuales, no son "clases", pero aquí podría parecer que las dos palabras son sinónimos) se agrupan en el Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., que constituye el destacamento de vanguardia de los trabajadores" (*Art. 126 de la Constitución*).

El papel de "destacamento de vanguardia" es específico de los "obreros" propiamente dichos, en el léxico leninista, y Lenin ha insistido mucho sobre el carácter eminentemente proletario, tomando el término en la acepción que él le daba, del partido bolchevique, de modo

tal que bien puede afirmarse que la Constitución define un partido esencialmente obrero y no campesino, aunque en él puedan figurar campesinos así como intelectuales y componentes de otras "capas" de la sociedad.

Si los campesinos quisieran formar un partido de la clase campesina, junto a ese partido de la clase obrera (cuyas bases se han ampliado, eso sí, al facilitarse su integración por trabajadores del campo, y por los elementos destacados de las diversas capas sociales) no podrían hacerlo.

¿Por qué —se ha preguntado— ha de tener en una democracia socialista todo el derecho al Estado un partido único, el Comunista?

Stalin responde a esa pregunta en su informe con la siguiente explicación:

"Un partido es una parte de una clase, su parte de vanguardia. Varios partidos, y por consecuencia, la libertad de los partidos, sólo puede existir en una sociedad en la que existen clases antagónicas, cuyos intereses son hostiles e irreconciliables; donde, por ejemplo, hay capitalistas y obreros, terratenientes y campesinos, kulaks y campesinos pobres, etc. Pero en la U.R.S.S. ya no hay más que dos clases: obreros y campesinos, cuyos intereses, lejos de ser hostiles, son por el contrario amistosos. Por lo tanto en la U.R.S.S. no existe terreno para varios partidos. En la U.R.S.S., sólo existe terreno para un solo partido: el Partido Comunista, que defiende valientemente y hasta el fin los intereses de los obreros y campesinos". (*Cuestiones de Leninismo*, pág. 22).

No se ve clara la relación entre las premisas sentadas en ese pasaje, de que un partido es la "avanzada de una clase", y de que sólo hay dos clases amigas en la U.R.S.S., con la conclusión de que sólo debe haber un partido para que defienda los intereses de ambas.

Un crítico de la Constitución observaba ante ese razonamiento:

"¿Y si el partido único deja de defender (los interesa) en igual medida? ¿Y si el gobierno, dominado sólo por la clase obrera resuelve, por ejemplo, que los precios de los artículos industriales sean incomparablemente más altos que el de los productos agrarios? ¿Y si destina a los obreros salarios incomparablemente más altos que a los campesinos? ¿Dónde está la justicia democrática que impida a los campesinos pertenecer a la "avan-

zada de su clase", a un partido socialista campesino? Es verdad que los intereses obreros y campesinos no son necesariamente antagónicos. Seguramente que pueden ser conciliables y armonizados. Pero para eso ambas partes deben tener los mismos derechos y no que la una pueda determinar imperativamente lo que las dos partes han de hacer" (JAIME ZHILOVSKY, *La Nueva Constitución en Rusia*, Revista Socialista, Buenos Aires, N° 89).

Verdad es que Stalin concibe el partido Comunista de los bolcheviques no solamente como un partido de la clase obrera, sino más bien como un "partido obrero y campesino", que representa con igual interés a las dos clases aliadas; pero aunque siendo así no se ve que haya justicia en privar a nadie del derecho de constituir un partido netamente obrero o netamente campesino. En una democracia ese derecho existe aunque las circunstancias excluyan en algún momento la posibilidad de ejercerlo si los ciudadanos no sienten la necesidad de otros partidos además del Comunista.

El mismo crítico —un antiguo socialista revolucionario ruso— exploya ese concepto en los acertados términos que van a continuación:

"Un caso semejante tenemos en la Constitución cuando se refiere al derecho de los distintos países a separarse de la Federación Soviética. El artículo 17 otorga expresamente tal derecho de separación. Y Stalin da la siguiente explicación a este punto: "Se dice que en la U.R.S.S. no hay ninguna república que quiera separarse de la Unión y que en consecuencia el artículo 17 no tiene ningún significado práctico... sin duda esto es verdad. Pero de ello no se infiere todavía, que no dejemos constancia en la constitución del derecho de las repúblicas federadas a salir libremente de la U.R.S.S. En la U.R.S.S. tampoco hay ninguna república federada que quiera oprimir a otra república hermana. Pero de ello no se infiere de ninguna manera que tenga que ser suprimido de la constitución el artículo que habla de la igualdad de las repúblicas federadas". Hasta aquí Stalin.

"El da un argumento correctísimo, pero este argumento debe ser utilizado también en la cuestión de los dere-

chos iguales para los partidos socialistas". (IDEM, obra citada).

Correspondería, pues, reconocer a ambas clases amigas igual derecho para constituirse en partidos políticos, que serían aliados si sus intereses no son irreconciliables y que tratarían amistosamente los problemas de la construcción y consolidación socialista, en los cuales caben muchos criterios distintos capaces de dar lugar a diferencias políticas y a parcialidades diversas de opinión. Pero si sólo hubiese en la U.R.S.S. una clase, en vez de dos como asevera Stalin, ¿sería, por eso más justificada o menos arbitraria la imposición del partido único?

No, por cierto. Desde luego, la tesis según la cual todo partido es siempre "la avanzada de una clase" no resiste al análisis. En todos los países del mundo capitalista existen partidos que no son "la avanzada" de una clase, sino fracciones de distinta colocación en el avance de una clase hacia sus destinos o en su lucha por mantener o acrecer su dominación. Una misma clase provee de elementos a partidos diversos. La burguesía se divide en partidos monárquicos y republicanos, conservadores y liberales; la clase trabajadora, en partidos obreros rivales, con distintas ideologías, y aun en muchos países acompaña en no pequeña proporción a partidos burgueses.

En la misma U.R.S.S. la clase obrera dominante se dividió en partidos, como el proletariado antes de la revolución bolchevique.

"En una misma clase —dice Zhilovsky— con los mismos intereses de clase pueden existir diversos partidos. ¿Qué es un partido político? Es un grupo de hombres, que aspira a conseguir toda la influencia en la dirección del país, o por lo menos una influencia que sea expresión de su fuerza real. "También en el campo socialista pueden haber tales grupos que tienen sus caminos propios para realizar el socialismo, hasta en un sentido estrictamente marxista.

"Las formas cómo organizar la vida económica a base de la propiedad colectiva son variadas. Es posible una propiedad colectiva en forma nacionalizada. "Es posible una organización centralista y es posible una realidad socialista a base de una auto-

nomía en su sentido más amplio, también en asuntos económico-sociales.

Y la posición con respecto al Estado con un régimen económico. Aquí tenemos los extremos desde el *socialismo del Estado* hasta el *anarquismo*, y los distintos estados intermedios entre los dos extremos.

“Y la función respecto a la política internacional, de un país, con los extremos desde la aspiración hacia una organización proletaria total de nuestro planeta y al otro extremo “construir su propia casa” en cada país.

Y los diversos caminos para realizar tal o cual forma de una sociedad colectiva.

Y la cuestión de la *distribución* de los productos en un régimen socialista, el problema cómo organizar la faz social del proceso del trabajo.

“Todo esto da lugar a diversas tendencias en el socialismo obrero en general. Cada tendencia tiene derecho a aspirar a estar representada en los cuerpos legislativos y por consiguiente también a ser un partido político.

“La misma constitución de Stalin da lugar a dos formas de propiedad: nacionalizada y cooperativa. ¿Por qué no se podrán constituir dos partidos socialistas diferenciados, que entrambos aspiren a hacer desaparecer ese dualismo? ¿Por que no se ha de permitir la existencia de un partido, con derechos políticos que estuviera por la transformación de las cooperativas también en empresas del Estado, como lo quería Trotsky? ¿Por qué no otro partido con un propósito justamente contrario: transformar las empresas del Estado, también en cooperativas autónomas?

“Como vemos, también el socialismo obrero admite tendencias distintas. Por consiguiente cada tendencia debe tener los mismos derechos políticos que la stalinista, que expropió dictatorialmente para sí el nombre “comunista”. Esto debe ser precisamente en Rusia, donde el “oso” del capitalismo privado, ya está ultimado y hay que cuidar que otro “oso” no entre violentamente. Allá debe reinar la libertad más completa, para todos los partidos políticos que quieran impedir la entrada del “oso” (*idem*, obra citada).

Siendo una constitución de dictadura de clase, que prácticamente se reduce a la dictadura de un partido de clase, Stalin la consideraba “democrática en extremo” y sus panegiristas la proclamaron la “Constitución más democrática del mundo”.

Se basaban para ello sobre todo en su sistema de “libertades garantizadas”, cuya más vistosa formulación hallamos en el artículo 125, que dice:

“Conforme a los intereses de los trabajadores y a fin de consolidar el régimen socialista, se garantiza por la ley a los ciudadanos de la U.R.S.S.:

- a) La libertad de palabra.
- b) La libertad de prensa.
- c) La libertad de reunión y de mitines.
- d) La libertad de desfiles y manifestaciones en las calles.

Estos derechos de la ciudadanía están asegurados por el hecho de poner a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones, imprentas, existencias de papel, edificios públicos, calles, medios de comunicación y otras condiciones materiales necesarias para el ejercicio de dichos derechos”.

La Constitución no se limita, en efecto, a declarar el derecho, sino que pone al alcance de la ciudadanía los medios de ejercerlo.

En los países capitalistas esas libertades suelen quedar en el simple enunciado, porque para ejercerlas, especialmente la de imprenta, es necesario contar con recursos, y el que dispone de mucho dinero lleva la ventaja de poder disfrutar de ellas en una proporción inalcanzable para los que carecen de él.

Pero ¿quién proporciona en la U.R.S.S. los medios de que se trata? El Estado y las organizaciones. ¿Y quién decide en el Estado y las organizaciones, sobre todo en materia de orientaciones de la opinión pública? El poder dirigente de la dictadura de clase, y dicho más concretamente, el Partido Comunista.

Y es que sólo el Partido Comunista podrá en el terreno político, que es aquel donde esas libertades son más necesarias, emplear esas libertades. A todo otro partido, a toda corriente de opinión que no sea la del partido único —núcleo dirigente de las organizaciones y del Estado— les están vedadas. Porque a ningún otro partido se le reconoce el derecho de presentar candidatos a los Soviets (Artículo 141) y no hay ni puede, por tanto, haber otro partido que reclame en el seno de los órganos del gobierno el ejercicio de sus derechos para rivalizar o polemizar con aquél o para hacer oposición al gobierno mismo.

Resulta así que en la "democracia socialista" soviética las corrientes obreras no identificadas con el partido único o con el espíritu de los gobernantes en todos los problemas, tienen menos posibilidades de exteriorizar su pensamiento que los grupos disconformes de cualquier tendencia en las "democracias capitalistas", donde los socialistas, los comunistas, los anarquistas, hallan siempre la manera de accionar, de reunirse, de publicar periódicos, de realizar mitines, de sostener locales abiertos, de organizar partidos poderosos, que envían cientos de diputados a las cámaras y que, como en Inglaterra o en Suecia, se adueñan del gobierno a favor de esas libertades y de esos derechos del artículo 141.

Eso no impide a Stalin afirmar que la Constitución de la U.R.S.S. "es la única constitución del mundo consecuentemente democrática".

Hemos de decir que si las constituciones de las democracias capitalistas no son consecuentemente democráticas porque en ellas la democracia es, por lo general, para uso exclusivo de las minorías poseyentes, la constitución soviética no es tampoco consecuentemente democrática, porque no acuerda las libertades públicas esenciales y los derechos políticos democráticos sino a un partido, aunque éste sea la expresión auténtica de la opinión de la inmensa mayoría del país.

Puede alegarse que la presencia suprema del espíritu rector de un partido excluyente de los demás, en la administración de los derechos populares, era indispensable en las condiciones históricas en que se dictaba la nueva Carta Magna de la Unión Soviética, rodeada de temibles y encarnizados enemigos exteriores y con peligrosos factores de perturbación interna.

Eso era, precisamente, lo que había movido a Stalin a no desprenderse de la dictadura obrera ejercida por un partido "monolítico", como Lenin quiso que fuese el partido bolchevique.

Pero mientras Stalin en aquellos días, al hablar sin ambages de la dictadura de clase y no ocultar que la nueva Constitución mantiene esa dictadura, insistía en un con-

cepto de la democracia mayoritaria que no coincide con el de la democracia política liberal, hoy se ha comenzado a sostener que la Constitución no responde a ningún concepto que sea sustancialmente distinto del de ésta democracia, en cuanto consagra el derecho de las minorías a la existencia y a la lucha. No se trata de una concepción distinta de la democracia política, sino de una diferente interpretación de la realidad social en el plano político.

Se da por sentado que en un país sin clases opuestas, el gobierno democrático es la expresión de una voluntad política uniforme, frente a la cual ni siquiera se concibe la existencia de una real oposición.

Se puede, pues, confiar constitucionalmente a un solo partido —el partido único de la única voluntad política posible— la misión de ejercer el gobierno, de dirigir la administración pública, de orientar la marcha de la nación en las vicisitudes de su historia, de "hacer" en cierto sentido la historia misma de la nación, al menos la historia del Estado soviético.

Hasta se pretende que la política de las coaliciones de partidos para gobernar a los países, que se adopta ya en muchas partes, prácticamente, la razón al régimen del partido único.

¿SOCIEDAD SIN ESTADO O SOCIEDAD SIN DICTADURA

Salta a la vista el peligro de esta nueva posición.

Antes pudo esperarse que al liquidarse la situación de inseguridad de la U.R.S.S. con respecto a sus relaciones internacionales y a la existencia de algunos peligros internos, se diese por terminada la era de la dictadura y se abriesen las vías de la verdadera democracia política. Pero ahora no hay nada que esperar a ese propósito en un plazo breve, si ésa es la tesis oficial definitiva.

Si no hay dictadura no se puede hablar de eliminarla. Si con empecinamiento se sostiene que no hay sitio para un partido más, porque el pueblo no siente en lo más

mínimo la necesidad de él, y se afirma la licitud de mantener cerradas las puertas a la entrada de cualquier forma de opinión, porque sólo es posible, o si se quiere, sólo es respetable como fenómeno real la que obedece a diferencias de clase, no deben aguardarse para dentro de poco cambios del texto constitucional y de las formas legales en un sentido de democracia política.

El razonamiento de que en la sociedad sin clases no puede haber divergencias políticas, porque los partidos políticos sólo obedecen a intereses económicos de clase, y si no hay antagonismos económicos no puede haber antagonismos políticos, es de una simplicidad que espanta...

No deja lugar en la historia política de las sociedades económicamente igualitarias a ninguna lucha en torno de los problemas del espíritu y no admite que se disputen el gobierno de la nación o de la ciudad tendencias opuestas por razones espirituales o ideológicas ajenas a un interés material.

¿Cómo puede aseverarse, siendo así, que si sólo hay un partido con derecho a la vida y con todos los derechos, es porque no cabe la posibilidad natural y lógica de que surja otro?

Esa es, sin embargo, la tesis con que el bolchevismo disipa ahora las esperanzas de una cercana ampliación efectiva de la democracia soviética en el plano político.

El mismo criterio de Stalin en el momento en que presentaba sin eufemismos su Constitución del año 1936 como una constitución de "dictadura obrera" y todavía algún año después, no dejaba al optimismo de quienes como el Rev. Hewlett Johnson esperaban una próxima democratización política del régimen soviético, margen más amplio que el que ahora puede existir en presencia de los más recientes exégesis bolcheviques de la realidad política de la U.R.S.S.

Porque para Stalin dictadura y Estado son siempre una misma cosa. Siendo el Estado, según la definición de Marx, el instrumento de la dominación de una clase, su forma no puede ser otra, en su concepto, que la de una dictadura. En el Estado capitalista, dictadura capitalista

para la opresión económica de las clases explotadas; en el Estado socialista, dictadura obrera, para afianzar el dominio de los obreros y defenderlos de las asechanzas que lo amenazan desde afuera mientras lo rodea un mundo capitalista.

Hablar, pues, de la supresión de la dictadura de clase es hablar de la supresión del Estado.

Se comprende cómo esta identificación de dictadura con Estado complica el problema de la supresión de aquella.

Si las múltiples razones que militan en pro de la conservación del Estado valen para mantener la dictadura de una clase, ¿cuándo podremos decir que ha llegado el instante oportuno para prescindir de ella?

Al principio se la justificaba por la necesidad de desalojar sin miramientos y anular a los capitalistas; luego por la necesidad de hacer frente a las fuerzas contrarrevolucionarias y a los ejércitos invasores en una guerra interna implacable; luego, por la necesidad de contrarrestar al enemigo exterior; después por la de regir con la máxima energía los impulsos del desenvolvimiento económico cuando el viraje estratégico de la N. E. P. (Nueva Política Económica); después por la necesidad de construir el socialismo en el trabajo bien organizado, planificado y eficiente; luego por la necesidad de estar preparados ante las inquietantes asechanzas de los estados agresores; después por la necesidad de defenderse de los enemigos de adentro complicados con los de afuera; luego la guerra mundial; después la paz mundial...

La desaparición del Estado es, probablemente, un sueño utópico, lo que no quiere decir irrealizable, sino lejano. Si no se concibe el Estado sin la dictadura, o la capitalista (con cierta democracia política o sin ella) o la dictadura obrera, que puede ser "democrática" según los comunistas bolcheviques, hay en la U.R.S.S., dictadura de clase (que es en realidad sólo de partido) por largo tiempo todavía...

En un discurso de Stalin aprendemos que entre los miembros de su partido había quienes abogaban por la

supresión del Estado, pero no quienes demandasen solamente la abolición de la dictadura como paso previo. El nos dice en este discurso ante el XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique):

“A veces se pregunta: “En nuestro país han sido suprimidas las clases explotadoras, ya no existen clases hostiles, no hay a quien explotar; por tanto tampoco hay necesidad de Estado, y este debe extinguirse. ¿Por qué, pues, no contribuimos a la extinción de nuestro Estado socialista, por qué no tratamos de acabar con él? ¿No ha llegado la hora de echar por la borda todo ese trasto de la organización estatal?”

O bien: “Las clases explotadoras ya han sido suprimidas en nuestro país, el socialismo ha sido construido en lo fundamental, marchamos hacia el comunismo y la doctrina marxista sobre el Estado, dice que en el comunismo no debe existir ningún Estado. ¿Por qué, pues, no contribuimos a la extinción de nuestro Estado socialista? ¿No ha llegado la hora de entregarlo al museo de antigüedades?”

Ninguno preguntaba: ¿Por qué no eliminamos de nuestro Estado la forma dictatorial?

Y es que los bolcheviques entonces no sabían distinguir entre Estado y dictadura de clase. Son para ellos una misma cosa. No conciben el Estado socialista sin la dictadura obrera y ésta no la concebían sino con la forma que se le ha dado en la U.R.S.S.

Hoy, algunos años más tarde, hacen algo distinto pero no menos grave: niegan que su Estado, como lo configura la constitución vigente, sea un Estado de dictadura de clase, y de dictadura partidaria, lo que equivale a no ver su carácter políticamente antidemocrático.

Stalin en un congreso anterior al de 1939, el décimo sexto congreso (año 1930) había expresado:

“Estamos por la desaparición del Estado, y sin embargo, creemos también en la dictadura del proletariado, que representa la forma más justa y poderosa de poder estatal, que haya jamás existido. Sostener el desarrollo del poder del Estado a fin de preparar las condiciones para su extinción: ésa es la fórmula marxista. ¿Es contradictorio? Sí; lo es. Pero la contradicción es vital y refleja totalmente la dialéctica marxista... “Quién no haya entendido este aspecto de las contradicciones de nuestro período de transición, quien no haya estudiado esta dialéctica de

los procesos históricos, esa persona está muerta para el marxismo”.

Y en otro pasaje afirma:

“Mientras más democrático sea el Estado (que está compuesto de trabajadores armados y que “ya no es un Estado en el sentido estricto de la palabra”) más rápidamente comienzan a decaer todas las formas del Estado”.

Pero cuando algunos años después redacta su informe sobre una nueva Constitución sostiene que ésta es democrática porque fortalece la dictadura obrera y la hace más poderosa volviéndola más flexible. Y no debe suponer que de ese modo comienzan “a decaer las formas del Estado” porque tres años más tarde contiene las impaciencias de quienes creen llegada la oportunidad de dar piadosa sepultura al Estado, diciéndoles: ¡Alto ahí! El Estado no puede desaparecer ni siquiera en la era comunista de nuestra evolución social, mientras la mayor parte de las naciones del mundo vivan en el capitalismo (*Discurso ante el XVIII Congreso del Partido Comunista (b.)*).

Son, sin duda, poco claras las ideas del stalinismo sobre la noción de Estado y su suerte presente y futura. Y en lo que respecta a sus relaciones con la noción de democracia y de dictadura del proletariado, predomina a menudo en sus textos verdadera confusión.

No son convincentes, por cierto, las razones con que en un vano esfuerzo dialéctico se trata de armonizar algunos conceptos de Marx y Engels con la realidad soviética en materia de Estado.

Tanto los que desde las filas del bolcheviquismo reclamaban la abolición de la “extinción” del Estado, como los que sostuvieron y sostienen la tesis de su mantenimiento parecen continuar aferrados a la concepción del Estado instrumento de opresión o de represión por la fuerza, órgano sobre todo de carácter policial hasta frente a las inquietudes ideológicas, sin admitir que pueda existir para otras funciones y con tal reducción de su autoritarismo, que mucho más que un Estado-fuerza resulte un Estado-justicia y amparo de la libertad.

Hay una noción del poder exclusivamente jurídica, que lo separa del elemento fuerza material. Esta noción democrática y liberal del Estado hizo camino en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX; y para detener su avance surgieron, precisamente, las concepciones totalitarias y fascistas.

No aquel Estado para "aplantar y sujetar" (Engels) a alguien o constreñir a muchos, sino para servir al pueblo, regido por normas dictadas por éste en una constante convivencia y un libre debate de todas las opiniones, es el que puede esfumarse como poder y forma de dominio para limitarse a una simple administración de los cosas, que ya no sería Estado en el concepto de Engels, pero que no tiene por qué cambiar de nombre toda vez que, como ya lo dijimos, administrar las cosas será siempre gobernar a los hombres.

Stalin en su citado "Informe ante el XVIII Congreso del Partido Comunista", después de transcribir el recordado pasaje de Engels, donde prevé que "el primer acto en que el Estado obrará como verdadero representante de toda la sociedad —la conversión de los medios de producción y de cambio en propiedad social— será el último acto independiente de todo el Estado en tanto que Estado, y la intervención de un poder en las relaciones sociales se hará superflua y cesará por sí sola (Anti-Dühring, pág. 202, col. rusa, 1935) se pregunta: "Es justa la tesis de Engels". Y responde:

Sí, es justa, pero con una de estas dos condiciones: a) Si estudiamos el Estado socialista únicamente desde el punto de vista del desarrollo interior del país, haciendo de antemano abstracción del factor internacional, aislando, para mayor comodidad de la investigación al país y al Estado de la situación internacional, o bien b) si suponemos que el socialismo ya ha vencido en todos los países o en la mayoría de los países, y, en lugar del cerco capitalista, existe un cerco socialista, no existe ya la amenaza de ataque del exterior, no hay ya necesidad de reforzar el ejército y el Estado.

"Ahora bien, y si el socialismo no ha triunfado más que en un solo país tomado por separado, en vista de lo cual no es posible, en modo alguno, abstraerse de las condiciones internacionales, ¿cómo proceder en este caso? A esta pregunta la fórmula de

Engels no da respuesta. Propiamente dicho, Engels ni siquiera se planteó esta pregunta; por tanto, tampoco podía dar respuesta a ella. Engels partió del supuesto de que el socialismo ya había vencido, más o menos simultáneamente, en todos los países o en la mayoría de los países. Por tanto, Engels investiga aquí, no este u otro Estado concreto de tal o cual país por separado, sino el desarrollo del Estado socialista, en general, admitiendo el hecho de que el socialismo ha triunfado en la mayoría de los países, según la siguiente fórmula: "Admitamos que el socialismo ha triunfado en la mayoría de los países. Cabe la pregunta: ¿Qué cambios ha de sufrir en este caso el Estado proletario socialista?" Solamente este carácter general y abstracto del problema puede explicar el hecho de que, al investigar el problema del Estado socialista, Engels hizo completa abstracción de un factor como el de las condiciones internacionales, la situación internacional.

"Pero de esto se infiere que no se debe extender la fórmula general de Engels sobre el destino del Estado socialista, en general, sobre el caso particular y concreto del triunfo del socialismo en un solo país tomado por separado, rodeado de países capitalistas, que se halla bajo la amenaza de un ataque armado del exterior, el cual, en vista de ello, no puede abstraerse a la situación internacional y debe disponer de un ejército bien instruido, de órganos y de sanción bien organizados, de un fuerte servicio de contraespionaje; por tanto, debe mantener a su Estado suficientemente fuerte, para tener la posibilidad de defender las conquistas del socialismo de los ataques del exterior" (J. STALIN, *Informe sobre la actuación del Comité Central del Partido al XVIII Congreso del P. C. de la U.R.S.S.*, págs. 46 y 47.)

Luego explica que el Estado soviético ha atravesado en su desarrollo dos fases principales. Estaría en su segunda fase: el período que va desde la liquidación de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo hasta el triunfo completo del sistema socialista de la economía y la adopción de la nueva Constitución.

En ese segundo período la preocupación fundamental era organizar la economía socialista en todo el país, y liquidar los últimos residuos de los elementos capitalistas, organizar la "revolución cultural" y poner en pie un ejército completamente moderno para la defensa nacional.

Habría, pues, cambiado conjuntamente con ello la función del Estado.

"En el lugar de la función de aplastamiento surgió la función, para el Estado, de salvaguardar la propiedad socialista contra los

ladrones y dilapidadores de los bienes del pueblo. Se ha mantenido plenamente la función de defensa militar del país contra ataques del exterior: por consiguiente, se ha mantenido también el Ejército Rojo, la Marina Roja de guerra, lo mismo que los organismos de sanción y de contra-espionaje, necesarios para capturar y castigar a los espías, asesinos, saboteadores, que envían a nuestro país los servicios de espionaje extranjeros”.

Y termina con estas rotundas afirmaciones:

“Como véis, tenemos ahora un Estado Socialista, completamente nuevo, sin precedentes en la historia y que se distingue considerablemente, por su forma y sus funciones, del Estado socialista de la primera fase.

“Pero el desarrollo no puede detenerse aquí. Seguimos avanzando, hacia el comunismo. ¿Se mantendrá en nuestro país el Estado también durante el período del comunismo? Sí, se mantendrá, si no se liquida el cerco capitalista, si no se suprime el peligro de un ataque armado del exterior. Claro está que, en este caso, las formas de nuestro Estado volverán a modificarse, con arreglo al cambio de la situación interior y exterior.

“No, no se mantendrá y se extinguirá, si el cerco capitalista se liquida, si lo sustituye un cerco socialista”. (ÍDEM, pág. 50.)

¿Está próximo el pasaje de la forma socialista actual de la social soviética a la integralmente comunista, con su correspondiente principio de distribución? No lo creemos. Por el contrario. Todo indica que la economía socialista, más o menos centralizada en la administración del Estado, se afianzará siempre más a favor del ritmo productor intensivo de los planes quinquenales.

En cuanto al poder político del Estado, al gobierno de los hombres con el auxilio de la fuerza (Estado propiamente dicho en el concepto ortodoxo), lo más probable es que perdure aún mucho tiempo después de implantado el comunismo económico integral, como Stalin lo advierte.

Lo que no debe descartarse es que al mismo tiempo que se vuelven inmovibles las bases y normas fundamentales de la economía socialista en el más vasto desarrollo de la energía productiva, las formas de descentralización administrativa, a base de intervención de los sindicatos y cooperativas en la regulación de la producción y del comercio, que son ahora un borroso embrión de autonomía federativa en lo económico, se tornen positivos elementos

de descentralización y contrapeso de la regencia política estatal. Pero esto, naturalmente, tendría que venir acompañado de una ampliación o rectificación del concepto de la democracia en lo político que conduzca al más libre y completo ejercicio de los derechos del ciudadano, sin las actuales instituciones de “dictadura obrera”, que asume la forma constitucional de un gobierno de partido único, partido férreamente disciplinado y centralizado, por añadidura, en cuyo seno no halla ambiente físico la contraposición de tendencias y se apagan en germen todas las discrepancias.

El gobierno degenera inevitablemente en una dictadura burocrática, donde la voluntad de los obreros se invoca para todo, pero en la que mandan los jefes del Estado, a quienes el partido —que es una *élite* política de la población— sigue y obedece mientras la clase trabajadora acata.

Si el mundo, terriblemente aleccionado por la guerra, entra al fin en una era de pacificación efectiva y estable, siendo eliminada hasta la más mínima y remota posibilidad de agresión a la U.R.S.S., y queda abolido todo riesgo de ser ésta afectada en su soberanía y en su vida interna por las maniobras de gobiernos hostiles, no se ve qué nuevo motivo de perseverar en el mantenimiento de un Estado de “dictadura democrática” podría invocarse.

Más fácil y menos arriesgado, del punto de vista de la integridad de la soberanía nacional y de la estabilidad del régimen social, es la supresión de esa dictadura que la abolición, por consunción o lo que fuere, de la máquina del poder del Estado, que puede existir sin dictadura.

Esa máquina no se deja arrumbar en el museo de antigüedades ni siquiera relegar a un segundo plano cuando alguna especie de dictadura le confiere la preeminencia consiguiente y cuando ocupa en el orden establecido un sitio tan vasto y prominente como el que tiene reservado en la U.R.S.S.

Habría que empezar por ir atenuando la intervención de los órganos de autoridad en las relaciones sociales, por renunciar al empleo político de la policía y por debilitar

la fuerza armada, que es el componente fundamental de esa máquina, la máquina del poder-fuerza.

Pero ¿quién habla del debilitamiento del ejército en la Unión Soviética?

¿Se hablará a la terminación de la guerra, cuando el aplastamiento de las naciones agresoras abra al mundo anegado en sangre perspectivas de duradera concordia universal? Si la concertación de la paz futura no se basa en formas de acuerdos internacionales que se traduzcan para las grandes y pequeñas naciones en la ventura de vivir desarmados o poco menos, la máquina del poder del Estado, del Estado-fuerza, seguirá gozando de vitalidad no sólo en los países capitalistas sino, sobre todo, en el país del socialismo soviético.

En cambio, puede esperarse que, modificadas las condiciones generales de la política internacional en todo el mundo de post-guerra, si se hallan soluciones de concordia efectiva y de desarme verdadero, y por la presión de un ambiente mundial pacífico en que las formas de gobierno democráticas se desarrollen y afiancen, se aflojen los torniquetes policiales y se reduzcan mucho el contralor y la vigilancia políticos que, dentro del sistema soviético vigente, se ejercen sobre la vida de cada habitante.

Entretanto, en su evolución hacia una política internacional de contacto, que es también de recelo, con las potencias capitalistas, debe verse una aplicación del sentido político realista que se orienta hacia las seguridades mayores para la persistencia del régimen y el desenvolvimiento integral de su plan constructivo de unan patria soviética dotada de enorme capacidad económica y de incontrastable poderío para ser árbitro en el complicado juego de las cuestiones internacionales.

Acontecimientos exteriores han empujado, sin duda, al stalinismo a esa evolución, que en algunos sentidos resulta desconcertante. El no se ha detenido en reparos de doctrina ni de ideología para adoptar las soluciones que juzgó más adecuadas a la superación de las dificultades históricas. La agilidad práctica del leninismo para los

virajes oportunos reaparece aumentada en toda la trayectoria de los actos de gobierno de su continuador. El stalinismo considera esos virajes no como claudicaciones sino como recorridos impuestos por las circunstancias, que le permitirían salvar lo fundamental de sus aspiraciones y realizar, a través de rodeos indispensables, el orden socialista y comunista dentro de Rusia como la mejor manera posible de extenderlo por el mundo.

TROTSKISMO

En el seno del comunismo soviético, del leninismo, que se erige en la ideología fundamental de esa tendencia socialista, brotan, como vástagos rivales, el stalinismo, que acabamos de definir, y el trotskismo, que en realidad tuvo sus raíces fuera del leninismo, pero concluyó por incorporarse a su corriente para luego afirmarse como una nueva escuela derivada de Lenin y Trotsky.

El ideario de Trotsky, gran figura de agitador revolucionario a quien el destierro, primero, y la muerte melodramática por manos de un fanático implacable o de un sicario indigno, después, rodean de una aureola de martirio a los ojos del mundo, no forma en realidad un cuerpo de doctrina orgánico. Prestó su concurso a la Revolución de octubre como el más brillante orador del movimiento y, no pueden negársele sus servicios destacados como primer organizador del Ejército Rojo. Siendo también uno de los mejores escritores políticos de su tiempo, su obra de propaganda por la pluma fué realmente considerable. Su actividad y su capacidad para las tareas de gobierno —sobre todo como Comisario de Guerra— lo habían impuesto, pese a sus discrepancias anteriores, a la consideración y simpatía de Lenin, que lo recomendaba a sus correligionarios, muy cerca ya de la última hora, como uno de sus sucesores en el puente de comando. Después de Lenin era el hombre más popular de Rusia en los años heroicos de la guerra contra los ejércitos contrarrevolucionarios. En la dramática lucha con Stalin

fué vencido implacablemente. Hallándose Trotsky en el destierro, su partido en la Unión Soviética fué exterminado por los procedimientos expeditivos de toda dictadura y por los famosos y enigmáticos procesos de Moscú, que concluyeron con todos los elementos de cierto valor del trotskismo, que fué luego decapitado en México al ser asesinado su jefe epónimo.

Un biógrafo de Stalin ha escrito:

“En el fondo Stalin y Trotsky estaban de acuerdo en la meta que era necesario alcanzar. Es decir, en la reconstrucción de un estado industrial y en la persecución contra el campesino ruso, el kulak, cuya situación había sobrevivido a la Revolución en su posición intermedia entre los terratenientes nobles y los campesinos siervos. El desacuerdo entre los dos hombres surgía de los medios a emplear para llegar al resultado deseado. Esos medios, evidentemente, eran elegidos según el temperamento de cada cual. Mirando hacia atrás, al analizar los resultados obtenidos por Stalin nos sentimos inclinados a pensar que la historia ha justificado a este último. En su lealtad apasionada por la causa rusa, que había adoptado, llegó a conocerla mejor que Trotsky. Además Stalin no perdía de vista al Asia, de donde era oriundo y que le dictaba el ritmo y la medida de sus actos. No creía a los europeos capaces de organizar una revolución social, pero la veía perfilarse en China”. (EMIL LUDWIG, *Stalin*, pág. 86.)

Ya en vísperas de la revolución de octubre se oponía a la teoría de la revolución en un solo país. Opinaba que el triunfo del socialismo sólo es posible a condición de que triunfe en algunos de los principales países europeos agrupados en los Estados Unidos de Europa.

“La única consideración concreta —decía en su folleto “Programa de Paz”— contra la consigna de los Estados Unidos de Europa ha sido formulada en el órgano suizo “El Social Demócrata”, en la siguiente frase: “La desigualdad del desarrollo económico es una ley absoluta del capitalismo”. De aquí deduce ese órgano que es posible el triunfo del Socialismo en un sólo país, y que por tanto no hay por qué supeditar la dictadura del proletariado en cada país, tomado por separado, a la formación de los Estados Unidos de Europa.

“Que el desarrollo capitalista de los distintos países es desigual es una comprobación absolutamente indiscutible... que ningún país debe “aguardar” a los otros en su lucha, es una verdad elemental cuya repetición es útil e indispensable, a fin de que la idea de una acción internacional paralela no sea sus-

tituida por la idea de la inactividad internacional expectante. Sin aguardar a los demás comenzamos y continuamos la lucha en el terreno nacional, con la plena seguridad de que nuestra iniciativa imprimirá un curso a la lucha en otros países y si esto no sucediese, es inútil pensar —como lo atestiguan la experiencia histórica y las consideraciones teóricas— que la Rusia revolucionaria, por ejemplo, pudiera resistir a la Europa conservadora, o que la Alemania socialista pudiese permanecer aislada en un mundo capitalista”.

Seis años después, colocado ante la persistencia del régimen soviético en medio de una Europa capitalista, necesita advertir que los hechos, pese a las apariencias, no habían destruido su tesis.

“El hecho de que el Estado obrero —dice entonces— haya resistido contra el mundo entero en un sólo país, y además en un país atrasado, atestigua la potencia colosal del proletariado, que en otros países avanzados y más civilizados ha de hacer realmente milagros. Pero habiendo logrado mantenernos como Estado en el sentido político y militar, no hemos llegado todavía, ni siquiera nos hemos acercado, a la creación de la sociedad socialista... Mientras en los demás Estados europeos se mantenga en el poder la burguesía, nos veremos obligados, en la lucha contra el aislamiento económico, a procurar acuerdos con el mundo capitalista, y no obstante, puede afirmarse con seguridad que estos acuerdos, en el mejor de los casos, pueden ayudarnos a cicatrizar algunas heridas económicas, a dar algunos pasos hacia adelante, pero el verdadero incremento de la economía socialista en Rusia sólo será posible después del triunfo del proletariado en los países más importantes de Europa”.

Insiste, como se ve, en su “Teoría de la revolución permanente”, que ha definido así :

“Este nombre abstruso quería decir que la revolución rusa que tiene ante sí objetivos inmediatos burgueses, no podrá sin embargo detenerse en ellos. La revolución no podrá resolver sus tareas burguesas más inmediatas sino colocando en el poder al proletariado. Y este último, al tomar el poder en sus manos, no podrá quedar sin el marco burgués de la revolución. Por el contrario, precisamente para asegurar su victoria, la vanguardia proletaria tendrá que hacer desde los primeros pasos de su dominación las más profundas incursiones, no sólo en la propiedad feudal, sino también en la propiedad burguesa. El proceder así le acarreará choques y hostilidad, no sólo con todos los grupos burgueses, que le apoyaron en los primeros momentos de su lucha revolucionaria, sino también con las grandes masas campesinas, con ayuda de las cuales ha llegado al poder. Las contra-

dicciones en la situación de un gobierno obrero en un país atrasado, con una mayoría aplastante de población campesina, podrán solucionarse sólo en el plano internacional, en la palestra de la revolución mundial del proletariado”.

Esta teoría lo llevaba a reclamar del gobierno obrero de Rusia una función incesante de comunicación con las fuerzas revolucionarias de los otros países y de incitación y ayuda a los movimientos insurreccionales para que la revolución proletaria cundiese por el mundo. Cuando le tocó quedar en la oposición, las críticas de Trotsky se volvieron virulentos contra la política del stalinismo y de los partidos comunistas de todas partes que como secciones de la Tercera Internacional recibían las consignas del Comintern y se apartaban cada día más de la revolución inmediata.

Esa posición, en cierto modo ortodoxa, ante el problema de la revolución proletaria, caracteriza al trotskismo, que con el fin de agrupar a los obreros de las diversas naciones bajo la bandera de un internacionalismo insurreccional extremista fundó la IV Internacional, que no ha logrado organizar sus grupos sino en muy pocos sitios de Europa y de América, y en ninguno de ellos cuenta con fuerzas apreciables.

No es posible, a estas horas, desconocerle su vasta trascendencia histórica a la Revolución Rusa. Llamémosle así para no incurrir en confusiones doctrinarias con quienes abren un abismo entre el alzamiento contra el Zar y la Revolución del 27 de Octubre (o 7 de noviembre según el nuevo calendario), o sea, el levantamiento bolchevique.

Admitamos que al celebrarse la Revolución de Octubre se celebre implícitamente —aunque no se diga—, todo el movimiento revolucionario ruso del año 1917, comprendidos los meses anteriores al golpe de fuerza que puso el poder en manos de una de las fracciones o corrientes en lucha.

Para los bolcheviques la verdadera Revolución Rusa es la Soviética y arranca del acto de Octubre. Pero los hechos no pueden suprimirse con sólo callarlos; y no es “científico” presentar un acontecimiento como brotado sin ninguna relación de solidaridad con hechos que le sirvieron de preparación y punto de partida.

¿Cómo negar, en efecto, que un día de fines del mes de marzo de dicho años, el régimen zarista, aniquilado en mucha parte por los efectos de su propia disolución, que la guerra internacional se encargara de precipitar, caía derribado por el pueblo y parte del ejército sublevado?

Estábamos ya en presencia de una revolución política triunfante, que desde el primer momento por las condiciones históricas de Rusia y la índole de las fuerzas populares más poderosas que en ella intervinieron, traía un significado de conmoción social. Y esa Revolución que echaba por tierra uno de los regímenes más autocráticos del mundo, uno de los mayores anacronismos políticos de la época, no puede menos de mirarse sino como una primera etapa de todo lo que viene después

para configurar definitivamente una revolución social socialista, de tipo soviético.

El mismo órgano que el bolcheviquismo consagró como instrumento específico de la dictadura del proletariado, el Soviet, surgió desde el primer instante y actuó durante los meses anteriores a la insurrección comunista. Las diferencias de concepto sobre el papel de los Soviets no pueden sobreponerse al hecho de que su aparición fué fruto del movimiento revolucionario surgido contra el viejo régimen, y de que, en manos de uno u otro partido, con mayor o menos ingerencia en la lucha, ocupaban un sitio en el frente que fué primero de ataque contra las fuerzas de la autocracia, y de defensa, después, entre los elementos reaccionarios que dentro de la nueva situación conspiraban para adueñarse de ella con fines regresivos.

Todavía están demasiado recientes los choques porfiados y sangrientos entre los bolcheviques victoriosos, que tomaron en sus manos el volante de la Revolución para conducirla mediante la dictadura política de los Soviets dominados por ellos, en el sentido de las grandes transformaciones sociales y de la implantación de una economía general colectivista. Y es por ello explicable que los que tienen hoy la responsabilidad de la obra revolucionaria y de los destinos de la revolución sigan sancionando ante la historia —que siempre la escriben los vencedores— como elementos totalmente antirrevolucionarios, como traidores, a aquellos rivales que aplicaban otras normas teóricas de gobierno y que, de ser capaces de mantenerse en el poder, hubiesen adoptado otro sistema para la tarea de la transformación de Rusia.

Para los objetivos políticos de la propaganda conviene a los comunistas hacer surgir la era de la Revolución, no del momento en que se derrumba el armatoste carcomido del régimen zarista, enorme muralla contra la cual se habían venido estrellando todas las corrientes revolucionarias de Rusia, si bien no dejaban de desgastarla, resquebrajarla y socavarla, sino del instante en que el bolcheviquismo saltó al puente de comando del país para

enterrar má rápida y definitivamente los restos del zarismo e implantar un gobierno puramente obrero aunque fuese realmente, en toda Rusia, el de una minoría obrera. Así se hunde más en el desprecio de la historia aquel gobierno provisional de la primera etapa revolucionaria que vendría a ser entonces, no un primer paso, o si se quiere un andador claudicante y podrido de la infancia de la revolución, sino una prolongación con otro título y otra manera del régimen depuesto, y una simple trampa “democrática” para que cayesen en ella las clases populares de Rusia después de haberse librado del tremendo fardo del sistema del Zar, caracterizado por su poder policiaco y su auténtico feudalismo de los príncipes territoriales.

Eso es injusto. La historia imparcial no podrá arrojar a los hombres de los primeros meses del gobierno anti-zarista, sean cuales fueren sus debilidades, sus errores, sus duplicidades y sus culpas, al limbo en que el Dante colocó a aquellos ángeles que no fueron ni rebeldes ni fieles a Dios. Su rebeldía contra el zarismo —que era el despotismo feudal ruso— no puede borrarse de la historia. Los socialistas revolucionarios, los mencheviques, los mismos elementos de la burguesía liberal, junto con los bolcheviques iniciaron la Revolución. Que al principio no podía ser sino burguesa, como la de 1905, según nos lo atestigua el mismo Lenín, quien en marzo de 1919 escribía:

“Nosotros llevamos a término la revolución burguesa. Los campesinos estaban a nuestro lado como un todo. Su antagonismo respecto al proletariado socialista no podía manifestarse inmediatamente. Los soviets agrupaban a los campesinos en general. La diferenciación de clases en el seno de las masas campesinas no estaba todavía madura, no se había manifestado exteriormente”. (Obr. escogidas, tomo IV, pág. 83.)

Y Trotsky, comentando ese aspecto de la revolución bolchevique y traduciendo fielmente el pensamiento de Lenín, tal como resulta de sus textos, escribía:

“En octubre de 1917 nosotros tomamos el poder con los campesinos como un todo. Fué ésta una revolución burguesa por

cuanto la lucha de clases en el campo no se desarrolló aún". (Trotsky, *La Revolución Permanente*, capítulo V.)

Y es siempre Lenin quien en su discurso de 1919 ante el Partido Comunista explica:

"En un país en que el proletariado tuvo que adueñarse del poder con ayuda de los campesinos, donde le correspondió el papel de agente de la revolución pequeño-burguesa, nuestra revolución, hasta la organización de los comités de campesinos pobres, éstos hasta el verano y aún el otoño de 1918 fué en grado considerable una revolución burguesa". (Citado por Trotsky en *La Revolución Permanente*).

Si Marx y Engels aconsejan a los comunistas en el Manifiesto de 1864 ayudar en su revolución a las burguesías liberales contra los regímenes feudales y las autocracias socializadoras, tratando de adueñarse del movimiento para hacerle rendir sus mayores posibilidades en favor de las clases económicamente oprimidas, no es para que luego, no ya en los momentos culminantes de la lucha por desalojar de la dirección a los burgueses revolucionarios, sino también en las páginas, que deben ser serenas y justas, de la Historia, desconozcan su papel como factores de esa misma Revolución, que como en el caso de los revolucionarios rusos no bolcheviques, no habrían tenido tiempo de entregar a los enemigos comunes, ni de abrigar esa intención puede acusárseles si no con mucho exceso de apasionamiento execratorio.

Sin que nos proponamos intentar aquí una excusa de las culpas de ese gobierno, creemos justo no olvidar que la mayor parte de sus defectos y de sus desviaciones, incluso de sus torpezas, todo aquello en una palabra que daba pábulo y base a la violenta oposición de sus rivales en el campo de la revolución, tenía por origen la táctica —sin duda equivocada— de mantener contacto con los aliados en la guerra contra los imperios centrales y obtener de aquéllos ayuda para combatir a los ejércitos invasores que amenazaban todas las conquistas políticas y sociales que el pueblo pudiese llevar a cabo. Como lo asevera H. G. Wells los gobiernos aliados ni le permitieron repartir las tierras entre los

campesinos ni hacer la paz. Para colmo de males, cuando los alemanes llevaron por mar y tierra un ataque sobre Riga el Almirantazgo Inglés retrocedió ante la perspectiva de una expedición de socorro y la incipiente república rusa debió combatir sin ayuda, mientras las grandes masas del pueblo no querían la continuación de la guerra y ansiaban la paz a cualquier costo.

La convicción de que sólo manteniéndose en el frente de lucha junto con las potencias democráticas aliadas para que Alemania y Austria-Hungría no ganaran la guerra y para obtener después la ayuda económica necesaria, indujo al gobierno del "socialista revolucionario" Kerenski a intentar con los restos del ejército ruso una nueva y desesperada ofensiva, que sólo sirvió para irritar más al pueblo y hacerle perder pie al gobierno en la voluntad de las multitudes exasperadas. Sin duda estaba ciego el gobierno provisional al no ver las inmediatas consecuencias inevitables de tales resoluciones sobre su suerte política. Eso demuestra que ya Zeus había decidido perderlo.

Pero hoy, ante el inmenso estrago de la nueva conflagración mundial, que no es en el fondo sino una continuación, una segunda y más terrible etapa de aquella otra; ante los hechos que comprueban una continuidad profunda de intenciones; una trágica similitud de métodos de barbarie; hasta una misma psicología en la clase alemana dirigente de hecho, que entonces lo era, como ahora, el militarismo prusiano, aunque esta vez su espíritu en su más brutal e inhumana expresión haya aparecido encarnado en una corriente aparentemente civil con una pseudo doctrina que no es sino el sumum de la filosofía militarista, la más bárbara exaltación de la fuerza bruta y de la violencia homicida, el evangelio de la espada como única ley y norma suprema de disciplina y de orden en el acatamiento absoluto a la voluntad del que manda y en la superstición idolátrica y rebañega de la jerarquía; hoy, ante los horrores de que la misma Rusia ha sido teatro; ante las innumerables penurias que le toca sufrir y los sacrificios inenarrables

que debe continuar realizando en su nueva guerra contra el mismo invasor, ¿no cabe acaso detenerse a revisar el juicio sobre aquellos "traidores" de la revolución que se aprestaban a continuarla conduciendo el pueblo ruso a los campos de batalla?

El camino que en su ceguera se empeñaban en seguir, si bien los conducía al abismo de su propia perdición como gobierno, no los apartaba de la orientación que hubiera sido, probablemente, salvadora para el mundo y habría evitado, tal vez muy probablemente a la misma Rusia, estos horrores inauditos de la actualidad. Porque si la guerra de 1914-1918 hubiese concluido con el aplastamiento completo del prusianismo militarista, con la extirpación del cáncer del militarismo alemán mediante una derrota a fondo y una transformación de Alemania, poniendo a su pueblo en condiciones de que las corrientes democráticas y pacifistas se vigorizasen en él y pudiesen gobernar en una atmósfera que no agitasen las prédicas de un movimiento revolucionario escéptico para las libertades democráticas, sin quedar prisioneras en lo interior de las garras del militarismo y del nacionalismo de los *junkers*, la humanidad no hubiera asistido al entronizamiento del nazismo y se habría librado de la presente conflagración.

La Rusia revolucionaria tiene que hacer hoy, con mucha mayor intensidad de sacrificio y desgarramiento, lo que entonces no se quiso, o mejor dicho, no se pudo hacer. Admitamos que se añada: "No se debió hacer", porque ya no estaba Rusia en condiciones de ser factor decisivo en la suerte de las armas, y todo sacrificio en ese sentido resultaba casi vano. Pero, dejando de lado las diferencias de momento histórico y sin reabrir polémica sobre las tentativas socialistas de paz (arrojando tierra sobre la discusión entre partidarios y contrarios de Zimmerwald), ¿cómo negarles, ahora, a los socialistas moderados de la primera hora de la Revolución el reconocimiento de que su instinto no los ponía de espaldas a las contingencias internacionales del futuro y de que sus incitaciones a tomar las armas para batir a los

imperios centrales no pertenecían a un género de actos de gobierno distinto del de los que hoy consisten en llevar la guerra hasta el final, aún después de librado todo el territorio ruso y contra la nación alemana — la que se juzga culpable en su totalidad por la psicosis agresiva que domina el espíritu de gran parte de su pueblo— y en celebrar una alianza de veinte años con las grandes potencias capitalistas?

Después de todo, si hoy la Revolución considera conciliable con sus principios y útil a sus planes inmediatos y futuros glorificar a los generales que lucharon por la patria rusa contra el invasor, ¿por qué no habría de ser entonces por lo menos repetable el empeño de Kerenski y colaboradores en arrojar a los alemanes del territorio ruso o en impedirles que lo invadiesen más? Lo que era glorioso en Zuvorov y en Kutuzov no habría de ser inicuo en Kerenski sólo porque aquellos eran generales zaristas y éste era un socialista revolucionario.

Criterio más equitativo aplican los hombres del régimen soviético en otras manifestaciones de su juicio histórico. De ello nos da muestra el obelisco alzado en el pequeño parque que se extiende a un costado del Kremlin, a la sombra de sus altas murallas almenadas. Allí se ha inscripto, en vida de Lenin, el nombre de los que con su pensamiento y su acción han venido forjando el socialismo en el mundo, y bajo los nombres de Marx y Engels pueden leerse grabados en el mármol los nombres de Lasalle, de Proudhon, de Bakunin, de Jaurés, de Plejanov, pese a las excomuniones que contra ellos dictaron en sus libros Marx, para unos, Lenin para otros...

Digamos, pues, que la Revolución Rusa comenzó antes del 27 de octubre, en que se inició la "dictadura del proletariado", pero no todavía la revolución socialista, pues aún después de ese día continuó siendo solamente una revolución social, como lo había sido la Mexicana, que la precedió en el tiempo, con la diferencia, eso sí, de que la Mexicana fué hecha por hombres con más instinto y necesidad de justicia que instrucción, mientras que ésta de Rusia fué hecha por masas que conducían

hombres ilustrados, con mucho caudal y acopio de doctrina, como lo eran los social-demócratas, mencheviques o bolcheviques y los socialistas revolucionarios.

Otra diferencia existe, introducida precisamente por la "dictadura proletaria" personificada en los soviets compuestos exclusivamente de obreros y campesinos, y es la de que en México el gobierno quedó en manos, sobre todo, de la clase media, que es allí como en otros países de América una clase de espíritu progresista, con sectores intelectuales revolucionarios, mientras que en Rusia quedó en poder de los asalariados de la industria.

Después de la Revolución de la Comuna de París, admirable y efímera, si puede ser efímero un acontecimiento de tan hondas repercusiones morales y de tan preciosas enseñanzas para el espíritu del pueblo trabajador de todo el mundo contemporáneo, la revolución rusa es la primera toma del poder político por el proletariado. No de una parte del poder, sino de todo el poder, siendo ésa la característica impuesta por la insurrección bolchevique, cuya fecha sirve ahora de cifra de la revolución rusa en las tablas del calendario civil.

Y es una revolución que no quedó encuadrada en los límites de una revolución pequeño burguesa, sino que ha continuado su trayectoria para definirse como una especie de palingenesia socialista, de un socialismo estatal que se dice destinado a desembocar en el comunismo sin Estado.

"Si —afirma Lenin—, nuestra revolución es burguesa mientras marchamos juntamente con los campesinos *como un todo*. Nosotros teníamos una conciencia clarísima de esto desde 1905... Pero en 1917, desde el mes de abril, mucho antes de la revolución de octubre dijimos abiertamente y explicamos al pueblo que ahora no podía detenerse en esta etapa de la revolución porque el país había seguido marchando, el capitalismo había seguido avanzando, la misma Revolución había alcanzado proporciones nunca vistas, cual exigía (quién se o no) que marchásemos adelante *hacia el Socialismo*, pues no cabía avanzar de otro modo, salvar de otro modo al país... La marcha de la Revolución ha confirmado la exactitud de nuestro razonamiento. *Al principio*, del brazo de "todos" los campesinos, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievalismo (y en este sentido la Revolu-

ción sigue siendo burguesa, democrático burguesa). *Después*, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, contra el *capitalismo*, incluyendo los ricachos de la aldea, los kulaks, los especuladores, y en este sentido la Revolución se convierte en *Socialista*.

.....
 "Después de haber llevado a cabo la Revolución democrático-burguesa juntamente con los campesinos en general, el proletariado de Rusia ha pasado definitivamente a la Revolución socialista, cuando ha logrado escindir el campo, cuando ha conseguido poner de un lado a los proletarios y semiproletarios del campo, uniéndolos contra los kulaks y la burguesía, comprendiendo en ésta la burguesía campesina". (ÍDEM, págs. 81, 84 y 85).

Un año después de escrito lo anterior Lenin expresaba:

"El trabajo está unificado en Rusia a la manera comunista, por cuanto primero, está abolida la propiedad privada sobre los medios de producción, y segundo, porque el poder del estado proletario organiza en la escala nacional la gran producción en las tierras y en las empresas estatales, distribuye las fuerzas de trabajo entre las diferentes ramas de la economía y en las empresas, distribuye entre los trabajadores inmensas cantidades de artículos de consumo pertenecientes al Estado". (LENIN, *Economía y Política en la época de la Dictadura del Proletariado*, obras escogidas, tomo IV, pág. 209.)

Cuando escribía esto debía aún agregar que:

"El Socialismo, es la supresión de las clases. Para suprimir las clases es preciso, primero, derribar a los terratenientes y a los capitalistas. Esta parte de la tarea la hemos cumplido, pero sólo es una parte, y además, no es la más difícil. Para suprimir las diferencias entre los obreros y los campesinos, convertir a todos *en trabajadores*... Para resolver esta segunda parte de la tarea, la más difícil, el proletariado después de haber vencido a la burguesía, debe llevar constantemente la siguiente línea fundamental de su política con respecto a los campesinos: el proletariado debe separar, diferenciar a los campesinos trabajadores de los campesinos propietarios; al campesino trabajador del campesino mercader; al campesino laborioso del campesino especulador".

La revolución ha realizado ya esa segunda parte. la lucha contra los kulaks; la colectivización de la empresa agrícola sobre la base del koljós y del shovjós, ha transformado a todos los campesinos en trabajadores.

¿Es realmente el socialismo, lo que se ha construido y organizado en la U.R.S.S.?

El régimen soviético se califica a sí mismo de "estado socialista" de obreros y campesinos". (Artículo de la Constitución).

Según palabras de Stalin "la victoria completa del socialismo es ya un hecho". Lo es, afirma, porque "ya está liquidada la explotación del hombre por el hombre y la propiedad socialista de los medios de producción está asegurada, como sólido fundamento de nuestra sociedad soviética".

Y no puede negarse que se ha abolido la explotación privada del hombre, pues no hay ahora quien para su propio lucro explote el trabajo de otro. La propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio es la forma fundamental y general de la propiedad en la U.R.S.S. aunque ello no excluya la existencia de la propiedad individual sobre las herramientas, "ganado productivo y aperos de labranza menuda" (Artículos 7 y 8 de la Constitución), en el caso de los productores campesinos, así como de la economía doméstica y campesina y de las *dachas de veraneo*, cuya transmisión hereditaria constituye un derecho protegido por la ley (artículo 9).

Pero se ha objetado, desde el punto de vista del marxismo ortodoxo, que las bases de una sociedad socialista no son solamente la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y su transformación en propiedad colectiva, sino también la abolición del asalariado.

En la U.R.S.S. se ha sustituido, en términos genérales, el capital privado por el capital del Estado y se retribuye el trabajo con las formas tradicionales del salario dentro de la organización capitalista en mercancías.

El trabajo se distribuye según cantidad y calidad con dinero, que puede acumularse, ganar interés y heredarse. Rige, pues, la retribución en salario, y el trabajador produce plusvalía para el capital colectivo del Estado, el cual

acrecienta la plusvalía que lo nutre, con el trabajo a destajo, el stajanovismo, etc.

La retribución desigual del trabajo de acuerdo con la cantidad y la calidad, mantiene el carácter de la fuerza de trabajo-mercancía en un mercado con un solo comprador, siendo indiferente que éste quede bajo el exclusivo control de los trabajadores. Y como el valor de cambio sólo existe, según lo explica Marx, en una sociedad que produce mercancías, en la sociedad socialista no se retribuye el trabajo ni con dinero ni con salario.

"Para el socialismo —escribió Engels— que aspira a emancipar la fuerza humana de trabajo de su condición de mercancía es de la mayor importancia comprender que el trabajo no tiene valor ni puede tenerlo. Demostrado esto caen por su base todas las tentativas propias del socialismo obrero primitivo y elemental encaminadas a reglamentar la distribución futura de los medios de vida como una especie de salario superior (*Anti-Duhring*, pág. 302).

Se sostiene, en consecuencia, que mientras el obrero no recibe certificados de trabajo (esos certificados de que habla Marx en su Crítica al Programa de Gotha) que puedan canjearse por productos con un contenido de trabajo igual al trabajo entregado a la sociedad, en vez de dinero, cuyo valor varía a cada instante por obra de circunstancias ajenas al esfuerzo del trabajador, el producto no pierde el carácter de mercancía y la remuneración del obrero no deja de ser salario.

Los certificados que Marx preconiza para el primer período de la sociedad socialista, permanecen así dentro "del horizonte burgués", porque hay en ellos, bajo una apariencia de derechos iguales, un principio de desigualdad, pues conservan las diferencias de retribución según cantidad, sin tener en cuenta las diferencias de aptitudes ni las diferentes exigencias de la vida a causa de las condiciones de la familia, etc.

El dinero, que puede ganar interés, permite a un ahorrista comprar mercancías, no a cambio de cierto tiempo del propio trabajo, sino del dinero reproducido

por el dinero. Y si éste es heredero, el heredero los adquiere con el ahorro de sus padres, y por consiguiente sin trabajar. (Sin embargo Marx advierte que no basta al simple ahorro añadir interés para que se transforme en capital, pues para esto ha de ser necesario que el interés represente una suma con la cual pueda pagarse el salario de obreros que trabajen en beneficio del ahorrista y le rindan ganancias).

La retribución en relación no sólo a la cantidad del trabajo sino también a su calidad —tal como rige en la U.R.S.S.—, parece no coincidir con el principio socialista propio del período precomunista. En una sociedad socialista, aunque sea apenas brotada del seno del capitalismo, no puede permitirse, según Marx y Engels, la distribución de productos por medio de “salarios” que se regulan de acuerdo con la cantidad y calidad del trabajo.

Para ellos el trabajo calificado o superior es una síntesis de trabajo más simple, la cual es a su vez un resultado de toda la evolución social. No pertenecería, pues, al individuo el valor de la mejor calidad, pues en una sociedad organizada en forma socialista —enseña Engels— la sociedad paga los costos de la preparación del obrero calificado, y le pertenecen por tanto los frutos, es decir, el exceso de valor engendrado por el trabajo complejo. (*Anti-Dühring*, págs. 212 a 217).

Si Marx aceptó, para el período socialista, como un resabio inevitable del concepto burgués del derecho, la retribución desigual en relación a la distinta cantidad de tiempo de trabajo realizado, no creyó que debiera admitirse también, sin contradicción esencial con la forma socialista, la retribución según su calidad.

Esto parece desprenderse, a mayor abundamiento, de aquel párrafo de la misma crítica en que se dice: “En lo referente a la distribución de medios de consumo sería el mismo principio que en el intercambio de mercancías de igual valor, la cantidad de trabajo en una forma es canjeada por igual cantidad de trabajo en otra forma”.

Pero las ventajas prácticas del sistema monetario co-

rriente son innegables, según lo hemos manifestado en otro capítulo, para el intercambio dentro y fuera del país, y su sustitución trae aparejada dificultades que sólo pueden superarse o eludirse en circunstancias de diverso orden que no se han dado todavía.

Sin duda el régimen soviético queda orientado a ese respecto en el sentido de una evolución hacia las fórmulas más avanzadas de justicia distributiva, y no se le puede negar su derecho a denominarse socialista porque conserve el dinero en vez de utilizar los bonos o certificados de trabajo. Ha socializado la propiedad de la tierra y ha suprimido el capital privado. Esas son grandes y fundamentales medidas socialistas. Lo son aunque pueda decirse que en lugar del capitalismo privado se deja en pie un capitalismo estatal. En un estado capitalista, de capitalismo privado, en el que no se ha conquistado el completo dominio de la vida económica por la clase obrera, la concentración del capital en manos del Estado puede significar que el capitalismo, como afirma Engels, “se agudiza y exalta”, en cuanto el Estado se ha convertido en “capitalista colectivo real” frente a los obreros asalariados.

Pero el mismo Engels reconoce que “la propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas, aún no siendo, como no es, la solución del conflicto entre capital y trabajo, alberga ya en su seno el medio final, el resorte para llegar a la solución”. (*Anti-Dühring*, pág. 395).

Queda entonces, tan sólo, por averiguar qué forma política del Estado es la más apropiada para llegar a la solución del conflicto y a la absoluta emancipación del trabajo.

Para nosotros no cabe duda que es un Estado políticamente democrático y liberal, o de democracia liberal socialista, el único llamado a las soluciones integrales del problema.

En la U.R.S.S., como acabamos de demostrarlo, no se ha llegado a la democratización política del Estado, de cuya dirección han sido desalojados los señores feudales y los capitalistas, pero no todavía para regirlo por

la voluntad libre de la mayoría de la nación, sino por la de una parte de la clase trabajadora, con restricciones al ejercicio de las libertades públicas y derechos políticos, que mantienen legalmente ese *unicato* gubernamental y cierran las vías a toda corriente o inquietud de disconformismo.

Existe allí una forma de socialismo de Estado, pero su sistema de organización institucional carece de los elementos esenciales de la democracia política. Se ha suprimido el capitalismo privado, que impide la igualdad social en el punto de partida, pero no hay igualdad política porque sólo un partido, sólo una opinión política goza de derechos cívicos y libertades públicas.

Esos son los caracteres típicos y las proyecciones históricas de la revolución rusa, tomada desde su instante inicial, la caída del zarismo, hasta la hora presente del Estado revolucionario, que comenzó a estructurarse con la toma del poder por los bolcheviques.

Sea cual fuera el juicio que nos formemos sobre la naturaleza de ese Estado y los métodos puestos en práctica por los comunistas para la construcción de un nuevo orden de cosas en Rusia, con innegable repercusión histórica sobre el resto del orbe civilizado, no se puede desconocer que allí vemos una realización (desagradable por varios conceptos en su evidente magnitud) de socialismo estatal, eso sí autoritario, que sus dirigentes prometen encaminar a formas de comunismo económico y político —sociedad socialista sin Estado— aunque por el momento se insista en formas de contralor directivo e ingerencia policial excluyentes de la verdadera libertad política o civil y demasiado restrictivas del desarrollo autónomo de la personalidad, el cual requiere un amplio goce de todos aquellos derechos individuales que son imprescindibles para la inalienable y dignificadora independencia del espíritu.

EL LABORISMO BRITÁNICO

El movimiento y el ideal socialista en Gran Bretaña anduvieron casi siempre mezclados al movimiento obrero.

Aun antes de que Marx hubiese formulado la doctrina que vincula la idea socialista a la acción de las clases trabajadoras y hace de una y otra sistemáticamente las dos alas de un mismo cuerpo, en Inglaterra se acercan las organizaciones obreras y las ideologías de reforma social, no por sistema, sino esporádicamente por simple impulso empírico de las circunstancias y de las necesidades del proletariado.

Habiendo sido Inglaterra el país donde antes se desarrolló el industrialismo capitalista y se llevó a cabo la revolución industrial de principios del siglo 19, tenía que ser en ella donde apareciesen las primeras manifestaciones importantes de la lucha de clases en el campo gremial, y a ellas se asocian las ideologías, por manera casi instintiva, sin aleccionamientos doctrinarios, como por una mera ley de gravitación natural que aproxima las ideas de reforma a las masas laboriosas movilizadas en procura de mejores condiciones de trabajo y de vida, o viceversa.

En Inglaterra el impulso popular de reforma social comienza el siglo XVIII a base de asociaciones secretas por lo general clandestinas.

En 1791 el zapatero escocés Tomás Harly fundó la "Sociedad de Correspondencia de Londres", que estaba en relación con los jacobinos franceses. En otras ciudades surgieron asociaciones análogas. Se las llamó "Sociedades de Correspondencia" porque como las asociaciones políticas no podían legalmente formar federaciones nacionales, se comunicaban por medio de la correspondencia. Hay allí un germen de movimiento político con tendencias obreras, pues esas sociedades democráticas procuran "la implantación de la democracia" y la votación de leyes

de protección al trabajo. Se adhirió a la Sociedad de C. de Londres muchos demócratas, entre los cuales Tomás Spence, que fué el primer gran propagandista de la nacionalización de la tierra, Godwin el autor de la "La Justicia Social" que como el anterior abogaba contra el maquinismo y fué un notable teórico del anarquismo evolucionista. Fué disuelta a causa de las persecuciones gubernativas el año 1799. Se puede afirmar que la mayoría de los líderes obreros que desempeñaron un papel destacado durante el período 1810-20, pasaron por ella.

Antes había comenzado el que se llamó movimiento de los artesanos y obreros manufactureros alzados contra las máquinas que empezaron a invadir a Inglaterra desde mediados del siglo XVIII. La destrucción de telares mecánicos, muchas veces acompañada de violentos disturbios que convulsionaban toda una ciudad, asumió serias proporciones. Una ley condenó en 1769 con la pena de muerte la intervención en actos de destrucción de maquinarias o incendios de edificios de fábricas. Esas duras represiones no impidieron que el luddismo se tornase un movimiento de masas, que persiguió fines políticos y económicos. Fueron ejecutados varios obreros. Se le ha calificado de "Movimiento revolucionario elemental". Inspiró a Byron, —que ya había protestado en la Cámara de los Lores contra la ley de 1812, que aumentaba la severidad de las represiones—, un poema en el que comparaba a los luddistas con los hombres de la guerra de la independencia americana.

El luddismo en los años de 1817 a 1820 prepara insurrecciones en algunos puntos del país y por medio de grandes manifestaciones públicas, algunas de las cuales las autoridades disolvieron a tiros, reclamaba el sufragio universal y una legislación obrera.

"El movimiento político inglés ha sido siempre una tendencia de orientación social más o menos manifiesta y las teorías de la nacionalización de la tierra y de la influencia nefasta de las máquinas, propagadas por hombres como Tomás Spencer y por sus sucesores, los filántropos spencerianos, fueron un elemento inicialmente perturbador en la política radical. Roberto Owen

prestó amplitud y precisión a ese movimiento". (R. MAC DONALD, *El Socialismo*, pág. 196.)

Al owenismo le corresponde, como ya hemos consignado en el capítulo correspondiente, el papel de primer fermento ideológico considerable en la historia de las agitaciones laboristas inglesas. Lo que se conoce con el nombre de Laborismo Británico comenzó no siendo sino un movimiento tradeunionista, un conjunto de asociaciones de oficio.

Ya hemos tenido ocasión de explicar en un pequeño libro (*El Laborismo Británico*, pág. 35) el proceso de las relaciones entre las tendencias socialistas y las asociaciones gremiales inglesas. Allí decíamos:

"La historia de las asociaciones gremiales inglesas, el proceso de su desenvolvimiento, el estudio de las vicisitudes y alternativas del movimiento obrero de Gran Bretaña nos enseñan que en su dirección y acción se turnan dos tendencias en cuanto a sus finalidades y otras dos en cuanto a sus procedimientos. El predominio de una de esas tendencias sobre la otra, en sus respectivos planos de localización, depende naturalmente del estado general de los espíritus bajo la presión de las circunstancias. A veces las uniones se mueven por aspiraciones modestas y prácticas persiguiendo objetivos inmediatos. Se inspiran en un sentido "particularista y realista" como se ha dicho. Reducción de la jornada, aumento de salario, mejor trato patronal, por un lado, y por otro, directivas de previsión y socorros mutuos en beneficio de los afiliados; bolsas de trabajo, cajas de seguro para la desocupación, etc. Esas son las preocupaciones de las sociedades obreras de acuerdo con una de las tendencias. La otra tendencia se caracteriza por responder a un género de aspiraciones más amplias y ambiciosas. En ellas se afirma un espíritu de renovación social. Se tiende a modificar la organización de la sociedad, sosteniéndose que las reformas de detalle dejan intacto el fondo de la miseria obrera. Se quiere ir hasta la raíz de los males que afligen a los asalariados; más que arrancar concesiones al capitalismo y al patronato, se desea suprimirlos. La acción gremial se vuelve idealista, impregnada de las teorías del Socialismo; y naturalmente extiende su alcance para que englobe a todo el proletariado".

La ley de 1820 —la Trade-Unions Acts— que estableció —casi treinta años antes que en Francia— la legalidad de las asociaciones obreras, abrió un camino. Puede decirse que el tradeunionismo propiamente dicho arranca de esa

ley. La verdad es que a raíz de esa ley se le bautiza con tal nombre. Hasta entonces las asociaciones de trabajadores de un mismo oficio que existían públicamente o en secreto, según fuesen del todo inofensivas o relativamente reivindicatorias, se llamaban sociedades de amigos, clubes, logias, etc. La ley les permitía constituirse como sociedades para la defensa de los intereses obreros, si bien limitando su cometido a regular los salarios, los horarios y demás condiciones de trabajo, tolerando, eso sí, los contratos colectivos y las huelgas. Después de dictada esa ley las asociaciones se llaman Trade Unions. No tardó en predominar en ellas la tendencia idealista y de reforma social.

Surgieron las reclamaciones generales para todos los oficios, como la de la jornada de ocho horas; y los lectores recordarán que un zapatero y librero, Guillermo Benbow, lanzó la idea de la huelga general concebida como un medio de lucha para abatir el poderío capitalista. Es en el período de 1832-42 cuando más se deja sentir la influencia de Roberto Owen, por cuya iniciativa surgió la Gran Unión Nacional Consolidada de Oficios, de la que ya hemos hablado al ocuparnos del owenismo. Se recordará que no era una simple organización de oficios "mejorista". Por medio de ella, con su acción puramente gremial de base cooperativa y su propósito de llevar a cabo una huelga general pacífica para decidir a los patronos a entregar las fábricas a los obreros, y por medio de los Bazares de Trabajo, Owen creía poder realizar la completa renovación del sistema económico, dejando de lado las luchas parlamentarias.

Sobre las ruinas de esa Unión brotó el Cartismo, como reacción política. En la década de 1850-1860 nacen no sólo las grandes asociaciones de un mismo oficio, sino las uniones gremiales tales como la Asociación Amalgamada de Ingenieros, la Sociedad de Carpinteros y la Sociedad de Fundidores, que por los servicios de seguros contra la vejez y la enfermedad y por su organización administrativa fueron, como dice Lewis Lorwin, el fundamento de las Trade Unions que por mucho tiempo sir-

vieron de modelo no sólo en Inglaterra sino también en otros países.

Sobreviene un período realista de treinta años con una política de resultados inmediatos. Una Liga por la Representación Obrera, formada en el ambiente de las "trade unions" y con la ayuda de algunas de éstas, alcanza una primera victoria electoral que, aunque modesta, atrajo la atención del gobierno, que se propuso detener el desarrollo de dicha Liga con restricciones legales a la acción de los gremios obreros. Se desencadenó al mismo tiempo una ofensiva capitalista contra las asociaciones gremiales, complicada con una crisis industrial y del trabajo que diezmó las filas de la clase obrera organizada debiendo disolverse muchas trade-unions.

Todo ello arrojó a los obreros al campo de la política. Tras diversas vicisitudes y ensayos de formas de organización para la lucha en ese campo, surgió del seno de las trade-unions el Comité Parlamentario, que convocó en 1900 una Conferencia para constituir una fuerza política con el concurso de varias organizaciones ajenas al trade-unionismo, pero vinculadas por la preocupación que les inspiraba la suerte de la clase trabajadora a la cual pertenecían. Tuvo allí nacimiento un Comité compuesto por siete delegados de las trade-unions, dos de cada uno de los partidos socialistas —que eran la Federación Social Democrática y el Partido Laborista Independiente— y un delegado de la Sociedad Fabiana, también ésta de ideología socialista.

En 1906 ese Comité de representación laborista adoptó el nombre de Partido Laborista (Labour Party).

Actualmente otro importante refuerzo a la influencia del Laborismo, procede de las sociedades cooperativas con sus ocho millones de afiliados, que están estrechamente conectadas con el Partido y el Congreso de las Trade Unions. Comentando ese refuerzo dice un autor de estos días:

"Su enorme volumen y la gran variedad de intereses que representan han sido en más de una ocasión causa de debilidad para el movimiento obrerista británico. Le han restado determi-

nación y empuje". (FREDERICK J. SCHEU, *¿Adónde va Inglaterra?*, pág. 16.)

Así se formó el Partido Laborista. Véase ahora cuáles son sus modalidades características y la esencia de ese movimiento de clases gremial y político.

Su génesis nos demuestra que el laborismo inglés es el fruto de una combinación armónica, de una síntesis, de aquellas cuatro tendencias que vemos disputarse, a través de toda la historia del movimiento obrero británico, el predominio de su dirección alternándose en la preeminencia, a favor de las circunstancias, y a menudo coexistiendo entre sí con distinto grado de influencia. En él han venido a desembocar esas cuatro corrientes para dar vida simultánea a la organización sindical y a la organización política, algo así como las dos alas de un mismo ejército, que se agitan cada una en su plano pero coordinadamente y atadas a un destino común.

La acción sindical y la lucha política, en cuanto a táctica; los objetivos de parcial mejoramiento y los vastos planes de transformación social, en cuanto a fines, que anduvieron por largo tiempo desconectados y rara vez coordinaban para no rivalizar y no excluirse en el espíritu del movimiento en un instante dado, se fueron conectando y adaptando a una convivencia permanente para sentirse complementarios y no contradictorios. De esa compenetración surgió el laborismo integral, con su doble campo de acción: El Congreso de las Trade Unions y el Partido Laborista.

Hemos querido explicar en aquél libro, cómo se han venido desarrollando y perfilando esas dos fuerzas hermanas y entrelazadas, hechas de una misma substancia: la vida y el interés de los trabajadores, que son el trade-uniónismo, organización sindical, afiliada a la Sindical Obrera Internacional de Amsterdam, y el Laborismo, organización política, afiliada a la Internacional Obrera Socialista.

Este detalle de la afiliación a una y otra Internacional deslinda y diferencia el carácter de ambas organizaciones. Son las dos internacionales, democráticas, aliadas y para-

lelas; la de los sindicatos gremiales, una; la de los partidos políticos, la otra.

Hemos querido hacer comprender, por un lado, la especial fisonomía espiritual de esa organización sindical británica que se vincula a un partido político y lo sostiene con sus medios, por lo mismo que lo ha creado y lo forma; y por otro lado, la especial estructura de ese partido político, compuesto por agrupaciones de organizaciones distintas que adhieren a él en masa, de modo tal que las adhesiones personales se efectúan a través de la adhesión de cada ciudadano a aquellas organizaciones.

En esa organización, que contaba al estallar la guerra con seis millones de afiliados, y que es sobre todo una organización por cuadros, los afiliados de los sindicatos adheridos a ella se consideraban automáticamente adheridos también al Partido Laborista, a menos que declarasen expresamente su negativa a formar parte de éste.

En 1928 una ley estableció que se invertirían los términos, de modo tal que para poder recabar de los afiliados de los sindicatos la cuota de contribución al fondo partidario, es necesaria una previa declaración del deseo de abonar dicha cuota.

Ello no obsta para que el organismo conserve su fisonomía propia, y su propio carácter de trade unión, como órgano específico de la lucha gremial reuniendo en su seno obreros de diversas tendencias políticas; y hasta hay trade unión que pese a integrar el movimiento tradeunionista y enviar delegados al Congreso General, quedan al margen del Partido Laborista. Ni ello obsta tampoco a que el Partido Laborista sea una expresión política con una ideología que algunos de los miembros de las trade uniones adheridas, formalmente rechazan¹.

¹ "El Partido Laborista a causa en gran parte de las circunstancias de su formación, difiere en muchos aspectos de los partidos más viejos. En el fondo es un partido clasista apoyado en el aporte numérico y financiero de las grandes Uniones Gremiales de trabajadores manuales (quedan excluidas desde 1927 la Unión de Empleados de Correos y la de Empleados Públicos). Es por esto que las Uniones Gremiales hasta cierto punto hacen el papel de los contribuyentes más ricos de los otros partidos, pero

Sobre esa base y dentro de esa estructura, el laborismo constituye una formidable manifestación política cuya fisonomía espiritual ofrece rasgos propios dignos de ser estudiados más que por simple prurito de curiosidad, por la sensata preocupación de ver en qué grado representan síntomas de su poderío efectivo y condiciones de su capacidad para adueñarse de los destinos sociales con plena garantía de éxito en la realización de sus fines.

Algunos de estos rasgos los debe, naturalmente, a la influencia del medio histórico de la nación que le proporciona su caudal biológico, su material humano.

Es general la opinión de que el pueblo británico no gusta de las abstracciones; y suele repetirse la frase de Burke: "Odio hasta el sonido de las palabras que las expresan". Dickens ha ridiculizado en una de sus novelas la vocación excluyente de sus compatriotas por "los hechos" como contrapuestos a las ideas. Es innegable que

con esta diferencia: que la amplitud de las contribuciones de las Uniones Gremiales y la suma de influencia de ellas en la fijación de la política del partido en los congresos anuales, son asuntos que se ventilan públicamente.

"Debe agregarse, además, a las Uniones Gremiales un gran número de socialistas y radicales organizados hasta 1918 en Asociaciones Socialistas como la Sociedad Fabiana y el Partido Laborista Independiente, y agrupados también desde entonces en mayor cantidad en las secciones individuales de los congresos de los partidos laboristas, a los que se afilian también comúnmente las ramas locales de las Uniones Gremiales. La cantidad de miembros individuales ha venido aumentando rápidamente en los años últimos, pero es todavía mucho menor que el total de individuos de las Uniones afiliadas, es decir, *que el número de votantes laboristas convencidos*. Por ser los más definidos y mejor organizados en el movimiento laborista, estos miembros influyen más como entidad que como individuos en la expresión y práctica de la política del partido, aunque las decisiones finales de los congresos dependen del voto de las Grandes Uniones. Esta situación ha hecho decir muchas cosas acerca de la fijación de la política del partido. Algunos sostienen que el laborista "sensible" es influenciado por las Uniones Gremiales para que adopte actitudes violentas antisociales (por ejemplo, anticapitalista); otros, que el peso muerto del voto sin cultura de la Unión Gremial actúa como un ancla en el socialista inteligente. Por lo general, ninguna de estas afirmaciones es cierta" (G. D. H. COLE y MARGARET COLE, *Guía de la Política Moderna*.)

les interesan más los hechos que las teorías y las realizaciones más que los principios. Por lo común prefieren realizar una idea aunque no lo proclamen como principio, antes de proclamarla como principio para después realizarla. Son empíricos y antifinalistas por ingénita predisposición.

Alguien ha dicho para definirlos: "en política no hablan de la libertad sino de las libertades". (Carlos A. Acevedo, Introducción a la "Legislación del Trabajo", de Carlos Moret, hijo).

Véase, sin embargo, cómo el pueblo inglés ha logrado dar al mundo obrero internacional el ejemplo de una clase trabajadora organizada que se mueve tras objetivos de sistemática reforma social e ideales de democracia y justicia económica, vinculándose así a toda una filosofía política, la que informa el laborismo inglés con su ideología socialista.

El laborismo tiene sus principios y su doctrina, y ya hemos visto cómo el movimiento obrero británico no dejó de impregnarse en sus comienzos de ideología, como ocurrió cuando bajo la influencia de Roberto Owen, con sus proyectos para la creación de una nueva armonía, surgió el llamado "Socialismo inglés de la primera hora". Y ello no tarda en reflejarse sobre diversos planos del pensamiento inglés, en el que Carlyle, Ruskin, Gingsley, representan reacciones literarias, artísticas y filosóficas contra los desbordes del "capitalismo desenfrenado" (R. Macdonald, "El Partido Laborista Inglés").

Ello responde asimismo a peculiaridades del carácter de ese pueblo, que no ama jactarse de doctrinario ni se embriaga con la enunciación de principios abstractos, pero no desdeña, sino que utiliza, las ideas y las idealidades como guías de su acción práctica.

"El inglés, a diferencia del francés —dice Ramsay Macdonald en el discurso citado, que pronunció en París el año 1928— tiene temor a confesar que es filósofo, y prefiere presentarse como uno que sale del paso como buenamente puede. Cuando uno pide que le tengáis pos «hombre práctico» es para que creáis que no concibe los

casos de un modo sistemático, con lo cual se causa un perjuicio. Si fuera cierto sería un trazo que no le honraría gran cosa. Creedme, es de lo más injusto consigo mismo. La filosofía de John Locke inspiró a los gobiernos de su tiempo. Jeremías Bentham, los utilitarios, los de Mills, el padre y el hijo, dieron al radicalismo su fuerza y su empuje. El Partido Laborista encuentra al Socialismo en la base de su filosofía. Para nosotros, el Socialismo es la concepción de una comunidad organizada y orgánica que tiene en sus manos la potencia económica y material de la sociedad, de modo que el individuo pueda ser librado de la opresión y gozar de la libertad de desenvolverse”.

Lo que hay es que el pueblo británico no pierde nunca la visión de la realidad y se halla dotado de un espíritu eminentemente práctico, de modo tal que la ideología no se enlaza a su acción como abstracción inhibitoria o irreal, sino que se concilia con su buen sentido realizador, y rara vez entra en conflicto con éste.

Las doctrinas para él son más bien herramientas, “instrumentos de trabajo inducidos de los hechos”, como afirma el citado profesor argentino.

Por eso el movimiento socialista inglés sigue, con respecto a la doctrina, un proceso inverso al de los partidos socialistas del continente. Estos antepusieron la doctrina al movimiento obrero contemporáneo y empezaron por ser partidos de ideas con una doctrina social, y así atrajeron a su órbita a las masas obreras. Los partidos nacen, pues, de la doctrina. En cambio, en Inglaterra, el partido socialista nace de las trade-unions. Y no es el socialismo quien forma el trade unionismo, sino el trade unionismo quien da vida al socialismo.

Es por este método —del hecho a la idea— que se llega allí a la unificación, a la consustanciación del movimiento obrero con las ideas socialistas, y de la idea socialista con el movimiento obrero. El tradeunionismo británico al desembocar en el socialismo llevó a cabo el pensamiento de Marx.

Pero debe tenerse en cuenta, eso sí, que esa fusión del

movimiento y la idea se mantiene dentro de características distintas de las del movimiento obrero continental. El obrero tradeunionista inglés no se considera un proletario en el sentido marxista de la palabra, es decir, con todo el contenido histórico que Marx ha puesto en esa palabra. El obrero británico —como alguien ha dicho— “no siente el deseo de verse a sí mismo ni a su movimiento en perspectiva histórica”.

Eso no empece, a que —como lo sostiene y demuestra Juan Carlos Mariátegui, el malogrado pensador peruano en un profundo ensayo— el desarrollo del socialismo británico confirme, por otra parte, la teoría marxista en cuanto enseña que la evolución del capitalismo conduce a los condiciones materiales y espirituales de un orden socialista. Comprobando que los orígenes de ese movimiento socialista no son doctrinarios, intelectualistas, como los de la social democracia alemana ni como los del bolchevismo ruso, ve en su evolución hacia un finalismo socialista, el efecto de condiciones históricas y sociales que van determinando el cambio de las simples reivindicaciones corporativas en reivindicaciones de clase.

“El trade unionismo crece indiferente y hasta hostil al doctrinarismo político y económico. Los núcleos intelectuales socialistas carecen durante mucha tiempo de arraigo en los sindicatos. El Independent Labour Party, no obstante su moderación, sólo se convierte en el estado mayor del movimiento obrero después de la guerra. Y el propio partido laborista sólo entra en su edad adulta en este siglo.

“Antes, la mayor parte de los votos obreros no se sentían aún vinculados a su política. El proletariado británico organizado en las trade-unions no había reivindicado todavía su autonomía política en un partido de clase. Pero a medida que el capitalismo declina —y que la función del partido liberal pierde su sentido clásico, y que el poder y la madurez del proletariado se acrecientan— crece el alcance de las reivindicaciones obreras hasta desbordar y romper su marco primitivo. La influencia de los líderes convictos de socialismo se sobrepone

a la actividad de una burocracia meramente sindical... Quiere la socialización de los medios de producción como los otros partidos socialistas. Y aunque los quiere con parsimonia y prudencia británica, propugnándola en lenguaje simplemente reformista, lo cierto es que la reconoce como su meta natural y legítima" ("Defensa del Marxismo").

Por eso si la historia del tradeunionismo es sin duda necesaria para seguir el proceso de gestación del laborismo político, se puede en cambio, cuando se trata de explicar el movimiento del partido laborista, prescindir en cierto modo de toda referencia a las manifestaciones políticas de la clase obrera inglesa, sobre todo las que aparecen como ajenas a la organización gremial, en épocas anteriores, porque como dice Wasthermer: "lagos de sangre, sí, pero ningún puente espiritual une a los luddistas, los sindicatos británicos del año 30, los luchadores revolucionarios del cartismo, con aquellos sucesores suyos que a comienzos del siglo fundaron el Partido Laborista".

"Los que fundaron el partido laborista —añade— eran proletarios de la tercera, de la cuarta generación, obreros calificados e instruidos, tradeunionistas bien organizados y bien alimentados; las leyes los protegían contra los más graves daños del sistema industrial que habían padecido indefensos, sus abuelos y bisabuelos".

"Lo que los impulsaba a romper su alianza con los antiguos partidos «respetables» y desarrollar en el Parlamento una actividad política propia, no era desde el punto de vista subjetivo una rebeldía contra el orden social imperante. Era más bien el sentimiento de que a consecuencia de la vacilante situación del monopolio de la Gran Bretaña en el mercado mundial, los liberales y los conservadores estaban cada vez menos en situación de atender a los intereses de sus electores obreros... Conjuntamente, y en estrecha conexión con este sentimiento, los fundadores del partido laborista, habían llegado al convencimiento de que la acción puramente sindical necesitaba complementarse con un movimiento político adecuado a ella. Por consiguiente, la misión que estos

hombres atribuían al nuevo partido era absolutamente empírica. Sólo en virtud de los rozamientos con la realidad, que les hicieron darse cuenta del sentido de su propia lucha, adquirieron conciencia de las diversidades fundamentales. Así fueron encontrando paso a paso la hostilidad de aquellos a quienes habían confiado en el pasado el cuidado de velar por sus intereses, hasta que al cabo de veinte años descubrieron un día que se habían hecho socialistas" (WASTHERMER, "El Laborismo Británico").

Lo que se debe advertir asimismo es que al ir asimilando las aspiraciones y la mentalidad socialistas en la medida y el impulso de sus necesidades de clase —y sin duda por obra de ese gran sentido práctico que caracteriza al pueblo anglosajón—, el laborismo inglés comprendió instintivamente que la idealidad activa de un partido político no podía confundirse con el teoricismo abstracto de una simple escuela doctrinaria.

Supo deslindar lo que corresponde al pensamiento orientador, a la doctrina activa de un partido, a su criterio para dirigirse por la realidad histórica contemporánea y lo que corresponde al dogmatismo rígido de una secta o a la complejidad intelectual de una teoría para la cátedra.

No se dejó encerrar en un sistema filosófico o teórico. Por lo mismo que no surgió, como en otras partes, engendrado o fundado por una doctrina, sino alimentado a la vez por numerosas posiciones filosóficas e ideas económicas, permaneció libre en sus actos de toda limitación espiritual.

Y supo mantenerse en una equilibrada dosificación de practicismo activo y de idealismo político, como para que cabiendo en él diversas concepciones filosóficas y diversas tendencias socialistas, ninguna se sienta repelida del terreno de la acción común, siempre, naturalmente, que sea compatible con los principios de libertad y democracia, que le son esenciales.

Comprendió que para un partido más vale darse y cumplir un programa de acción que someterse a una filosofía especulativa o a una doctrina inaplicada, por

aquello que el propio Marx dijera: "todo paso hacia adelante, todo movimiento real importa más que una docena de programas".

El pensamiento de sus hombres representativos no se uniforma en una escuela filosófica. El espiritualismo, el materialismo, el positivismo, así como todas las religiones y el ateísmo antirreligioso, reclutan adeptos en sus filas. Colectivamente, el laborismo carece de fundamentos teóricos en punto a posición espiritual abstracta y en su seno conviven las más variadas concepciones filosóficas de todos los tiempos.

De ahí que en sus cuadros puede haber marxistas, algunos tan ilustres como el Profesor Laski, acaso la más alta autoridad inglesa contemporánea en derecho público, o Hyndman, y quienes no son marxistas, como no lo fueron Hardie, ni Thomas, ni Snowden, ni Macdonald, ni William Morris, ni tantos otros que se destacaron como las figuras de mayor prestigio en los años de su iniciación, ni lo es Wells, ni lo son el economista Cole, ni Bertrand Russell, ni Anie Bessant, ni Bernard Shaw, ni muchos otros de los que desde la Sociedad Fabiana o desde las filas del Partido nutrieron de ideas su prestigio intelectual y político.

Es que la orientación de sus actos no se remite a determinada teoría sociológica, ni su criterio político a una determinada filosofía de la historia, sino a un postulado ético y jurídico, a una demanda de justicia social y humana. Eso le basta para formular sus exigencias prácticas, y hay quienes sostienen que es precisamente su carencia de toda sistemática y su adopción de un método experimental y empírico, con preferencia a todo compromiso ideológico con esta o aquella posición teórica, lo que le habría convertido en el partido obrero más poderoso del mundo.

Con todo, se ha echado de menos en no pocas ocasiones la presencia de una base teórica sólida que le hubiese evitado lamentables inseguridades y confusiones ideológicas al proporcionarle una visión más certera para el análisis e interpretación de cada momento.

Felizmente el partido se ha elaborado esa base doctrinal, y hoy dispone para emplearlo como forma auxiliar de su acción práctica, de un criterio fundamental, de un sistema de ideas generales y rectoras que dan cada día más coherencia a su trayectoria política.

Fué recién en el año 1918, poco antes de terminar la guerra europea, cuando el Partido Laborista formuló en un programa sus finalidades socialistas.

Hasta entonces había actuado —llegando a ser el tercer gran partido de la Cámara de los Comunes— sin programar sus fines en una carta fundamental. Adoptaba en sus Congresos resoluciones aisladas exigidas por el momento, sin reunir las y ordenarlas en la sistematización de un programa general. Su ausencia de "pasado doctrinal", hija de su desconfianza tan inglesa por las declaraciones puramente teóricas y de su inclinación orgánica a encararlo todo desde el terreno de la práctica, se descubre en ese primer programa.

La guerra no lo apartaba de sus preocupaciones constructivas. El programa fué publicado bajo el título de "Laborismo y Nuevo Orden Social.- Una ponencia sobre reconstrucción".

Se ha dicho que tal vez ningún otro documento desde la publicación de "Progreso y Miseria" de Henry George, o "Noticias de ninguna parte", de William Morris, ha influido tanto en el pensamiento socialista de Gran Bretaña.

Hasta ofrece el interés de acusar una tendencia a basar sus formulaciones positivas, concretas, en una teoría general, pues afirma que "las proposiciones prácticas contenidas en él se orientan en concepciones de principio". Y después de prometerse hacer cuanto esté de su parte para enterrar el sistema social que ha sido la causa de la guerra, "el sistema individualista de producción, eje del capitalismo moderno, y el régimen político que le sirve de base", traza el plan de su acción inmediata, del cual dice "es un plan sistemático y bien pensado que, a juicio nuestro, deberá tener en cuenta cualquier gobierno preo-

cupado de reedificar lo que quepa reconstruir sobre las ruinas”.

De un documento más reciente, la “Declaración sobre la Política Laborista en el Frente Interno”, aprobada por la Conferencia anual de Bournemouth, el año 1941, destacamos el siguiente pasaje:

“El Partido Laborista es un Partido Socialista; en consecuencia, concibe la reconstrucción en términos socialistas. Pero su socialismo está edificado sobre una profunda fe en el pueblo de Gran Bretaña, y una determinación a efectuar los cambios sociales sobre las bases de la Democracia y Justicia. Rechazamos todas las demandas de dictadura, sean de derecha o de izquierda. Tomamos nuestra posición basada en la fe de la razón, que mira la voluntad declarada del pueblo como la única fuente del poder. Mientras que esa voluntad sea respetada por la nación, tenemos confianza en que las históricas formas de la democracia parlamentaria provean un camino a lo largo del cual pueda pacíficamente pasar de una sociedad de competencia a una sociedad socialista. Prevenimos a los enemigos de la Democracia, abiertos o embosados, que la voluntad declarada del pueblo “debe” prevalecer. La mayoría de la nación tiene títulos como para ser el dueño de su propia casa.

“Para el Partido Laborista, una Inglaterra socialista no es una utopía lejana, sino un ideal que debe ser realizado en nuestro tiempo. Buscamos una sociedad en la cual haya una justa distribución de la riqueza y en que los instrumentos esenciales de la producción hayan sido socializados”.

Eso define toda la posición laborista en materia de objetivos y métodos.

Esa declaración y la actuación del Laborismo Británico frente a la contienda mundial, entre cuyas sombras y estragos se formulaba, nos presenta a esa fuerza política y gremial como un factor típico de la orientación del mundo contemporáneo hacia nuevas y racionales formas de convivencia humana.

Estamos ya muy lejos de los tiempos en que el “Anuario del Socialismo” (Dahbuch der Social-Weisenschaft) del doctor Ludwig Rührter, pasando revista a los progresos del Socialismo en todos los países civilizados en 1879, no mencionaba a Inglaterra, “porque Inglaterra no tiene nada que decir”.

Ahora Inglaterra tiene mucho que decir al mundo por

boca de ese gran órgano de adelanto social y humano que es su Laborismo.

En la conferencia de Bournemouth su Mensaje a la nación es al mismo tiempo un Mensaje para la humanidad. En esa Conferencia consigna Frederick J. Scheu:

“El Partido reafirmó su antigua fe en los principios socialistas. El profesor Harold Laski, el gran teorizante laborista, propuso que fuese aceptada una declaración que comprendía la forma “de conducción de la guerra y el planeamiento necesario para fundar una nueva sociedad en la paz”. La declaración tenía que ser “un mapa socialista y un método socialista”, y se basaba en la simple aserción —la que había hecho historia en los principios del Partido Laborista— de que “lo mismo en la paz que en la guerra la nación debía organizarse mirando el bienestar de todo el pueblo mediante el colectivismo democrático”.

“El Laborismo —decía Laski— reiteraba una vez más el pensamiento expresado en la guerra de 1914, esto es, que únicamente la propiedad social de los medios esenciales de la producción haría posible escapar de la actual economía de la escasez y llegar a una economía de la abundancia, con todo lo que ello implica para la vida de todas las naciones del mundo. Incluso en la guerra resultaba esencial para poder asegurar la victoria que la nación adoptase un plan de lineamiento socialista basado en el principio de que debe haber pan para todos y cada uno antes de que haya pasteles.

“Después de la guerra —recalcó Laski— el laborismo no estará dispuesto a tolerar una sociedad dentro de la cual vegeten 3.000.000 de desocupados. Nunca más consentirá una sociedad dentro de la cual haya regiones reducidas a la miseria para que sean pasto y sostén de los intereses capitalistas. Ha llegado el momento de renovar los fundamentos del Estado, y no hay otra forma de hacerlo que en los términos de la planificación socialista. El Partido Laborista no se dirige solamente a las clases trabajadoras, sino a la nación entera, para aquella unidad y aquella seguridad que se hacen inasequibles, mientras la nación siga dividida en otras dos naciones: la de los ricos y la de los pobres.

“El profesor Laski —según nos informaba un corresponsal del *Manchester Guardian*— fué calurosamente aplaudido cuando terminó, y de todos los oradores que le sucedieron ninguno contradujo sus manifestaciones. Mr. Arthur Woodburn, miembro del Parlamento, afirmó que el informe había expresado los sentimientos que palpitaban en el corazón de los reunidos en la conferencia. La proposición fué aprobada”. (*¿Adónde va Inglaterra?* — *El Laborismo Británico y el Plan Beveridge*, pág. 19.)

En medio del fragor de la terrible lucha se ocupa de los problemas del trágico presente, pero también tiende su mirada hacia el porvenir. Esa declaración de entonces dice en efecto:

"Hoy planificamos para las tareas destructivas de la guerra; el Partido Laborista insiste en que no es menos urgente planificar para las tareas constructivas de la paz. Los años transcurridos desde 1919 nos han enseñado que el mero conflicto de los intereses privados no podrá jamás producir una Comunidad de Naciones justa y ordenada. Nuestras palabras de orden deben ser: cooperación y no competencia; servicio público y no provecho privado.

"El Partido Laborista cree que la Nación está pronta para un nuevo orden social, cuyos fundamentos deben ser echados *ahora*. El pueblo ha llegado al convencimiento de que la justicia social en la política interna es una condición esencial para una paz duradera hacia el exterior.

"El camino de la justicia está en el camino hacia la Democracia Socialista. Solamente por este camino la Nación puede entrar con entera confianza en posesión de su patrimonio".

Puede, pues, repetirse lo que el mismo año de aquella Conferencia escribíamos: Una perfecta unidad de miras y un sentido muy certero de las realidades históricas han conducido a esa gran fuerza política, construída con el cuerpo y el espíritu de la clase obrera, a ocupar un sitio prominente en la cruzada contra la reacción totalitaria; y al mirar hacia ese asombroso espectáculo de los esfuerzos que realiza Inglaterra para no dejarse aplastar por la barbarie agresiva y para aplastarla a su vez, el más mediano observador ha de advertir que esa potencia democrática se salva, sobre todo, por la virtud activa de ese formidable elemento de cohesión y orientación popular que es el Laborismo.

La mentalidad del vulgo tiende a no ver en los acontecimientos políticos y en los hechos históricos de la vida de las naciones sino la influencia y la acción de las personalidades de primer plano, de los individuos que se destacan en el escenario público. Y hasta por una razón de economía de la atención y de facilidad para expresarnos, todos convenimos en erigir a tales personalidades en síntesis representativas de un momento de la historia

de un pueblo. Y todo cuanto ese pueblo hace en el plano de los hechos trascendentales lo referimos a ellas. Todos decimos que Inglaterra ha tenido la suerte de encontrar en esta hora decisiva un hombre, un dirigente excepcional: Churchill. Recia y poderosa figura. Es innegable. Pero a poco que meditemos, si contemplamos lo que el Laborismo representa y hace en esta obra abnegada y tremenda de desplegar hasta el máximo las energías vitales de una nación en el trance de su guerra más espantosa, comprendemos que nadie ni nada iguala en ese sentido a esta mayúscula personalidad colectiva, que se yergue como un héroe a la altura de los más encumbrados que pudieron merecer e inspirar el elogio de Carlyle.

De ahí, de las filas de esa organización de trabajadores, salen hombres públicos dotados de una insuperable pujanza, de dinamismo realizador y de un raro equilibrio espiritual. La dura experiencia de una vida de trabajo y de acción en el ambiente de las fábricas, de las minas o de los puertos, una ascensión penosa y constante por escarpadas rutas, desde la humildad de orígenes oscuros hasta la cima moral de una confianza pública ganada por méritos positivos al corazón de las multitudes, una forja de sí mismos en el empeño de formarse solos y de servir a sus convicciones políticas y sociales sin ninguna ambición personal ni ningún prurito de espectacularidad frívola, van formando esas personalidades sólidas y eficientes en que aparecen como concentradas las mejores cualidades de las masas laboriosas. De un contacto permanente con ellas han recogido la palpitación auténtica del alma popular en sus más profundas zonas. El esfuerzo de orientarlas o servirles les ha desarrollado especiales aptitudes de comprensión de las necesidades populares que son en ellos como un sexto sentido. En la atmósfera de las asambleas laboristas ellos reciben corrientes de sentimientos y de estímulos que los yerguen ante los hechos con inquietudes idealistas al par que abren su criterio y lo preparan para la mejor compenetración de los fenómenos sociales. Porque el Laborismo inglés es una gran escuela para la vida política moderna. De sus filas salen

esos hombres públicos sencillos y doctos, activos y reflexivos, que llevan siempre su arado prendido a una estrella, porque es un partido que tiene un alma, y ésta es tan animadora y tan fértil, que se irradia en todo el amplio seno de la clase trabajadora británica, de todo el proletariado, dentro y fuera de sus organismos sindicales.

De él emana una irradiación fecunda de idealidad —siempre bien adecuada a las exigencias de un imperiturbable buen sentido— que a menudo levanta el espíritu de la clase obrera a posiciones altruistas, por encima de estrechas solicitaciones del interés corporativo o de los sentimientos particularistas de sector social¹.

En los diversos dominios del Commonwealth han surgido también formas de laborismo. En Australia, donde los laboristas tienen el gobierno en sus manos, ha adquirido notable desarrollo; pero suele mostrarse en muchas cuestiones todavía más moderado que el de la metrópoli. Y si bien trata de armonizar con aquél en los pasos cotidianos de su política del momento —aunque discrepando a menudo en la órbita de la política aduanera debido a las distintas posiciones de los productores de uno y otro país en los planes del intercambio— se conserva, sin duda, aún menos vinculado a una sistematización general y teórica de sus métodos y de sus fines inmediatos, y no lo iguala en el alcance social de sus

¹ Después de escrito lo que antecede el Laborismo ha escalado el poder. En unas elecciones realizadas mientras aún duraba la guerra contra el Japón y el ejército británico no había comenzado a desmovilizarse, obtuvo una aplastante victoria sobre el Partido Conservador, pese al enorme prestigio personal de Churchill.

El poder coloca al Laborismo ante compromisos tremendos. Su principal drama consiste en que si no hace una política de justicia internacional, con amplio reconocimiento del derecho de determinación de los pueblos y de las nacionalidades que se agitan reclamando su independencia dentro del Imperio Británico, desilusionará al mundo; y si no mantiene la integridad de ese Imperio, disgustará a la opinión pública de Inglaterra y perderá apoyo en el espíritu del inglés medio, “el hombre de la calle”, en la Metrópoli; con riesgo de su estabilidad. La prueba a que lo somete el destino es muy dura; pero puede esperarse que salga de ella fortalecido gracias a su clarividencia.

fines últimos. Es particularmente interesante su política agraria, que se basa en la retención del dominio eminente de la tierra por el Estado, que la entrega al usufructo privado en plazos prácticamente indefinidos, y grava progresivamente el incremento de su valor.

En Nueva Zelandia se adopta una política igual y rige una legislación de previsión social y protección del trabajo no menos adelantada, que Metin ha calificado de “socialismo sin doctrina”, pero el partido que la ha impuesto, que cuenta con el voto de la mayoría obrera, se llama *Progressive Party*, si bien no le desagrade presentarse como socialista el contenido de su acción política y considerarse como una fuerza socialista hasta cierto punto.

DUODÉCIMA PARTE

EL SOCIALISMO COMO FENÓMENO HISTÓRICO
AMERICANO

EL SOCIALISMO EN ESTADOS UNIDOS

No pretendemos, claro está, separar el estudio del Socialismo por continentes, después de haber venido siguiendo la línea de su desarrollo teórico y práctico a través de diversos países en su aspecto de movimiento político y social orgánico.

Tanto valdría separarlo por idiomas o por razas, lo que carecería de sentido histórico y lógico.

Pero podemos dedicar capítulo aparte a la sinopsis del movimiento y la ideología en el medio americano, con tanta más razón cuanto que las características sociales de ese medio imprimen su sello propio, muy marcado en algunos casos, al fenómeno histórico que venimos estudiando.

Al continente americano no podían dejar de propagarse desde Europa, una vez constituídas las nacionalidades independientes, las ideas y aspiraciones que agitaban el espíritu de los hombres en planos más vastos que el de los simples intereses colectivos de cada país determinado. La influencia intelectual, económica, espiritual de Europa sobre las sociedades que en América se habían formado como fruto de la colonización europea, debía por fuerza dejarse sentir en las orientaciones colectivas de los grupos sociales cuando se fueron intensificando las corrientes del intercambio general, sin contar con lo que se debe a la analogía de los fenómenos surgidos en todas partes, bajo el signo de circunstancias comunes, como producto del simple desenvolvimiento social.

La civilización y la cultura europea nos traían no solamente las máquinas, los progresos técnicos, las conquistas de la ciencia, las bellezas del arte, que el indígena tuvo que pagar en los primeros tiempos con la más pura explotación, cuando no con la vida, para dejar paso a los pueblos conquistadores o colonizadores. Nos traían asimismo los vicios de la civilización y las injusticias

de los sistemas de producción implantados por el capitalismo, y con ello las reacciones instintivas de los oprimidos; y a veces, antes todavía, portada por las alas de los libros o por las inquietudes de los emigrantes más cultos, la repercusión de esas injusticias en las ideas y teorías brotadas en la mente de quienes ansiaban días mejores para la humanidad y en las reclamaciones de las multitudes esquilgadas.

Fué así cómo esos elementos de agitación social aparecieron en Estados Unidos de Norte América, que precedió en más de un siglo el despertar nacional de los otros países del continente, y se internó con igual anticipación en las vías del industrialismo, no tardando en constituir, ya en las primeras décadas del siglo XIX, uno de los grandes emporios económicos del mundo contemporáneo.

Pero no se puede adquirir un claro concepto del entronque de la vida económica europea moderna con la americana, como fenómeno de múltiples facetas en medio de una atmósfera social y espiritual determinada, si se prescinde de los antecedentes históricos que son como el fundamento y la raíz del mundo que surge entre los dos grandes océanos, forjado por los puños, la sangre y el alma de millones de anónimos héroes de esa grandiosa y oscura epopeya del trabajo, cuya magnitud y cuya tremenda belleza desbordan la imaginación y paralizan —como emulando la cabeza de Medusa— el verbo de todos los poetas conocidos.

Vernon Louis Parrington nos fija en dos páginas admirables de su libro "Desarrollo de las Ideas en los Estados Unidos", esos antecedentes. Una de ellas es aquella en que opina que:

"El desarrollo, hasta cierto punto *sui-generis* de la Nueva Inglaterra parece haber sido determinado desde su origen por el enlace del idealismo y la economía; por el conjunto sólido de las ideas, costumbres e instituciones traídas de allende el mar, gradualmente modificadas por las nuevas maneras de vivir que se iban formando bajo la acción silenciosa de un medio más libre. De estos nuevos factores, el primero en la influencia creadora fué quizás la tenencia absoluta de tierras, puesta en vigor desde

el principio y conservada sin modificación durante muchas generaciones; y el segundo fué el desarrollo del espíritu mercantil, consecuencia de la esterilidad del suelo de Massachusetts, que condujo a los hombres emprendedores a buscar riqueza en ocupaciones más lucrativas que la labranza de tierras improductivas. De aquí nacieron en la Nueva Inglaterra dos clases principales a saber: los agricultores, cuerpo de propietarios democráticos de fincas, que formaban la mayoría o el común de las gentes; y la aristocracia mercantil, formada por un grupo de comerciantes hábiles que dominaban el Estado desde los primeros tiempos hasta el advenimiento del industrialismo". (Tomo I, pág. 3.)

Común a ambas clases adquisitivas sería un enlace de sus aspiraciones y propósitos con el ideal teocrático y las incitaciones del dogmatismo puritano.

"El puritano y el práctico —concluye— eran las dos mitades del cuerpo de la Nueva Inglaterra. El puritano era producto europeo creado por el robusto idealismo del protestantismo inglés; el hombre práctico era producto del medio circundante nativo, por sus exigencias económicas". (Tomo I, págs. 3 y 4.)

La otra página es aquella en que describe y explica con pluma elocuente el resurgimiento del espíritu colonial en los años de la primera mitad del siglo XVIII, "con su provincialismo rústico y monótono, que fueron la primavera vivificante de la democracia americana". Esos años plebeyos sembraron la semilla.

En esa página nos habla del drama magnífico que se desarrolla en las vertientes de los montes de Apalache. Era un drama cuyos actores no se daban cuenta del papel importante que desempeñaban; sólo muchos años después de su muerte se descubrió la significación y trascendencia de su acción tesonera. Se vió entonces "que esos años olvidados se ocuparon en remover obstáculos más formidables que los robles y los abetos de los bosques vírgenes. Ellos desarraigaron actitudes y criterios antiguos y abolieron costumbres añejas nacidas en las distinciones de clases de Europa". Se formaba una nueva psicología. Fueron años rudos que produjeron poca literatura, pero que en cambio produjeron y divulgaron en un pueblo vigoroso algo más importante para la América: la psicología del individualismo democrático.

De esa revolución silenciosa de mediados del siglo XVIII surgen los ideales y las instituciones norteamericanas, porque ella diferenció al norteamericano del colono transplantado, con los cambios debidos a la amalgama de la vieja raza inglesa con otras razas y el arraigo, en gran escala, de los elementos de la nueva raza así formada, a la tierra fecunda.

“De esta nueva raza —concluye— ayudada por el medio libre en que vivía, nació la filosofía social y política que siempre hemos llamado democracia y que inconscientemente vino a ser parte integrante de las costumbres y modo de pensar del pueblo de Estados Unidos”.

Nos relata el aporte de la inmigración del siglo XVIII, que obedecía a motivos comerciales y llegaba atraída por la noticia de tierras libres y asequibles. Una triste caravana de desheredados de la fortuna; cientos de miles de isleños, “desperdicios del viejo mundo”, cruzaban el mar para compartir con los labriegos alemanes del Palatinado y los escocioirlandeses del Ulster, la “tarea abrumadora de subyugar la selva bravía y poblar los yermos. Estos hombres y mujeres desgraciados no han sido enaltecidos por la leyenda; ni la tradición ni la historia han recordado sus nombres ni ensalzado sus hechos; sin embargo son los ascendientes de casi todos los norteamericanos de vieja cepa y su contribución a la herencia común es grande y perdurable (Obra cit., tomo I, págs. 192, 193, 194).

Luego se plantea la lucha entre los intereses agrarios y mercantiles en el campo político, a propósito de la forma y gobierno del nuevo Estado. Cada bando tenía su programa político de acuerdo a los intereses de su clase, y no se ocultaba que así era. El problema que se ventilaba y discutía era político, “pero las fuerzas que impulsaban a los ciudadanos en su resolución eran económicas, y generalmente se reconocían como tales”. Se entendía y proclamaba la política como actividad tributaria de la economía. Y fueron en realidad las tendencias de la clase media inglesa las que inspiraron a los hombres primitivos que dieron forma al nuevo Estado. Aparece

una corriente liberal, que procede de las teorías humanitarias de los pensadores franceses y se adapta a las peculiaridades del país. Agita ideales de igualitarismo. Pero la lucha se desvió hacia posiciones morales y ambas corrientes concluyeron por confundirse en los planos mismos de una filosofía de la conducta. Es siempre Parrington quien con una penetración muy aguda y una destreza de expresión inigualable nos informa de la manera cómo se produce la transfusión del impulso puritano que había sentido la clase media inglesa, al espíritu de la sociedad americana.

“Ese vasto movimiento puritano sobrevivió a la derrota política y efectuó en el carácter inglés una revolución silenciosa cuyos ideales pasaron a las generaciones posteriores. Sus ideas penetraron en la clase mercantil, que empezaba a desarrollarse, dieron aliento a su ambición y le proporcionaron un sistema de moral que encuadraba perfectamente sus necesidades. Proclamando la doctrina de la santidad del trabajo, reemplazó la actitud medieval hacia la producción por la actitud moderna. Rechazó la vieja concepción del trabajo como medio de subsistencia y nada más y de la producción para el consumo únicamente, reemplazándola por el ideal del trabajo como fin en sí mismo, que debía ejecutarse por su valor moral intrínseco, y de la producción como medio de lucro.

.....

“Con tal ética, la riqueza se convirtió en el objeto primordial de los deseos sociales. Y esta doctrina, tan bien adaptada a las aspiraciones de la clase media que estaba en vías de formación se predicó con la autoridad de la religión. No puede darse mejor forma de disciplina para crear una raza utilitaria y una nación de mercaderes. El resultado inmediato fué el desarrollo de una clase media positivista, sin imaginación, asidua en el trabajo, que creía fervorosamente en que el derecho de ascender en el mundo, de buscar el bien económico de una sociedad en que reinaba la competencia, era el derecho humano más sagrado, y que Dios recompensaría con cosas grandes a aquellos que se mostrasen fieles y diligentes en las cosas pequeñas. El esquivar uno de esos servicios, fuese a Dios o al patrono, era el gran pecado capital... Esta revolución asombrosa en la ética del trabajo echó los cimientos en que había de fundarse la Inglaterra moderna; llevaba en sí el germen de la revolución industrial”. (Obra cit., tomo I, págs. 388 y 389.)

Lo que tan magistralmente describe el historiador americano es la emanación espiritual e ideológica de un

hecho histórico trascendental de la vida de producción: la transformación económica que comienza a operarse en la metrópoli inglesa con la aparición de los primeros elementos técnicos de esa revolución industrial que altera las relaciones económicas de las clases y modifica los conceptos jurídicos y morales predominantes, y hasta las ideas filosóficas.

Ya las diferencias sociales se habían proyectado en las disensiones religiosas. Thorold Rodgers en "Sentido Económico de la Historia", considera al anglicanismo como la religión de los potentados y los nobles, siendo el puritanismo la de la clase media, la de los comerciantes e industriales.

Marx y Engels habían estudiado, por el lado de Inglaterra, esa evolución moral que Parrington observa por el lado de Norte América. Cromwell encabezó en Inglaterra un alzamiento de la burguesía urbana que triunfó con el concurso de los aldeanos medios de los distritos rurales. Cuando la reacción resultó triunfante a su vez, hubo una serie de convulsiones y se encontró al fin el nuevo centro de gravedad, como dice Engels, que sirvió de punto de partida para la evolución ulterior.

"El nuevo punto de partida fué un compromiso entre la burguesía ascendente y los antiguos grandes propietarios feudales. Estos últimos, si bien se llamasen como hoy la aristocracia, estaban ya desde hacía tiempo en vías de volverse lo que sería Luis Felipe en Francia mucho tiempo después: el primer burgués de la nación. Afortunadamente para Inglaterra los viejos señores feudales se habían masacrado recíprocamente durante la guerra de las dos Rosas. Sus sucesores, aunque generalmente brotes de la misma familia, descendían en líneas colaterales tan lejanas que constituían un cuerpo completamente nuevo, con costumbres y tendencias más bien burguesas que feudales. Ellos conocían perfectamente el valor del dinero y comenzaron inmediatamente a aumentar sus rentas fundiarias, expulsando centenares de pequeños tejedores y sustituyéndolos con ovejas". (F. ENGELS, *Sobre el Materialismo Histórico*.)

Esa nueva ética del trabajo que se derivaba del puritanismo había nacido en Inglaterra como una posición espiritual promovida por el nuevo orden de cosas que en el campo de las relaciones económicas venía tomando

estado para elevar a la burguesía, a esa clase media de que habla Parrington, al rango de clase prominente, cuyos intereses y aspiraciones van a ser de más en más preponderantes. Allá esa doctrina moral acompaña a la transformación material, como si fuese su sombra o su reflejo sobre las facultades del espíritu. No se adelanta, en realidad, al fenómeno histórico de la revolución industrial que se inicia, que comienza a tomar posiciones. No prepara la revolución, sino que la secunda. Pero en América se hace sentir como un anuncio de lo que todavía no ha llegado a través de los mares. La idea aparece así antes que el hecho, pero encuentra un terreno propicio para prender en los ánimos, porque "la clase comercial inglesa puritanizada" que adoptó con entusiasmo esa doctrina, tiene en Estados Unidos un aliado formidable en ese mismo puritanismo que propaga las nuevas enseñanzas estimulantes; pero sobre todo porque aquí las circunstancias históricas habían ya colocado a los hombres y a las clases dirigentes en actitud de darle a la vida ese rudo sentido crematístico que ha de ser el núcleo obligado de toda moral favorable y útil a la expansión del capitalismo.

Las dos clases que rivalizan en la dirección de los destinos sociales y disputan por adoptar las formas y los sistemas políticos a sus intereses declarados, chocan al fin violentamente cuando el capitalismo industrial se impone para concluir con la esclavitud de los negros, no por razones humanitarias sino por conveniencias económicas, sin que esto sea desconocer el alto idealismo y puro desinterés personal que movió a Lincoln en su campaña gloriosa, pues en ella obraba no como instrumento del capitalismo, sino como hombre de corazón y de conciencia que aprovecha el apoyo decisivo de aquellas conveniencias, que en esa oportunidad coincidían con una aspiración elevada de progreso humano, para llevar a cabo con denuedo su altruista propósito.

La guerra civil de secesión o de Norte contra Sur interrumpe el proceso de desarrollo del industrialismo y detiene la prosperidad económica. Terminada la contien-

da se reanuda la marcha. Pero en el panorama de la vida social americana van a aparecer nuevas fuerzas en pugna, y mientras la competencia del agrarismo y del capitalismo cambia de forma y hasta de contenido, y queda al fin disimulada en la rivalidad de los grandes partidos tradicionales, cuyos fines no suelen ser claros bajo el agua turbia de sus agitaciones políticas, se plantea la lucha de clases entre el capitalismo y el proletariado, con o sin postulaciones doctrinarias.

En lo tocante a doctrinas, nos parece digno de observación el fenómeno de que habría de ser en ese país, en el cual el Socialismo no ha podido desarrollarse en relación con la intensidad industrial del medio, la magnitud del poderío capitalismo y la importancia numérica de las clases trabajadoras, donde la mentalidad general se hallase mejor preparada para aceptar los preceptos del materialismo histórico con su determinismo económico, y su valoración del interés de las clases y de las masas, como factor indispensable para la movilización de ellas a lo largo de los caminos de la historia. En materia de luchas políticas ya hemos visto que los partidos empezaron por no disimular el verdadero carácter de sus diferencias; y el determinismo económico llegó a ser un dogma para las teorías que venían a interpretar en términos de especulación intelectual el empirismo político predominante. Ya desde los tiempos de Locke, cuya influencia era tan grande en la formación espiritual de la clase dirigente norteamericana de la primera hora de la Independencia, llega el credo de ese determinismo en las enseñanzas del inglés Harringthorn, que con su apotegma de "el imperio marcha con la propiedad" introduce una forma de interpretación económica de la historia, precediendo a Marx en casi dos siglos. Para él, como después para Saint Simon, el poder político emana del poder económico, y la forma de gobierno de un país —sea monárquica, sea republicana, sea aristocrática, sea democrática— dependía de la distribución de la propiedad agraria. En su "Oceanía" (con su idea de que según la tierra pertenezca a uno solo, o a pocos o a muchos, a una minoría o a una ma-

yoría, así es la naturaleza del gobierno), se encuentran casi todos los elementos de la teoría del determinismo agrario de Aquiles Loria. Y es ésa una ascendencia ideológica que predispone, sobre todo por las sugerencias de una posición mental adecuada al declive del ambiente espiritual de aquel medio histórico, el pensamiento de los Beard Noodward, de los Tugwell, de los Clark, de los Seligman, de los Dewey y de muchos otros altos representantes de la intelectualidad contemporánea de los Estados Unidos, que no se dicen marxistas y aún rechazan expresamente mucha parte de las ideas de Marx, pero acusan una visión "materialista" de la vida social y de la historia humana, en el campo de la crítica histórica, de la economía política y de la filosofía, y también, desde luego, en el de la literatura, desde Walt Whitman a Jack London, desde Wiliam Dean Howells a Upton Sinclair, desde Edward Bellamy a Sinclair Lewis.

La inquietud socialista contemporánea llegó a Estados Unidos importada por algunos actores de las revoluciones alemanas de 1848-49. Figuraba entre ellos Weitling, un precursor de Marx a quien se debe el concepto de la "dictadura revolucionaria", que sirvió a Marx para su fórmula de "dictadura del proletariado", y de quien se ha dicho que ocupaba un puesto intermedio entre el Socialismo Utópico y el Científico. Pero la mayoría eran marxistas, partidarios y amigos de Marx, como Herman Meyer, F. A. Jorge, D. Weidemer, J. Diezgen, etc. Se fundó en Nueva York una sección americana de la Primera Internacional, que difundió las ideas socialistas en los centros industriales del país. La Internacional tuvo allí su sede durante cuatro años. Un año después de disuelta, apareció la "Gaceta Popular de Nueva York", que propagaba el socialismo científico y que fué el heraldo del partido obrero fundado ese mismo año, el de 1877.

El Partido Obrero Socialista (Social Labour Party) tuvo que enfrentarse con los anarco comunistas, que eran muy activos en las grandes ciudades y que en 1881 organizaron en Londres la Internacional Working People's Association (Asociación Internacional del pueblo

trabajador) con mucha influencia en vastos sectores obreros de Francia, Italia y España, y que en Estados Unidos tuvo participación importante en los movimientos obreros que culminaron en la tragedia del Mercado de Chicago. Las ideas anarquistas fueron propagadas por un agitador de intensa actuación en Austria, Alemania e Inglaterra, Juan Most. Durante la huelga de Chicago en 1876 se produjeron atentados terroristas, y se llevó a cabo, el 1º de mayo, una colosal manifestación. Las autoridades obstaculizaban rudamente el movimiento, y los atentados dieron pie a la prisión y procesamiento de ocho comunistas anárquicos: Augusto Spies, A. R. Parsons, Luis Ling, Jorge Engel, Samuel Fielden, Adolfo Fisher, Oscar Neebe y Miguel Schwab. Cinco de ellos —Spies, Parsons, Fisher, Engel y Ling— fueron condenados a muerte. La ejecución tuvo lugar el 11 de noviembre. Ling se había suicidado el día antes. En recuerdo de los “mártires de Chicago” enlutan sus banderas desde entonces los anarquistas cada primero de mayo, que es para ellos el día de la protesta obrera universal, al mismo tiempo que los socialistas, que celebran ese día por resolución de un Congreso de la Segunda Internacional del año 1889, le atribuyen el carácter de fiesta de los trabajadores de todo el mundo, para evocación jubilosa de un porvenir de justicia y la organización de mítines en que los obreros formulan sus reivindicaciones generales más urgentes, como la jornada de ocho horas, que fué la primera reclamación inscrita en los estandartes de las manifestaciones socialistas del 1º de mayo.

El Partido Obrero Socialista de Estados Unidos chocó también con los líderes del tradeunionismo neutralista que acababan de organizar la Federación Americana del Trabajo (American Federation Labour). Ésta adoptó la táctica del más absoluto neutralismo sindical. Se declaró apolítica y su dirección se mostró particularmente hostil a los socialistas, que representaban para la conducta adoptada por ella el mayor peligro inmediato.

El Partido Socialista Obrero, al que se había incorporado el portorriqueño Daniel De León, profesor de la

Universidad de Nueva York, marxista intransigente, formó frente a ella una organización de tipo distinto, la Alianza Socialista del Comercio y del Trabajo (Socialist trade and labour alliance). Fué una idea poco feliz de De León, que obedecía a un doctrinarismo demasiado estrecho. De León se empeñó en crear un movimiento sindical socialista independiente en competencia con la Federación Americana del Trabajo. Su concepto de la estructura sindical era más moderno y eficiente que el de la Federación Americana, pues reemplazaba los sindicatos profesionales o de oficio, por los sindicatos por industria, tal como lo hace actualmente la nueva central obrera que rivaliza con aquélla. Pero su táctica de empujar en el socialismo de su partido el movimiento trabajador americano sólo podía dar por resultado recoger en pequeñas dársenas sectarias una ínfima porción del caudal gremial proletario del país.

Fué fácil a los dirigentes de la Federación Americana convencer a los trabajadores de que los socialistas eran enemigos de los sindicatos obreros en general. Dentro mismo del partido había muchos contrarios a esa táctica, y la “Gaceta Popular de Nueva York” la combatía, entendiendo que los socialistas debían actuar en el movimiento general de los sindicatos aceptando su neutralidad ante los partidos políticos, que no les impedía adquirir influencia legítima en aquéllos y bregar por las mejores líneas de conducta sindical. La controversia periodística era mantenida con el periódico “El Pueblo”, que redactaba De León. Esa disparidad de pareceres fraccionó a las fuerzas socialistas. Los que no estaban de acuerdo con esa orientación partidaria en materia sindical se alejaron de la vieja organización para fundar en el año 1901 el Partido Socialista de América (Social Party of America). Éste creció más rápidamente que el otro, que permaneció estacionario y nunca pudo adquirir fuerzas apreciables. De su Declaración de Principios reproducimos a continuación los párrafos finales:

“La propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, usados para la explotación, es la roca sobre la cual está

edificado el gobierno de clase; el gobierno político es su instrumento indispensable. Los trabajadores asalariados no pueden liberarse de su explotación sin conquistar el poder político y sustituyendo la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, por la propiedad colectiva de los mismos.

“Las bases de esta transformación se están desenvolviendo rápidamente dentro de la presente sociedad capitalista. El sistema de la fábrica, con su compleja maquinaria y su extrema división del trabajo, está rápidamente destruyendo todos los vestigios de la producción manufacturera individual. La producción moderna es ya muy ampliamente, un proceso social y colectivo. Los grandes trusts y monopolios, que se han expandido en los presentes años, han organizado el trabajo y la dirección de las principales industrias en una escala nacional, y los han adaptado para un uso y dirección colectiva.

“No puede haber propiedad privada absoluta de la tierra. Todos los títulos y derechos privados, deben ser sometidos al derecho público. Los socialistas luchan para prevenir el uso de la tierra con propósitos de explotación y especulación. Exigen la propiedad colectiva, y el control y organización de la explotación de la tierra, en la forma que sea necesaria para alcanzar ese fin. No se oponen a la ocupación y posesión de la tierra para un fin productivo sin explotación del hombre por el hombre.

“El Partido Socialista es primariamente una organización económica y política. No es de su incumbencia el problema de las creencias religiosas.

“En su lucha por la libertad, los intereses de los trabajadores de todo el mundo moderno son idénticos. La lucha no es solamente nacional sino internacional. Abraza al mundo entero y será llevada hasta la victoria final por la acción unida de los trabajadores de todo el mundo.

“La unión de los trabajadores de la nación y de sus aliados y simpatizantes de las otras clases, con estos fines, es la misión del Partido Socialista. En su lucha por la libertad el Partido Socialista no busca sustituir al dominio de la clase capitalista por el dominio de la clase obrera, sino por medio de la victoria de los trabajadores, liberar a toda la humanidad de la opresión de las clases y realizar la hermandad internacional de los hombres”.

Frente a la guerra de 1914-18 las corrientes del sindicalismo revolucionario y los dos partidos socialistas realizaron propaganda pacifista, por lo cual sufrieron persecuciones y fueron encarcelados sus líderes. Eugenio Debs, líder del Partido Socialista Americano, permaneció encarcelado varios años, debiéndose a su prestigio personal entre los obreros el haber alcanzado su candi-

datura a la presidencia de la República, en las elecciones de 1917, un millón de votos.

La Tercera Internacional dividió las corrientes del socialismo. En el año 1919 surgió el “ala izquierda” del Partido Socialista Norteamericano. Una parte de esa ala concluyó por separarse de los socialistas y formar el Partido Comunista. Al mismo tiempo elementos del Labour Party Socialist, constituían el Partido Comunista Obrero. Estos dos partidos comunistas se afiliaron a la Tercera Internacional y se fusionaron. El Labour Party Socialist resultó absorbido por el comunismo; mientras el Partido Socialista de América perdía fuerzas e influencias en las masas, sin que por su parte el comunismo realizara progresos.

La nueva guerra mundial halló, al principio, a socialistas y comunistas en posición de neutralidad y de anti-intervencionismo. El Partido Comunista obedecía a la actitud del gobierno soviético y de la Tercera Internacional; el Partido Socialista, encabezado por Norman Thomas, continuaba en su intransigencia con los partidos tradicionales —republicano y democrático— no ponía su oposición a Roosevelt y no veía en la guerra sino otro conflicto de rivalidades imperialistas al que no debían dejarse arrastrar los proletarios, sus primeras y más grandes víctimas.

Pero los comunistas salieron de su neutralidad anti-guerrera al producirse la agresión de Alemania contra Rusia. Luego, al sobrevenir la disolución del Comintern en el año 1943, el Partido Comunista de Estados Unidos resolvió convertirse en una Asociación de Estudios Sociales, renunciando a su actividad de partido aparte para apoyar desde afuera las tendencias políticas favorables a la mejor conducción de la guerra en estrecha alianza con la U.R.S.S., y sosteniendo, por consiguiente, a Roosevelt. Poco después se abandonó esa táctica y se volvió a la lucha desde una organización partidaria propia.

GEORGISMO

En otro campo de acción se manifiesta el georgismo, que parte de la publicación del libro de Henry George "Progreso y Miseria", en el año 1879, y que en los años 1886 y 1887 adquiere proporciones de agitación ideológica con repercusión en otros países, sobre todo en Inglaterra, Canadá, Austria y Nueva Zelandia, donde su influencia fué considerable y su difusión inusitada.

El georgismo es una doctrina de reforma social por la vía económica, cuya propagación e implantación no se encomienda a la acción de una clase ni de un partido político determinado, sino que tiende a influir en la mentalidad del pueblo y de los gobernantes sin distinción de clases ni parcialidades políticas, para lo cual se vale de ligas o centros de propaganda, donde actúan personas de diversos partidos liberales y demócratas, cuyas herramientas de trabajo son el libro, la conferencia, el opúsculo, el manifiesto.

Henry George da a su doctrina como fundamentos morales los principios éticos del cristianismo, y como fundamentos económicos, algunas ideas de los fisiócratas y la teoría de la renta de Ricardo.

Conspicuos historiadores de la realidad americana han detenido su atención sobre la influencia neta y profunda que ejercieron sobre la vida toda del país dos trascendentes fenómenos, ambos efectos espontáneos y forzosos del desarrollo económico capitalista y de la revolución industrial: la concentración progresiva de la población en grandes centros de trabajo y la multiplicación de las vías de comunicación, especialmente de los ferrocarriles, que sirvieron a ese movimiento de centralización y constituyeron el instrumento múltiple y trepidante de la concentración demográfica, pero al mismo tiempo, el factor originario de una nueva etapa del proceso de unidad nacional. Obraron, en efecto, como vínculo poderoso que acercaba a todas las regiones del país neutralizando y contrarrestando los efectos de aquella separación

de estados agraristas y estados capitalistas, primero, y luego de estados esclavistas y estados liberales, que había puesto una y otra vez en grave peligro las bases mismas de la Federación.

Se ha observado cómo el crecimiento de la población, la acumulación de los capitales, el desarrollo de la agricultura sobre más amplias extensiones, la potencialidad portentosa del industrialismo, concluyeron por transformar —según se ha dicho—, "una nación de agricultores dispersos en nación de trabajadores industriales, aglomerados en grandes ciudades". El ferrocarril viene a dar un potente impulso a la transformación que se inicia cuando la Raya —la zona que separaba las regiones pobladas y explotadas del país de las extensiones vírgenes y desiertas— se corre hacia las costas del Pacífico por el noroeste del territorio y las tierras del dominio público pasan a ser propiedad de una clase numerosa de *farmers*, de agricultores y granjeros. H. G. Wells dice que la América del Norte es el país en que los resultados de las nuevas invenciones en materia de transporte aparecen más claros y sorprendentes. Los Estados Unidos de Norte América, agrega, deben su creación, primero, a los vapores fluviales, y luego a los ferrocarriles. A los ferrocarriles y el telégrafo esa inmensa nación debe, fundamentalmente, el haberse mantenido uniforme y aún el haber llegado a ser *más uniforme*, desde Nueva York a San Francisco, desde Florida a Alaska (*Breve Historia del Mundo*, págs. 287, 288 y 289). Se formó así un sistema económico nacional. El maquinismo haría, favorecido por el auxiliar decisivo de los transportes que trasiegan cosas y hombres, más rápida y profunda su penetración, extendiéndose hacia todos los rincones de la República.

"Llegaría, como dice Parrington, hasta las aldeas más remotas a desbaratar la economía doméstica tradicional, y con la división del trabajo el trabajador rayano, de habilidades varias, quedaría reemplazado por el obrero especialista de fábrica. Una nueva psicología urbana desalojaría la vieja psicología agraria y con ellas vendrían nuevas filosofías adaptadas a la realidad en

que se efectuaban cambios trascendentales". (Obra cit., tomo III, pág. 156.)

Las teorías americanas debían reflejar esos cambios. Se pusieron de moda las teorías de la economía política liberal, que llegaban de Inglaterra como la floración ideológica del sistema económico implantado en los hechos y que se daba una justificación teórica en los principios edonistas de Adán Smith y de Ricardo y en el concepto de las leyes naturales que excluían toda intervención reguladora de las leyes dictadas por el hombre, en la vida económica, por perturbadoras, y toda limitación del interés individual por contraproducente. Los fisiócratas habían legado a la escuela clásica liberal, que vino a suplantarlos, el concepto de las leyes económicas eternas e inmutables como las de la naturaleza, y su lema de *laissez faire, laissez passer*, se trasladó como palabra de orden a los estandartes de la escuela manchesteriana, el brote extremista de la escuela liberal, cuya denominación expresa precisamente que no es sino una doctrina al servicio de los fabricantes, y que hace de aquel principio un pasaporte para todos los excesos y tropelías del execrable régimen de la "libre concurrencia". Pero mientras la economía práctica de Inglaterra necesitaba apoyarse en una costumbre legislativa que aplicase el principio del *laissez faire* y del *laissez passer* en toda su integridad fisiocrática, porque era una economía de industriales exportadores y para ellos el libre cambio, por el cual tanto había luchado contra los aristócratas terratenientes, era cuestión vital, la economía del capitalismo industrial americano sólo aceptaba como deseable la primera parte del lema, el *laissez faire* (que tan bien se adaptaba al individualismo mercantil y agrario de los capitalistas e industriales de Estados Unidos) pero no el *laissez passer* que los exponía a la competencia ruinosa de las mercancías extranjeras.

Surgió, en Norte América, una teoría económica liberal proteccionista, —*laissez faire* sin *laissez passer*— cuyos más destacados representantes fueron el "antimanchesteriano" Henry Carey y el ricardiano optimista Francis

Walker, contra la cual se levantó Henry George mientras se pronunciaba, sobre todo, como una nueva expresión doctrinaria del agrarismo.

Tuvo en Norte América un precursor ilustre: Tomás Paine. Éste no era natural de Estados Unidos, sino de Inglaterra. Llegó a Estados Unidos en 1774, cuando ya contaba 36 años de edad. Pero de inmediato se internó con tal empuje en las agitaciones de la vida civil americana, que se naturalizó por el espíritu, tan cumplidamente, que en la disputa colonial fué en seguida la suya una de las voces más genuinamente americanas por el tono y el sentido de sus palabras. Su folleto "Agrarian Justice" (La justicia agraria) aparecido en 1797 contiene conceptos audaces en su tiempo y en un medio como el norteamericano tan impregnado —en el espíritu de las esferas intelectuales y en la mentalidad general de las gentes— de individualismo utilitario, y donde el pensamiento de Locke con su respeto absoluto, casi supersticioso, de la propiedad privada, era dogma intocable. Ese agrarista fisiócrata echaba ya entonces las bases más modernas del seguro social. Fué, en efecto, el primero en proponer un fuerte impuesto, del 10 %, sobre las herencias, con el fin de formar un fondo para ayudar a los jóvenes sin recursos y pagar una pensión a los niños desvalidos. Justificando el gravamen sobre las fortunas consolidadas y su inversión en favor de los desheredados y menesterosos, decía:

"El primer principio de la civilización debió haber sido y debería ser aún el de que la condición de cada persona nacida en el mundo después del comienzo del estado civilizado no debe ser peor que lo que hubiera sido si la persona hubiese nacido antes de dicho comienzo. Y sin embargo, la condición de millones de personas en todos los países de Europa es muchísimo peor que lo que habría sido si hubiesen nacido antes que la civilización comenzara o si hubiesen nacido entre los indios norteamericanos de la actualidad.

.....

"No es por la caridad por lo que abogo, sino por su derecho; no por la generosidad, sino por la justicia. El estado presente

de la civilización es tan odioso como injusto: es enteramente lo contrario de lo que debería ser...

“Es costumbre de lo que injustamente se ha apropiado el nombre de civilización hacer algo por los pobres y desgraciados solamente después que llegan a serlo. ¿No sería mucho mejor, aun desde el punto de vista de la economía, adoptar medios para impedir que llegaran a tal estado?”

Por otra parte, en el valor de la tierra creado por la sociedad encuentra un fondo equitativo de renta social para satisfacer las necesidades del pueblo.

El siguiente pasaje descubre el estrecho parentesco de sus ideas con las de Henry George:

“Es sólo el valor de las mejoras, y no el de la tierra misma, lo que es propiedad individual. Por tanto, todo propietario de tierra cultivada debe a la colectividad social cierto alquiler por la tierra que él ocupa, y es que con este alquiler con lo que debe formarse el fondo propuesto en este plan”.

Y en otro pasaje, sosteniendo el principio de que el derecho de propiedad está limitado por las necesidades sociales, anuncia el concepto de los valores sociales en la siguiente forma:

“La propiedad personal es efecto de la sociedad. Tan imposible le es a un individuo adquirir propiedad personal sin la ayuda de la sociedad como le es crear tierras... Por tanto, toda acumulación de propiedad personal de un individuo cualquiera, fuera de lo que él produce con sus propias manos, le viene del hecho de que vive en sociedad; y, según los principios de la justicia, la gratitud y la civilización, debe devolver parte de esa propiedad acumulada a la sociedad de que el todo proviene... Si se analiza la cuestión minuciosamente, se verá que la acumulación de propiedad personal es en mucho casos el resultado de pago demasiado bajo por el trabajo que la produjo, de lo cual resulta que el trabajador envejece y perece en su trabajo, mientras el patrono vive en la opulencia. Quizá sea imposible hacer que el precio del trabajo guarde justa proporción con la ganancia que produce; y se dirá además, en defensa de la injusticia reinante, que si al trabajador se le aumentase el salario diariamente, no lo ahorraría para su vejez, ni gozaría de comodidad mucho mayor mientras trabajase. Pues entonces, hágase de la sociedad el tesorero que guarde los ahorros del trabajador en un fondo común. El hecho de que él quizá no los emplease con provecho para sí no es razón para que nadie se los apropie”.

Así como Paine se propuso poner el debate de las teorías políticas al alcance del pueblo, George quiso traer la economía política al nivel de la más sencilla comprensión ciudadana. Pero al mismo tiempo rechazaba el viejo prejuicio practicista americano que entregaba la solución de los problemas económicos fundamentales a los expertos casi analfabetos de las especulación mercantil, que sólo sabían encarar e interpretar esos problemas de acuerdo con su conveniencia de negociantes.

Y frente a las escuelas económicas que se dedicaban a elaborar doctrinas para servir a los intereses privados, abrió su campaña por la humanización y democratización de la economía política, queriendo volverla sumisa a las necesidades del mejoramiento social en vez de mantenerse sierva intelectual de las clases explotadoras.

“De continuo se ha invocado el nombre de la economía política contra todo esfuerzo de las clases obreras encaminado a aumentar su salario o a disminuir las horas de trabajo... Sirvan de ejemplo los libros de texto mejores y más usados. Insisten enfáticamente en la libertad del capital; justifican por razones de utilidad la codicia egoísta que se empeña en acumular fortunas ingentes y la avaricia que endurece el corazón a la angustia ajena; mas ¿qué promesa sólida hacen al trabajador, y qué remedio le ofrecen, salvo el de abstenerse de tener hijos?”

Se ha visto en él un continuador, en otro plano, del antiesclavismo de Canning y del radicalismo transcendentalista de Emerson y de Parker.

Partió del concepto de que el derecho de propiedad deriva del derecho del individuo a sí mismo, y sobre él construyó su teoría del impuesto. Como la sociedad no debe privar al individuo de lo que él mismo ha creado, sus rentas han de salir de impuestos que no recaigan sobre esa propiedad personal legítima. De ahí que ha de buscarlas en los valores creados por la sociedad. El derecho del individuo a lo que él produce es inalienable; pero ese derecho no se extiende, naturalmente, a lo que él no produce. Pone así, de un lado, los derechos del individuo y del otro los derechos de la sociedad, para que no se confundan:

“El derecho que a sí mismo tiene todo ser humano, dice, es el fundamento del derecho de propiedad. Lo que un hombre produce le pertenece, según justicia; él tiene derecho de guardarlo, venderlo, darlo o legarlo, y ese título indisputable es el único en que puede fundarse justamente la propiedad de cualquier cosa. Pero el hombre tiene otro derecho fundado en su existencia misma: el derecho de servirse de las dádivas libres de la naturaleza en cuanto le sea preciso para satisfacer todas las necesidades de esa existencia, con tal de que al hacerlo no prive a nadie del mismo derecho; y ese derecho persiste aunque a él se oponga el mundo entero”.

Era en el fondo, un idealista jeffersoniano, que se rebelaba contra los efectos de un sistema de explotación profundamente reñido con la idea de una justicia natural que animaba las corrientes humanitarias del siglo XVIII. Eso lo llevó a proclamar que el sistema económico de la sociedad norteamericana, en tren de rápidas y asombrosas mutaciones, debía tornarse fuente de bienestar democrático y no ser matriz de injusticias sociales cuya manifestación era el contraste irreductible entre una prosperidad vertiginosa y una miseria creciente. Colocado en la posición del liberalismo jeffersoniano, estuvo por la descentralización social y por la prescindencia del Estado en la órbita de las actividades industriales.

A la edad de 30 años hizo un viaje de San Francisco a Nueva York y quedó dolorosamente sorprendido por el rudo contraste que allí se advertía entre la opulencia y la pobreza. Luego sacudió asimismo su conciencia de ciudadano el espectáculo de la especulación desenfrenada a que daba lugar la implantación de las líneas del ferrocarril, con la cual capitalistas voraces se enriquecían escandalosamente erigiendo la explotación ferroviaria en un monopolio privado.

Los promotores ferrocarrileros compraban a los legisladores, y el más lucrativo negocio de tierras acompañaba los trazados de líneas y el establecimiento de estaciones, en un verdadero delirio de especulación territorial.

George fundó un periódico para combatir, en nombre de las ideas democráticas puras, el proteccionismo, las subvenciones oficiales, la centralización administrativa,

el amparo gubernativo a los intereses mercantiles, que dan por resultado la corrupción política.

Luego escribió un folleto titulado “Our lands and Land Policy National and State” (Nuestras tierras y la política de la nación y de los estados al respecto de ellas), donde esboza su doctrina de la propiedad colectiva de los valores socialmente creados, que propone sean devueltos a la colectividad mediante un impuesto proporcional que absorba “el incremento de valor no ganado” por el poseedor de la tierra.

Con los fisiócratas coincide en la idea del *single-tax* (impuesto único), aunque con distinta justificación, y el principio del “laissez faire, laissez passer” (que los “manchesterianos” de Estados Unidos habían mutilado) y que constituye el consejo que Quesnay médico de Luis XV, o Guersney, presidente de una liga de industriales (existe al respecto una duda histórica) diera al soberano francés.

De la renta del suelo de Ricardo, hace derivar su concepto de que el valor de la tierra es un producto social que a la sociedad pertenece. George coincide con Marx en el punto de vista de que la renta del suelo pertenece a la colectividad, pero mientras Marx, como hemos visto, ve en ella una forma de la plusvalía, y por consiguiente, un fruto del trabajo no pagado, George, que no admite el principio de la plusvalía, ve una simple emanación directa del progreso de la sociedad, que es obra a su vez del trabajo y del crecimiento de la población. En el fondo no existe contradicción entre ambas explicaciones, que no son incompatibles, y con una u otra se llega a la misma conclusión: que la tierra no debe ser objeto de monopolio, de apropiación exclusiva ni de especulación.

George combate la propiedad de la tierra, que juzga el privilegio originario de todos los males económicos y de todas las desigualdades de la sociedad. De ahí proviene el trágico destino de las sociedades modernas, en que el progreso va siempre acompañado, fatalmente, de la miseria, como la sombra acompaña al cuerpo.

“En todo sentido, la civilización, a medida que avanza, tiende, por sí misma a aumentar en el trabajo la capacidad de satisfacer las necesidades humanas, a extirpar la pobreza y a desterrar la privación y el temor de la privación.

... Pero el trabajo no puede disfrutar de los beneficios de la civilización, porque alguien los intercepta. Siendo la tierra necesaria para el trabajo, y estando reducida a propiedad particular, todo aumento del poder productivo del trabajo no hace más que aumentar la renta, el precio que el trabajo debe pagar por la oportunidad de utilizar su poder; y así todas las ventajas que la marcha del progreso trae consigo van a los dueños de la tierra, y los salarios no aumentan”. (H. GEORGE, *Progreso y Miseria*, libro IV, capítulo 4.)

El propietario territorial se enriquece por la valoración automática de su predio, creada por el desarrollo de la colectividad; y le basta dejar sus terrenos improductivos, incultos, para que día a día aumenten de valor venal y locativo, sin que él haga absolutamente nada por contribuir a la prosperidad de su región, pues puede vivir en la holganza y aun permanecer ausente cuantos años quiera o residir en apartadas regiones, sin que por ello sus tierras dejen de adquirir diariamente valor más alto a compás del aumento demográfico, del crecimiento de las necesidades sociales y del progreso económico de la localidad y del país.

El valor que la tierra adquiere de ese modo es la renta, que el propietario embolsa cuando en realidad corresponde a la sociedad, que lo ha creado.

Eso sólo ocurre, a su juicio, con la renta del suelo, porque la tierra no es producto del hombre; y el valor creciente que se adhiere a ella por el progreso general no es producto del propietario que se limita a tenerla en su poder. Tratándose de las cosas que el hombre crea con su trabajo, el problema es distinto. Con ellas se forma el capital, cuyo interés, beneficio o provecho sería legítimo en virtud de una serie de factores, entre los que figura el poder reproductivo de la naturaleza, cuya intervención a ese efecto George explica con razonamientos más ingeniosos que convincentes. Lo importante es que no halla ventaja social ninguna en suprimir el capital, hijo del trabajo, porque el capitalista no retiene sino

cosas que se pueden producir indefinidamente y no impide a los otros hombres producirlas. No desconoce la acción excluyente, en ese sentido, de los monopolios industriales, que se vuelven barreras a la producción de lo que el pueblo necesita. Y niega legitimidad a los capitalistas monopolistas y a sus provechos antisociales.

George propone, como medio para rescatar la renta del suelo de manos de los propietarios, no la expropiación lisa y llana, sino la aplicación de un impuesto exclusivamente territorial, que absorba dicha renta, sin afectar el capital en construcciones, máquinas, plantaciones, etc., que debe ser estimulado, y para que la tierra quede en manos de quienes la retienen o la adquieren sólo como fuente de producción, y no para beneficiarse de su valorización social.

Su panacea sería el *single tax*, “impuesto único”, que cargaría con todo el peso de los gastos públicos. Como dijimos, coincide con los fisiócratas en la idea de este impuesto (que Voltaire ridiculizó en su famoso folleto “*L'homme aux quarante ecus*”); pero mientras ellos lo basan en el concepto de que toda la riqueza se reduce a la tierra y a la agricultura, y que el propietario agrario es el único productor verdadero, por lo cual la propiedad agraria —única productiva— debe pagar los gastos del Estado y debe ser la única en votarlos y participar en los asuntos del Estado, George, como otros economistas, prueba que el propietario agrario es un rentista improductivo, y aún entiende, con los economistas liberales, que es el “único” rentista improductivo. “La tesis de los fisiócratas, —como dice Marx— se cambia en la determinación contraria de que el impuesto sobre la renta agraria es el único impuesto sobre ingresos improductivos y por consecuencia el único impuesto que no es perjudicial a la producción nacional. Se comprende que en esta aceptación el privilegio político de los propietarios agrarios ya no se deriva de su imposición principal”. (MARX, *Economía Política y Filosofía*, redactado en 1844).

Según George, pues, los gastos del Estado deben ser

costeados en su totalidad por el valor de la tierra. Así nadie podría mantener tierras en su poder sin trabajarlas y hacerlas producir. El impuesto territorial, extrayendo la renta "ricardiana", dejaría en manos de los terratenientes la propiedad del suelo, pero sin ese contenido económico, sin ese "regalo" social. Según sus palabras, sería como dejarles tan solo "las cáscaras de la nuez", o "el sobre sin la carta". Es, por consiguiente, el suyo, un procedimiento de nacionalización del suelo en cuanto fuente de un valor ajeno al esfuerzo y la iniciativa en particular de cada propietario.

Las condiciones en que se desarrollaba el progreso de los Estados Unidos en sus relaciones con el valor de la tierra, en momentos en que se calculaba que ese valor crecía en un 30 % cada cinco años o que más o menos se duplicaba cada quince, prestaban ambiente favorable a la difusión de sus teorías.

Estas nacieron ante el cuadro de "la codicia desalada" con que los hombres de negocios se apoderaban de las tierras vírgenes de California y de otras regiones del país, y cuando la fiebre de la especulación devoraba a los capitalistas entregados al acaparamiento del suelo y a su valorización vertiginosa por la varilla mágica de las nuevas vías de comunicación, que eran a su vez sometidas al monopolio privado.

No era partidario, repetimos, de una intervención demasiado a fondo del Estado en el campo de las actividades económicas ni de reglamentaciones obreras que quitasen libertad al desenvolvimiento industrial dentro de los límites que él consideraba aceptables. Por lo menos, si no negaba la justicia y los fundamentos morales de esa legislación, no la creía eficiente, pues dejaba en pie la causa profunda de todos los males que se deseaba suprimir. Su concepto sobre la legitimidad del capital privado lo separaba también de la acción de los socialistas científicos, con los cuales polemizó; pero sus ideas, que imprimieron mucho impulso a los movimientos pronacionalización de la tierra, influyeron asimismo en la política financiera de muchos partidos socialistas, sobre

todo en los del continente americano, que consultando las condiciones y exigencias del medio histórico acordaron mucha importancia a la cuestión de la tierra y a las reformas del sistema impositivo, a fin de dar en él preponderancia a las contribuciones territoriales o a los impuestos sobre el valor de la tierra "libre de mejoras".

"Socialismo agrario" se ha llamado al que se limita a socializar la tierra. La doctrina georgista pertenece a esa especie de socialismo aunque sólo socializa la renta del suelo, o sea, el valor de la tierra, a la cual en principio considera un bien social.

EL MOVIMIENTO SINDICAL OBRERO

En el campo de la organización gramial obrera, la Federación Americana de Asociaciones del Trabajo, que surgió con carácter apolítico no fué, sin embargo, contraria a una vinculación permanente con las organizaciones de los otros países. Como había demostrado interés por ponerse en contacto con el movimiento obrero europeo, fué invitada a concurrir a la Conferencia Internacional de París, el año 1889 de la que surgió la Segunda Internacional Socialista y a la que no envió delegados por no poder costear sus gastos, pero envió, como se recordará, un mensaje solicitando apoyo para su iniciativa de dedicar el próximo 1º de mayo, en Estados Unidos, a la celebración de una demostración por las ocho horas, que el Congreso amplió declarándolo el Día Internacional del Trabajo.

El año siguiente la F. A. del Trabajo, por inspiración de su presidente Gompers, propuso celebrar un Congreso Internacional en Chicago, con motivo de la Exposición Universal que se efectuaría en dicha ciudad el año 1893. La iniciativa fracasó por no haber aceptado la invitación casi ninguna organización europea. Parece que a este fracaso contribuyó un entredicho surgido entre la Federación y el Partido Socialista americano, que previno a los socialistas europeos contra la Federación. Se rompen,

a causa de ello, las hostilidades entre ésta y la Segunda Internacional. Gompers se propone crear una nueva Internacional obrera del todo apolítica y trata de atraerse al Congreso Británico de las trade-unions. Pero fracasa en ese intento. Ello no obsta a que mantenga relaciones con entidades gremiales europeas y entable una corriente de solidaridad que a veces se traduce en ayuda pecuniaria enviada por la Federación a ciertos movimientos huelguísticos producidos en algunos países de Europa.

Y lo curioso es que el mismo Gompers, después de haber preconizado el desinterés de los sindicatos obreros por toda cuestión que no sea de inmediato mejoramiento de las condiciones del trabajo, llega en 1900, a proclamar que "la preservación de la paz del mundo incumbe cada día más a los obreros organizados". En la Convención de 1907 declaraba: "No se debe olvidar que en último término la masa del pueblo de cada país tiene en sus manos para ejercerla su potente voluntad y el poder contra la guerra internacional, y que si es contrariada, no titubeará en ejercitarla". La Convención aceptó sus ideas. Por ese camino se arribó a la afiliación al Secretariado Internacional de Centrales Gremiales Nacionales. Gompers asistió como observador a la Convención de París de 1905, donde recomendó la creación de una Federación Internacional Gremial. En vista de que esa Convención declaró que los trabajadores de cada país debían ser libres para adoptar su propia política y procedimientos, y estableció que toda decisión de la Conferencia Internacional para ser obligatoria debía obtener la unanimidad, la F. Americana resolvió adherir a dicho secretariado.

En realidad la Federación no había sido nunca una organización estrictamente mejorista. El criterio de una prescindencia absoluta en asuntos ajenos a la cuestión puramente gremial, que Gompers esgrimía en sus contactos con las organizaciones europeas, sobre todo frente al Secretariado Internacional, primero, y luego a la Federación Internacional de Amsterdam, no era un principio rígido, ni mucho menos, cuando no se trataba de poner

la Federación a cubierto de compromisos en favor de reivindicaciones socialistas. Especialmente en el campo americano, se le vió más de un vez tomar partido en cuestiones ajenas a aquella preocupación meramente obrerista. Ya en 1896, en la Convención de Cincinnati, hizo suyas las reivindicaciones de los revolucionarios cubanos, y después de la guerra hispanoamericana reclamó la Independencia de Cuba, de Filipinas y de Puerto Rico.

Estallada la guerra mundial, la atención de la Federación se volvió hacia las relaciones panamericanas.

Cuando Estados Unidos interviene en la guerra ella secunda la política de Wilson; y el pacifismo de las declaraciones que acabamos de citar, no le impiden mostrarse favorable al esfuerzo bélico, contrastando con la posición antiguerrera de las corrientes obreras revolucionarias. Gompers, que antes había proclamado la prescindencia de la Federación en todo asunto que no fuese el simple problema obrero de las condiciones de trabajo y de vida de los productores, quiere hacer de ella una colaboradora eficiente en la tarea política nacional de ganar la guerra y desea prestigiar, entre las clases obreras de todo el continente, la actitud de Estados Unidos como participantes en la contienda. Sus aspiraciones panamericanistas se reanudan estimuladas por el propósito de hacerlas servir a esa causa, y convence al gobierno de la Unión de que se trata de una campaña de interés nacional, logrando obtener importante ayuda pecuniaria para llevar a cabo sus trabajos por la organización de una conferencia obrera continental. Los esfuerzos de la Federación en ese sentido, pese a la constitución, en la Conferencia de Laredo (noviembre de 1918) de la Federación Panamericana del Trabajo —formada por la Federación Obrera Americana, la C.R.O.M. de México y las centrales de Guatemala, Salvador, Costa Rica y Colombia— no alcanzaron mayor éxito. Uno de los factores del fracaso era el papel que se proponía desempeñar la Federación A. del Trabajo como una especie de órgano de la política exterior del gobierno norteamericano, oponiéndose, por ejemplo, a la formación de una Federación Centroameri-

cana del Trabajo, porque parecía coincidir con el plan de una República Centroamericana, que el Gobierno de los Estados Unidos desaprobaba. Lo único que se realizó del programa panamericanista fué la unión entre la Federación Americana y la Confederación Obrera de México, con una actitud conjunta de oposición a cualquier intento de la Internacional de Amsterdam o de cualquier otra Internacional sindical obrera para extender su acción al continente americano, sobre la base de lo que el propio Gompers entendía como una "doctrina de Monroe" obrera.

La F.A. del Trabajo no dejó de recibir la repercusión de las corrientes ideológicas "radicales", según el léxico yanqui, durante los años sucesivos hasta el fallecimiento de Gompers. Éste la mantuvo ceñida a sus puntos de vista contrarios a una adhesión a la Federación Internacional de Amsterdam —que había venido a reemplazar, después de la guerra, al Secretariado Internacional— porque ella actuaba en estrecha colaboración con la Internacional Socialista, y sus mensajes y declaraciones reclamaban la socialización de los grandes medios de producción, y veía la solución de los graves problemas económicos universales de la hora en la adopción de una economía de base socialista.

El obrerismo norteamericano no podía permanecer impermeable a las inquietudes renovadoras de las corrientes obreras mundiales de postguerra. Hubo gremios movilizados tras finalidades de alta arboladura, como el de los mineros, el cual mantenía una huelga de grandes proyecciones con efectos inmediatos en todo el país y reclamaba reformas tan vastas como la nacionalización de las minas; y el de ferroviarios, que no se limitaba a pedir mejores salarios, sino toda una legislación ferroviaria sobre la base de la nacionalización de los ferrocarriles, según lo proponía el Plan Plum.

Las mismas ideas de Wilson sobre la participación del obrero en la dirección del trabajo y sobre la intervención del Estado contra las formas monopolistas del capital, contribuían a poner la Federación más a tono con el obre-

rismo mundial, como lo reconoce Lewis J. Lorwin (obra citada, pág. 173).

Ya antes de la muerte de Gompers, y en consonancia con la evolución de la F. del Trabajo, se había producido un acercamiento entre ésta y la Federación Internacional de Amsterdam; pero este acercamiento no pasó de una actitud de cortesía y de correspondencia amistosa, porque la F. Americana se vió absorbida por problemas vitales que la obligaron a concentrar su acción dentro de Estados Unidos. Por otra parte, muchos gremios organizados se afiliaron a sus respectivos secretariados internacionales. No menos de doce uniones gremiales americanas, con una afiliación de 1.500.000 miembros, se adhirieron indirectamente, por esos mismos sindicatos, a la Federación I. Sindical de Amsterdam.

El partido Socialista Americano prestó desde entonces ayuda a la Federación contra las corrientes que la combatían con fines sectarios.

Bajo la presidencia de Green ella tuvo que darse una línea de conducta ante la política social de Roosevelt, que con su "New Deal" incorporaba a las costumbres industriales de Estados Unidos un cuerpo de medidas protectoras del trabajo cuya aplicación se confiaba a órganos que buscaban contacto con asociaciones obreras para el mejor desempeño de su misión, y aún daban participación a los dirigentes de las mismas en el cumplimiento de ese plan, tan resistido por los capitalistas industriales. La Federación A. del Trabajo constituyó sólido apoyo de esa política que recogía algunas reivindicaciones proclamadas por ella.

Luego se vió alzarse frente a ella una rival que le disputó seriamente la preeminencia. Se constituyó una unión de sindicatos gremiales formados sobre la base de la totalidad obrera de cada industria, que no tardó en adquirir considerable magnitud, organizando huelgas y movimientos que alcanzaron éxito y le valieron mucho prestigio. Esta Central, que se denomina Congreso de Organizaciones Industriales, planteó una división profunda en el campo de la agremiación obrera, con frecuen-

tes conflictos entre ambas federaciones que interferían en sus radios de acción, litigando sobre el mejor derecho a ser reconocidas por los patrones o a decidir la conducta colectiva de los obreros en el plano gremial. Se llegó por ambas partes a exigir de los industriales la expulsión de los trabajadores afiliados a la rival, so pena de declaración de huelga. La guerra determinó una tregua en esa lucha.

Los efectivos de ambas casi se equivalían a fines del año 1940. En sus convenciones de noviembre de ese año la Federación Americana del Trabajo reunía 600 delegados que representaban 4.274.443 afiliados; el Congreso de Organizaciones Industriales congregaba la representación de 4.000.000. Es particularmente interesante en la Convención de esta última el acuerdo tomado sobre "acción política". Por él se pide a las directivas que "consideren seriamente la formulación de un programa que garantice y asegure un papel político independiente a los trabajadores organizados". Esa proposición "se funda en el hecho a) de que las inminentes crisis de naturaleza mundial han echado sobre los trabajadores no sólo la responsabilidad de salvaguardar sus propios intereses sino la de encontrar un programa de acción común con todos los elementos progresivos de los Estados Unidos y del resto del mundo; b) de que los recientes acontecimientos han demostrado que los trabajadores deben organizar sus actividades políticas de manera que sean capaces de asumir su fortaleza plena e independiente poniéndose de ese modo en situación de dar y recibir la mayor cooperación en un programa político común con otros grupos políticos".

La Federación Americana del Trabajo proclamó en su Convención la ayuda a Gran Bretaña y al Laborismo Británico, sin entrar en la guerra (aún no se había producido la agresión de Pearl Harbour) y formuló vagas "condiciones de paz" en que se apelaba a las probabilidades de "unión entre los hombres y naciones de buena voluntad para que el progreso técnico aporte su contribución a niveles de vida más elevados y a una liberación

de las cargas materiales de la existencia, a fin de que hombres y mujeres tengan libertad para dedicar su atención al progreso de la vida intelectual y espiritual, mejorando nuestro conocimiento y ejercicio de los deberes de la ciudadanía. Los trabajadores quieren ayudar a poner las realizaciones de la inteligencia y del esfuerzo humano al servicio de la humanidad".

El traicionero golpe japonés de Pearl Harbour, que decidió la entrada de Estados Unidos en la guerra, fué de inmediatos efectos pacificadores para las dos grandes ramas del gramialismo estadounidense en cuanto a la lucha en que se hallaban ambas empeñadas. Se lograron acuerdos para cesar las hostilidades y no perjudicar la producción de elementos bélicos.

Ambas quedan, en realidad, al margen de las parcialidades cívicas dejando a sus miembros en libertad de militar en cualquier partido político, pero las organizaciones obreras que las integran suelen inclinarse, por el ambiente que predomina en su seno y sin pronunciamientos oficiales, hacia tal o cual candidato o partido en cada Estado, según sus promesas o compromisos políticos. En las elecciones presidenciales que dieron por resultado la reelección de Roosevelt para una tercera presidencia —primer caso en la historia de los Estados Unidos— muchos obreros agremiados votaron por él, pero algunos por el candidato republicano atraídos por la propaganda en favor de un nuevo impulso de desenvolvimiento industrial a base de conquista de mercados exteriores después de la guerra. Contra Roosevelt votaron muchos miembros de una importante fracción de la C. de O. Industriales encabezada por su ex-Presidente y fundador John Lewis.

Un diario de Nueva York escribía en enero de 1945:

"Fueron importantes las convenciones anuales de la Federación Americana del Trabajo y del Congreso de Organizaciones Industriales en noviembre. Las decisiones, fortalecidas por el trabajo unido de ambas convenciones, sostuvieron la organización de la seguridad del mundo por la fuerza, la libertad y la igualdad para las naciones pequeñas y las minorías raciales y religiosas; planes para asegurar trabajo a todos en la postguerra, y la

promesa de consagrar sus energías para la producción de guerra hasta que la victoria sea conseguida. Las decisiones de ambas convenciones mostraron acuerdos esenciales sobre las cuestiones domésticas.

“La Federación Americana del Trabajo pidió que en la mesa de la paz sean incluidos representantes de trabajadores; y también pidió a la Federación Internacional de Trade-Unions que llame a una converción del mundo del trabajo en los Estados Unidos tan pronto como sea posible. Los delegados del Congreso de Organizaciones Industriales sostuvieron el proyecto de un sólo poder internacional del trabajo que incluiría a todas las uniones de los países libres sobre una base de igualdad y votaron para enviar delegados a la reunión preliminar del mundo del trabajo efectuada en diciembre por el Congreso de Trade-Unions británicas.

“La reunión preliminar de Londres efectuada en diciembre entre el Congreso de Organizaciones Industriales, delegados británicos y soviéticos, alcanzó completo acuerdo sobre las materias a ser discutidas en la conferencia mundial de trade-unions que se realizará en Inglaterra en febrero de 1945, incluyendo la reconstrucción de la postguerra, el papel de las trade-unions en la conferencia de la paz, la ocupación aliada de los países enemigos y la actividad de la U.N.R.R.A. La meta de la conferencia será la formación de una nueva federación mundial de trade-unions.

“Las organizaciones de trabajo americanas también se mostraron activas para la ayuda a las víctimas de la guerra en otras naciones. En octubre la Federación Americana del Trabajo formó un comité de trade-unions libres para ayudar a restablecer las trade-unions libres en Europa. Representantes de la Federación Americana del Trabajo y del Congreso de Organizaciones Industriales visitaron Italia en 1944 para ayudar en la reorganización de las uniones obreras”.

Esa información nos presenta a las grandes organizaciones gremiales embarcadas en activas tendencias de solidaridad internacional.

Ellas no se prestan, por ahora, a la formación de un partido como el Laborista Británico, y no admiten contactos cordiales ni compromisos oficiales con ideologías obreras de clase. Esta actitud se explica y justifica en un medio donde sólo así ha sido posible congregar grandes masas para la lucha gremial en defensa de los intereses obreros. Pero es lástima que, sin perjuicio de una constante preservación de la autonomía de esos organismos sindicales, no exista en Estados Unidos, frente a los dos grandes partidos tradicionales que responden a intereses

económicos distintos dentro del ámbito de un espíritu público dirigido por la burguesía, una fuerza política orgánica, categóricamente definida como factor de cambios profundos en el ordenamiento económico e institucional del país para poner toda la vida social norteamericana sobre bases de justicia y de respeto a las libertades humanas, en un efectivo perfeccionamiento y una saludable regeneración de su democracia incompleta.

Desgraciadamente, el socialismo norteamericano —cegado por el rígido doctrinarismo, respetable pero erróneo, de Norman Thomas— no ha sabido advertir que el camino de las fuerzas del proletariado en el mundo lo marca en la hora, desde que estalló la contienda desencadenada por el nazismo, el Laborismo Británico, corriente socialista cuya acción honesta y sensata realza ante la conciencia humana el prestigio de sus aspiraciones e ideas. Su colocación crítica y escéptica ante el “New Deal” y en general ante toda la política de Roosevelt, ya lo había mantenido en situación poco comprensible para la gran masa obrera y popular, volviéndose más difícil y ardua su misión histórica de iluminar el criterio de las multitudes.

Algunos creen posible, en las circunstancias actuales, arribar a la formación de un partido del tipo del Laborista Británico. Aquella resolución sobre “acción política” tomada por la Convención de la F. de Organizaciones Industriales, 1943, en la que se recomienda formular un programa que permita y garantice a los trabajadores “un papel político independiente”, no parece hallar ambiente favorable. Sin embargo el movimiento en pro de la constitución de un partido de “obreros, campesinos y técnicos”, se mantiene en algunos sitios. “En Nueva York —hemos leído en un artículo de Judah Drob, Secretario del Partido Socialista de Detroit— existe ya un partido laborista. Fué creado para salvar escrúpulos de conciencia de ex-socialistas que al votar por Roosevelt no querían que se dijera que votaban por el partido Demócrata. En las elecciones de 1942, para gobernador, el Partido Laborista presentó un candidato independiente, un personaje

sacado del Consejo de Administración de una compañía telefónica. Obtuvo unos 400.000 votos. La masa de votantes se manifestó de ese modo por una política independiente. Los sindicatos de New Jersey en una reciente conferencia se han pronunciado por la acción política de los sindicatos y han tomado acuerdos prácticos en dicho sentido”.

El artículo agrega que los líderes de las trade unions americanas organizan una verdadera ofensiva contra tal movimiento, así como los comunistas.

“La primera impulsión al movimiento, termina, fué dada en New Jersey, en Michigan, por el Partido Socialista, pero ha sido fuertemente respaldada por obreros sindicalizados, adheridos al Partido Demócrata de Roosevelt” (Mundo. México. Setiembre de 1943).

En el momento en que escribimos no parece cercana la unidad de las fuerzas obreras norteamericanas ni en el campo puramente sindical ni en el campo político.

En este último podemos todavía señalar la desarmonía ocasionada en el Partido Socialista por la posición de neutralidad ante la gerra que dió origen a una fracción denominada Federación Social-democrática, embanderada en la causa de las naciones aliadas contra el eje. “La división de los socialistas norteamericanos —dice en interesante libro de viaje el Dr. Nicolás Repetto— se había producido por las divergencias surgidas entre los que aprobaban la entrada de los Estados Unidos en la guerra y los que la desaprobaban en absoluto, aún después del ataque sorpresivo de los japoneses en Pearl Harbour”. (“Impresiones de los Estados Unidos”, pág. 128).

Una dictadura de treinta años había acentuado en México aquellas enormes desigualdades económicas y sociales que lo hicieron famoso y de las que dijera Humboldt, el año 1820, “en ninguna parte las hay tan espantosas, en lo que respecto a la distribución de los caudales, a la cultura de la tierra, a la propiedad de la población”. La tiranía de Porfirio Díaz fué derrocada por las armas del pueblo. La revolución que barrió con ella no podía ser una simple revuelta política. Cuatro corrientes confluían en ella: la del civilismo liberal y democrático, que reclamaba libertades políticas y las mejoras sociales indispensables para incorporar a su ejercicio las grandes masas, representada por Madero: la del agrarismo reivindicador, representada sobre todo por Zapata; la del obrerismo, que formó los Batallones Rojos; y la del malestar y el atraso de las capas inferiores del campo y de las aldeas, que surgían en son de protesta, esgrimiendo, como un arma justiciera, su propia incultura, cuyo representante típico y más famoso conductor era Pancho Villa, mezcla de bandolero y de prócer.

No podía faltarle a la revolución mexicana de comienzos del siglo XX el concurso decisivo y definidor del pueblo, siendo así que ya su revolución por la independencia a comienzos del siglo XIX se había caracterizado por la actuación preponderante y casi única que en ella tuvieron las masas populares. En 1812 el argentino don Manuel Moreno, hermano del ilustre don Mariano, escribía de ella:

“Esta insurrección tiene un carácter particular que la distingue de las demás de América española, a saber que es la obra exclusiva del bajo pueblo”.

La situación económica y social de México a fines del siglo XIX ofrecía otro rudo contraste: el Estado era rico, gozaba de cierto crédito en el exterior, manteniendo rela-

tivamente bien sus finanzas, pero el pueblo era profundamente pobre. Al lado de las grandes familias privilegiadas había una miseria general. La gran industria, el comercio, la Banca, el gran giro de los capitales, todo estaba en manos de extranjeros. Los mexicanos ricos eran propietarios de dilatadas extensiones de campo, que mantenían incultas, improductivas, muchas veces por falta de capitales líquidos para explotarlas. Y por todos lados grandes extensiones de tierras vírgenes, que no rendían provecho alguno ni para el Estado ni para la sociedad. La clase media vegetaba oprimida. El proletariado padecía las peores penurias de la explotación, recibiendo salarios mezquinos. La masa campesina indígena sufría en las fincas agrarias el despotismo de los capataces y de las tiendas de raya, en un estado muy semejante a la esclavitud antigua. Y esta situación culminaba en los tiempos de la dictadura constitucional de Porfirio Díaz, que se hizo reelegir varias veces, hasta ocupar en la historia mexicana un espacio de casi treinta años. El levantamiento de Maderos fué, pues, la sublevación de un pueblo oprimido para aventar un sistema oligárquico, en el cual unas cuantas familias privilegiadas se repartían los grandes puestos públicos y gravitaban sobre el país, mientras los capitales extranjeros obtenían concesiones escandalosas para usufructuar las riquezas naturales y hacerse dueños de los destinos de la nación. El carácter típicamente americano de esa revolución acrece su significado histórico con dimensiones continentales. Haya de la Torre ha dicho de ella que para los *indoamericanos* es "nuestra revolución, nuestro más fecundo campo de ensayo renovador" ("El Anti-imperialismo y el Apra". Pág. 82). Por su condición de movimiento espontáneo la califica de "revolución biológica", de instinto y sin ciencia, sin teóricos ni líderes, hecha por hombres ignorantes, "sucesión maravillosa de improvisaciones, de tanteos, de tropezones, salvada por la fuerza popular, por el instinto enérgico y casi indómito del campesino revolucionario" (Obra cit. pág. 84). Y recuerda que Lombardo Toledano escribió con justeza en su folleto "La libertad sindical en México":

"Quien quiera saber de la revolución mexicana que no fije su atención solamente en las palabras o en los actos de sus caudillos aparentes, militares o civiles; la revolución se ha hecho con la cooperación de ellos, pero muchas veces ha tenido que abrirse paso contra su voluntad".

Nosotros habíamos dicho en una conferencia pronunciada el año 1928 en la Universidad de Montevideo, editada en folleto bajo el título "La lección de México", que México hizo su "revolución francesa ampliada", concepto coincidente con el que Haya de la Torre expresará más adelante cuando dice:

"Nosotros necesitamos nuestra revolución francesa superada naturalmente, o para hablar con voz propia, nuestra revolución mexicana, que combine la lucha contra el feudalismo con la lucha contra el imperialismo y afirme una era de transformaciones posteriores". (Obra cit., pág. 122.)

Eso define bien la revolución de México: una lucha contra el feudalismo y contra el imperialismo, para abrir el camino al progreso social y jurídico sobre nuevas condiciones económicas. Comenzó por una reivindicación de los derechos electorales y una sublevación contra la pesada y plutocrática dictadura porfirista, pero tras esa primera etapa, que se ha llamado del "romanticismo democrático", sobreviene la invasión de las corrientes sociales encarnadas en las masas económicamente oprimidas, empezando por las masas campesinas que reclaman la tierra, y siguiendo por las masas obreras que intervienen a su vez con las reivindicaciones inmediatas del trabajo industrial.

Por eso dice el escritor peruano:

"Confuso aparentemente por la tremenda fascinación de sus grandes episodios trágicos, el movimiento social mexicano es, en esencia: primero, el estallido ciudadano contra la dictadura feudal, supresora despótica de los derechos democráticos; después, el alzamiento campesino contra la clase que ese gobierno representaba, y finalmente, acción conjunta de las masas de la ciudad y del campo —campesino, obrero y clase media—, que cristaliza jurídicamente en la Constitución de Querétaro, en 1917". (Obra cit., pág. 134.)

Precede cronológicamente a la revolución rusa (1917) pues estalló en 1912 y la Constitución de Querétaro, en que se fijan sus conquistas legales, se dictó antes del estallido de la Revolución de Octubre.

La clase campesina fué el nervio de la revolución y aunque no obtuvo todo lo que reclamaba —porque las circunstancias históricas obligaron a detener el movimiento en un punto impuesto por la necesidad de estabilizar las conquistas alcanzadas— puede considerarse que es ella la que en realidad quedó triunfante con el concurso de la clase obrera y de la clase media en general, que salieron también favorecidas.

El Estado que surgió de allí es un Estado democrático de tendencias declaradamente socialistas, donde el progreso jurídico tiene como norte la justicia social y se va realizando en esa dirección, con la presión lícita de las clases trabajadoras, entre las dificultades que todavía le crea un medio económico en el cual se hace sentir el poderío, con hondas raíces, del capitalismo extranjero en sus diversas expresiones, y las formas capitalistas de la propiedad y de la fortuna mobiliaria, que retardan con su influencia sistemática la evolución de los hábitos políticos y la educación cívica del pueblo.

La tendencia socialista de la Revolución se pronunció cuando en esa misma Constitución por la influencia política de los obreros organizados en la Confederación Regional Obrera Mexicana (C. R. O. M.) se incorporó el capítulo que implanta los principios de una legislación limitativa de las facultades del capital en sus relaciones directas o inmediatas con el trabajo; y cuando el año 1935, bajo la presidencia de Cárdenas se estableció, por medio de una enmienda constitucional, que la enseñanza primaria es laica, y la pública es además socialista.

No es, sin embargo, un país gobernado por un partido socialista propiamente dicho. El Partido de Gobierno de la República Federal se llama Revolucionario y en él se han reunido diversas fracciones de las que actuaron en la Revolución.

La economía de ese país, donde la enseñanza es socia-

lista por imperio de una ley constitucional, no es socialista sino en mínima parte, pese a la tendencia de los últimos gobiernos, a nacionalizar las fuentes naturales de riqueza, especialmente los yacimientos de petróleo, que pertenecen a la nación y la nación actualmente los administra, y a la reforma agraria, por la cual se trata de restablecer los ejidos acordados por las leyes de Indias y devolver las tierras a los indios, que fueron despojados de ellas por la colonización española, primero, y luego por los empresarios extranjeros y los terratenientes nacionales, quienes bajo algunos gobiernos, sobre todo el de Porfirio Díaz, encontraron toda suerte de complicidad oficial.

La conquista había hallado en México un régimen territorial cuya base era la comunidad de las tierras, que se adjudicaban en parcelas a los hombres casados del clan para que las cultivasen, volviendo a la comunidad cuando se dejaba de cultivarlas. El Gobierno español hizo grandes repartos de tierras creando las encomiendas, que daban a los encomenderos derechos de propiedad hasta sobre los indios que en ellas habitaban. Comenzaron así los grandes abusos. La corona debió intervenir muchas veces para impedir que los encomenderos y las congregaciones aumentasen sus extensiones territoriales, despojando de las tierras a los indios. Las leyes de Indias tomaron precauciones: dictaron disposiciones para que todos los pueblos, todas las ciudades y todas las villas dispusieran de una cantidad de tierra, los terrenos comunales de los ejidos, para sus necesidades públicas; tomaron disposiciones para que los indios no fueran despojados de las chacras que poseían; pero muchas de estas disposiciones quedaban sin efecto en el tiempo mismo de la dominación española y casi todas ellas fueron olvidadas o anuladas en tiempos de los gobiernos conservadores y reaccionarios de la época independiente. Bajo esos gobiernos los hacendados se adueñaban impunemente del suelo comunal, suprimiendo los ejidos de los pueblos. Con el despojo de las tierras de los ejidos y de las parcelas comunales de los indios se formaron latifundios verdadera-

mente asombrosos. A principios del presente siglo se calculaba que el promedio de la extensión de las haciendas en México era de 800 kilómetros cuadrados. Un censo de 1910 estimaba el número de hacendados nada más que en 834. Se calculaba que más del 40 % del territorio —880.000 kilómetros cuadrados— se encontraba repartido tan sólo entre 6.000 latifundistas. En Baja California las compañías eran dueñas del 70 % del total del territorio, o sea de una superficie igual a la de toda Irlanda. Había en Taumalinos un latifundio, "La Salteña", de 600.000 hectáreas o sean 240 leguas. Había otro de 3.000.000 de hectáreas, 1.200 leguas, de un señor Felipe Barragán, en San Luis de Potosí. Y otro de 24.000.000 de hectáreas, 9.6000 leguas, de un señor Terragos en Chiuaua.

La propiedad mexicana anterior a la conquista ofrecía las características siguientes: la concesión comunal; la propiedad de la familia y la ausencia de titulación por el procedimiento del derecho europeo. Las tierras se dividían en la última época del imperio azteca en cuatro partes: extensiones cedidas en usufructo a los nobles; tierras poseídas en común por los pueblos, que no podían ser reducidas a propiedad ordinaria que tenía por base la familia, el clan o la tribu, y que se llamaba Calpulli, donde el jefe repartía periódicamente los lotes entre los componentes de la agrupación, sin que ninguno adquiriese la propiedad; y finalmente las tierras que el rey reservaba para sí o los miembros de su familia en forma de mayorazgo. Los conquistadores desorganizaron el sistema antiguo de la propiedad. Todas las tierras pasaron a poder de los reyes españoles y éstos las otorgaban en diversas formas. Unas de esas formas eran, como hemos visto, las encomiendas y repartimientos, extensiones concedidas a los antiguos conquistadores y a los llamados encomenderos, quienes a pretexto de reducir a los indios a la fe católica, ejercían sobre los que habitaban en esas extensiones un derecho de señorío inhumano, haciéndolos trabajar en las minas, donde perecían a millares. Las encomiendas fueron suprimidas a principios del siglo

XVIII. Los reyes otorgaron también las llamadas mercedes de tierras, por medio de los virreyes, a peticionarios que debían cumplir ciertas obligaciones relativas a su roturación y cultivo. En tiempos de Felipe II se crearon los ejidos, de que hemos hablado. Se conservaron asimismo ciertas propiedades poseídas en común por los indígenas, sujetándolas a disposición de las leyes de Indias. Y los mismos pueblos indígenas adquirieron nuevas tierras para poseerlas en común. Contra este sistema de las tierras comunales se conspira, como acabamos de consignarlo, bajo el dominio español; pero también la Independencia marca una intensificación en el sentido de reducir a propiedad individual las parcialidades, que así se llamaban las tierras de comunidad indígena o de común repartimiento. Se dictaron decretos ordenando la entrega de muchos de esos terrenos a los vecinos, reduciéndolos a propiedades particulares. Luego la Reforma liberal de Juárez, en los años 1856 y 57, quiere hacer de los indios propietarios individuales, y al desamortizar los bienes de las corporaciones religiosas y civiles ordena también el fraccionamiento y deslinde de los ejidos entre los habitantes de la localidad, lo que da resultados desastrosos que hicieron pensar en la necesidad de restablecer los ejidos, cosa que se intenta con la reforma constitucional de 1901, autorizando a las corporaciones civiles de duración perpetua para la adquisición de bienes raíces. Bajo el Gobierno del General Porfirio Díaz, al tomar incremento la especulación en tierras, el conflicto secular entre las dos formas de propiedad, la comunal y la individual, se resolvió en favor de ésta última y en beneficio de los latifundistas. Los pueblos se vieron despojados de sus terrenos, citándose el caso de uno de ellos, Cuantla, cuyos habitantes todavía en 1915 no tenían sitio donde arrojar las basuras porque las haciendas cerraban las calles.

La Constitución de 1917, y aun antes la ley dictada en 1915, vienen a poner fin a esa situación, tendiendo a restablecer los ejidos y propiedades comunales al mismo tiempo que a difundir la posesión territorial entre los indígenas.

Se llegaron a distribuir en los primeros diez años de vigencia de la Constitución cerca de seis millones de hectáreas, favoreciéndose a casi 600.000 familias indígenas y beneficiándose a 2.664 pueblos. Más adelante, bajo la Presidencia de Cárdenas, se substituyó la entrega de los ejidos en propiedad privada a los agricultores por la simple posesión, reservándose el Estado el dominio eminente del suelo. Pero bajo la presidencia de Avila Camacho se volvió al otorgamiento de las parcelas en propiedad.

En algún Estado, como el de Yucatán, rigen normas de socialización y leyes de protección del trabajo más avanzadas que en el resto del país. Quienes las dictaron, allí y en otros sitios de México, se proclamaban socialistas, pero casi todos ellos ignoraban el doctrinarismo socialista, de acuerdo con el cual comenzaron a escribirse los textos de la escuela pública a partir del año 1915.

En lo que respecta a las organizaciones políticas de clase, el año 1919 surgió la primera de ellas en México, bajo el título de Partido Laborista Mexicano. Era el "ala política" de las organizaciones obreras que un año antes habían constituido la Confederación Regional Obrera Mexicana, conocida por la "Crom". El Partido Laborista y la Crom tuvieron participación preponderante en la llamada "revolución reivindicatoria" de 1920, contra Carranza, el cual después de haber vencido a Pancho Villa gracias al concurso armado de los trabajadores, que bajo la dirección de la Casa del Obrero Mexicano —la precursora de la Crom—, formaron seis batallones de obreros agremiados, se había vuelto contra ellos intentando disolver sus uniones para concluir sosteniendo un candidato propio a la nueva presidencia.

El Partido Laborista movilizó a los trabajadores en favor del General Alvaro Obregón, que ascendió a la presidencia en las elecciones realizadas tras la muerte de Carranza. Tuvo participación en el Gobierno durante esa presidencia y la de su sucesor, Plutarco Calles. Al terminar esta presidencia comienza a declinar la estrella de Morones, que a través del grupo Acción mantiene su hegemo-

nía en la CROM, y que fuera Ministro del Trabajo. El Partido Laborista pierde posiciones y se disuelve, mientras surgen hondas disenciones en las filas de la CROM, de cuyo seno se desprende una nueva central, como antes, el año 1921, se había desprendido la Confederación General de Trabajadores que adhirió a la Sindical Roja, aunque por poco tiempo, pues los sindicalistas revolucionarios la desafiliaron. La CROM resistió bien aquella primera escisión y salió de ella fortificada. La nueva crisis la halló en distintas condiciones. La CTM (Confederación del Trabajo Mexicana) su rival de ahora, ha tomado cuerpo mientras ella se ha debilitado.

Por otra parte, en el campo de las luchas políticas partidarias, existe una organización Socialista Democrática, en la que figuran hombres de destacada y larga actuación en el movimiento obrero.

En todas las organizaciones obreras se advierte una marcada tendencia a forjar y robustecer la personalidad nacional del pueblo mexicano, que se concilia con el pensamiento de los que más concienzudamente adhieren al doctrinarismo socialista Internacional. En las palabras de uno de los que han encabezado allí el movimiento, Vicente Lombardo Toledano, hallamos bien definida esa explicable característica:

"La revolución iniciada en 1910 tiene esta importancia capital: ha sido y es un descubrimiento de que México puede y debe formarse por los mexicanos. Esto no quiere decir que cerremos la puerta al extranjero ni a lo extranjero; pero significa que mientras esperemos y aceptemos que todo venga del extranjero (desde el maíz hasta los textos de las escuelas primarias), estamos trabajando en favor del imperialismo.

"Somos marxistas; pero estimamos que hay más cosas en el mundo de lo que pensó la filosofía de Marx. Creemos que sin ser alguien, sin tener personalidad, sin trabajar por la elevación de una clase, no se puede contribuir eficazmente a la libertad del mundo. Y México es, en la inmensa mayoría de sus habitantes, una sola clase social: el proletariado. Hagamos, pues, la patria del proletariado mexicano, para unirla a los proletarios organizados del mundo. Porque somos mexicanos, pertenecemos al proletariado mundial; porque somos miembros del proletariado mundial, somos mexicanos". (V. LOMBARDO TOLEDANO, *La doctrina de Monroe y el movimiento obrero.*)

Esta idea de hacer de la nación con una filosofía propia y una conciencia histórica bien definida, un engranaje vivo del internacionalismo obrero, predomina en la clase obrera organizada de México. Reconstruir, o mejor, crear o exaltar la vida nacional en todos los órdenes para cerrar el paso al imperialismo de Wall Street, parece ser la consigna de todas las fuerzas sociales que colaboraron en la primera afanosa etapa constructiva de la revolución triunfante. Hemos podido llegar a la conclusión —como se ha visto— de que México ha realizado con ella, su revolución francesa, frente al feudalismo territorial persistente en el cuerpo orgánico de la nación. Pero es una revolución francesa —decíamos en la conferencia citada— que viene naturalmente impulsada e influida por las corrientes espirituales, económicas y sociales del siglo en que se realiza, sobre todo porque ahora hay otros feudalismos, el feudalismo industrial y el feudalismo mercantil, muy poderosos en México, y de ahí que en vez de desoír las inspiraciones del proletariado militante y en vez de obstaculizar e impedir, como hizo la Revolución Francesa al principio, su organización de clase, ha tenido que recoger esas aspiraciones y estimular, fomentar y hasta colaborar con dicha organización. Por eso es una Revolución Francesa que proclama no tan sólo la declaración de los derechos del hombre como ciudadano, sino que asimismo formula la declaración de los derechos del hombre como productor, y en vez de levantar el edificio de una organización jurídica cerrada, que sólo ampara los intereses de una clase, la clase propietaria y capitalista, deja abiertos los caminos de una evolución jurídica que conduzca gradualmente a la desaparición de todos los privilegios económicos y sociales.

Pero la realidad mexicana no ha logrado salir todavía del confuso proceso de transición entre fuerzas económicas opuestas que luchan entre sí en un ambiente social y político donde grandes masas populares indígenas adolecen de un lamentable atraso y tardan en adquirir la educación política necesaria para erigirse en factores conscientes de su propia historia.

El Perú ha dado una de las expresiones más interesantes del socialismo en el continente americano. No es un partido socialista del tipo corriente, no ha adherido, ni siquiera como afiliado moral ni como simpatizante, a ninguna Internacional. Sin embargo su doctrina se basa en principios marxistas; sus principales figuras, sobre todo, su gran líder Víctor Haya de la Torre, se declaran discípulos de Marx, lo mismo que aquél otro pensador abnegado que con Haya de la Torre echó las bases intelectuales del Apra, el inolvidable Juan Carlos Mariátegui.

Por la solidez y originalidad de su teoría política y la trascendencia histórica de su acción no es posible pasar por alto, en una reseña de los factores vivos de socialismo en América esa organización, tan duramente perseguida y sofocada por los gobiernos dictatoriales de su país, y presente siempre en el espíritu de las nuevas generaciones revolucionarias del continente por la virtud de su fresco y fertilizante caudal doctrinario.

Si no nos apartase demasiado de la trayectoria dorsal del plan de este libro, valdría la pena detenerse en la historia de las vicisitudes de este partido con la biografía de algunos de sus principales componentes, empezando por la de quien lo encabeza.

Uno de los aspectos destacados de la vida del Apra es, precisamente, el que ofrece desde el punto de vista de su composición como conjunto de rectas y esforzadas voluntades personales.

Hombres ilustrados, de clara inteligencia, de firmeza en sus convicciones, de coraje civil y de recta conducta forman el estado mayor de ese ejército de ciudadanos que ha debido dispersar muchos de sus mejores militantes por diversos países del continente. en el destierro forzoso o voluntario, para librar desde afuera contra la reacción peruana, batallas que no podía intentar entre las mallas

ceñidas del despotismo ilegal de los gobernantes arbitrarios.

Y entretanto su líder máximo, sobre el cual pesaba pena de expulsión del territorio nacional, permanecía oculto para las autoridades pero no para los resortes vitales de su partido, con los que guardaba un permanente contacto mientras debía sobrellevar la vida azarosa del fugitivo, evitando ser descubierto para no verse encerrado en la cárcel y sustraído de ese modo a la acción incesante de dirección, de organización, de consejo, de aliento, de estímulo, que a pesar de todo ejercía. Años enteros de voluntaria reclusión en sitios secretos, a menudo cambiados para despistar el olfato de los sabuesos policiales, le ha tocado vivir en su patria, y acaso más que escondido, defendido y rodeado por sus parciales más adictos, frente a cuya resolución de morir matando antes que dejarse arrebatar por las autoridades el jefe venerado, éstas optaron frecuentemente por ignorar el paradero y las andanzas de ese infatigable luchador entregado en cuerpo y alma, sin el más mínimo regateo ni el más mínimo desmayo, a la tarea de mantener encendido, en medio de las persecuciones de la tiranía, el fuego sagrado de los ideales apristas. Entre esa aureola un tanto romántica de prófugo hipotético, que desde el corazón mismo de la nación continuaba realizando su obra, su figura se agrandaba a los ojos del espíritu popular americano, que veía en ella una de las más perfectas encarnaciones del sentimiento de rebelión contra los opresores y de la idea de forjar para América, con una acción de masas populares, destinos de emancipación integral que unan la redención del indio a la dignificación y bienestar del inmigrante proletario.

Pero ya es tiempo de que entremos a resumir el ideario de ese movimiento, que trae a las aguas internacionales de la ideología y de la acción socialista contemporánea, una corriente inconfundible de americanismo verdadero. Empecemos por explicar su nombre. A.P.R.A. son las iniciales de Alianza Popular Revolucionaria Americana.

Ese nombre indica que su acción no se limita al Perú, sino que aspira a extenderse sobre el continente, al menos sobre la parte latinoamericana. En cuanto a qué es y qué se propone, recurramos a lo que el propio Haya de la Torre nos dice.

El A.P.R.A. es, según las textuales palabras de aquél:

“La organización de la lucha anti-imperialista en la América Latina por medio de un Frente Unido Internacional de trabajadores manuales e intelectuales, etc., con un programa de acción político”.

Su “programa máximo” consta de los siguientes cinco puntos:

- 1) Acción contra el imperialismo.
- 2) Por la unidad política de la América Latina.
- 3) Por la nacionalización de la tierra e industrias.
- 4) Por la internacionalización del Canal de Panamá.
- 5) Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

Formado por trabajadores manuales e intelectuales de la nueva generación de varios países de América Latina, es el partido revolucionario antiimperialista latinoamericano. Fué fundado en diciembre de 1942. Se propuso contar con “secciones”, a imitación de la Internacional, y “células”, al estilo de los partidos comunistas. En realidad sólo pudo constituir una sección, la del Perú, con células en México, República Argentina, Uruguay, Chile, y algunas repúblicas de la América Central. Hasta en Europa quiso poseer una célula de estudiantes y obreros (suponemos que americanas) con ramificaciones en Alemania, España e Inglaterra. Su Comité Ejecutivo se estableció en Londres.

Digamos, desde luego, que había algo de inútil aparatosidad en esa estructura internacional, de secciones y células en Europa y un Comité Ejecutivo en Londres, tratándose de una organización cuya razón de ser radicaba en América, donde habría de desenvolver sus actividades

efectivas. Como la realidad histórica se sobrepone siempre a los vuelos de la fantasía, el APRA en los hechos no tardó en quedar reducida a lo que podía ser y se necesitaba que fuera: el partido político de un país de América Latina, que se ofrecía como base de una liga de partidos americanos distintos unidos en un punto por la preocupación común de luchar contra el imperialismo encarado con un mismo concepto de esa lucha.

Para propagar ese acercamiento y propiciar la formación de tal liga es útil la actividad de las "células" repartidas por el continente. Y ésta ha sido, en definitiva, la función que les quedó asignada como corresponsales del partido peruano y no como organizadoras en cada país de "secciones" a la manera de la Internacional, que vendrían a constituir partidos locales en concurrencia con otros ya formados, o en vías de formarse, en esas diversas zonas del continente, con otros programas y otra doctrina, pero completamente afines en la actitud contra el imperialismo yanqui o cualquier otro imperialismo.

Es así como se ha vuelto eficiente y prestigiosa la acción de los grupos apristas que en la Argentina, el Uruguay, Chile, para no citar sino tres países que conocemos de cerca, trabajan en colaboración con las fuerzas democráticas antiimperialistas de modo tal, que sus componentes llegan a ser afiliados de partidos locales, sin que ello les impida continuar perteneciendo al partido que en el Perú, sí, es una organización aparte de las demás, porque para allí tiene métodos específicos de lucha y un programa mínimo nacional que lo diferencia de ellos en muchos aspectos que no son el del antiimperialismo, en el cual puede coincidir con algunos, como coincide sin duda —por sus finalidades si no completamente por sus tácticas— con el Partido Socialdemócrata peruano, poco desarrollado pero de limpia ejecutoria política y con figuras respetables.

La actividad ejemplar de los grupos apristas, su disciplina ideológica, su espíritu de sacrificio y de lucha, les abren plaza en la simpatía de las fuerzas políticas y de las masas populares que comprenden y aceptan sus puntos de

vista en el problema americano de los imperialismos, y a ello se debe en gran parte que los nombres de los más destacados corifeos del A.P.R.A., y sobre todo naturalmente, el de Víctor Haya de la Torre, gocen en toda América Latina, entre los jóvenes intelectuales y los obreros cultos, de una bien ganada y consciente popularidad.

Claro está que a este efecto contribuye sobre todo el eco de las tremendas batallas libradas en el Perú por ese partido revolucionario, que provocó una considerable concentración de voluntades populares infundiéndoles una mística viril y un recio espíritu de combatividad, organizándose como una milicia armada para el asalto del poder en un medio donde imperaban las peores formas de la tradicional dictadura criolla, esa especie de fascismo americano sin doctrina, de instinto cerril y concupiscencia selvática, que no ha necesitado —desde los tiempos de Rosas, de Francia, de Guzmán Blanco, de Porfirio Díaz—, de ninguna "filosofía" ni de ninguna programación ideológica para implantar las tiranías fascistas y casi nazis de su hora y su ambiente.

Las multitudes indias en sus capas menos embrutecidas por la miseria y la opresión, aportaron su contingente a esa fuerza cuyo método de combate comprendían y les agradaba, y llegó a ser la más poderosa corriente cívica de masas del país, con algo de movimiento religioso para el espíritu encendido de sus parciales. Pero el camino escogido para su avance, si bien le permitió erigirse en formidable columna de guerra política, era el más sembrado de obstáculos y peligros, y no logró superar las dificultades de su marcha desafiante contra la cual se volvieron febrilmente activos e implacables todos los recursos de la reacción. Dándose cuenta del riesgo demasiado grande que corría, evolucionó hacia formas de legalismo parlamentario, y se propuso ganar por las vías pacíficas de la conquista del parlamento y del gobierno, el terreno que no le dejaban ocupar por otros medios fuerzas todavía más eficientes que la suya. Se le quiso cerrar esas vías poniéndosele fuera de la ley, como organización subversiva internacional. Fueron anulados los poderes de sus represen-

tantes y el partido quedó al margen del Parlamento. Conquistó por una hábil y lícita maniobra política pesar decisivamente en unas elecciones presidenciales dando el triunfo a un candidato de transacción. Pero el candidato así triunfante fué descartado por su pretendido "origen ilegal" ya que resultaba victorioso por el voto de los apristas y así se le consideró un candidato del A.P.R.A., que no podía ejercer el derecho de sostener candidaturas.

La situación de fuerza y de fraude se perpetuaba en una sucesión de tiranuelos militares y civiles. Entretanto las persecuciones policiales se ensañaban con los elementos apristas, lanzándose contra Haya de la Torre prohibición de vivir en territorio peruano y desterrándose a muchos de sus más brillantes colaboradores y también a no pocos jóvenes casi anónimos por ser partidarios activos. En esa situación —en alto siempre la bandera del antiimperialismo, que era en América sobre todo una lucha prestigiosa contra el imperialismo yanqui y el imperialismo inglés— sorprendió la nueva guerra internacional a ese movimiento, clandestino en el Perú, pero influyente a la luz del día sobre el ánimo colectivo y la opinión pública continental en varias zonas de la América Hispana.

La política panamericana que Roosevelt logró imponer en casi todo el continente en la lucha contra Alemania y el Japón, brindó a muchos gobiernos dictatoriales y regresivos de América la oportunidad de aparecer emplazados en una línea democrática para la defensa continental contra la amenaza de imperialismos bélicamente agresores y por la derrota del nazi-fascismo en el mundo. Gobernantes que aherrojaban a sus pueblos y que veían en el movimiento aprista un movimiento hostil y peligroso para sus planes de opresión explotaron el antiimperialismo yanqui del A.P.R.A. como un motivo de descalificación que la volvía sospechosa de prestarse al juego de los enemigos de Estados Unidos en la guerra; y en nombre de los defensores de la democracia contra sus "traidores" desembozados u ocultos redoblaron la persecución contra el aprismo. Pero éste supo desbaratar la maniobra. Los mensajes

de Haya de la Torre y la actitud de los dirigentes de la milicia aprista en todas partes, no dejaron duda de que esa fuerza no habría de prestar el más mínimo concurso a la causa de las potencias agresoras. Ella adoptó la actitud reclamada por las circunstancias, y sin renunciar a sus ideales permanentes ni a su misión de vigilancia celosa de la independencia continental, así como de paladín de soluciones de democracia positiva y de justicia social en su país, donde se le obligaba a refugiarse en la conspiración, no fué obstáculo a los propósitos de Roosevelt en cuanto éste se empeñaba en obtener el concurso de todas las naciones de América dentro de los términos de su política de "buena vecindad" y de una alianza decorosa para arrojar más allá de los horizontes de la historia la real y terrible amenaza del imperialismo germano-japonés, y de las proyecciones internacionales del nazifascismo.

En un manifiesto lanzado por el Comité Nacional de Acción del Partido Aprista Peruano en julio de 1943, se lee:

"Y recordamos hoy —como ya lo hicimos en febrero de 1942— nuestro difundido Manifiesto a la Nación de julio de 1940, que reafirmaba la posición aprista ante la contienda sin paralelo que desgarraba a la humanidad; urgía la clara definición oficial del Perú al lado de las democracias, y señalaba provisoriamente, los mejores caminos para que nuestra patria se aprestara a encarar las múltiples e inevitables contingencias de la guerra. Leal a sus principios, consecuente con su ideario democrático de justicia social, el Partido Aprista Peruano es y ha sido antiimperialista. Por serlo no vaciló en unirse al frente de libertad de los pueblos contra el más peligroso de los imperialismos: el totalitarismo, racista y corporacionista, cuyas odiosas banderas izan las hordas internacionales del nazi-fascismo.

"...La guerra contra el eje nazi-fascista no es una lucha para destruir la existencia soberana de determinadas naciones de Europa y Asia. Es la cruzada mundial para aniquilar la amenaza imperialista de un sistema político de tiranía y barbarie que ha pretendido extenderse a todos los continentes por la penetración ideológica y por la conquista militar.

"...Es en consecuencia sagrado deber unánime, individual y colectivo, aportar nuestra decidida y tenaz cooperación para ganar la guerra, desde las posibilidades de cada cual. Pero ganarla no sólo con la derrota militar de Italia, Alemania y el Japón, ga-

narla también con el simultáneo aplastamiento de los sistemas antidemocráticos y de los métodos totalitarios en cualquier punto del planeta en que ellos existían”.

Pero esto es el aprismo en la manifestación actual y contingente de su existencia práctica en la marcha cotidiana por los caminos históricos del momento. Antes se había presentado como organizador del gran frente único antiimperialista, que trataba de unir a ese frente “todas las fuerzas que en una u otra forma han luchado o están luchando contra el peligro de la conquista que amenaza a nuestra América”. Hallándose ante un peligro tan inminente de conquista de América por las hordas de los más feroces imperialismos, se explica que se haya mostrado dispuesto a transigir con el propio gobierno fraudulento y reaccionario de su país, como lo demuestra la entrevista que con el Presidente Prado en su visita a Estados Unidos mantuvieron por invitación de aquél dos apristas ilustres: Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez, con tal de contribuir a que la unidad interna del espíritu público de su nación y del continente prestase base más sólida y segura a la defensa general.

Hasta 1923 el peligro de la completa sumisión de los países de Indo-América (así llama el Aprismo a la América Latina) por la preponderancia que en gran parte de ella tienen la presencia y el problema del indio, al imperialismo yanqui, que se traducía en una progresiva absorción de las soberanías nacionales del continente, “fué presentado e interpretado diversamente”. “Para unos, era un conflicto de razas (sajones y latinos); para otros, un conflicto de culturas o una cuestión de nacionalismo”. (Obra cit., Seg. Edic., pág. 35).

Las universidades “González Prada” del Perú, fundada por los jóvenes marxistas preocupados por la cuestión del indio, cuya regeneración y emancipación ansiaban promover, difundieron una nueva interpretación del problema. Pusieron de relieve su característica de fenómeno de clase, planteando fundamentalmente el problema de las relaciones económicas, y propusieron defenderse de él por una acción política específica.

En verdad ya había habido quienes, especialmente los partidos Socialistas en la América Hispana, encaraban la lucha dentro de su país contra el imperialismo económico extranjero y sus desbordes en el plano de las relaciones políticas intercontinentales, como un episodio de la lucha de clases. Y la misma Unión Latino Americana fundada por José Ingenieros, sabio marxista que había militado en uno de esos partidos, no desconoció la génesis y la índole del avance imperialista yanqui. Pero mientras ésta se estructuraba y actuaba como una liga intelectual de simples relaciones espirituales, el APRA adoptaba la técnica de combate de los organismos políticos y se definía como un movimiento político que aspira a movilizar las masas americanas en operaciones estratégicas dirigidas a desalojar del gobierno de cada país la influencia de los imperialismos o las manos dispuestas a entregarles las llaves de la soberanía.

Resultó muy ambiciosa, como veremos, la intención de crear un frente único bajo cuyos estandartes se agrupasen todas las fuerzas dispersas del antiimperialismo, sustituyendo, con un plan común de acción, planes tácticos ya diseñados que respondían a distintas características locales del respectivo medio histórico.

Mas fué oportuna su aparición como organismo militante, que, aparte de su obra revolucionaria en el Perú, tendía los brazos hacia el espíritu de todos los hijos del pueblo para atraerlos hacia la órbita de una campaña antiimperialista americana en la que podían juntarse desde las filas de los diversos partidos populares, especialmente los de clase, cuyo interés por esa lucha el A.P.R.A. venía a reanimar no sólo con su prédica sino con el ejemplo de su acción en aquella República del Pacífico.

El A.P.R.A. tiene un concepto de esa campaña. La concibe como una defensa encarnizada de las fuentes de riqueza nacionales, que sólo puede ser eficaz encarándola como una acción cuyo objeto práctico ha de ser la nacionalización de la tierra y de la industria, considerada como “único medio económico de combatir y vencer al imperialismo”.

narla también con el simultáneo aplastamiento de los sistemas antidemocráticos y de los métodos totalitarios en cualquier punto del planeta en que ellos existan".

Pero esto es el aprismo en la manifestación actual y contingente de su existencia práctica en la marcha cotidiana por los caminos históricos del momento. Antes se había presentado como organizador del gran frente único antiimperialista, que trataba de unir a ese frente "todas las fuerzas que en una u otra forma han luchado o están luchando contra el peligro de la conquista que amenaza a nuestra América". Hallándose ante un peligro tan inminente de conquista de América por las hordas de los más feroces imperialismos, se explica que se haya mostrado dispuesto a transigir con el propio gobierno fraudulento y reaccionario de su país, como lo demuestra la entrevista que con el Presidente Prado en su visita a Estados Unidos mantuvieron por invitación de aquél dos apristas ilustres: Manuel Seoane y Luis Alberto Sánchez, con tal de contribuir a que la unidad interna del espíritu público de su nación y del continente prestase base más sólida y segura a la defensa general.

Hasta 1923 el peligro de la completa sumisión de los países de Indo-América (así llama el Aprismo a la América Latina) por la preponderancia que en gran parte de ella tienen la presencia y el problema del indio, al imperialismo yanqui, que se traducía en una progresiva absorción de las soberanías nacionales del continente, "fué presentado e interpretado diversamente". "Para unos, era un conflicto de razas (sajones y latinos); para otros, un conflicto de culturas o una cuestión de nacionalismo". (Obra cit., Seg. Edic., pág. 35).

Las universidades "González Prada" del Perú, fundada por los jóvenes marxistas preocupados por la cuestión del indio, cuya regeneración y emancipación ansiaban promover, difundieron una nueva interpretación del problema. Pusieron de relieve su característica de fenómeno de clase, planteando fundamentalmente el problema de las relaciones económicas, y propusieron defenderse de él por una acción política específica.

En verdad ya había habido quienes, especialmente los partidos Socialistas en la América Hispana, encaraban la lucha dentro de su país contra el imperialismo económico extranjero y sus desbordes en el plano de las relaciones políticas intercontinentales, como un episodio de la lucha de clases. Y la misma Unión Latino Americana fundada por José Ingenieros, sabio marxista que había militado en uno de esos partidos, no desconoció la génesis y la índole del avance imperialista yanqui. Pero mientras ésta se estructuraba y actuaba como una liga intelectual de simples relaciones espirituales, el APRA adoptaba la técnica de combate de los organismos políticos y se definía como un movimiento político que aspira a movilizar las masas americanas en operaciones estratégicas dirigidas a desalojar del gobierno de cada país la influencia de los imperialismos o las manos dispuestas a entregarles las llaves de la soberanía.

Resultó muy ambiciosa, como veremos, la intención de crear un frente único bajo cuyos estandartes se agrupasen todas las fuerzas dispersas del antiimperialismo, sustituyendo, con un plan común de acción, planes tácticos ya diseñados que respondían a distintas características locales del respectivo medio histórico.

Mas fué oportuna su aparición como organismo militante, que, aparte de su obra revolucionaria en el Perú, tendía los brazos hacia el espíritu de todos los hijos del pueblo para atraerlos hacia la órbita de una campaña antiimperialista americana en la que podían juntarse desde las filas de los diversos partidos populares, especialmente los de clase, cuyo interés por esa lucha el A.P.R.A. venía a reanimar no sólo con su prédica sino con el ejemplo de su acción en aquella República del Pacífico.

El A.P.R.A. tiene un concepto de esa campaña. La concibe como una defensa encarnizada de las fuentes de riqueza nacionales, que sólo puede ser eficaz encarándola como una acción cuyo objeto práctico ha de ser la nacionalización de la tierra y de la industria, considerada como "único medio económico de combatir y vencer al imperialismo".

Ese objetivo se halla en el programa de los partidos socialistas. El haberlo incluido en el suyo define al Aprismo como una forma de socialismo americano. Pero si bien ese objeto permanece invariable entre las finalidades concretas de su programa de acción propia en el medio peruano, nada le impide guardar contacto fuera de éste (y aún en éste, por acercamientos circunstanciales, si son posibles), y para una mayor extensión de su influencia, con parcialidades políticas y hombres que, sin ir tan lejos, no quieren ver comprometidas todas las libertades democráticas ya alcanzadas en su región y la independencia misma de su patria por formas demasiado peligrosas de penetración económica extranjera, cuyas consecuencias en ese sentido se palpan en muchas partes del continente.

Hablando de "la lucha de clases y el imperialismo yanqui en América Latina" dice Haya de la Torre:

"La historia de las relaciones políticas y económicas entre América Latina y los Estados Unidos, especialmente la experiencia de la revolución mexicana, nos llevó a las siguientes conclusiones:

- "1) Las clases gobernantes de los países latinoamericanos, grandes terratenientes, grandes comerciantes y las incipientes burguesías nacionales son aliadas del imperialismo.
- "2) Esas clases tienen en sus manos al gobierno de nuestros países a cambio de una política de concesiones, empréstitos u otras operaciones que los latifundistas, burgueses, grandes comerciantes y los grupos o caudillos políticos de esas clases negocian o participan con el imperialismo.
- "3) Como un resultado de esta alianza de clases, las riquezas naturales de nuestros países son hipotecadas o vendidas, la política financiera de nuestros gobiernos se reduce a una loca sucesión de grandes empréstitos, y nuestras clases trabajadoras, que tienen que producir para los amos, son brutalmente explotadas.
- "4) El progresivo sometimiento económico de nuestros países al imperialismo deviene sometimiento político, pérdida de la soberanía nacional, invasiones armadas de los soldados y marineros del imperialismo, compra de caudillos criollos, etc. Panamá, Nicaragua, Cuba, Santo Domingo, Haití, son verdaderas colonias o protectorados yanquis como consecuencia de la "política de penetración" del imperialismo". (Obra cit., págs. 35 y 36.)

De ahí deduce que "el imperialismo no puede ser afrontado sin una política de unidad americana". Como

contra esa unidad conspiran, ayudándose mutuamente, las clases gobernantes de América y el imperialismo, proclama indispensable la lucha contra dichas clases: "el poder político debe ser capturado por los productores; la producción debe socializarse, y América Latina debe constituir una Federación de Estados. Ese es el único camino hacia la victoria sobre el imperialismo y el objetivo político del A.P.R.A."

Por su preocupación de atraer a sus filas "trabajadores manuales e intelectuales" y de ser una "unión de los obreros, campesinos, indígenas, etc., con los estudiantes, intelectuales de vanguardia, maestros de escuela, etc.", y su objetivo de "nacionalización de la tierra y sociabilización de las industrias", se sitúa en el plano de los partidos socialistas de clase. Como tal se diferencia de otros partidos de esta índole porque para acentuar su carácter de "movimiento autónomo latino-americano, sin ninguna intervención e influencia extranjera" no adhería a ninguna Internacional, ni a la Segunda ni a la Tercera. Se recalca así su fisonomía "de movimiento nacionalista indioamericano".

Es interesante en grado sumo la incidencia surgida con los comunistas en los comienzos de su organización. Haya de la Torre recibió, hallándose en Oxford el año 1926 una carta de Losovski, el Presidente de la Internacional Sindical Roja o *Profintern* —y hoy comisario del Pueblo Adjunto en el Comisariado de Asuntos Extranjeros— el cual, habiendo leído en una revista inglesa, *The Labor Monthly* el artículo en que se daban a conocer "los cinco puntos" enviaba la bienvenida al nuevo organismo. Haya de la Torre había estado el año 1924 en Moscú, y se había relacionado con aquel dirigente soviético. En su carta éste no formulaba reparo alguno al propósito del A.P.R.A. de constituirse en partido ni a su carácter autónomo. Pero disienta del plan de incorporar a los intelectuales de toda América, y especialmente a los norteamericanos, pues sostenía que los aliados antiimperialistas que los pueblos sudamericanos debían tener en Estados Unidos, no podían

ser los intelectuales, burgueses o pequeños burgueses, sino los obreros.

Hay en este punto algo que nos llama la atención.

Los "cinco puntos", tal como nosotros los hallamos en el libro de Haya de la Torre —y que según se dice en éste (pág. 48 de la segunda edición) y habían sido publicados— no hablan de agrupar a los intelectuales estadounidenses, sino "a los trabajadores manuales e intelectuales de América Latina".

En la respuesta de Haya de la Torre no se dice que fuera un error de Losovski atribuir al programa de A.P.R.A. la alianza con "los intelectuales de Estados Unidos". que como acabamos de ver, en el enunciado transcripto se excluyen. ¿La observación pareció atinada y motivó una enmienda del texto de los cinco puntos o quiso Haya de la Torre pasar por alto esa equivocación? Lo cierto es que los cinco puntos que conocemos no sólo excluyen la alianza con "los intelectuales de Estados Unidos", sino también con los obreros de esa República americana.

Esta exclusión, sobre todo la de los obreros, pone en evidencia una de las fallas del plan aprista, no por las razones de Losovski, sino porque no se ha de negar que dentro mismo de Estados Unidos pueden surgir grandes corrientes de hombres libres, especialmente en los sectores obreros, contrarios al imperialismo yanqui. Y sería, sin duda, una muy importante acción concurrente a los fines del aprismo promover un movimiento antiimperialismo yanqui en el seno mismo de la patria del dólar. La nueva orientación dada por Roosevelt a la política internacional americana, poniéndose en pugna con Wall Street y abandonando los empleos abusivos y torpes de la doctrina de Monroe, para enderezarla en un sentido de solidaridad continental incompatible con los atropellos de la "política del garrote" de los tiempos del otro Roosevelt y aun de algunos días oscuros del Gobierno de Wilson, demuestra que la campaña antiimperialista no debe limitarse al territorio de América Latina, ni aún encomendándose a los obreros, si bien es en éstos en quienes más debe confiarse para llevarla a cabo

con eficacia y sin desviaciones, a cubierto del confusio- nismo y de la claudicación.

Los partidos de la Internacional enlazan, precisamente, la acción de las clases trabajadoras, de trabajadores manuales e intelectuales, de todas las Américas —la del Norte, la del Centro y la del Sur—y aun tienden a reforzarla con la solidaridad de las clases trabajadoras del resto del mundo.

El aprismo se limita, pues, lógicamente, cuando excluye del movimiento antiimperialista americano a los intelectuales y obreros de la América Sajona. Así elude las objeciones del tipo de la de Losovski en lo que respecta a los intelectuales, pero exhibe, en cambio, una deficiencia que refuerza teóricamente la oposición de los comunistas al A.P.R.A. en cuanto ésta no quiere contar con el concurso posible, y tan útil, de las masas obreras norteamericanas. Hasta la del Canadá debería ser tenida en cuenta para la formación de un ambiente antiimperialista en las esferas proletarias de todo el continente, del extremo norte al extremo sur.

Se explica que, por la conveniencia práctica de una concentración de esfuerzos, el A.P.R.A. se defina como un internacionalismo solamente americano, aunque no haya prescindido del intento de contar con secciones en Europa para recibir de ellas colaboración con vistas, naturalmente, al problema imperialista de América. Pero no se explica que, porque las clases dirigentes de Estados Unidos apliquen su imperialismo al continente americano, se deje a las clases obreras de ese país al margen de un movimiento que aspira a contrarrestar ese imperialismo.

Habría que admitir que los intereses de la colectividad nacional se sobreponen siempre a los intereses de las clases, y particularmente a los intereses de la comunidad internacional de las clases obreras de todos los países, para entender que los trabajadores yanquis, por el hecho de ser yanquis, han de encontrar conveniencia tan vital en secundar la política imperialista de sus propios gobernantes, que se vuelvan incapaces de responder a las solidaridades de la solidaridad internacional de su propia

clase, solidaridad que se basa a su vez en los más reales y trascendentales intereses de los productores asalariados del mundo. No dejaría de ser extraña en un marxista esa forma de razonar, a menos que ella se derive de esa valorización excesiva del medio económico y del inmediato interés material de los individuos y grupos, como factores de determinación de la conducta humana colectiva, que suele tomarse por un criterio marxista, olvidando que el internacionalismo de Marx, con su concepto de la unión de los proletarios de todos los países de la tierra para una misma lucha general y consciente, está reñida con esa estrecha manera de ver.

No se le puede creer a Haya de la Torre un intérprete equivocado de Marx, que conoce tan a fondo. Debe por ello arribarse a la conclusión de que se dejó arrastrar un poco por esa corriente antiyanqui que no se limitaba a ser contraria al imperialismo yanqui (y a veces no lo era y transigía con éste, o no quería verlo), envolviendo en el mismo repudio, o en el mismo recelo, toda influencia que llegase de Calibania —para decirlo con palabras de Rubén Darío— como único modo de librarse de la hegemonía política y espiritual de los yanquis, sinónimo para muchos de utilitarismo rudo y de seco positivismo sin idealidad. Lo curioso es que el propio Haya de la Torre —quien, por lo demás, explica en forma muy realista cómo la intervención de ciertas razones de orden económico logran en muchos casos quebrar, aunque sea transitoriamente, la solidaridad obrera, sobre todo por aquello de que “el salario separa en ciertas circunstancias a los obreros entre sí”, que dice el Manifiesto de Marx y Engels—, afirma en sus cartas a Losovski que el A.P.R.A. tiene aliados valiosos “entre los intelectuales y en algunos representantes de las clases medias norteamericanas”. Porque “en el país que deviene imperialista ocurre un fenómeno semejante al que se produce en el país donde el imperialismo llega: las clases medias sufren el rigor del desplazamiento o del choque”. De ahí que sea fácil encontrar en ciertas zonas de la clase media norteamericana, aliados para la causa aprista.

La polémica con el comunismo se produjo porque éste no se avenía a la existencia del A.P.R.A. como partido. Sus objeciones se reducían sintéticamente a dos: 1) el Apra como frente único antiimperialista está de más, porque sus fines no son otros que los de la Liga Imperialista Panamericana o de las Américas. 2) Como partido también está de más porque ya existen los partidos comunistas para cumplir las tareas políticas que se propone el Apra.

A esas dos objeciones, responde Haya de la Torre diciendo:

“El frente único de las Ligas Antiimperialistas dependientes de la Tercera Internacional sólo enuncia un programa de resistencia contra el imperialismo. Pero resistir no basta. Protestar por el avance del soldado yanqui en Nicaragua o en cualquier otro de los países agredidos de Indo-América, es sólo un aspecto de la lucha contra el imperialismo”.

Define al imperialismo como un fenómeno económico que se desplaza a lo político para afirmarse. A continuación advierte que la teoría que considera al imperialismo como etapa superior del capitalismo es exacta para Europa, pero en Indo-América la “última etapa del capitalismo” viene a ser la primera. “Para nuestros pueblos —dice— el capital emigrado o importado plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista. Con el capital emigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista”. Podría haber añadido que el imperialismo político se había instalado en América, en tiempos de la colonización española, inglesa, portuguesa o francesa, antes que surgiera el sistema capitalista en estas zonas y en el mundo. Este es precisamente el argumento que esgrime Rocker contra la tesis de Lenin cuando escribe: “Existían estados imperialistas cuando no se podía hablar de capitalismo en el sentido actual. Imperios antiguos como Persia, Babilonia y Roma, se afirmaban completamente sobre la política del imperialismo”. Pero Lenin se refiere al imperialismo contemporáneo, al económico, y no al anti-

guo ni al medieval ni aún al moderno de la época pre-capitalista, que no podría explicarse, naturalmente, como un efecto del desarrollo de un sistema económico que no había surgido aún o se hallaba en su etapa inicial como en la Francia de los tiempos de Napoleón I. Tampoco destruye su tesis el fenómeno innegable que advierte Haya de la Torre, porque el hecho de que al llegar a las tierras que conquista o penetra económicamente el capitalismo, comienza allí un proceso de desenvolvimiento en vez de concluirlo, nada dice contra la teoría de que la irradiación de los capitales es la obra del super desarrollo capitalista en las tierras de donde esos capitales proceden. Al igual que Kautsky, Lenin define ese imperialismo, el actual, como una proyección del capitalismo hipertrofiado, del supercapitalismo. Kautsky dice que es "un producto del capitalismo industrial en un alto grado de evolución. Se caracteriza por la tendencia de cada nación industrial capitalista a anexarse o a someter regiones agrarias cada vez mayores sin tener en cuenta las naciones que las pueblan". Y Lenin —aunque ataque irritado esa definición, calificándola de *absolutamente falsa*— formula otra más completa pero no muy distinta en esencia, según la cual "el imperialismo es el capitalismo en la forma de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, etc."

Ahora, sí, que Haya de la Torre ha podido con toda razón subrayar el hecho de que la función histórica que el fenómeno imperialista asume es una, en su punto de partida, y otra en su punto de llegada, porque esa comprobación le sirve para explicar otro hecho no menos evidente:

"El de que no se ha producido aún la evolución que se observa en la burguesía inglesa, francesa, alemana, que fortalecidas como clases económicas en un largo período de crecimiento capturan por fin el poder político desplazando a las clases representativas del feudalismo. En Indo-América no hemos tenido tiempo aún de crear una burguesía nacional autónoma y poderosa, suficientemente fuerte para desplazar a las clases latifundistas —prolongación del feudalismo colonial español— que

en la evolución de la independencia se emancipan de la sugestión político-económica de la metrópoli. A las criollas burguesías incipientes, que son como las raíces adventicias de nuestras clases latifundistas, se les injerta desde su origen el imperialismo domándolas. En todos nuestros países antes de que aparezca más o menos definitivamente una burguesía nacional se presenta el capitalismo inmigrante, el imperialismo". (Obra cit., págs. 51 y 52.)

Lo importante es por tanto conquistar el poder. Las ligas carecen de acción política. Los comunistas dicen que carecen de tal acción porque la tiene el Partido Comunista, viniéndose así a la objeción de que el Aprismo está de más porque existen los partidos comunistas. Pero esos partidos son de clase; y son además partidos cuyo origen ha sido determinado por las condiciones económicas de Europa. Los países de Indo-América no son industriales. Su economía es básicamente agraria o agrícola-minera. El proletariado (en el sentido leninista) está en ínfima minoría, constituyendo una clase naciente. Predominan las masas campesinas. Un partido de clase proletaria únicamente es un partido sin posibilidades de éxito político. Es en estos países americanos donde "la joven y reducida clase proletaria necesita aliados para tomar posiciones". A esto contestan los comunistas que la alianza con los campesinos, como en Rusia, es suficiente. Pero los campesinos en toda Indo-América necesitan otros aliados además de la clase obrera, y así llega Haya de la Torre a la conclusión de que se necesita "un diferente tipo de partido político revolucionario y antiimperialista que no es partido de clase, sino de frente único". Urge formar una conciencia continental antiimperialista en toda Indo-América. Una conciencia económica y política, o en otros términos, la conciencia del *nacionalismo económico indo-americano*, imprescindible para que nuestros pueblos conserven su libertad.

Esa conciencia debe llevar a nuestros pueblos a la convicción de que "la riqueza que explota el imperialismo es nuestra y que esa misma riqueza debe convertirse en nuestra mejor defensora. Que si hoy el imperialismo la usa como instrumento de esclavización nacional, debemos transformarla en arma de liberación". Para esa obra

el Apra debe ser “el auténtico partido de las masas trabajadoras a las que unificaría en un frente. No nos interesa que los trabajadores pertenezcan a organizaciones rojas o amarillas, políticas o apolíticas”, y añade: “Las antiguas querellas de los comunistas contra los socialistas y contra los anarquistas y contra los sindicalistas, sus pleitos de camarilla y sus odiosidades de fila, hicieron fracasar ruidosamente al comunismo cuando —a través de sus ligas antiimperialistas— pretendiera formar un verdadero frente único. Las ligas traían el pecado original de ser organismos hijos de madre americana y herederos de fobia paterna. Por eso hemos visto que organizaciones obreras y campesinas poderosísimas han permanecido al margen de ese intento de frente”.

Tampoco el Apra consiguió mayor éxito en su afán de formar un *partido* revolucionario intercontinental para una acción política específicamente antiimperialista, que fuese al mismo tiempo una alianza o frente único de la lucha contra el imperialismo. Su fuerza efectiva se halla en el Perú, donde a pesar de las persecuciones gubernativas se mantiene como una corriente de opinión que el día en que pueda abandonar los refugios del clandestinismo ejercerá una presión poderosa en el curso visible de los acontecimientos nacionales. Allí es un partido de masas. Fuera de allí no pudo estructurarse ni vivir como un partido, como el embrión de una liga, de una verdadera alianza que acaso no se desarrolló a causa, en gran parte, de la ambigüedad de su definición en punto a su índole como organización militante. Se llama alianza política, y eso parece indicar que es una unión de diversos partidos, pero quiere ser al mismo tiempo un partido que, como tal, se sustituye a la función antiimperialista de los otros, como diciéndoles: ustedes concrétense al resto de su programa, que en cuanto a la parte relacionada con el imperialismo queda exclusivamente por cuenta mía, para que yo, el Apra, la realice de acuerdo a mi propio plan con vuestros propios elementos, con vuestros afiliados, que serán también los míos.

Por eso se ha preguntado frecuentemente a los apris-

tas (obra cit., pág. 98) ¿el Apra es partido o frente único? Podría preguntársele asimismo si es o no es un partido o un frente único de clase. Porque después de haber dado a la acción del Apra una finalidad de clase; “la nacionalización de la tierra y socialización de las industrias”, y de haberla definido como una unión de “trabajadores manuales e intelectuales” —con exclusión de las otras clases— niega a los partidos de clase, por serlo, capacidad para llevar a cabo con toda eficacia la campaña antiimperialista. “El Apra —se dice— es como el Partido Laborista británico, un partido y una alianza, un frente único”. Pero en el Labour Party Inglés “el proletariado británico —son palabras de Juan Carlos Mariátegui— ha llegado a la política socialista por espontáneo impulso de su acción de clase” (*Defensa del Marxismo*, pág. 53). Es un partido de la clase trabajadora. Para que el ejemplo sirviese, el Partido Laborista británico debería ser, tal como los apristas pretenden, una organización de las diversas clases obreras y de las clases medias, a la que no pudiese atribuirse la condición de “partido de clase”. Alianza de diversas clases obreras y medias es lo que el Apra ha querido ser y es en el Perú por su sensata y certera valoración de la necesidad de contar en los países de Indo-América con el concurso de la clase media (al menos de ciertos sectores de la clase media) para una obra como la que se propone. Sin duda bastaría, para simplificar el problema y aclarar las cosas, que en vez de adoptarse la acepción leninista de clase proletaria, demasiado restringida, se emplease la denominación “proletariado” o “clase obrera” en el sentido lato que le daba Guillermo Liebnick, y que es el que adoptan casi todos los partidos de la democracia social, especialmente en América. “Serás lo que debas ser, y si no, no serás nada”. El Apra debe tener esa máxima presente. Su camino más claro y seguro es el de una alianza latinoamericana de partidos que, sin rivalizar con los que agrupe, sin imponerles desde afuera una dirección en la lucha antiimperialista (defecto de las ligas que el comunismo organiza) y actuando a ese respecto como un

congreso de partidos, no interfiera con ellos ni pretenda suplantarlos en su acción antiimperialista dando órdenes desde arriba como un sínodo político. Su misión sería la de coordinar esas fuerzas autónomas y estimularlas a la lucha contemplando las particularidades características del medio en cada país del continente y respetando las tácticas de los partidos adaptadas a las exigencias de su correspondiente realidad histórica.

En ese sentido se orienta, felizmente, la acción del Apra en estos últimos tiempos¹.

(¹) Al imprimirse el presente libro los apristas forman parte del gobierno del Perú, al que llegaron en las elecciones efectuadas el año 1946.

EL SOCIALISMO EN EL RÍO DE LA PLATA

En el mapa de la civilización sudamericana, la cuenca del río de la Plata se señala como el punto donde más profundamente repercute la influencia de las corrientes europeas y norteamericanas que llegan atravesando el Atlántico. El clima ha contribuido no poco a orientar gran parte de las corrientes migratorias del continente europeo hacia Montevideo y Buenos Aires con preferencia a otros puertos de la América del Sur. Y la homogeneidad de una población sin indios y casi sin negros en la provincia argentina de Buenos Aires, y en todo el Uruguay, permitió que la asimilación de las costumbres europeas y angloamericanas se produjese con mayor facilidad y rapidez que en todo el resto de la América hispana. La penetración del espíritu de las naciones latinas, España, Italia, Francia, cuya sangre corre por las venas del 80 % de la población, así como la del espíritu yanqui transmitido casi exclusivamente por las manifestaciones del progreso técnico y científico, no hallaron, como en otras zonas, la resistencia pasiva de tradiciones indígenas arraigadas ni de poblaciones poco adaptables a los adelantos importados.

Nada o poco hay en las grandes ciudades de esa zona que las diferencie de una ciudad europea más o menos modernizada, y si en ellas quedan algunos aspectos coloniales que descubren su ascendencia española, no faltan, por cierto, el hermano menor del rascacielos neoyorquino ni el comfortable hotel a la americana.

Hay, pues, allí, en sus ciudades mayores (Buenos Aires, la más grande de Latino América, con sus casi tres millones de habitantes; Montevideo con sus 900.000), un ambiente apropiado a la formación de un movimiento socialista del tipo de la democracia social europea.

La inmigración de obreros europeos no podía menos de traducirse en importación de la ideología socialista

al incipiente medio industrial a que venían a incorporarse. La Primera Internacional tuvo en Montevideo, en el año 1872 —cuando ese puerto uruguayo cobraba más importancia que Buenos Aires, su rival argentino— una sección con su declaración de principios y programa marxista, fundada por un obrero tipógrafo llegado no hacía mucho de Francia, su país natal. No echó, por cierto, raíces esa acción, sin duda más teórica que real, en la escasa actividad industrial del Montevideo de aquel entonces.

EL PARTIDO SOCIALISTA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Diez años después un grupo de obreros alemanes fundaba en Buenos Aires el club Vorwaerts, cuyo objeto no era otro que “cooperar —según lo declaraban— a la realización de los principios y fines del Socialismo”. En el año 1886 ya contaba con un local que ponía a disposición de los obreros en ocasión de los primeros conflictos surgidos entre el capital y el trabajo. En 1890 se echaron las bases de una federación de grupos doctrinarios y gremiales, en un mitin realizado en celebración del 1º de mayo de acuerdo con la resolución del Congreso Socialista Internacional de París del año anterior. A fines de 1890 vio la luz, como órgano de esa Federación, el semanario “El Obrero”, que proclamaba la lucha de la clase proletaria argentina por su mejoramiento y preconizaba su participación en la política del país. Fue el precursor de “La Vanguardia”, que apareció en abril de 1894 y que quedaría consagrado como órgano oficial del Partido Socialista, constituido en el año 1895. Fue su primer director el doctor Juan B. Justo, asimismo primer traductor de “El Capital” de Marx al español, y bajo cuya iniciativa e inspiración se fundó “la organización política de la clase trabajadora argentina”. Esta se dió la siguiente Declaración de Principios:

“Que la clase trabajadora es oprimida y explotada por la clase capitalista gobernante.

“Que ésta, dueña como es de los medios de producción y disponiendo de todas las fuerzas del Estado para defender sus privilegios, se apropia la mayor parte de lo que producen los trabajadores y les deja sólo lo que necesitan para poder seguir sirviendo en la producción.

“Que por eso, mientras una minoría de parásitos vive en el lujo y la holgazanería, los que trabajan están siempre en la inseguridad y en la escasez, y muy comúnmente en la miseria.

“Que en la República Argentina, a pesar de la gran extensión de tierra inexplorada, la apropiación individual de todo el

suelo del país ha establecido de lleno las condiciones de la sociedad capitalista.

“Que estas condiciones están agravadas por la ineptitud y rapacidad de la clase rica, y por la ignorancia del pueblo.

“Que la clase rica, mientras conserve su libertad de acción, no hará sino explotar cada día más a los trabajadores, en lo que la ayuden la aplicación de las máquinas y la concentración de la riqueza.

“Que, por consiguiente, o la clase obrera permanece inerte y es cada día más esclavizada, o se levanta para defender desde ya sus intereses inmediatos, y preparar su emancipación del yugo capitalista.

“Que no sólo la existencia material de la clase trabajadora exige que ella entre en acción, sino también los altos principios de derecho y justicia, incompatibles con el actual orden de cosas.

“Que la libertad económica, base de toda otra libertad, no será alcanzada mientras los trabajadores no sean dueños de los medios de producción.

“Que la evolución económica determina la formación de organismos de producción y de cambio cada vez más grandes, en que grandes masas de trabajadores se habitúan a la división del trabajo y a la cooperación.

“Que así, al mismo tiempo que se aleja para los trabajadores toda posibilidad de propiedad privada de sus medios de trabajo, se forman los elementos materiales y las ideas necesarias para sustituir al actual régimen capitalista con una sociedad en que la propiedad de los medios de producción sea colectiva o social, en que cada uno sea dueño del producto de su trabajo, y a la anarquía económica y al bajo egoísmo de la actualidad sucedan una organización científica de la producción y una elevada moral social.

“Que esta revolución resistida por la clase privilegiada, puede ser llevada a cabo por la fuerza del proletariado organizado.

“Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos y los amplíe por medio del sufragio universal, el uso de estos derechos y la organización de resistencia de la clase trabajadora serán los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza”.

Ese movimiento, que aparece como un producto de la civilización y de la cultura —que son en estas regiones del continente americano obra eminentemente internacional— no carece, por cierto, de raíces y de bases en las condiciones del medio nacional y en las características propias de la vida del pueblo trabajador a través de la historia del país.

El era el factor vivo, orgánico y espiritual de un pro-

ceso de elevación de la clase productora, que nacía vinculado a formas de doctrina y sustanciales aspiraciones proletarias infundidas en concepciones o sistemas ideológicos, pero que obedece a un real imperativo de la historia y de la difícil existencia de las masas laboriosas.

Refiriéndose a los pródromos de ese movimiento, aquella primera etapa “realmente extranjera” del despertar político obrero, el mismo Juan B. Justo ha de decir:

“En sus reuniones públicas alternaban los discursos en español, italiano, francés y alemán; sus comités solían titularse “internacionales” y en ellos tratábase de dar representación a las diversas lenguas y nacionalidades. El estilo mismo de “El Obrero” denunciaba el origen tudesco del ingeniero Ave-Lallemant y de los obreros que lo redactaban. Mas no era por eso exótica aquella agitación tendiente a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores del país, acerca de las cuales presentaba respetuosas peticiones a las autoridades argentinas; no era exótica aquella incipiente organización obrera, ocupada de palpitantes cuestiones locales, que en sus fiestas y solemnidades no usaba bandera alguna extranjera, y propagaba activamente la naturalización. Aquellas primeras manifestaciones de conciencia histórica del pueblo trabajador del país tuvieron que nacer de su parte más adecuada e inteligente, de los que más sentían el contraste entre nuestros progresos en la producción y el estancamiento de nuestras ideas y costumbres en otros campos de actividad. Y, como nos habían traído más perfectos procedimientos de trabajo y mejores semillas, traíannos también los europeos gérmenes de una nueva y vigorosa política”. (JUAN B. JUSTO, *El Socialismo Argentino*, pág. 21.)

La situación de los trabajadores nacionales había ofrecido, a principios del siglo XIX, el cuadro clínico de “una casta híbrida, miserable, desarticulada, sujeta al látigo y a la tutela estrecha del amo, sin asomo de organización”. Es siempre el doctor Justo quien nos lo dice en un trabajo donde pinta de mano maestra el fondo social sobre el cual se diseña, con nítidos contornos, el proceso de formación de esa nueva y renovadora corriente de la historia argentina.

De las tribus indígenas del río de la Plata “salvajes e indómitas” no pudieron los españoles obtener brazos útiles para la producción. Como el clima benévolo y templado era agradable al hombre blanco el trabajo de éste hubiera sido de gran provecho para el progreso de la

región, pero los reglamentos españoles no permitían la inmigración de europeos, incluso españoles, que viniesen a trabajar. Se importaron negros esclavos, mediante contratos con empresas negreras que se comprometían a traer una determinada cantidad de hombres de color cazados como fieras en las costas de África. En manos de los negros esclavos quedaba todo el trabajo urbano. Eso contribuyó mucho a la inferior condición en que se tuvo a quienes se dedicaban a toda clase de oficios industriales, denominados *baxos e serviles*, en aquella sociedad donde los hombres llegados de España, aunque en su país hubiesen sido de origen humilde, aquí se sentían señores porque se les daba tratamiento de *don* y venían no con ánimo de trabajar sino con la esperanza de enriquecerse sin hacer nada.

En la ciudad el obrero libre sólo ganaba salarios accidentales de tres a cuatro reales por día. En el campo la situación de los trabajadores no era mejor. Los braceros asalariados, los acarreadores de ganado, los peones de campo y los mismos productores agrícolas libres, de los alrededores y los ejidos de la ciudad, vivían en la miseria y el atraso.

Esa plebe sumisa y despreciada, sin aspiraciones ni gérmenes de capacidad política, no pudo ser un actor espontáneo y consciente de las luchas por la independencia, en las que sólo intervino como oscuro servidor de la burguesía, ignorando los fines perseguidos por ésta. Desde los primeros días de la revolución, sobreviene un cuadro de convulsiones sangrientas en que las diversas regiones y provincias que han de formar el Estado naciente guerrear entre sí por antagonismos de intereses regionales y rivalidades en las que se descubren razones económicas, especialmente problemas de política aduanera y de circulación mercantil, como entre otros lo demuestra Jacinto Oddone en su libro "El factor económico en nuestras luchas civiles". En esas guerras el proletariado del campo forma las famosas montoneras gauchas de cuyas insurrecciones se ha dicho, basándose sobre todo en un conocido pasaje de las memorias del

general José María Paz, que tenían el carácter de una lucha de clases, de una rebelión de pobres contra ricos, la "parte ignorante contra la más ilustrada", la "plebe contra la gente principal". Eran la inconsciente reacción natural de los gauchos nómades contra un sistema de civilización incipiente que no daba arraigo a esas multitudes campesinas en las extensiones de tierra ajena, que se volvían para ellos cada vez más inhospitalarias conforme el ganado se valorizaba, pues para retenerle y defenderlo como riqueza, se cercaban los campos y se dictaban leyes severas contra el abigeato y la vagancia. El pueblo, que, como dice Justo, "no estaba preparado para tomar parte consciente en la lucha por la independencia y no hizo en ella más que seguir los designios de la clase dominante", estaba en cambio dispuesto a "levantarse contra ésta en defensa de su modo tradicional de vida". Las montoneras —concluye— eran el pueblo de la campaña levantado contra los señores de la ciudad. Los hombres del campo, los gauchos, no eran "ni un pueblo lleno de la conciencia de sus intereses y de sus derechos políticos", como lo ha pretendido un historiador, "ni una inmunda plaga de bandoleros alzados contra los poderes nacionales", como también se ha pretendido. Eran tan sólo la población de los campos "acorralada y desalojada por la producción capitalista que se alzaba contra los propietarios del suelo".

El alzamiento de los gauchos se producía cuando en Europa la moderna lucha de clases comenzaba a expandirse con intensas repercusiones y proyecciones intelectuales. Una de esas proyecciones de los momentos más candentes de tal lucha en Francia, llegó al río de la Plata en el pensamiento de Esteban Echeverría, a quien ya nos hemos referido al ocuparnos en las ideas de Pierre Leroux. Echeverría no superó la limitación utopista de sus maestros europeos, que en un medio tan atrasado como el sudamericano marcaba más todavía su alejamiento de la realidad. Bien es cierto que advirtió las causas económicas de la Revolución de Mayo. Pero no se detuvo a estudiar el problema de la propiedad territorial, que con

sus inmensos latifundios se hallaba y se halla virtual y visiblemente en la base de todas las dificultades nacionales. Ante una clase pobre sumida en la mayor ignorancia de sus intereses e incapaz de toda iniciativa propia, puso sus esperanzas en la organización democrática y realización de sus ideas humanitarias en un puñado de hombres ilustrados y en su Asociación de Mayo. Esos hombres habrían de ser, precisamente, los orientadores doctrinarios de las conveniencias económicas de la burguesía progresista. Entre ellos se destacó Alberdi, con sus principios económicos manchesterianos, su liberalismo jurídico y político, su visión clara de los destinos de su clase y su amplio y sólido concepto del desarrollo histórico de la nación argentina.

Rivadavia y Sarmiento, representando las más sanas y pujantes inquietudes de organización nacional —el primero con su espíritu de progreso y su genial reforma agraria, el segundo con sus iniciativas civilizadoras y su gran reforma de la enseñanza pública—, fueron vigorosos constructores y abrieron anchas rutas al porvenir de grandeza y riqueza que estaba reservado a esa república del continente. Cuando en los últimos años del siglo XIX surgía el Partido Socialista en la ciudad de Buenos Aires, que era ya a la sazón una importante metrópoli moderna, venía a dar expresión política a los intereses y aspiraciones de una clase trabajadora que empezaba a desarrollarse entre las inquietudes de sus primeras luchas instintivas con el capital y las incitaciones de los ideales de emancipación proletaria, que en gran parte venían propagados por revolucionarios y extremistas europeos.

El partido de la clase trabajadora surgía a orientar esa lucha, de la que era asimismo producto, y tuvo que enfrentar al mismo tiempo, por un lado, a los partidos políticos de la burguesía, que como exponentes del atraso cívico de las masas populares “carecían de todo propósito económico conocido”, y por otro lado, a los teóricos del anarquismo infiltrados en el movimiento gremial primitivo en el que a menudo lograban imponer

sus prácticas de agitación permanente y “gimnasia revolucionaria”.

Su acción, que respondía desde ese punto de vista a una doble necesidad, se caracterizó por su alto sentido educador del espíritu obrero, en su calidad de fuerza nueva de renovación de métodos y propósitos, llena del sentimiento de su responsabilidad, que enseñaba a los productores a buscar por sí mismos la vía de su mejoramiento y elevación, de su liberación del yugo económico y político, apartándose de tácticas contraproducentes para avanzar por el terreno firme de una acción de clase, consciente, reflexiva y metódica.

En un medio distinto de aquel en que hasta entonces habían venido apareciendo y actuando los partidos socialdemócratas, su acción asumía características especiales; y mientras para sus adversarios del conservadorismo, y hasta para algunos observadores imparciales, se adelantaba, por su doctrinarismo, excesivamente a la evolución de la realidad argentina, para otros críticos anquilosados y nada clarividentes no llegaba a ser un verdadero partido socialista.

Lo que mejor revela su carácter de fenómeno histórico natural, a cubierto de toda tacha de exotismo, y la originalidad de su teoría y de su práctica socialista, en su espontánea vinculación verdaderamente científica a las características bien observadas de la realidad donde actuaba, es el episodio a que dió lugar la primera visita a la Argentina de un sociólogo y militante socialista italiano, de mundial nombradía, el profesor Enrique Ferri.

Este gran penalista y orador parlamentario, que había encabezado en el Partido Socialista de Italia una tendencia, la del llamado “Socialismo integral”, llegó a Buenos Aires en el año 1909. Dió en esa ciudad numerosas conferencias. La última que pronunció a total beneficio de “La Vanguardia” en un amplio teatro, terminó con una exposición de sus ideas e impresiones sobre el Socialismo en la Argentina. Fueron éstas de tal índole, que provocaron de inmediato una breve interrupción, de un joven militante, Antonio de Tomaso (que más adelante habría

de formar el Partido Socialista Independiente), y una más extensa y serena del doctor Justo, que se hallaba en un palco, y con asentimiento del conferenciante accedió a las instancias del público, socialista en gran parte.

La tesis de Ferri se resume en los siguientes párrafos de una carta publicada por él a raíz de la incidencia y que prolonga en la prensa la controversia del teatro:

"Yo pienso que los socialistas en la Argentina cumplen una obra no sólo simpática y admirable por su coraje y su honrada política, sino también útil al país, porque constituyen el único partido que tenga un programa de cosas y de ideas y no de personas. Pero pienso (y esto es el ABC del Socialismo Científico), que el Partido Socialista es, o debe ser, el producto natural del país donde se forma. Aquí, en cambio, me parece que el Partido Socialista es importado por los socialistas de Europa que emigran a la Argentina, e imitado por los argentinos al traducir los libros y folletos socialistas de Europa. Pero las condiciones económicas-sociales de la Argentina, que se encuentra en la fase agropecuaria (aunque técnica) son tales, que hubiera evidentemente impedido a Carlos Marx escribir aquí "El Capital", que él ha destilado con su genio del industrialismo inglés. El proletariado es un producto de la máquina a vapor, y sólo con el proletariado nace el Partido Socialista, que es la fase evolutiva del primitivo partido obrero... Cuando un país —agregaba— tiene todavía tierra pública por individualizar, y por eso no está todavía en la fase industrial, es absurdo decir que aquí pueda existir un Partido Socialista que debe estar compuesto de proletariado (industrial y agrícola). Aquí existe la agricultura técnica. Pero los medianeros o pequeños propietarios no son socialistas. Pueden serlo los braceros ("peones") pero éstos son en gran parte inconscientes o "golondrinas", que es imposible moral y materialmente organizar en un partido socialista. Los muchos obreros industriales que viven en Buenos no bastan para cambiar el carácter de las condiciones económicas de la República Argentina, que está en la fase agropecuaria. Ellos son en realidad tradeunionistas... que son bien distintos de los socialistas".

Todo su pensamiento al respecto gira, como se advierte, en torno del extraño concepto de que el Partido Socialista no puede existir como tal en un país determinado si en éste predomina la producción agropecuaria, aunque en él vivan muchos millares de asalariados de la ciudad y del campo, entre los cuales no pocos obreros de las industrias urbanas mecánicas y de las más diversas ramas de la ma-

nufactura. El famoso sociólogo italiano olvidaba que en Rusia y en algún país de la Europa Central mucho más agrícolas (y de una agricultura primitiva, sin tractores mecánicos) que manufactureros, había, cuando él hablaba, partidos socialistas en pleno desarrollo, algunos de ellos de acción tan pujante como la revelada por el Partido Socialdemócrata Ruso en la Revolución de 1905.

¿Cómo negar, en efecto, a los miles de obreros que trabajan en los ferrocarriles, en los molinos a vapor, en los tranvías eléctricos, en las usinas de electricidad y de gas, en los aserraderos mecánicos, en los frigoríficos, en las fábricas de todo género acumulados en ciudades como Buenos Aires, Rosario, La Plata, el derecho de considerarse proletarios, componentes auténticos del proletariado moderno? ¿Cómo no habría de caber constituir con ellos la vanguardia de un gran movimiento de elevación obrera que llevase a los trabajadores de toda especie, de la ciudad y del campo, ideas de renovación social y métodos de organización y lucha para mejorar su suerte vinculándola al progreso, la cultura y la orientación del país hacia formas institucionales superiores, más cultas y humanitarias?

Negar ese derecho a los proletarios del país donde aún hay "tierra pública sin individualizar" equivale a negárselo al proletariado de los Estados Unidos de Norteamérica, donde se desarrollaba el industrialismo en forma que obligaba, ya entonces, a pensar que de vivir Marx en esa época hubiera escrito "El Capital" tomándolo en vista, tanto o más que al industrialismo inglés. Porque en esa vasta nación americana quedaban como marco a las enormes ciudades fabriles, con millones de obreros, en alguna lejana región del oeste y del sur, tierras públicas sin individualizar. Y luego, ¿cómo admitir que sea forzosa la individualización de la tierra a los efectos de su cultivo como etapa previa a la aparición de un movimiento socialista que podrá, incluso, proponer el aprovechamiento de la tierra en forma colectiva o cooperativa, tal como ocurre en Rusia con los koljoses?

Ni siquiera se justifica en países americanos más atra-

sados técnicamente que la Argentina con problemas como el de las poblaciones indias sumidas en la mayor incultura, esa negación pseudo-científica de toda base real para la existencia de un Partido Socialista, porque en el mejor de los casos acusaría esa negación una confusión de las condiciones históricas necesarias para el rápido y vigoroso crecimiento de la fuerza socialista, con la razón de ser de su aparición como germen de un vigoroso movimiento futuro.

El doctor Justo en su aplastante refutación, mientras demuestra la incompreensión y estrechez de criterio del visitante ilustre, explica con admirable claridad la naturaleza y misión del Partido Socialista en un país como la Argentina. En una carta de contestación a la de Ferri hallamos la sustancia de su discurso del Teatro Victoria.

"Para un observador imparcial y sobrio de juicio este país ofrece el cuadro singular de una sociedad moderna, íntimamente vinculada al mercado universal, y cuya vida política está en manos de partidos políticos sin equivalentes ni afines en la vida política de ningún otro país moderno. Agrupaciones efímeras, sin programas ni principios, sin más objetivos que el triunfo personal del momento, los partidos de la política criolla, pasada la frontera, carecen de todo sentido... Frente a ese caos de facciones y camarillas, cuya única palabra de orden y único vínculo interno es el nombre del *condottiere* que los guía al asalto de los puestos públicos, ha aparecido y se desarrolla el Partido Socialista que, sin excluir a nadie de su seno, se presenta ante todos como la organización política de la clase más numerosa de la población, la de los trabajadores asalariados. Representa una corriente de opinión extendida por el mundo entero civilizado; está en relación regular con los partidos afines extranjeros; sus costumbres son las de la democracia moderna; tiene centros organizados en los principales puntos del país; es la única agrupación política de vida progresiva y permanente, que sostiene un programa, celebra grandes asambleas y vota, despreciando por igual la inercia de la mayoría de los electores y las malas artes del Gobierno. Es, en una palabra, para el observador sobrio e imparcial, el único partido que existe. Pues para el profesor Ferri, inmovible en su preconcepción, es el único que no tiene razón de ser. Así, aquel famoso profesor de medicina, al encontrar sano y bueno un paciente cuya muerte próxima había pronosticado, le dijo con aplomo académico: ¡usted está muerto para la ciencia! En lugar de admitir en nuestro desarrollo la fecundidad de la idea socialista, capaz de inspirar al pueblo una

acción buena e inteligente, bajo todos los climas y en condiciones históricas relativamente distintas, en lugar de ampliar su propio concepto del Socialismo bajo la influencia de lo que aquí pensamos y hacemos, el profesor Ferri, con una ciencia de pacotilla, viene a decirnos: aquí no hay gran proletariado industrial, luego no puede haber Socialismo. Efectivamente no tenemos una industria como Inglaterra, donde escribió Marx "El Capital", pero el último capítulo de este libro, titulado "La Teoría Moderna de la Colonización", expone y prevé con exactitud admirable lo que hace la clase gobernante para crear rápidamente un proletariado en países como éste. No traen para eso los gobiernos de los países coloniales máquinas a vapor. Aunque lo diga el profesor Ferri el proletariado no es un producto de éstas. Apareció y se desarrolló en Europa varios años antes de que se generalizara el motor inventado por Watt, y alimentó de brazos en el siglo XVII la manufactura capitalista, y después la fábrica movida por la fuerza hidráulica. El proletariado resultó de la disolución de la sociedad feudal, de la clausura de los conventos por la reforma religiosa, del desalojo de los campesinos por la transformación del dominio feudal de la tierra en propiedad privada estricta de los señores, por la usurpación de las tierras comunales, por la venta de los bienes de la iglesia. Como relación jurídica y política de coerción, la de proletariado y burgués fué en su principio obra del despojo violento, de leyes inicuas, no del progreso técnico. La máquina a vapor ha venido después a acelerar en el siglo XIX la mecanización de la industria toda, y la desaparición del antiguo artesanado, a acercar y confundir los pueblos revolucionando los transportes, a impulsar el aumento de la productividad del trabajo". (JUAN B. JUSTO, *El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino.*)

A continuación explica cómo se aplicó en estos países la "colonización sistemática", que no fué sino la implantación sistemática de la sociedad capitalista. El procedimiento consiste en impedir a los trabajadores el inmediato acceso a las tierras libres, quitándoles su condición de "libres", de modo que para ocuparlas sea necesario adquirirlas o arrendarlas, y asignándoles en seguida un precio bastante elevado para que los trabajadores no puedan pagarlo sino después de trabajar mucho tiempo como asalariados, si logran reunir con su trabajo algunos ahorros.

En las colonias latino-americanas la clase trabajadora, compuestas en gran parte por indios y mestizos, fué excluida de la propiedad del suelo que los gobiernos espa-

ñoles concedían a los señores en mercedes reales. La clase gobernante criolla practicó después, por instinto, sin teoría y sin más guía que sus necesidades financieras y sus apetitos de lucro fácil, la colonización capitalista sistemática. Al margen de la propiedad de la tierra ha surgido la masa proletaria de la ciudad y del campo. Su suerte como la clase explotada reclama la presencia del Socialismo.

“Si todavía no lo viésemos en nuestro propio país —concluye textualmente el doctor Justo— el cuadro de los grandes pueblos modernos, con la centralización industrial, la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos, los monopolios, las crisis y la lucha de clases, nos señalaría nuestro propio porvenir. Y los ideales no se adoptan por temporadas como alquilamos una casa, previendo el plazo en que vamos a desocuparla. Necesariamente se apoderan de nosotros los más universales, los más eternos que somos capaces de seguir.

“Ferri cree haber desautorizado al Socialismo en este país. Lo habrá robustecido si reconocemos las medias verdades contenidas en sus temerarias afirmaciones. Dice que desempeñamos la función de un partido radical a la europea; pongamos entonces el mayor empeño en llevar a su madurez de juicio a los radicales doctrinarios que hayan en el país; hagámosles sentir y comprender que su puesto está en nuestras filas. Presenta como un obstáculo al Socialismo la actual economía agrícola argentina. Dedicemos, pues, mayor esfuerzo a la política agraria que ha de acelerar la evolución técnico económica del país, y también su evolución política, enrolando en nuestro Partido a los trabajadores del campo.

“Nos excomulga Ferri, por fin, en nombre de la doctrina. Sea ello para nosotros una inmunización más contra la tendencia anquilosante de la doctrina. Clasifiquemos los hechos conocidos, escurriémoslos los que se nos augura, cultivemos la teoría que ha de iluminar nuestra marcha hacia el porvenir. Pero esa doctrina, obra nuestra, no la dejemos cristalizarse en boca de los charlatanes y de los epígonos, para que no se sobreponga a nosotros. Infundámosle siempre nueva vida, preñándola constantemente de hechos nuevos, haciéndola recibir en su seno todas las nuevas realidades, para que no degenera en un nuevo evangelio”. (IDEM.)

El Partido Socialista innovaba con su sola presencia en un medio político y social como el argentino. Revolucionaba las prácticas políticas al aparecer con una ideología y un programa de reivindicaciones concretas que

respondía a intereses de grupo social y trazaba un plan de progreso en todos los órdenes de la vida del país. Su decisión de lanzarse a disputar posiciones para la defensa de los intereses del pueblo trabajador por la vía democrática, apartándose de la revuelta y del motín, que no podían ser armas de un partido de trabajadores, creó en la conciencia pública la noción exacta de lo que significan el sufragio y las libertades inherentes como exponentes reales del grado de cultura de un pueblo y adelanto de una nación.

Formó ambiente con su adhesión aleccionadora, que era incluso un desafío de coraje a los usurpadores malevos que despojaban de sus derechos al ciudadano con el fraude y la coacción oficiales, para que un Presidente de la República, ilustre representante de la oligarquía tradicional que dentro del juego institucional de equilibrio de las provincias se reservaba el poder, proyectase una ley que permitió al nuevo partido conquistar, con relativa firmeza, la mayoría electoral de la ciudad de Buenos Aires.

El Partido se erige en una gran escuela de la ciudadanía y en un órgano conspicuo moral e intelectual de las masas. Se le vió y se le sintió actuar como un constante y vigoroso impulso de civilización con su riqueza de ideas, su altura de miras, su irreprochable y ejemplar conducta política, su energía cívica en la esforzada labor de fiscalizar a los gobiernos y vigilar la administración de los intereses públicos.

En el Parlamento nacional su primer diputado, el doctor Alfredo L. Palacios, inicia la legislación del trabajo logrando con brillantes campañas parlamentarias, la aprobación de las primeras leyes obreras.

El es, por otra parte, uno de los más gallardos representantes del idealismo político, con su culto romántico por las formas caballerescas de la contienda personal y su fuerte entonación varonil que resuena en todas las agitaciones de la vida pública, llenando todos los ambientes e influyendo en el espíritu de las nuevas generaciones

universitarias con la sugestión legítima de los más altos valores morales e intelectuales.

Más adelante Mario Bravo —otro tribuno de garra y también destacado valor universitario, escritor y poeta eximio— proyecta y obtiene desde el Senado la ley que crea el Concejo Deliberante electivo de la capital de la República, abriéndole así a la actuación administrativa y política del Partido Socialista un amplio campo de acción práctica, donde afirma su inconfundible personalidad colectiva en la cotidiana labor de defender con inteligencia, tesón y honradez los intereses inmediatos del pueblo en la importante órbita de la administración comunal.

Y al mismo tiempo una admirable tarea de estudio de los problemas nacionales y de seria contribución legislativa a la solución de los mismos, se desenvuelve por parte de un grupo de brillantes y activísimos representantes socialistas: de Nicolás Repetto —el amigo fraternal de Justo y su verdadero albacea político y doctrinario— de Angel M. Giménez, verdadera alma de apóstol, de Enrique y Adolfo Dickmann, de la doctora Alicia Moreau de Justo, esposa del maestro, de Américo Ghioldi, de J. A. Solari, de Carlos Sánchez Viamonte, de Julio V. González, de Silvio Ruggieri, de Oddone, de Bogliolo, y otros más, no menos empeñosos e inteligentes, una obra constructiva imperecedera, mientras libran resonantes batallas en pro de las libertades del pueblo, del juego limpio en la contienda política, y de la sinceridad democrática en los hábitos de la vida ciudadana y el funcionamiento de las instituciones.

Y elabora entretanto su doctrina y se forja un espíritu, en el cual alienta una fecunda inquietud de problemas y cuestiones para cuya dilucidación se entablan las controversias propias de la vida mental de una organización de hombres libres y conscientes que ajusta sus actos a sus pensamientos. Dejando de lado las divisiones que sacudieron la organización hasta el punto de desgajar de ella grandes núcleos de afiliados para formar parcialidades rivales de duración más o menos efímera, hemos de referirnos a tres diferencias de matiz o de coloración

ideológica en la mentalidad del socialismo argentino, que convivieron sin estorbarse en la acción práctica del trabajo político.

Mientras Juan B. Justo personificaba una tendencia teórica de neomarxismo casi bernsteiniano, con no pocas discrepancias de las hipótesis y del método lógico de Marx, Enrique del Valle Iberlucea, el primer Senador socialista, también vigorosa inteligencia y vasta ilustración, representa una adhesión casi absoluta al marxismo ortodoxo, y luego una afinidad de fondo con el comunismo soviético, quedando así en las antípodas de Alfredo L. Palacios, quien, por su parte, rechazó siempre las interpretaciones estrechas de la concepción materialista de la historia y se negó a admitir que el proceso fundamental de los acontecimientos históricos fuese exclusivamente producto de causas y relaciones económicas. No niega la intervención de esos factores, pero acusa a Marx de unilateralidad atribuyéndole una visión de la historia que relega a papel muy subalterno los móviles ideales. No es, sin embargo, su posición ante la teoría marxista de la historia, ni el idealismo de que hace gala en su interpretación de ésta, lo que más ha distinguido el pensamiento de Palacios en el ideario socialista de la Argentina. Más lo ha destacado su fervorosa adhesión al sentimiento de nacionalidad y de patria; su concepto de una idealidad y de una acción socialista desarrolladas en función de una constante y profunda correspondencia entre los destinos de la patria y la suerte de los trabajadores.

En un país donde corrientes del más estrecho nacionalismo explotan para sus fines los sentimientos patrióticos y exaltan el fanatismo de la patria, él se propuso no entregarles el monopolio del culto del patriotismo y del amor nacional; y entendió desde el primer instante que el Socialismo no debía dejar prosperar ningún malentendido —como dice Jaurés— entre la nación y el proletariado. Al internacionalismo de los que en el Partido exageraban el concepto hasta volverlo incompatible con el culto a la patria, y se negaban a ver en los símbolos nacionales —la bandera, el escudo, el himno— otra cosa

que atributos del dominio de clase de la burguesía, opuso su argentinismo de buena ley, su nacionalismo declarado y sano, no "declamado" y enfermizo como el de los patrioter. Y no le pareció prudente la prudencia de los que, por no confundirse con los empresarios del patriotismo de fachada, preferían dejar que su internacionalismo pareciese indiferencia por el amor a la patria y desentendimiento de una adhesión inquebrantable, de solidaridad integral, con los destinos de la patria. Se pronunció, pues, por un Socialismo que enarbolase la bandera nacional, cuando muchos socialistas creían que en sus reuniones no debía ostentarse ninguna bandera que no fuese la roja del internacionalismo obrero.

Sobre el cadáver de Juan B. Justo se juntaron un triste día, cumpliendo un deseo del maestro, las dos banderas, para definir con una graficidad solemne en aquel momento inolvidable, la conciliación profunda de sus destinos propios con los destinos de la humanidad.

Palacios acostumbó a las asambleas socialistas a escuchar el elogio de los héroes nacionales, de los que lucharon por la independencia y la formación de la nacionalidad. Es, pues, la suya, una afirmación de socialismo argentino, en los cuadros de un Partido Socialista cuyo internacionalismo se asocia al "nacionalismo sano" de que se considera, sin jactancia, el mejor exponente, y cuya bandera roja tremola (cuando puede exhibirla) junto a la bandera azul y blanca, expresando de ese modo que ansía para su patria el triunfo de la fuerza de renovación social que todos los obreros conscientes del mundo constituyen, y para la humanidad, el ejemplo de una Argentina libre y próspera, en la más perfecta realidad civil y el mayor respeto permanente de todos los derechos humanos.

Siendo el problema de la tierra de capital importancia para el destino de los países americanos, tócanos referirnos especialmente a la teoría del Partido Socialista de la Argentina en materia de formas de explotación y ocupación agraria.

De acuerdo con las ideas de Justo el programa agrario del Partido preconiza una forma de socialización del sue-

lo que se concilia con la apropiación privada en los límites de la pequeña propiedad. Adopta para ello la fórmula georgista de rescatar para la sociedad, por el impuesto, la renta del suelo, de modo que la tierra sólo pueda quedar en manos de quien la ocupa como medio de producción y nunca como fuente de especulación.

Entiende que el impuesto que rescata esa renta socializa la propiedad de la tierra en cuanto valor de cambio, y la deja en manos de quien la retiene sólo como factor de producción. Siendo su propósito distribuir el territorio del país entre una numerosa clase de productores libres, quiere que se socialice la renta de la tierra en vez de socializar su apropiación, y así concilia el principio de la propiedad colectiva del suelo —al abolir el privilegio de la renta para el propietario individual— con la posesión privada de la tierra en cuanto elemento de trabajo.

Es una forma que vence con sagaz espíritu práctico las dificultades que se oponen en un país como la Argentina a la abolición de la propiedad individual del suelo agrícola, y acelera la necesaria evolución económica hacia una mayor productividad de la explotación agraria con un mayor desenvolvimiento demográfico en la enorme nación despoblada.

JUAN B. JUSTO

La refutación a Ferri fué al mismo tiempo que la más clara, exacta y profunda definición y explicación del movimiento socialista argentino, la más enérgica proyección gráfica del espíritu de Justo en el dinamismo intelectual de su triple actitud, reflexiva, combativa y realizadora. Allí está él de cuerpo entero. La certeza de sus golpes es sólo comparable a la elegancia de sus giros en el movimiento de la forma y de las ideas. La firmeza de su concepto, el rigor de su lógica, la solidez maciza de sus tesis, no obstan a la agilidad del estilo, acerado, puntiagudo y filoso, como la espada de un esgrimista. Sobrio, ponderado, sencillo y fuerte. Todo naturalidad, todo ma-

durez de concepto, todo sensatez, todo equilibrio mental. Nadie da como él una sensación tan cabal de saber lo que dice; de haber digerido bien en su cerebro lo que expresa como manifestación de su pensamiento. Nadie le aventaja en fuerza de síntesis y de penetrante prolijidad de análisis. Estudia los problemas con una paciente búsqueda de todos los elementos que los integran y sólo después de conocerlos teórica y prácticamente como nadie, aconseja las soluciones, impregnadas siempre de un insobornable sentido de la realidad.

Así, para penetrar bien en la entraña práctica y viva de los problemas agrícolas de su país y poder hablar de ellos no como un teórico o un simple diletante libresco, se fué a vivir en cierta ocasión, según nos lo relata en una hermosa biografía su amigo y continuador el doctor Nicolás Repetto, a Pergamino, pequeña ciudad de la provincia de Buenos Aires; y otra vez se dedicó a chacarero explotando una pequeña fracción de tierra que pudo adquirir con sus ahorros de cirujano eminente.

Tocamos aquí un punto de alta significación en la biografía de este hombre. Justo era una notabilidad profesional en el ramo de la cirugía. Fué de los que introdujeron los nuevos métodos de la profilaxia en los procedimientos quirúrgicos. Se le consideraba el mejor discípulo de Pirovano, el fundador de la moderna cirugía argentina. Pero era a su vez un maestro. El doctor Avelino Gutiérrez con toda su autoridad profesional nos explica en su discurso del funeral cívico en el Teatro Colón, cómo el joven cirujano en 1890 realizaba por primera vez en el mundo la resección osteoplástica de la bóveda craneana. Oigámosle:

“Se decidió después de haber estudiado todo el proceso histórico de la trepanación y regeneración de las pérdidas de substancias, sin formación de callo, así en las grandes brechas como en las fracturas, y después de conocer los fundamentos básicos del método: anatómicos, anatomofisiológicos, clínicos y de técnica y experimentales con vista a las ventajas y posibilidades, justificando su decisión con las siguientes reflexiones: “No necesitamos más para vernos inducidos y autorizados a practicar en el hombre enfermo la resección parcial y temporaria de la bóveda del cráneo, en lugar de la trepanación”.

Profesor prestigioso de la Facultad de Medicina, donde dejó huellas profundas de su paso como hombre que unía a su saber una altiva independencia de carácter ante las autoridades arbitrarias —dueño de una rara maestría en el manejo del bisturí y de una sólida ciencia— gozaba de reputación envidiable, que en un medio como el de Buenos Aires le hubiera permitido ganar una cuantiosa fortuna. Cuando se sintió llamado a formar en la Argentina una fuerza política de renovación y a despertar en su pueblo obrero una conciencia clara y fértil de su misión histórica, dejó de lado la medicina y la cirugía —que sólo procuran la salud física individual— para consagrarse como un sencillo apóstol sin gestos ni declamaciones a la ardua tarea de buscar los medios para curar los grandes males colectivos, las enfermedades orgánicas de la sociedad y del país. El ha explicado bellamente cómo tomó esa decisión:

“Hubo una época de mi vida en que salía yo todas las mañanas del hospital, después de pasar media jornada entre los enfermos, los lisiados, los inválidos, las víctimas variadas de la miseria, de la fatiga, de la explotación y del alcohol. Y cuando se hubo apagado algo en mí el orgullo del artífice que opera en carne de hombre, del obrero cuya materia prima son los tejidos humanos, cierto día, al retirarme fatigado, empecé a preguntarme si aquella lucha contra la enfermedad y la muerte, que absorbía todas mis fuerzas, era lo mejor, lo más inteligente y humano que podía yo hacer. Desbordaba siempre el hospital de carne doliente. Sucediáanse los pacientes en las filas de los lechos, y en cada lecho, y no salían de allí sanos y mejorados, sino para caer inmediatamente otra vez entre los engranajes de una organización social que con la ignorancia y el vicio de las masas justifica el privilegio y la opresión.

.....
 “¿Valía la pena empeñarse tanto en conservar otras vidas, fatalmente condenadas a un vil sufrimiento? Gradualmente comprendía que había mucho de estéril e indigno en mi tarea, que aquella atención al cuidado de cuerpos lisiados y doloridos tenía en sí algo de fanático y unilateral. ¿No era más humano ocuparse de evitar en lo posible tanto sufrimiento y tanta degradación? ¿Y cómo conseguirlo sin iluminar la mente del pueblo todo, sin nutrirla con la verdad científica, sin educarla para más altas formas de convivencia social? Y la obra humana, la obra necesaria, se me presentó entonces como una infinita siembra de ideas, como un inmenso germinar de costumbres, que acabaran

con el dolor estéril y dieran a cada ser humano una vida digna de ser vivida”.

Se comprende fácilmente qué fuerza de autoridad moral emanaba de ese renunciamento. Y le servía, sin duda, esa fuerza como un escudo en el que se rompían los dientes de las rabiosas inquinas que su acción y su prédica y sus campañas parlamentarias levantaban en las filas de sus adversarios y que un día llegaron a armar la mano de un asesino anónimo para que, poniéndolo en riesgo de muerte, le dejase en una pierna la señal indeleble de que su paso por la vida era de los que desatan tempestades. Así se documentaba, por lo demás, en la historia del Socialismo argentino, una característica de esa que él llamaba “política criolla” por lo que hay en ella de atraso político vernáculo y de reflejo de las modalidades primitivas del ambiente social.

En su actuación parlamentaria le tocó muchas veces repeler, con el cauterio de su palabra, agresiones verbales desorbitadas, como en aquel episodio donde debió aludir, precisamente, a su pasaje por las clínicas médicas:

“En mi camino, señor, que ha sido ya un poco largo y accidentado, he sido un hombre de opiniones hechas, de procedimientos eficaces, en cuanto ha estado a mi alcance, y he dejado rastros a veces desagradables para algunas personas.

“En el hospital, por ejemplo, he tenido subalternos que me acompañaban muy mal, y que tal vez conservarán de mí un mal recuerdo. Ha habido estudiantes de poco provecho, y no es difícil que me guarden poco cariño. He combatido allí contra los microbios; he sido uno de los que han introducido en el país la asepsia y la antisepsia, y continué en otros campos: en el campo público, en el de la administración general, en el de los procedimientos de la política, a fin de que todo se haga según los principios modernos, regulares, calculados y limpios. Y es indudable que, poniéndose uno en esta situación, se expone a provocar el desagrado de cantidad de gente. ¡Pero los desagradados no me alarman!”

Volviendo a los rasgos de su personalidad intelectual, acaso pueda decirse de él que sus facultades poderosas encontraban un punto de concentración y de síntesis en su formidable buen sentido.

Cuando se realiza, como venimos haciéndolo, una ex-

cursión por los campos del Socialismo internacional y se pasa del idealismo romántico o del fantaseo revolucionario de los unos al rigorismo realista o el abstracto doctrinarismo dialéctico de los otros, tropezándose a cada paso con la arista de alguna exageración, de algún resabio de utopismo o de lirismo acá; de seco científicismo allá; de metafisismo o filosofía abstracta acullá, se recibe finalmente una impresión de seguridad, de equilibrio, de pisar sobre tierra firme, en cuanto se llega al territorio intelectual de este ideólogo inaperturbablemente lúcido, de este pensador sin retórica, que no pierde nunca el centro de gravedad.

La formación seriamente científica de su espíritu —educado en la disciplina de las ciencias biológicas, de las ciencias naturales, de las ciencias económicas, adiestrado en el manejo de los mejores métodos de investigación y en el empleo constante del razonamiento científico—, lo pone a cubierto, por una parte, de toda veleidad de fantaseo, mientras por otra parte lo dota de una aptitud extraordinaria de penetración para descubrir todos los aspectos, hasta los más recónditos, de las cosas y de los fenómenos que estudia.

Se coloca ante los orígenes de la realidad argentina y con el método de interpretación científica de Marx ilumina intensamente las entrañas de la historia de la Revolución de Mayo, de la guerra gaucha, de la era rosista y del proceso social y político que se extiende desde la caída de Rosas a sus propios días.

En su conferencia del Ateneo del año 1898 parte de aquella comprobación de Mitre en su “Historia de Belgrano”, según la cual “a la sombra de los intereses económicos venía elaborándose la idea revolucionaria”. Y de ahí se eleva al concepto —que es la formulación clarividente de toda una ley de la historia— de que es necesario que el hombre “aplique”, es decir, “comprenda” los elementos del medio físico biológico o del medio social para que éstos lo empujen en un sentido progresivo. Mientras el hombre no comprende o no aplica conscientemente

dichos elementos, ellos no se vuelven factores del progreso humano.

“El sílex no es un factor de la historia del hombre sino cuando éste aprende a fabricar con aquél sus primeras armas. Así también los nuevos medios y formas de producción no conducen a nuevas relaciones políticas sino en tanto que sugieren nuevas combinaciones de esfuerzos con un fin práctico determinado, en tanto que los hombres aplican a la realización de nuevas relaciones políticas el conocimiento que tienen de los efectos sociales de esos nuevos medios y formas de producción”.

Desde ese punto de vista realza y encomia la percepción de la naciente burguesía argentina, que se esforzó en explotar y desarrollar toda la enorme potencialidad de riqueza que encerraba el suelo de estas regiones del continente. Los nativos propietarios del suelo “ante el interés con que venían solicitados de todas partes sus productos, pronto comprendieron la capacidad productiva del país”. Esas zonas mucho menos codiciadas por el conquistador español que aquellas otras del alto y del bajo Perú, se revelaban dotadas de un venero inagotable y precioso de riquezas naturales: la fertilidad de su suelo, apto para los mayores desarrollos agrícolas y cubiertos de las mejores pasturas para la cría del ganado. El Seminario de Agricultura, Industria y Comercio, publicado por Vieytes en 1802 expresaba bien ese descubrimiento:

“Las inagotables minas del cerro de Potosí, los riquísimos criaderos de aquellas masas enormes de plata maciza que ha dado Guntaya, ni los poderosísimos planes de oro del Río Lpuni, serán nunca comparables con el inagotable tesoro que pueden producir nuestros dilatados campos”.

Había que sustraer al monopolio español esos tesoros, a fin de acrecentarlo y tornarlo fuente de prosperidad para la región. Los mejores hombres de la época comprendieron que los nativos debían manejarlo inteligentemente por sí mismos, “y al efecto se armaron de un rico arsenal de ideas exactas y claras acerca de la situación”.

La Revolución fué, así, la obra de “la burguesía decen-

te”, al decir del historiador López. Ella sobrevino con sus “propósitos netos, a pesar de la oscuridad de sus intenciones aparentes; no se trataba de realizar sueños de libertad ni de democracia, sino de obtener la autonomía económica del país, y este fin primordial supo realizarlo la inteligencia y energía de la dirección revolucionaria”.

Su fin primordial, su verdadero objetivo, era suprimir los privilegios comerciales de la metrópoli, como lo declaraba “La Gaceta” de Buenos Aires en diciembre de 1810. “Todo es más sufrible respecto de las Américas, que el monopolio de la metrópoli”.

El progreso económico, en cuanto era bien comprendido, daba lugar —dice Justo— a una lucha política, la lucha por la independencia, que condujo a su vez a otros progresos.

Ese mismo progreso económico “en cuanto no era comprendido” daba lugar a una lucha social regresiva que asoló al país por espacio de varias décadas. Traza a continuación el cuadro de la campaña por donde vagan ganados chúcaros y donde una población acostumbrada a una vida “libre y bárbara” se volvía hostil a los fines de incipiente organización económica y explotación metódica de los ganados que los hacendados deseaban alcanzar.

Los campesinos quedaban al margen de la propiedad de la tierra. Esta había sido entregada por compra o por “mercedes reales” a los señores de la ciudad; pero los hombres del campo podían obtener los frutos espontáneos de éste cuando los campos “realengos” o sin dueño abundaban y las ovejas carecían de valor y la principal industria eran las “volteadas” en que sólo se aprovechaba el cuero de los animales sacrificados.

La situación de ese campesinado se hizo cada vez más angustiosa a medida que avanzaba el progreso económico y aumentaba el valor de los productos por efecto de su exportación.

Eso explica las guerras civiles que a partir de 1815 asolaron al país.

Entendía que no debía recargarse la ideología del mo-

vimiento socialista con complicaciones y sutilezas filosóficas. Los obreros, para el mejor y más corriente desenvolvimiento de su acción de clase, no necesitan enfrascarse en distingos y disputas teóricas que no estén al alcance de su comprensión normal, y no tienen tiempo para estudiar en forma que los habilite para decifrarlos.

Hallándose, por muchos conceptos, en los verdaderos antípodas de Monsieur Homais, desconfiaba desde lo más profundo de su buen sentido contra todo lo que oliese a metafísica tanto del lado del espiritualismo como del lado del materialismo. Y para acentuar, sin duda con intención pedagógica su posición de espíritu ante los problemas de la especulación abstracta y desinteresada, se declaraba refractario a la filosofía, del mismo modo que para ponderar las virtudes del sentido práctico ante los peligros del devaneo filosófico se declaraba, con heroica modestia, descendiente de Sancho Panza.

En una página del más fino humorismo, refutando inconsistentes afirmaciones de Max Nordau, así lo dejó consignado. Se calumniaba, evidentemente, con cierta coquetería de su criterio positivo y de la sana sencillez de sus gustos.

Por una extraña coincidencia con su ilustre contrincante del Teatro Victoria, parecía hacer suyo el famoso grito de Ferri cuando en nombre de la escuela penal positiva italiana, que quería apartar el derecho penal en cuanto disciplina jurídica, de la filosofía, exclamaba: "¡Abajo el silogismo!"

Característico de su manera de situarse ante la teoría general del Socialismo, es su ensayo "Realismo Ingenuo". Con Bernstein reprochaba a Marx y Engels haberse complicado con la dialéctica hegeliana, a la que niega valor científico. Resulta ese ensayo un buen contrapeso a la exageración hegelianista que condujo a algunos filósofos marxistas de cierto sector a afirmar, con intrepidez un tanto cómica, que "el pensamiento social-demócrata había olvidado peligrosamente la dialéctica hegeliana para sufrir las influencias ideológicas de la burguesía"... Y que eso —dejarse influir por Kant— anunciaba ya el

fascismo en el plano ideológico. (N. Guterman y H. Lefebvre: "Qué es la Dialéctica". Edic. América. México. pág. 14). Son esos mismos filósofos quienes afirman que "el filósofo revolucionario tiene que conocer a Hegel" (Idem, pág. 77).

¡Cómo se hubiera reído Justo al ver que no pasaría mucho tiempo sin que del seno del mismo sector partiese la consigna *filosófica* de colgar a Hegel como padre doctrinario del nazismo y de reducir su dialéctica al papel de un mal trampolín del que sólo pudieron servirse Marx y Engels dándole un puntapié!

Lo más sustancial de ese ensayo se encierra en los pasajes siguientes:

"Sea de ello lo que fuere, Marx y Engels tenían en mucho la dialéctica. ¿Qué es ésta, pues? ¿Algún nuevo método de investigación y de trabajo, como los logaritmos o el cultivo de los microbios o la estadística? Nada de eso. La dialéctica parece ser una lógica superior, mediante la cual se alcanzarían resultados inaccesibles para la lógica vulgar. Consistiría en ver las cosas, no en su rígido contraste con otras, en su quietud, en su aislamiento, sino en su "Werden", en su "devenir", en comprender que "todo fenómeno encierra las fuerzas que han de engendrar su contrario" (Plejanov). Quien no comprenda bien este enunciado, más claro, sin embargo, que los de puro corte filosófico alemán, sabrá con alivio que Engels, después de dedicar durante ocho años la mejor parte de su tiempo a un estudio general de las ciencias matemáticas y naturales, reconoció que la idea de la evolución se adquiere directamente en el estudio de los fenómenos físico-biológicos, sobre todo desde que se ha conseguido la liquefacción de todos los gases, descubierta la transformación de las fuerzas, y escudriñado el origen de las especies. Y la idea de evolución parece ser lo substancial de la "dialéctica". Las conquistas de la ciencia, nacidas de la vida práctica y vulgarizadas por sus aplicaciones de evolución al sentido común de las gentes, mezclan, pues, la dialéctica a la lógica vulgar, que, por otra parte, nunca ha podido carecer de las nociones de cambio y de desarrollo.

.....
"La influencia que las oscuras, remotas y negativas concepciones de Hegel puedan haber ejercido sobre la ciencia en general y sobre el socialismo en cuanto tiene de científico, no es evidente. Para los que comprenden la nueva teoría de la historia y ven también en ella un acontecimiento histórico, sus lazos de parentesco con la dialéctica son muy problemáticos; sin Hegel también hubiera sido descubierta, como efectivamente lo ha sido

por Morgan, siguiendo los métodos ordinarios de la investigación científica. Que Marx y Engels, ufanos de su grandiosa concepción, la hayan atribuido a la dialéctica, no sería una ilusión sin ejemplo. Cuentan los antiguos que Pitágoras, transportado de alegría por su teorema de que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos, prometió a los dioses una hecatombe.

.....
 "Pero es indudable que la dialéctica ha dado a ciertas partes de la obra de Marx graves defectos de forma que la hacen de una difícil y equívoca interpretación. Toda la sección "Forma del valor" del primer capítulo de "El Capital" donde el autor dice haber hecho gala del modo de expresión característico de Hegel, es un artificioso esfuerzo por demostrar que la igualdad A igual B es una desigualdad, y en la equiparación del valor de dos mercancías cualesquiera descubrir por el raciocinio que una de ellas está en la "forma de equivalente", es decir, de moneda.

"No es extraño entonces que el mismo Lasalle no haya entendido siempre a Marx, y que al querer dar la "quintaesencia intelectual" de sus doctrinas sobre la substancia y la magnitud del valor, haya incurrido en "confusiones de importancia".

.....
 "Aunque consideraban liquidada la filosofía, Marx y Engels dieron a su concepción de la historia la calificación de "materialista". Lo substancial de ella tiene, sin embargo, poco que ver con el materialismo de la filosofía. Federico Alberto Lange, uno de los más inteligibles y populares filósofos alemanes, profundamente preocupado de la cuestión social, ni menciona siquiera a Marx y Engels en su "Historia del Materialismo", tenida en Alemania por una obra clásica, omisión que el acérrimo marxista y materialista Plejanov no le perdona, pero de la cual nos felicitamos los que en las teorías de Marx y Engels vemos, ante todo, una conquista de la ciencia".

La ciencia, dice, no es hija del idealismo ni del materialismo sino del "realismo ingenuo", de la vida y de la técnica.

Con términos en que sin duda se deja llevar demasiado lejos en su empeño de librar al movimiento socialista de compromisos poco claros con la filosofía, cierra así su requisitoria antifilosófica:

"Yendo por el camino de la vida, algunos hombres, inciertos de que sea el de la verdad, toman en busca de ésta la empinada y tortuosa senda de la filosofía. Los que no se pierden en ella, encuentran, por fin, que los conduce al camino de la vida. Celebremos su vuelta; pero si después de esa hazaña de gimnasia

intelectual, pretenden estar más seguros del camino, más seguros que nosotros, que sin ellos como con ellos marchamos siempre derecho y los hemos dejado atrás, rechacemos semejante pretensión, pues podría inducirnos a tomar también nosotros senderos extraviados que no van a ninguna parte".

Sin duda en su profesión de fe "realista ingenua" debe verse un sentido paradójico que exagera, con fines de polémica, el negativismo filosófico de que hace gala.

Había en él demasiada perspicacia científica —por hábito mental y disciplina de cultura— para creer que debemos atenernos a lo que la realidad entrega de buenas a primeras al observador ingenuo.

Había también demasiada inquietud de creador y renovador en su espíritu clarividente para que pudiese conformarse con quedar limitado en el cerco de ese realismo superficial.

Toda su vida no fué, en efecto, sino una incesante pugna por sobreponer a la visión imperfecta o falsa de las cosas, característica de quienes aman la inmovilidad, los impulsos transformadores que el ideal desata y que son fecundos cuando se apoyan en realidades profundas que el "realismo ingenuo" no logra percibir.

Por eso quería que su Partido fuese "el del ideal y no el de la ilusión", máxima que encierra toda una filosofía del criterio y de la acción política y humana, porque el ideal es macho y fecunda la matriz de la vida, mientras que la ilusión no toma contacto con la vida real y agota las potencias del hombre en un irremisible malograrse de las simientes o en un vano arar el agua de los mares.

Uno de sus más brillantes discípulos y destacados continuadores, Américo Ghioldi, demuestra que todo el desdén de Justo por la filosofía y la metafísica no obsta a que tenga una posición filosófica. Se la ve a poco que se hojean sus libros y se sigue el curso de su acción política y parlamentaria. "No puede ser de otra manera, dice el joven y eminente militante socialista, porque toda política fundamental recibe la influencia de un pensamiento general o filosófico que la nutre y le presta la figuración lógica

y coherente" (AMÉRICO GHIOLDI, *Justo, sus ideas históricas, socialistas, filosóficas*, pág. 79).

Ese enemigo irreconciliable de la filosofía abstracta y de la metafísica es un pensador y un político pertrechado en un sistema de ideas generales. No es el suyo el sistema inflexible de un constructor de conceptos lógicos en la abstracción, sino un sistema vivo de conceptos creados en el ambiente cálido de la realidad, verificados en la experiencia de la vida práctica. Se mueve y lucha apoyado en convicciones científicas, científicamente adquiridas. Los métodos de la experimentación, del análisis, de la información completa, de la investigación metódica, de la estadística, de la observación directa de la realidad, son los que adopta para la formación de su criterio. No es, por eso, un empírico, ya que empírico es el que carece de principios teóricos y todo lo fía, exclusivamente, a la rutina de una práctica incapaz de explicarse a sí misma, y por consiguiente, de generalizar y sistematizar sus conclusiones.

Nadie más positivamente dueño de una verdadera teoría general y de un bagaje de principios rectores, en el campo de la historia, de la economía y de la acción pública en su país, donde fué él quien estudió y reconstruyó el pasado político nacional con criterio científico y el primero que fecundó el presente histórico iniciando la política de ideas. Tuvo un concepto científico, y si se quiere "filosófico" de la política, desde que no la concibió sino basada en móviles ideológicos y vinculada a un orden de principios centrales.

No fué desdeñoso de la doctrina, de la que supo munirse para forjar y robustecer su concepción de la lucha política y del progreso humano, aunque como Bernstein y el mismo Marx, prefería el movimiento al objeto final. Pero huía del doctrinarismo anquilosado y del abuso retórico de los *lei-motivs* doctrinarios, y una vez que tuvo que explicar el socialismo comenzó diciendo que lo hacía venciendo una íntima resistencia. "Me han atraído siempre los problemas concretos y he mostrado cómo entiendo la doctrina que profeso, dando el último lugar a la doctrina,

no dejándola aparecer sino aplicada. Sin ocultarlos tanto que puedan quedar estériles, tengo cierto pudor por mis hipótesis y mi ideal".

Esto no quiere decir que prescinda de ellos y los olvide, sino todo lo contrario. De las hipótesis y de la doctrina tiene el concepto de que son medios y métodos; instrumentos y caminos para la tarea y la empresa de investigación de la verdad, y no cercos cerrados dentro de los cuales deba moverse el mundo. Hecho en las exigencias del pensamiento científico, conoce el valor de las hipótesis, peso sabe asimismo que si son puntos de apoyo para los avances de la inteligencia humana, no debemos dejarnos agarrotar por ellas.

"El valor de una hipótesis —dice en "Teoría y Práctica de la Historia"— está en la fuerza con que se impone a la atención de los hombres y los estimula a la investigación. Lo importante para la hipótesis es que se dude de ella, que no se la confunda con la verdad. No importa que resulte a la postre no verificable; si nos empeñamos en verificarla, habrá siempre conducido a nuevos estudios y tal vez a nuevos descubrimientos".

No ama ver la doctrina sino en función de sus aplicaciones, pues sólo a través de los hechos y las acciones la siente incorporada a la vida del espíritu. Sus mejores exposiciones doctrinarias van, por lo general, unidas a sus proyectos de leyes, a sus magnas iniciativas o planes de reforma. Pero sus libros, especialmente su fundamental "Teoría y Práctica de la Historia" ¿qué son si no un magnífico edificio doctrinario en el que los principios y elementos de una doctrina general del proceso histórico y de la evolución humana se ordenan, eso sí, relacionados directamente con los hechos, las instituciones, los fenómenos que allí se someten no a las simples reglas del relato y la crónica, sino a las proyecciones intensas de un criterio científico para hacer de la historia una enseñanza útil a las necesarias empresas de la acción colectiva?

La más clara lección que de ello se desprende es que las leyes reguladoras de las fuerzas sociales sólo son ciegas en cuanto los hombres lo son a su respecto.

En la experiencia y en la acción reside para él el secreto

de la captación de la verdad. La filosofía de la práctica o de la acción realizadora y "verificadora" de Marx es la que mejor define su pragmatismo. Concibe la verdad como algo que se adquiere por la experiencia y sólo existe en cuanto sirve para la acción.

A las aguas ideológicas del Socialismo trajo toda una mentalidad esclarecida. Era todo una fecunda corriente del pensamiento contemporáneo que el Socialismo europeo continental había casi apartado tras el codazo polémico con que Marx arrojaba lejos de sí a los neos del liberalismo económico y a los positivistas franceses e ingleses, confundiendo en un mismo desdén a Young, Comte, Stuart Mill, en quienes Justo encontraba muchas cosas aprovechables, sobre todo en el último. El socialista argentino daba entrada a esa ráfaga clarificadora en el ambiente que a menudo oscurecían demasiado las chimeneas del hegelianismo a través de la dialéctica materialista. Ese fué uno de los aportes filosóficos al Socialismo internacional de ese pensador que se jactaba de ser impermeable a la filosofía. No desconoció el nuevo positivismo de Mach y Asenarius —que Lenin combatió en su "Materialismo y Empiriocriticismo"— y desarrolló su pensamiento socialista dentro de las líneas de un positivismo científico que más que con Mach coincide con Levy Bruhl, Bertran Russell y Edding-Hon.

Los enunciados filosóficos para él sólo valen cuando tienen base científica. Confía en la ciencia, que juzga capaz de ampliar indefinidamente, sin límites, el conocimiento humano. Rechaza, pues, la tesis de lo incognoscible, y coincidiendo con Marx cree que la razón puede penetrar todas las realidades. Además, como dice Ghioldi, "no toma en consideración el mecanicismo pseudo-científico, supera el positivismo estrecho dominante en su época".

"¿Adónde va la vida?", se pregunta. Y contesta: "A su propio incremento, a su propia expansión". Como Nietzsche podría decir: "Vivir es vivir más"...

"Como los organismos elementales propende el hombre a multiplicarse con toda su potencia. Forma superior de la vida, llévale el hombre y la acrecienta por doquier".

Sienta la ley de que una fuerza primordial domina en la historia: la tendencia al crecimiento indefinido del protoplasma. Y afirma, en una exaltación de las potencias de la personalidad humana, que esa ley natural, como todas, podrá ser adaptada sabiamente por el hombre a sus más altos fines¹.

¹ Pueden leerse con provecho, además de las biografías citadas, un estudio intelectualmente enjundioso de Alicia Moreau de Justo, un valioso ensayo de José Antonio Solari y un libro de Dardo Cúneo donde se ve vivir, en nerviosas páginas, al luchador y maestro. También es recomendable la lectura de "El Ideario" compuesto por Celso Tíndaro.

El medio uruguayo ofrece al desarrollo del Socialismo, sobre la margen septentrional del Río de la Plata, una base de progreso social y económico análoga, aunque de menores proporciones, a la base histórica que surge en la otra orilla.

La composición étnica es casi igual. Los métodos de trabajo, el grado de desenvolvimiento técnico económico, los productos naturales del país, el género de explotación agraria, los frutos todos de la vida de producción, así como las costumbres, el nivel medio de vida, el grado de la cultura general, el espíritu de las instituciones políticas y los hábitos de la existencia urbana y campesina son casi iguales.

El Uruguay formaba parte del Virreinato Ríoplatense en la época de la colonia, y cuando estas regiones se independizaron del dominio económico español, fué una de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Como tal entró en la epopeya de la llamada Revolución de Mayo, y como tal asimismo participó en aquella guerra interprovincial argentina que ensangrentó cinco décadas de la historia de estos pueblos. Una vieja rivalidad existía entre los dos puertos bajo el Virreinato. Bajo el virreinato mismo era evidente la oposición de intereses en que las dos ciudades, cuyos pobladores tan pronto confraternizaban en luchas comunes —como cuando las invasiones inglesas—, tan pronto se miraban como enemigos por efecto de una rivalidad mercantil que se traducía en actos administrativos o medidas de política fiscal inamistosas.

Frente a la política comercial monopolista y de puertas cerradas que imponía la metrópoli española, fueron comunes los intereses de los hacendados e industriales ganaderos de Montevideo y los de Buenos Aires y demás provincias argentinas. Como comunes fueron asimismo los intereses de los comerciantes, casi exclusivamente españoles, que se oponían en estos países a las facilidades de

exportación de los productos, porque ésta aumentaba su valor y los obligaba a pagarlos más caros de lo que tenían por costumbre; y no querían la importación de mercaderías que no les viniesen consignadas, porque venían a competir con las que ellos tenían almacenadas para revender. Así pudo verse, con toda claridad, en ocasión de las invasiones inglesas, a raíz de las cuales Mariano Moreno escribió uno de sus más sólidos alegatos demostrando el perjuicio que había representado para el Fisco y para la población la prohibición de dejar entrar públicamente al comercio mercancías inglesas por valor de cuatro millones de pesos que los comerciantes opuestos a su entrada compraron bajo cuerda, burlando los derechos de aduana.

Los mismos factores que determinaron en todo el continente el alzamiento contra las autoridades españolas, movieron al pueblo de la campaña uruguaya y a las poblaciones del litoral a lanzarse a la lucha; y aún dentro mismo de Montevideo se conspiraba contra esas autoridades.

Una coloración especial traían, sin embargo, las aguas de la corriente formada por este aporte a la lucha emancipadora. Estos pueblos de la Provincia o Banda Oriental, que acaudillaba Artigas, no se conformaban con poner el Gobierno y la Administración de estas regiones en manos de criollos, sino que además exigían la absoluta independencia política de todo poder extraño. Y más aún: que en vez de prestar acatamiento, aunque fuese formal al Rey de España, se adoptase el régimen de gobierno republicano.

El ideario de Artigas fué claro y explícito en sus famosas Instrucciones a los delegados al Congreso del año XIII. Era, por otra parte, la fórmula concreta de su federalismo, que reclamaba autonomía para las provincias y se declaraba absolutamente contra toda forma de centralización y monopolismo, contrariando las tendencias de Buenos Aires.

Si es fácil encontrar la explicación económica de la Revolución de Mayo —cuyo carácter fundamental aparece leal e inteligentemente declarado en su documento más significativo y definitorio: la célebre Representación de

los Hacendados, de Mariano Moreno— no es tampoco difícil descubrir los factores económicos —a menudo exhibidos en mensajes, decretos, leyes, convenciones de Paz— que obran, no siempre en último análisis, sino también a simple vista, en la etiología de la sangrienta guerra civil que se entabla entre las Provincias y Buenos Aires. Fué, precisamente, en la campaña que rodeaba a Montevideo —con su medio millón de cabezas de ganado alzado o chúcaro— donde se produjo el primer alzamiento de las montoneras, la primera insurrección del paisanaje contra el “odiado gobierno burgués” (como dice Justo) de Buenos Aires.

Nos llevaría demasiado espacio y tiempo, sin ser ello necesario al objeto de nuestra exposición, detenernos en la naturaleza y carácter de las montoneras y de los caudillos, como fenómeno típico natural de un medio y una época histórica. Tampoco podemos realizar aquí ni siquiera el estudio somero de las causas por las cuales Artigas con los pueblos que lo siguen y que lo proclaman su Protector, es un caudillo que se eleva muy por encima de las expresiones de barbarie y salvajismo que Sarmiento personifica en Facundo.

Constituída la Provincia Oriental como estado independiente, como República unitaria, se forman, desde los primeros pasos de la nacionalidad, dos partidos políticos que responden a la rivalidad de dos caudillos. Alguna vez hemos esbozado (número 1 de *El Socialista*, 1915) los orígenes de esa rivalidad deduciéndola del choque obligado, del antagonismo sin definición entre dos posiciones sociales: la del gauchaje nómada y bravío que encontraba su ídolo en un hombre a quien consideraba de los suyos, un jefe militar de guerrillas indisciplinadas, que acaso fué un poco el heredero del prestigio de Artigas en el corazón de la gente del campo; y la de las personas de arraigo, la gente “de pro”, conservadora y amiga del orden, que ve en ese caudillo inquieto a quien siguen con demasiada facilidad caudillejos menores, y las correspondientes huestes guerreras, un factor de perturbación de la marcha regular del país. El uno representa la popularidad gaucha de

un hombre del campo, con todos los rasgos característicos del jefe audaz de montoneras aguerridas. El otro un prestigio de caudillo serio, que merece el crédito de los hacendados y burgueses, la parte menos inculta de la población, que se decora a sí misma con el dictado de la “gente decente”.

Esa diferencia —bajo la cual se advierte una distinción de clases, que no se eleva nunca, ni de una parte ni de otra, a una noción precisa de diferencia de intereses de clase —se diluye de tal modo en la vaguedad de los contornos sociales que la configuran, que ella no impide que el caudillo ciudadano y culto de la gente de orden se ponga al servicio de Rosas, como el otro se había puesto algunos años antes al servicio del emperador del Brasil. Y Rosas era, en Buenos Aires, el representante de la barbarie gaucha entronizada en la ciudad para traicionar, con una regresiva política agraria, administrativa y civil, o mejor, incivil, los verdaderos intereses de los gauchos y de las provincias argentinas. Por su parte el caudillo rural es aquí aliado de Lavalle y los unitarios, como quien dice el porteñismo al ciento por ciento, y cuenta entonces con la simpatía de la parte más culta de la burguesía argentina.

Los partidos actúan sin que reconozcan más motivo de hostilidad recíproca que las razones de rivalidad personal por las mismas ambiciones de mando y predominio que mueven a sus jefes y sin que logren expresar otra explicación de sus luchas que el hecho de considerarse cada uno mejor que su adversario. No existen diferencias sistemáticas de criterio de gobierno ni de ideas entre esos dos partidos, que se denominaron Colorado el uno y Blanco el otro. Sus antagonismos personalistas se fueron transmitiendo de generación en generación, y en vez de principios diferenciales y programas concretos tuvieron el recuerdo de las hazañas de sus héroes y el culto idolátrico a su memoria, junto con la religión del odio a la memoria de los caudillos adversarios, a la divisa contraria y a la persona misma de los que comulgaban en el culto antagónico, con el otro cintillo en el sombrero o al cuello la golilla del

otro color. Tuvieron así una tradición como bandera política, una historia de hechos a cambio de una ideología, pasiones de idolatría y odio en vez de ideas.

Tan funestos llegaron a ser para la suerte del país, cuyo progreso trababan con el extravío de sus frecuentes rencillas sangrientas, que ya en los años que siguen a la Guerra Grande se formó toda una corriente de opinión sensata contraria a la perduración de esas dos facciones. Andrés Lamas —uno de los más destacados representantes de la burguesía progresista en el medio uruguayo, sabio comentarista y propagandista del régimen enfiéutico de Rivadavia— fué el más elocuente acusador de esa torpe división de la opinión pública de un país en partidos sustancialmente iguales, y de la acción de esos partidos en la vida uruguaya. En un sensacional manifiesto de 1855 exclamaba:

“¿Qué es lo que divide hoy a un blanco de un colorado? Lo pregunto al más apasionado, y el más apasionado no podrá mostrarme un solo interés nacional, una sola idea social, una sola idea moral, un solo pensamiento de gobierno en esa división.

“En el libro del pasado todos tenemos culpas; algunos de nosotros grandes culpas. Si continuamos leyendo en ese libro, no nos entenderemos jamás, estamos irremisiblemente perdidos; perdidos nosotros, perdidos nuestros hijos que de nosotros heredan esa herencia de perdición”.

Los mismos gobernantes intentaron poner fin a esas banderías; pero durante la presidencia de Pereira, que había prohibido por decreto toda reunión en que se enarbolase la bandera blanca o colorada, estalló una revolución cuyo jefe, que también en su programa de candidato a la Presidencia se pronunciaba contra los “antiguos odios de partido”, fué ejecutado conjuntamente con varios de sus oficiales y más de cien soldados en Quinteros, enardeciéndose más con ese motivo esos odios salvajes.

Otro presidente, don Bernardo P. Berro, prohibió asimismo, casi a continuación de aquella tragedia, el uso de las viejas banderas; pero contra él se llevó a cabo la “cruzada libertadora” del caudillo colorado Venancio Flores, y el partido de éste se adueñó del poder. Lo vino man-

teniendo con el apoyo de fuerzas armadas cada vez más regulares, y entre una larga serie de convulsiones guerreras, revueltas y motines cuarteleros, que eran, unas veces, alzamientos del partido tradicional contrario, pero no pocas veces también reyertas entre fracciones del mismo bando histórico, rebeliones de caudillos del “mismo pelo” o cuartelazos de unos militares contra otros.

Se iba, además, produciendo una descomposición moral en la psicología de ese partidarismo de divisa. Los caudillos y jefes entraban con frecuencia en arreglos, pactos, acuerdos y combinaciones para dirimir en transitoria armonía sus diferencias del momento; y el país entero se felicitaba de esos avenimientos porque al menos lo libraban por un tiempo del azote de una nueva revuelta o de un nuevo golpe armado. Así se iba perdiendo en los cabezillas y en el círculo de los dirigentes la intransigencia cerril y se atenuaba el encono atávico que erigía en enemigos irreconciliables a hombres a quienes en realidad nada dividía, y que a menudo eran hermanos en el seno natural de cada familia; o juntaba y unía para aventuras arriesgadas, bajo un mismo pabellón de guerra, a hombres que no tenían, fuera de eso, ninguna afinidad verdadera en el seno histórico de la colectividad nacional.

Pero ello no obstaba a que los mismos que ya se hallaban, por los cambios de su mentalidad y de su sensibilidad, al margen de esos fanatismos ancestrales, continuasen manteniendo encendida en las multitudes ignorantes esa llama anacrónica, que utilizaban como resorte emocional al servicio permanente de sus miras políticas.

A través de esa maraña de contradicciones reales o aparentes, de esos inquietantes antagonismos partidistas, de ese constante forcejeo de los círculos y de sus caciques civiles o militares por conquistar o retener el poder con más apetitos que buenos propósitos y más afán de mando que ideas de gobierno, los dos viejos partidos fueron tomando contacto con la evolución de las ideas y la organización de los intereses de grupos sociales. De ello se derivaron compromisos con una u otra tendencia de intereses o de ideas, y preferencias de orientación política a favor

de las relaciones en que entraban con diversas fuerzas sociales por obra del curso general de los acontecimientos.

El Partido Colorado, que había recuperado el poder con la "cruzada libertadora" encabezada por un caudillo católico, cuyas tropas entraron en Montevideo con el estandarte de la Virgen María, llegó a ponerse contra la iglesia bajo el gobierno de dos dictadores militares que patrocinaron, el uno, la reforma escolar de José Pedro Varela, y el otro la ley de registro y matrimonio civil. En tanto, el Partido Blanco, que bajo la presidencia de Don Bernardo Berro, desalojado por Flores, realizó una política de contención de la influencia clerical y de limitación de los privilegios eclesiásticos, pasó a ser el que mejores relaciones mantenía con el catolicismo y aquél en cuyo seno más se dejaban sentir y más prosperaban las tendencias clericales. No por esas inclinaciones hacia una tendencia u otra, que accidentalmente aparecían en la acción de esos bandos tradicionales —si estaban en el Gobierno, por la voluntad de quien ejercía el mando; si estaban en el llano, por contragolpe de la orientación tomada por el otro—, podía considerárseles definidos colectiva y definitivamente como dotados de un criterio de partido ante determinados problemas.

Entretanto la nación iba desarrollando sus potencialidades y surgían en ella, a pesar de todo, las múltiples manifestaciones del progreso, complicando y diversificando su vida en la que se planteaban con rasgos cada vez más precisos las cuestiones propias de la civilización creciente.

Su producción agraria era la base de su vida económica. Ella se desarrollaba apoyándose sobre todo en la ganadería de tipo primitivo, en los vastos potreros donde el ganado vaga suelto y los ñanduces cruzan a largas zancadas de sus patas elásticas denunciando la despoblación humana del monótono latifundio. Pero aunque lentamente, la población aumentaba. Si bien las ciudades en general y los centros de población padecían el bloqueo de los campos incultos, inhabitados, dedicados tan sólo al pastoreo que multiplica el ganado ahuyentando al hombre

porque detiene el avance de la agricultura, la capital crecía con la atracción ejercida sobre los elementos jóvenes del resto del país, que no hallaban en el campo horizontes económicos ni medios de ilustración para sus inteligencias, y con la afluencia de una inmigración de gente útil, que solía no encontrar acceso a las tierras baldías o casi baldías de nuestra campaña.

Algunas industrias comienzan a congregarse a muchedumbres de obreros. Desde luego las industrias de la construcción. Y en seguida las del transporte, con la implantación y desarrollo de los ferrocarriles y de los tranvías eléctricos. A comienzos del siglo XX se dejaron sentir en Montevideo los primeros conflictos del trabajo. Una huelga de albañiles fué la primera manifestación visible de la lucha entre el trabajo y el capital, a la que siguieron otros movimientos de menor importancia entre los carpinteros, los pintores, los obreros de las curtiembres, los talabarteros, etc. Los albañiles consiguieron la jornada de ocho horas, que no tardaron en perder por faltarles una sólida organización. Entretanto algunos obreros en contacto con los socialistas que habían estado en Buenos Aires, donde crecía el partido cuyo órgano era *La Vanguardia*, dieron en formar, aprovechando el ambiente de agitación en que brotaban esas primeras huelgas montevideanas, un pequeño grupo. Fueron los precursores del movimiento socialista en el Uruguay. No lograron extender su propaganda en el medio obrero, donde en cambio los anarquistas se impusieron rápidamente con sus prédicas simplistas y radicales. No lograron tampoco interesar al medio intelectual, ni siquiera al estudiantil, pese al concurso literario de un escritor de talento que había presenciado en Buenos Aires, donde residió muchos años, el nacimiento del Partido Socialista, Armando Vasseur, el cual redactó un Manifiesto exponiendo las ideas de ese núcleo. Este se disolvió a poco andar. Algunos de sus componentes abandonaron la ideología socialista y hasta se incorporaron a los cuadros de la política criolla. Los otros permanecieron inactivos y dispersos hasta que en 1904, a la terminación de la revolución de ese año, se reunieron a nuestra ini-

ciativa para formar un Centro obrero socialista, que patrocinó la conferencia pública en que hicimos nuestra profesión de fe socialista y parte de cuyo texto apareció en las columnas de "El Día", diario del Presidente Batlle y Ordóñez, que había encontrado de su agrado el cuadro que allí trazábamos de la vida de nuestros trabajadores del campo y de la situación de indigencia material y moral, así como de sumisión política en que mantenían los estancieros a sus peonadas.

Se trataba de darle a la organización socialista que así se iniciaba, capacidad de acción para que pudiese intervenir en la contienda de los partidos, llevando a ella fines concretos de política social y económica en defensa de los intereses de la clase productora, pero también con un concepto del interés nacional que haría de él un forjador auténtico de democracia y un eficaz artesano del progreso y engrandecimiento bien entendido del país. Las leyes electorales le cerraban el paso. Estaban redactadas para el reconocimiento exclusivo de los dos partidos tradicionales. Sólo ellos dos podían, en la práctica, conquistar posiciones en el Cuerpo Legislativo. Y esto era indispensable, para que el grupo socialista dejase de ser una simple manifestación doctrinaria, sin arraigo en los hechos de la vida gremial —donde el extremismo anárquico creaba un ambiente que se le mostraba muy poco accesible— y en los planos de la vida política, de los cuales, sin poder hacerse oír desde grandes órganos periodísticos ni en ningún sitio dotado de acústica nacional, permanecía irremisiblemente extrañado.

Hasta se pensó en una posible coalición electoral que, a favor de las tendencias de aquella política de reformas civiles avanzadas adoptada por el Partido Colorado bajo la Presidencia de Batlle y Ordóñez, permitiese adquirir una banca con autonomía para desplegar el programa socialista y actuar con ideología socialista sin apoyar ni aceptar el tradicionalismo político.

Así actuó tres años después, el doctor Luis Melián Lafinur, liberal, que a pesar de su antitradicionalismo fué llevado a la Cámara de Representantes por un grupo

colorado del Salto, sin haber renunciado aquél a combatir a los partidos tradicionales.

Pero luego se echó de ver (según se consigna en el primer número de "El Socialista", aparecido como órgano del Centro Marx) el error de esa táctica, que hubiera contribuído a perpetuar, en perjuicio del Partido Socialista, el confucionismo de las masas populares, entre las que, sobre todo en campaña, no se concebía una organización política que careciese de filiación tradicional, que no tuviese divisa, que no fuese blanca o colorada, fuera cual fuere la denominación ideológica que se diese.

Y el nuevo partido debía venir, precisamente, a encararse con el tradicionalismo como fundamento de una distribución de las fuerzas políticas del país. Su primera batalla debía darla contra los partidos "históricos". Así lo entendió quien había de ser su primer diputado; y así lo había expresado en aquella conferencia inicial y habría de repetirlo en sus manifiestos como Secretario del Centro Marx.

Cuando surgía ese brote de Socialismo en el Uruguay el país salía de una de sus más sangrientas guerras civiles, en la que perdió la vida el último de los grandes gauchos, Aparicio Saravia. Y por la gravitación de un gobernante de espíritu moderno, Batlle y Ordóñez, la política era ya el tapete sobre el que se ventilaban altas cuestiones de legislación, reformas avanzadas que movilizaban la opinión pública por tendencias de ideas y hasta por diferencias de intereses sociales.

Eso mismo ponía más en evidencia el anacronismo ilógico del partidarismo tradicional, que seguía dividiendo políticamente a los hombres por la divisa, aunque pensasen del mismo modo acerca de esos problemas, o uniéndolos aunque pensasen de modo contrario.

Era tiempo de salir de ese viejo sistema, para que la ciudadanía se organizase en agrupaciones de ideas, sobre la base de afinidades de grupo social, de comunidad de intereses de clase o de criterios de gobierno iguales, pero antagónicos con otros criterios.

El tradicionalismo sólo habría de servir, cada vez más,

de artificio para retener adheridas las masas populares ignorantes a una forma de lucha civil que por los desbordes de violencia a que solía conducir no era sino un juego bárbaro del infantilismo político de nuestro pueblo. Las leyes electorales sucesivas, si bien abrieron las puertas a las organizaciones políticas modernas, conservaron dispositivos ingeniosos para que el tradicionalismo subsistiese adaptándose a todas las circunstancias, sin temor a fraccionamientos y escisiones internas, porque su bandera puede cobijar, sumándolas a los efectos más decisivos —por ejemplo, para elegir Presidente de la República— a diez fracciones, sin programa, o con programas distintos. De modo tal, que grupos de tendencias opuestas pueden marchar bajo el mismo pabellón, si bien contra grupos de tendencias parecidas enrolados bajo el pabellón contrario. Y así, dentro del tradicionalismo, se ha intentado formar, para competir con el Partido Socialista, grupos “marxistas” o grupos “socialdemócratas”, porque llegó a producirse el extraño fenómeno de un “marxismo” colorado y de una “socialdemocracia” blanca.

Había que surgir a la palestra con las armas de los partidos contemporáneos que actúan como órganos conscientes y constructivos de la realidad democrática; alejar a las nuevas generaciones del conglomerado de las facciones sin definición colectiva o total de ideas y propósitos. No bastaba proclamar, como los antiguos “constitucionalistas” —que quisieron formar el partido de la “confraternidad uruguaya”— el fin de los partidos tradicionales: había que oponerles partidos con principios diferenciales, con programa, movidos por un compromiso efectivo y categórico con determinadas tendencias de acción y determinados objetivos concretos. Y sobre todo, con un contenido de propósitos capaz de interesar vitalmente a las multitudes populares. Sólo partidos así —con una razón de ser positiva, más perdurable que la simple razón negativa de concluir con los partidos tradicionales— podían abolir el tradicionalismo. Porque “no se destruye sino lo que se sustituye”.

A la clase trabajadora, principal víctima de ese partida-

rismo de cintillo, que la divide por fanatismos embrutecedores o por sugerencias corruptoras, que la apartan de la necesaria defensa de sus intereses, corresponde promover esa renovación desplegando el estandarte de la lucha de clases en el campo político. Por eso el Partido Socialista, que es su organización cívica, debía prepararse para intervenir en ese campo, en la forma que mejor sirviese para individualizarlo como fuerza popular políticamente autónoma y separada de cualesquiera expresiones de organización política tradicional, en las que era siempre forzoso descubrir su carácter de resabio de épocas pretéritas como instrumento y factor de las luchas civiles incubadas y mantenidas en el seno de la República.

En torno de dicho Centro Obrero Socialista y por las actividades gremiales de algunos de sus componentes, se llegó a constituir una Unión de Trabajadores, que agrupó algunos gremios pero que no pudo consolidarse. El grupo primitivo, después de editar una revista “El Espíritu Nuevo” por espacio de seis o siete meses, se refundió en el Centro Carlos Marx, fundado con el concurso de algunos estudiantes y jóvenes intelectuales. El Centro Carlos Marx, cuya Secretaría General nos quedó confiada, desplegó una actividad intensa; y aparecía a menudo participando en la organización de importantes actos públicos, lanzaba manifiestos y tomaba parte en las agitaciones obreras, donde la palabra de su secretario general solía ser reclamada. Ese Centro fué, en realidad, el plantel del Partido Socialista. Otro Centro se formaba después, el “Emilio Zola”, y en vísperas de las elecciones de 1910 celebró un Congreso de constitución del Partido, para concurrir a la lucha electoral en momentos en que la abstención proclamada por uno de los bandos tradicionales ofrecía la oportunidad de conquistar alguna banca en el Parlamento, donde la ley de entonces —como dijimos— sólo permitía la entrada a los dos partidos más votados, prácticamente, al Colorado y al Blanco o “Nacional”, como había comenzado a denominarse algunos años antes. En ese Congreso nació el Partido Socialista. Una coalición electoral con un núcleo de librepensadores del Centro Li-

beral, presidido por el doctor Pedro Díaz, permitió disputar con éxito las bancas de la minoría en el departamento de Montevideo al partido católico, también naciente bajo el título de Unión Cívica.

Y así tuvo el Partido Socialista su primer diputado, en la legislatura de 1911 a 1914.

Habían, pues, surgido partidos de ideas, con tendencias ideológicas definidas y permanentes.

El Partido Socialista formulaba una Declaración de Principios en la que se presentaba como organización política de la clase trabajadora que venía a promover —según palabras de su manifiesto “Qué es y qué quiere el Partido Socialista”— un “movimiento tendiente a reorganizar jurídicamente la sociedad sobre bases de socialización económica para asegurar a todos sus componentes —con la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio— la posibilidad del trabajo fecundo y remunerador, poniendo en manos de las clases desposeídas los elementos productores, que hoy monopolizan las clases privilegiadas para hacerlos servir al sustento de sus privilegios económicos”.

De su Declaración de Principios destacamos el siguiente fragmento:

“En nuestro país rige, como en casi todas partes, el sistema capitalista, origen de tantas miserias, injusticias y desigualdades; y eso hace imprescindible entre nosotros también, la organización del proletariado para la defensa de sus derechos y la realización de las transformaciones fundamentales necesarias para la desaparición de aquéllas.

“Es el nuestro un país donde —como ocurre en todo el continente sudamericano —la propiedad de la tierra asume todavía formas semif feudales, con los despoblados latifundios en que un proletariado ignorante y sumiso vegeta en el atraso y la abyección entre sueltos ganados que son la ingente riqueza de unos pocos señores del suelo nacional.

“Hay, pues, una cuestión agraria por resolver, y que sólo podrá ser resuelta mediante la firme voluntad y el claro criterio de una clase productora consciente de sus intereses y dispuesta a promover, para decisivo impulso del progreso colectivo y para bien de los destinos nacionales, la desaparición del latifundio privado, determinando así el natural desarrollo demográfico, que será espontánea consecuencia de dicha desaparición.

“El Partido Socialista surge para ser factor de las sucesivas

transformaciones orientadas hacia la implantación del socialismo. Llama al pueblo trabajador a congregarse en sus filas de partido de clase, entendiéndolo que para formar la gran fuerza consciente que ha de realizar esa profunda y metódica revolución deben aprovecharse los derechos políticos inherentes a la democracia, y que la conquista democrática de los poderes públicos es una finalidad vinculada a la posibilidad de esas realizaciones decisivas; al mismo tiempo que propicia la organización de los trabajadores en el campo económico y gremial, por considerarla otro de los medios eficaces de oponerse a los abusos del capitalismo y de obtener el mejoramiento de los productores, condición indispensable a la organización y crecimiento de las grandes huestes emancipadoras.

“Para llevar a cabo su obra de elevación del pueblo laborioso y de gradual e inmediata modificación de las formas sociales, políticas, económicas y civiles, en un sentido revolucionario de humanización, democratización y reparación progresiva, se propone luchar en favor de las siguientes reformas”.

Y sigue lo que se llama el programa mínimo.

Adviértese allí la tendencia gradualista de la acción renovadora que implica una concepción de la lucha socialista, revolucionaria en cuanto a la profundidad y alcance de las transformaciones perseguidas, pero evolucionista en cuanto a las formas de acción, sin descartar, naturalmente, la aplicación de una táctica “revolucionaria” de hecho o de revuelta en los casos en que las clases gobernantes cierran los caminos de la legalidad e impidan a los trabajadores avanzar pacíficamente por ellos. Su método de lucha de clases es revolucionario por sí, en el sentido de que prepara a la clase explotada a fin de sacar el mejor partido posible de su antagonismo de fondo con la clase explotadora, para realizar la revolución social que significa sustituir el régimen de la propiedad privada capitalista por el régimen socialista. Pero eso no quiere decir que ese propósito deba traducirse en un choque violento continuo. Eso no impide que se deba preferir evitar choques de ese género siempre que sea dable disponer de los medios que la democracia política pone en manos de todas las fuerzas de opinión y de todas las organizaciones políticas, sean o no de clase, para conquistar el gobierno o influir sobre él.

En *Qué es y qué quiere el partido Socialista* (Manifiesto del Comité Ejecutivo, año 1930), se lee:

“En un país como el nuestro, la implantación de los principios constitucionales socialistas puede alcanzarse por el camino de la evolución legislativa, mientras la clase gobernante respete los derechos y libertades de la democracia política. Por eso es el nuestro un partido que aunque revolucionario por sus fines y por la naturaleza profundamente transformadora de su acción social cotidiana, adopta la táctica evolutiva de las reformas escalonadas y la gradual conquista de los postulados supremos. Y sin perder de vista las finalidades más altas —la completa socialización del capital, o la universalización de la propiedad, y la supresión del régimen del salariado, para evitar la explotación del hombre por el hombre—, se aplica a la realización de un programa de reformas inmediatamente factibles, teniendo en cuenta las exigencias de la realidad dadas las condiciones sociales y económicas del medio donde actúa. “Va hacia el ideal —como dijera Jaurés— procurando comprender lo que tiene de real, no para adaptarse a ello, sino para transformarlo”.

Su concepto de la lucha de clases lo hallamos expresado en una conferencia pronunciada el año 1924 en el Ateneo:

“El Socialismo es un elemento orientador y regulador de esa lucha. Él lleva a la mente de los trabajadores la noción exacta de su real interés, y la mejor manera de defenderlo. Repudia las formas de violencia destructivas, que son antipáticas cuando no francamente abominables, o inútiles y contraproducentes, sobre todo en sociedades donde son posibles acciones más prácticas y más eficaces que no inferiorizan de brutalidad al espíritu de las masas sino que lo educan y elevan.

“Por eso los socialistas no hablamos, como otras tendencias revolucionarias, de guerra de clases, sino de lucha de clases. La guerra presupone el odio al enemigo y la adopción de todo medio, porque la guerra se hace entre enemigos; la lucha es posible entre adversarios. El Socialismo no predica el odio entre las clases, y menos entre los hombres, aunque pertenezcan a clases distintas y antagónicas; entre los hombres predica, por el contrario, el amor y la fraternidad. Su acción no va contra los individuos sino contra las instituciones, porque no es una acción de clase contra individuos, sino una acción de clase contra clase”. (*El Socialismo*, página 32).

El partido es demócrata tanto como socialista, y no aspira a adueñarse del poder sino por los medios democráticos, teniendo consigo a la mayoría de la nación. No proclama el asalto al poder por una minoría obrera audaz

para implantar una dictadura. En la conferencia citada se dice:

“Nosotros deseamos que la clase obrera conquiste el poder pacífica y democráticamente, y que al mismo tiempo que va creciendo en potencialidad de acción crezca en capacidad de dirección y de comprensión, porque no nos parece deseable que la clase obrera de un país se adueñe del Gobierno antes de estar preparada para dar racional solución a los problemas inherentes al ejercicio del poder y a los cambios sociales que le tocará llevar a término”.

El Partido Socialista quiere que la clase obrera, desarrollada en su conciencia y en su número, llegue a ser una mayoría política que expresándose por él se halle madura para ejercer el poder político; y antes no considera conveniente ni sensato exponerla a aventuras que pueden ser fatales para su suerte y la suerte de los postulados socialistas. Estos se prestigian de modo más seguro y continuo en la acción metódica de penetración progresiva en el espíritu de las instituciones y en las formas sociales, por obra de esfuerzos sistemáticos realizados en el ambiente de las leyes y hábitos de la democracia política.

Necesita que ésta no sea inorgánica, insegura y corrompida, llena de vicios y máculas que la bastardean o desnaturalizan, tal como suele vérselo en los países americanos. Y dentro de ella actúa como un factor de tesonera depuración de las costumbres cívicas, de crítica implacable de los malos hábitos, de combate encarnizado contra los torcidos procedimientos y la inconducta de los profesionales de la politiquería criolla. Entiende que la clase obrera ha de ser no sólo el impulso consciente de la evolución del país hacia formas económicas y sociales superiores, sino también el elemento de purificación y regeneración de su vida política, imponiendo en ella su concepto de la lucha leal entre los partidos, por propósitos claros, confesables y confesados, y su sano respeto de las leyes y de los principios morales que son una garantía para todos.

También en la citada conferencia encontramos:

“El Socialismo es democrático; mejor aún: es la fórmula social de la democracia. Quiere erigirse en la voluntad y la aspiración de la mayoría; quiere arrastrar a la mayoría y formar

con ella un solo cuerpo y un solo espíritu. Pugna por transformar la simple democracia política en democracia social”.

De un folleto titulado “El Socialismo no es el despojo, ni la violencia ni el reparto”, transcribimos los siguientes conceptos definidores:

“En lo tocante a nuestras finalidades, dos preconceptos circulan persistentemente esparcidos por quienes tienen interés en desacreditar la ideología socialista y a veces emanados —¿por qué no decirlo?— de la involuntaria ambigüedad de ciertas fórmulas verbales empleadas por nosotros mismos y a las que la masa poco culta da espontáneamente falsas interpretaciones. Uno de estos preconceptos es el que nos atribuye el propósito de despojar a los ricos de sus bienes, y no tan sólo a los ricos, sino a todos los que sin ser realmente ricos poseen alguna propiedad inmueble o algún capitalito industrial. Si las fundamentales transformaciones que el Partido Socialista persigue pudiesen efectuarse, sin perjuicio para la misma clase trabajadora, de la noche a la mañana y por simple decreto; si la Revolución Social pudiese ser, toda ella, la obra de una sola sesión parlamentaria, nosotros no nos consideraríamos calumniados al creérsenos partidarios de escalar el poder político para inmediatamente decretar desde allí la restitución a la sociedad de todos los bienes sociales que los ricos detentan.

“Pero nuestro concepto de la Revolución es otro, según tantas veces lo hemos explicado. Nosotros nos esforzamos en promover desde ahora las nuevas formas sociales que dentro mismo del caduco armazón capitalista van diseñando y cimentando la estructuración de la sociedad futura. Concebimos la historia social como un proceso y no como una creación repentina, pese a los sacudimientos más o menos profundos que de tanto en tanto sobrevienen a manera de terremotos políticos y sociales, y que en el fondo no son sino crisis del proceso evolutivo, que lo aceleran y afirman, como las mutaciones naturales que marcan saltos en la generación de las especies, son episodios de una continuada marcha progresiva, obediente a las grandes leyes generales de la evolución. No desconocemos la utilidad de esos trastornos o saltos cuando son necesarios, y pensamos con Antonio Menger que cumplen a veces en la historia humana, la función de las tormentas meteorológicas, que son imprescindibles para despejar la atmósfera y restablecer su equilibrio. Lo que no admitimos es que se prescinda de la tarea de reformar las instituciones actuales, de crear otras nuevas, de imponer las modernas relaciones jurídicas que el interés de los desposeídos reclama, de suscitar las formas sociales que meten en la sociedad del presente las cuñas del espíritu de justicia y son como anticipos de la sociedad capitalista, por quedarnos aguardando el momento en que la clase obrera pueda

hacerse dueña de todo el poder para comenzar, recién entonces, su obra de transformación histórica.

Ahora bien, en esa marcha continua los socialistas no levantamos la bandera del despojo, porque no queremos quitarles las riquezas a los ricos para darnos el placer de verlos transformados en pobres, sino que aspiramos a un régimen legal donde las riquezas se distribuyan equitativamente.

“Partiendo de la base de que el capital es —como dijeron Marx y Engels— “producto” colectivo que no puede ser puesto en acción sino por el trabajo de muchos, o en último análisis, de todos los miembros de la sociedad” queremos socializarlos en cuanto conjunto de elementos de trabajo que el trabajo moviliza y al trabajo deben pertenecer.

(El propio Marx explica —véase en el capítulo que dedicamos a sus ideas económicas— que no basta al simple ahorro —fruto legítimo del trabajo— para transformarse en capital, comenzar a percibir interés o beneficios. Es necesario además que éste sea de cierta magnitud como para darle al poseedor la facultad de disponer de medios de trabajo que le permitan emplear el trabajo de otros productores en condiciones que le aseguren no sólo la posibilidad de vivir él sin trabajar sino la de acrecentar sus medios y ganancias. Porque el capital requiere multiplicarse. De ello resulta que la apropiación y la propiedad privada que el socialismo desea suprimir no es la individual del trabajador sobre sus medios de trabajo ni la del pequeño ahorrista y pequeño industrial o pequeño propietario campesino. Tampoco quiere suprimir la apropiación y disposición de las cosas de uso y consumo, incluso naturalmente la vivienda, sino la propiedad de los medios de producción y de cambio en cuanto haya adquirido el carácter de propiedad capitalista).

“Tendemos, por lo pronto, a imponer una legislación que vaya restringiendo siempre más el poderío jurídico del capital privado con los privilegios que le son esenciales, y a promover una orientación social de las actividades económicas en el sentido de que éstas, en vez de servir al provecho de los capitalistas, sirvan a las necesidades colectivas. Queremos que el Estado reclame de dichos privilegios lo que necesita para sustentar y ejercer sus funciones, y en la tendencia a restringirlos o gravarlos sólo ha de detenerlos el límite de lo que es compatible con el desenvolvimiento económico del país.

“Si preconizamos la absorción de la renta del suelo por el Estado mediante el impuesto territorial, no ha de decirse por ello que proclamamos el despojo, pues aparte de que la renta que deseamos confiscar gradualmente constituye —ella sí— un despojo a la sociedad, a nadie se le quita lo suyo, en un régimen de apropiación individual, cuando se le deja la propiedad de la tierra para que la emplee como elemento de trabajo y fuente de riquezas en un medio económico que progresará, gracias, precisamente, a la absorción de la renta.

“Proclamamos —es cierto— la transformación de la propiedad haciendo pasar la apropiación privada capitalista de los medios de producción y de cambio —tierra, fábricas, usinas, bancos, ferrocarriles, navíos, etc.— de manos de los capitalistas y terratenientes a manos de la sociedad, para que en vez de ser el bien de unos pocos sea el bien de todos. Y aspiramos en consecuencia a la desaparición del terrateniente como a la del capitalista industrial. Pero no nos negamos a que se les indemnice cuando el Estado se incauta de sus bienes, ni levantamos la bandera de la “expropiación sin indemnización” como fórmula de inmediata realización revolucionaria, pues creemos con Engels y Jaurés que la sociedad ahorra indemnizando si esto es condición para socializar sin poderosas resistencias y dolorosos sobresaltos. Desde luego sólo así, puede el Estado actual ir rescatando para la colectividad grandes medios de producción y fuentes económicas que conviene entregar cuanto antes a la gestión pública”.

Como se ve en su Declaración de Principios el Partido vino a poner en el primer plano de las preocupaciones públicas la cuestión agraria. Fué el primer partido que hizo de ella en el Uruguay asunto primordial de su propaganda y de su acción. De ella dice en aquel manifiesto:

“Es el nuestro un país poco poblado, cuya economía se siente ahogada y cuyo progreso se ve contrarrestado y detenido por las características de su estructura agraria. Esto condena a la campaña uruguaya a un estado de atraso económico, social y cultural verdaderamente deplorable. Las grandes estancias, las enormes propiedades territoriales entregadas al pastoreo sólo dan trabajo a una reducida población proletaria, que percibe salarios mezquinos y vive en la ignorancia absoluta, al margen de las más elementales exigencias y de los beneficios primarios de la civilización. La agricultura, que requiere mayor número de brazos y es factor eficiente del progreso del país, se desenvuelve penosamente bloqueada por los inmensos potreros que impiden el incremento de la población y obstaculizan las comunicaciones. En consecuencia de ello, el nivel de vida de los asalariados del campo uruguayo se mantiene lamentablemente bajo y su grado de cultura es dolorosamente inferior. Los pueblos, villas y ciudades de la República se ven paralizados por el cerco de los campos incultos y despoblados de hombres. No es de extrañarse, pues, que nuestro progreso económico se arrastre con ritmo lento y que el Uruguay se caracterice por ser una nación cuya capital no guarda proporción, ni por el número de sus habitantes ni por sus adelantos materiales y morales, con el resto del territorio. Salta por lo tanto, a la vista, la necesidad de modificar la forma

de nuestra propiedad rural, en la que predomina el latifundio¹, el enorme dominio territorial en manos de un solo propietario que no tiene interés en hacerlo producir todo lo que podría porque en virtud de la misma extensión siempre se ha de extraerle una renta que constituye una fortuna, sin tomarse las molestias ni correr los riesgos que significa explotar el campo científicamente, roturándolo, formando praderas artificiales, plantando forrajes, diversificando los empleos de la tierra, etc.

“El Partido Socialista fué el primero que entre nosotros abogó por la reforma agraria, inscribiéndola en su programa y en sus plataformas electorales, y dedicándole permanente atención en sus actividades, hasta el punto de querer incluirla —cuando nadie se acordaba de ella —en la nueva Constitución. Los medios que propone para transformar el aspecto de nuestra campaña y las condiciones del ambiente rural son todos los que conducen a eliminar el latifundio privado. Propone una fuerte contribución territorial progresiva para compeler a los dueños de las grandes extensiones a subdividir las con el fin de arrendarlas o venderlas. Propone que se constituya con el producido de esa contribución territorial progresiva y el de un impuesto al mayor valor “no ganado” del suelo (esa valorización incesante que la tierra adquiriese por obra del progreso social), un fondo con que el Estado expropie latifundios para confiarlos, fraccionados en unidades agrarias de extensión conveniente, a quienes los hagan producir con su trabajo. Reclama estas medidas desde mucho antes que algún otro partido en el país las incluyese en su programa y todavía el año 1920 los representantes socialistas en la Cámara trataban de imponerlas —como en 1912 los intentara el primer diputado socialista— contra la oposición de los diputados de ese mismo partido burgués a que hacemos alusión. Y en la Asamblea Constituyente, propuso se consagrara el principio del uso obligatorio del suelo, mediante el cual se autorizaba al Estado a incautarse de las propiedades territoriales mal explotadas para administrarlas o hacerlas administrar por quienes estuviesen dispuestos a explotarlas debidamente, sin despojar a los propietarios de su propiedad ni de sus ventajas económicas legales”.

Se plantea en seguida el problema de la propiedad fundiaria en los siguientes términos:

“Aspiramos a promover el cambio del carácter jurídico de la propiedad capitalista, para que siendo colectiva deje de ser, como lo es actualmente, una propiedad de clase. Y cuando hablamos de propiedad, hablamos, naturalmente, de la propiedad capitalista, de los medios de producción y de cambio, entre los que debe incluirse la tierra, primordial medio de producción. Socia-

¹ Aunque no tanto como en casi todos los demás países del continente.

lizar la tierra o nacionalizarla no implica despojar a los campesinos que la trabajan, de los derechos que hayan adquirido sobre ella, sea el de posesión, sea el de usufructo, sea el de propiedad. El Partido Socialista quiere que las tierras que son del Estado o que el Estado compra no salgan de su dominio jurídico y sólo conceda el derecho de usufructuarlas con la condición de hacerlas producir en forma conveniente al progreso y a las necesidades colectivas. Pero no reclama que se expropie inmediatamente a los actuales propietarios que hacen un buen empleo de su propiedad, porque para quitarles a éstos las ventajas injustas de la renta del suelo, o sea, el valor que los predios adquieren por obra del desenvolvimiento general del país o del progreso especial de la región, basta la contribución territorial de la que debe hacerse un instrumento de rescate de dicha renta para la nación, que la crea. De ese modo se le suprime a la propiedad de la tierra su carácter de fuente de privilegio y se impide que se la retenga con fines de especulación, es decir, para aprovechar de la valorización constante. Sólo tendrán interés en mantener su propiedad quienes la utilicen como medio de producción. El impuesto a la renta del suelo constituye, pues, un instrumento de nacionalización de la tierra, porque nacionaliza el valor territorial que en manos de los individuos es un privilegio, es la prima cobrada a la colectividad como prerrogativa económica por monopolizar un pedazo de territorio. Eso es lo que sobre todo el Estado debe tener interés en reclamar de los dueños del suelo, porque reclamándolo, indirectamente lo socializa, ya que se apropia de su valor social y obliga a quienes lo poseen a hacerlo producir. Tan es así, que si existiesen ya buenas leyes impositivas confiscadoras de toda la renta territorial y pudiésemos tener la seguridad de que son permanentes, no nos inquietaría que el Estado vendiese o diese sus tierras definitivamente en propiedad a los campesinos pobres, porque la sola presión del impuesto obligaría a sus poseedores a emplearlas en la mejor forma posible, y bajo su acción nadie las retendría al solo efecto de revenderlas ganando, ni nadie las compraría sino para extraerles abundantes frutos naturales. Sólo habría entonces que temer que esos campesinos transformados en propietarios conspirasen contra toda medida legal tendiente a privar a la propiedad de las ventajas del privilegio de la renta. Como esa posibilidad no permite abrigar la certeza de que las leyes confiscadoras de la renta del suelo serían en tal caso permanentes, lógico es exigir del Estado que no se desprenda del dominio de sus predios. Así, por otra parte, se va poniendo en condiciones de evolucionar hacia formas de explotación agraria colectiva en atención a ciertas necesidades sociales contemporáneas. En las circunstancias actuales conviene que la nación no venda sus tierras, sino que las arriende a largos plazos o las confíe en posesión, mediante condiciones cuyo incumplimiento traiga aparejada la cesación de los arriendos o la revocación de las con-

cesiones. El Estado puede también en este caso quitarle a la posesión de la tierra su carácter de ventaja relativa mediante la contribución territorial en cuanto arbitrio para cobrar la renta. Pero nosotros admitimos que el Estado entregue tierras en posesión a los colonos gratuitamente. ¿Quiere decir esto que en algunos casos toleramos la apropiación privada de la renta del suelo, entendiéndolo por tal la ventaja económica que resulta de que unos predios sean más fértiles o estén mejor situados que otros? Esa tolerancia traduce la posición del Partido Socialista ante los pequeños propietarios. Consentimos en que los pequeños propietarios — y con más razón los simples poseedores — guarden para sí aquella ventaja, dado que si ella resulta odiosa en mano de los grandes terratenientes, no lo es en manos de esos productores libres que comen el pan con el sudor de su frente y hacen de su modesto predio, a costa de mil sacrificios, un factor de la civilización y la prosperidad nacionales, sobre todo en un país donde rige un sistema tributario que deja sin gravar privilegios no menos injustos y graves en cambio todo lo que el pueblo necesita para vivir y para trabajar. El Partido Socialista se erige, en todas partes, en defensor de la pequeña propiedad rural o industrial urbana contra los avances de la gran propiedad y se esfuerza en librar a los productores autónomos del campo y a los pequeños industriales, en general, de la tiranía del capital y de las exacciones del Fisco. Donde ve la tierra en manos de quienes la emplean como único medio de vida, no ataca esa propiedad sino que la ampara, porque para el Socialismo es un principio de justicia el que las herramientas y los elementos de trabajo — la tierra lo es — pertenezcan a los productores, y si proclama la socialización de esos elementos cuando lo constituyen formas del capital y no del simple ahorro, es, precisamente, porque en el estado actual de las sociedades ése es el único modo factible y deseable de que todos los trabajadores hoy despojados de sus herramientas, gocen de la propiedad de los instrumentos y medios de producción. En países como el nuestro, por otra parte, donde la mitad, al menos, de las explotaciones agrarias están bajo el régimen del arrendamiento, la defensa del pequeño propietario contra los abusos del capital y las torpezas del Estado, va involucrada en la defensa del arrendatario, del colono en general, pues ambos padecen la opresión de los proveedores, la usura en los créditos, las persecuciones fiscales, las dificultades y carestía de los transportes, los inconvenientes del atraso y despoblación en que mantienen al país los latifundios ganaderos. Una numerosa clase de productores libres en los medios rurales sería muy beneficiosa para los destinos de la nación. El Partido Socialista se esfuerza en propiciar su formación y desarrollo.

“Y se preocupa vivamente de su prosperidad para que esté en condiciones de proporcionar a los asalariados que emplea, buenas remuneraciones, buena comida, alojamiento higiénico,

trabajo razonable, y cuantas consideraciones exige el moderno concepto de la personalidad del productor en los ambientes civilizados”.

Puesto a la obra de introducir reformas legislativas que promoviesen la transformación agraria de la República, el Partido formuló por intermedio de uno de sus diputados un plan donde, para evitar dificultades a la inmediata tarea de comenzar a fraccionar las grandes extensiones y multiplicar las granjas —que es lo más urgente en el Uruguay— se admiten las adquisiciones en propiedad de las parcelas entregadas por el Estado. Pero las admite dentro de un régimen que impone restricciones al derecho del propietario y asegura su condición de pequeño propietario productor, y en que el principio general de adjudicación de los medios es el del arrendamiento enfiteutico estatal. “Esperamos —se lee en la exposición de motivos de ese proyecto— que en no pequeña parte las tierras adquiridas han de quedar bajo el dominio eminente del Estado, pues si bien admitimos la compra de las parcelas, creemos que los interesados concluirán por comprender las ventajas que mismo para ellos representa la enfiteusis, menos gravosa que la compra, por lo general”.

Partiendo del principio de que la pequeña propiedad rural no es la propiedad capitalista, sino una forma económica en la que se realiza la conjunción del elemento del trabajo con el trabajador, el Partido ha dado entrada —pese a su concepto de que el Estado no debe, por principio general, desprenderse del dominio eminente sobre las tierras que pasan a su poder— a la posesión en propiedad de tierras adquiridas por el Estado, toda vez que lo hace reduciendo los atributos jurídicos de la misma así como la extensión de los predios, y sometiénola a una disciplina de fines y empleos que garantizan su función social, viniendo a resultar, en definitiva, menos apetecible para el poseedor que los arrendamientos otorgados por el Estado mismo en condiciones más liberales.

También merece mencionarse su política sindical.

Esta consiste en fomentar la organización gremial obrera y en orientarla con su consejo y la acción de los socia-

listas agremiados, sin embanderar a los sindicatos en ideologías ni parcialidades políticas.

Preconiza la organización sobre la base del principio de la lucha de clases, única manera de mantenerla en un régimen de perfecta autonomía con respecto a las fuerzas patronales y a cubierto de toda confusión peligrosa entre los intereses del capital y los del trabajo. Parte de la comunidad de intereses económicos entre todos los componentes del sindicato, y no quiere que esa comunidad, capaz por sí sola de inspirar un acción solidaria, sea contrarrestada por las diferencias de opiniones en materia política, social o religiosa.

El obrero, en cuanto miembro de un sector determinado de la producción, se une en asociaciones gremiales para mejorar sus condiciones de trabajo y vida o defender sus legítimas conveniencias de productor. Atraerlo a esa unión y a esa acción, para que haga valer en ellas el método de la lucha de clases como su arma más eficaz, es lo que principal y primeramente interesa.

En el Uruguay lo urgente es atraer a los asalariados a la organización. Vigorizar y consolidar los sindicatos para que comprendan la inmensa mayoría de los obreros de los oficios respectivos. Los embanderamientos ideológicos sólo han servido para fraccionar la organización obrera gremial y no dejarla crecer. Las reyertas de tendencias ahuyentan a los trabajadores, que se alejan hastiados de un campo donde a compañeros de tarea se les trata como adversarios, en la órbita misma de los problemas de su trabajo, porque no comulgan con tales o cuales ideas. Tres y hasta cuatro centrales obreras ha habido allí simultáneamente, dos de ellas embanderadas en la tendencia anarquista, dividida a su vez en la del anarco-comunismo y en la del sindicalismo-anárquico. Ninguna llegó a ser realmente poderosa.

En la actualidad el campo se divide en dos corrientes muy activas, ambas en pleno crecimiento: la Unión General de Trabajadores, que controlan los comunistas, y los Sindicatos Autónomos.

El Partido Socialista ha bregado por librar a la organi-

zación gremial de ese lastre de las tendencias que dividen por cuestiones ideológicas a quienes pueden y deben luchar unidos por cuestiones de interés profesional. Ha pugnado por excluir de los sindicatos la especulación política en favor de tal o cual partido, esforzándose en evitar que se les haga servir a los fines de determinadas parcialidades y costear su propaganda subvencionando sus órganos de publicidad.

Quiere, eso sí, que la organización sindical, adherida desde luego al método de la lucha de clases, contraiga asimismo un compromiso permanente con los principios de la democracia, que son consubstanciales con su propia existencia como órgano espontáneo de la voluntad y conciencia de los trabajadores. El sindicalismo libre no se concibe sin esos principios; sólo amparado por ellos puede existir; su acción no debe, por tanto, desentenderse de la defensa de lo que es esencial para su vida y sus destinos.

Esas son las directivas de la conducta del Socialismo en el Uruguay con relación a la organización y actividades sindicales. Su clara y leal política gremialista ha concluido por prestigiarlo en la opinión de los obreros más sensatos, y ya hay importantes organizaciones sindicales —como la Federación Autónoma de la Carne, la Federación de Empleados del Comercio y la Industria, el Sindicato de Vendedores de Diarios, la Unión Ferroviaria, etc.— que mantienen íntimo contacto espiritual con el partido, que las sirve en cuanto puede sin pedirles nada, sino que actúen de acuerdo con esas sencillas normas de salud sindical.

Frente a tácticas que obedecen a consignas de unidad que se manejan como pantalla de un propósito de absorción de los gremios para someterlos a los fines y planes de una influencia política determinada, proclama la unidad verdadera —antnazí y democrática, desde luego— en un pie de perfecta lealtad, que excluye todo indebido aprovechamiento de la organización gremial por las fuerzas partidarias para vigorizar, con los recursos de aquélla, a las unas contra las otras.

Cuando la organización obrera sindical resuelve, como en Gran Bretaña, darse una acción política propia, ella forma un partido o lo integra declaradamente junto con organizaciones cuyo programa y principios juzga afines a los propósitos que persigue. Con una aplicación fecunda del método de la lucha de clases, que no invoca pero que salta a la vista, constituye así un partido con un programa básico común para todos sus componentes, y queda de ese modo excluida la posibilidad de que sirva con sus medios a unos partidos en detrimento de otros, sino que se sirve a sí misma en cuanto Partido Laborista.

En los países de América Latina la organización sindical se viene desarrollando con otra estructura. Debe cumplirse todavía en casi todos ellos la primera etapa de la formación de asociaciones gremiales serias, estables, moralmente responsables, que reúnan la totalidad o la casi totalidad de los obreros de una misma industria o de un mismo oficio.

El mejor camino para ello es el de no trabar ni perturbar su desenvolvimiento con los exclusivismos y las rivalidades de partidos políticos, que en el mejor de los casos reducen la plataforma de la asociación, apartando de ésta a quienes tienen en el terreno de la política partidaria (en el Uruguay hay muchos miles de obreros tradicionalistas, colorados o blancos) posiciones irreductibles.

También se opone a transformar la organización sindical en sitio de especulaciones políticas poco decorosas, que se traducen en acercamiento de los organismos proletarios a ciertas fracciones de aventureros de la política criolla. Un concepto de realismo oportunista groseramente exagerado conduce, a pretexto de unidad nacional ante la guerra y de habilidad táctica para obtener concesiones oficiales o de otra índole, a una conducta de constante condescendencia y amistad para con grupos y personajes realmente indeseables desde el punto de vista de la moral cívica más elemental.

Contra esa degeneración del sindicalismo clama el Par-

tido Socialista, recordando sobre todo que Marx dijo una vez:

“El proletariado tiene necesidad de su coraje, de su dignidad, de su orgullo y de su sentido de independencia más que del pan”. (En la Deutsche Brüsseller Zeitung, 1844, *Polémica sobre el Cristianismo*).

Se destaca, finalmente, su doctrina sindical por el concepto de una verdadera normación democrática en la vida interna del sindicato. Funda, naturalmente, sus resoluciones en la mayoría; pero reclama el respeto absoluto de los derechos legítimos de las minorías, para evitar que mayorías accidentales, una vez adueñadas de las asociaciones, se encastillen y perpetúen en ellas contra la verdadera voluntad de los gremios. Choca así, abiertamente, con la tendencia que entiende la democracia tan sólo como el gobierno de la mayoría sin ninguna posibilidad de desarrollo ni siquiera de existencia visible para las minorías respetuosas del derecho de aquéllas.

Sobre esas bases ideológicas el Partido, con un programa mínimo que postula numerosas reformas, se ha venido caracterizando por la seriedad y pureza de su conducta cívica, por la energía de su lucha contra los que conculcan cínicamente los principios de la democracia o la falsifican y corrompen. Y con su caudal de ideas y de iniciativas impulsa directa o indirectamente el progreso legislativo poniendo en el primer plano de los debates públicos las cuestiones fundamentales para la vida de las masas trabajadoras y para el desarrollo de la nación.

Le tocó desempeñar por medio de sus delegados a la Asamblea Constituyente de 1916-1917 un papel importante en las discusiones sobre la reforma constitucional. En las primeras elecciones generales que se efectuaron dentro de la vigencia de la nueva Constitución, que había implantado la representación proporcional para la elección de diputados, el Partido obtuvo dos bancas en el Parlamento, y varios puestos en el gobierno departamental de Montevideo. En éste le correspondió un cargo de miembro del Consejo Municipal, recayendo en uno de

los más populares propagandistas del Socialismo, el artesano broncero Alfredo Caramella, hombre activo e inteligente, la responsabilidad de representar al Partido en la defensa de los intereses del pueblo en la administración comunal, cosa que hizo con energía y acierto.

El Partido había transformado su órgano oficial, que era semanario y se titulaba “El Socialista”, en un diario con el título de “Justicia”, y se estaba desarrollando en forma realmente auspiciosa, sobre todo por el lado de su influencia en el campo de la organización gremial. Pero en el año 1920 se planteó el problema de las Internacionales, que dividió a casi todos los partidos socialistas del mundo. En un Congreso de comienzos del año 1921, se produjo la escisión, de la que resultó la formación del Partido Comunista sobre la base de la que había sido mayoría y había resuelto no sólo adherir a la Tercera Internacional de Moscú —cosa que en principio ya había decidido unos meses antes un Congreso previo— sino aceptar las famosas 21 condiciones.

La minoría del Congreso resolvió, por su parte, permanecer fiel a los principios y al programa del Partido Socialista y continuar con su nombre y su bandera. Frente al diario “Justicia”, que quedó en manos de los comunistas, surgió el semanario socialista “Germinal”, y más adelante el diario “El Sol”. Las dos fuerzas vinieron entablando una lucha que en algunos momentos, sobre todo en los primeros años, alcanzó subidos tonos de hostilidad y encarnizamiento.

El Partido Socialista, lenta pero incesantemente, fué creciendo después del descalabro que había representado para él la escisión comunista. Hasta tres bancas llegó a tener en la Cámara de Diputados frente a una de los comunistas. En sus luchas políticas, que repercutieron en todo el país especialmente en tiempo de la dictadura y del gobierno pseudolegal del docto Terra, acreció su prestigio. En la Cámara, junto a la figura de su primer diputado adquirió relieve la personalidad de otros dos representantes, Liber Troitiño, empleado de comercio, y el doctor José P. Cardoso, médico, siendo éste último en

la actualidad quien mantiene con singular brillo y altura la bandera socialista en los escaños parlamentarios¹.

Es una fuerza que se expande penosamente pero que acusa una tendencia continua a crecer sobreponiéndose a todos los obstáculos y contingencias adversas. Debe su existencia y consolidación a haber logrado penetrar en el campo de acción parlamentaria para mostrarse al país como lo que es, en un medio político donde los partidos prefieren generalmente hacerse pasar por lo que no son.

¹ En recientes elecciones obtuvo otra banca, que correspondió a otro distinguido universitario, el Dr. Arturo J. Dubra.

En otros países de América existen partidos socialistas. El que ha alcanzado más imprevisto desarrollo es el de Chile, donde existe asimismo un movimiento comunista importante. Circunstancias políticas y condiciones sociales favorecieron su rápido crecimiento. En ese país de grandes diferencias de clase el Socialismo encontró en el "roto" —nombre con que se designa al hombre de las bajas capas del pueblo, el bracero, el jornalero, el peón de la ciudad y del campo— un elemento dispuesto para entender su prédica revolucionaria, de encendidos tonos, y seguir su bandera. Pero tuvo éxito también en el ambiente estudiantil e intelectual.

La posición doctrinaria del Partido Socialista Chileno es la de un marxismo casi leninista, si bien lo separaban del Comunismo Soviético su absoluta desvinculación de la Tercera Internacional y sus consignas. Estas diferencias se atenuaron mucho cuando el Partido Comunista de Chile, como los de todas partes, renunció a su práctica del "todo o nada" y se colocó prácticamente en la línea política de los partidos democráticos y liberales, hasta el punto de haber formado durante la guerra, una vez que los comunistas abandonaron su neutralismo de los dos primeros años, una alianza o frente unido.

Cuenta con figuras de relieve nacional, como el General Marmaduke Grove, que llegó a la Presidencia de la República con un golpe de fuerza dado contra el que había derribado a su vez al Presidente constitucional Alexandri para ser desalojado a las pocas semanas por otro militar, Ibáñez, que implantó una dictadura reaccionaria.

Grove, entonces socialista sin doctrina y sólo por sentimiento e instinto, quiso aplicar medidas de socialización y limitaciones al capitalismo, con lo que labró rápidamente la ruina de su Gobierno, que desapareció sin haber podido realizar nada, pero dejando a las masas explotadas el recuerdo de sus buenas intenciones.

A esto se debió, en gran parte, el prestigio del Partido Socialista, entre cuyos dirigentes pasó a figurar ese hombre, que hoy representa en el Senado a una de las fracciones en que se ha dividido.

Una juventud llena de entusiasmo que formó las milicias socialistas con la disciplina correspondiente, tal como cuadraba a un partido que preconizaba el desalojo violento de la burguesía y la dictadura del proletariado, dió impulso a su crecimiento, como también la influencia que logró por la actividad inteligente de numerosos militantes obreros de arraigado prestigio en la Unión General de Trabajadores.

Surgió el año 1924 con la siguiente Declaración de Principios:

“El Partido Socialista declara y acepta como puntos fundamentales de su doctrina los siguientes:

“*Método de interpretación.*—El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el *Marxismo*, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social.

“*Lucha de clases.*—La actual organización capitalista divide a la sociedad humana en dos clases cada día más definidas. Una clase que se ha apropiado de los medios de producción y que los explota a su beneficio, y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario.

“Las necesidades de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios, determinan la lucha entre estas dos clases.

“La clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad.

“*Transformación del régimen.*—El régimen de producción capitalista basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de transportes, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico Socialista, en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva.

“*Dictadura de los trabajadores.*—Durante el proceso de transformación total del sistema, es necesaria una dictadura de trabajadores organizados.

“La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación.

“*Internacionalismo y antiimperialismo económico.*—La doctrina Socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo.

“Para realizar este postulado el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latino América para llegar a la Federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y a la creación de una economía antiimperialista”.

Ha confeccionado un extenso programa en el que se confunden las reformas de aplicación inmediata, bajo el Estado burgués, con las medidas de aplicación en la época del Estado socialista.

Entre éstas figuran las del capítulo de política agraria, que a continuación transcribimos:

“Del estudio crítico anterior se desprende una injusta distribución de la tierra —acaparamiento de más de la mitad en 599 manos —y desorganización completa en el cultivo de la tierra y en la distribución de sus productos.

“El Partido Socialista proclama la necesidad de una distribución justa y apropiada, proclama al Estado Socialista como propietario de la tierra y proclama la necesidad de organizar el cultivo de la tierra en forma que satisfaga las necesidades colectivas de todo hombre que la trabaje.

“La tierra no tiene la alta finalidad social de ser cultivada en beneficio de la colectividad; quien la posea y cultive debe hacerlo con este elevado fin, para lo cual no podría invocarse otro título que el de trabajarla de conformidad con las normas y disposiciones que dicte el Estado Socialista.

“El Estado Socialista reconoce la propiedad personal del domicilio, pues dará domicilio a cada uno; acepta la propiedad de los vestidos, pues vestirá a cada uno y acepta la propiedad de lo necesario para alimentarse. Pero, el Estado Socialista no acepta la propiedad privada de los elementos ni de los medios de producción, por lo cual proscribire la propiedad privada de la tierra como un concepto enteramente distinto al de propiedad de habitación. No acepta otra posesión ni otro derecho sobre la tierra que el que se fundamenta en el trabajo, transformando el sistema de producción individualista del régimen capitalista en el de producción colectivizada o de cooperación.

“Por lo tanto:

“1) El Estado Socialista no reconoce otro título y derecho a la tierra que el de trabajarla.

“2) Serán declarados bienes del Estado Socialista, por expropiación: a) los latifundios; b) todas las tierras incultas o insuficientemente cultivadas que no renten el 6 % de su valor declarado en el régimen anterior; d) todas las que se encuentren sobre hipotecadas en las Instituciones de Crédito o Cajas Sociales; e) todas aquellas que no estén cultivadas directamente por quien se consi-

deró su propietario dentro de las disposiciones que rigieron en el régimen anterior, con las excepciones que se establezcan al efecto; f) todas aquellas a lo largo de la frontera nacional y hasta un ancho de 5 kilómetros; g) todas aquellas regiones que el organismo técnico correspondiente indique como necesarias para mantener o crear reservas forestales.

"3) La condición de las tierras que, con anterioridad, fueron reconocidas como fiscales y que estén dadas en concesiones a particulares, empresas o sociedades, será revisada, amparándose únicamente a quien o quienes se ajusten a las normas del Estado Socialista".

Sobre la política sindical el programa establece las normas siguientes:

"En atención a que la acción sindical debe ser una preocupación fundamental del Partido Socialista, la Comisión Informante, reunida, estima:

"1) Que, si es cierto que los sindicatos deben ser verdaderas "escuelas de Socialismo", no es posible pretender crear una "Central Socialista", por cuanto las circunstancias subjetivas que influyen fundamentalmente en la acción revolucionaria, no son favorables, ya que las organizaciones obreras repudian —instintivamente— la acción política dentro de sus cuadros, lo que por otra parte está de acuerdo con la trayectoria histórica del movimiento sindicalista mundial.

"2) Que si bien es cierto que las circunstancias anteriormente anotadas desfavorables a la formación de una central socialista, no es menos cierto que las circunstancias objetivas —de las que no se puede prescindir— nos están indicando la reacción que se opera en el campo trabajador en no aceptar la tuición del Estado en sus intereses de clases, circunstancia que el Partido Socialista está en la obligación de considerar si pretende iniciar en forma definitiva una política sindical adecuada. En consecuencia: la comisión informante estima que el movimiento que se opera hacia la sindicalización libre esto es —la acción directa de los trabajadores organizados sin influencias estatales para avocarse sus propios problemas— debe ser estimulado como un medio de captación hacia la doctrina socialista de las masas organizadas.

"Al insinuar esta política sindical al Congreso, la Comisión informante ha tenido en vista que la penetración de nuestro partido dentro de los sindicatos, ya sean estos legales o de hecho, si bien es cierto que se ha manifestado en forma desorganizada, no ha sido por ello, menos efectiva, la que no se conseguiría con la intromisión oficial de nuestro Partido por las circunstancias que dejamos anotadas.

"Que a objeto de alcanzar los fines que hemos apuntado, se hace indispensable organizar y orientar esta penetración, y para ello, la comisión insinúa al Congreso la necesidad de adoptar las medidas siguientes:

"1) Ingreso obligatorio a sus respectivos sindicatos de todos los miembros del Partido. Los estatutos deben considerar que para obtener la calidad de militante, debe cumplirse este requisito.

"2) Creación de sindicatos en aquellas empresas, fábricas, talleres, etc., en que esta organización no exista, y en las que sea posible organizarse libremente.

"3) Organización del Consejo Sindical, que estará formado por el secretario de acción sindical de la seccional y de jefes de Brigadas Sindicales".

Algunos conflictos de tendencia y táctica surgieron en su seno. El más serio fué el que se produjo con motivo de la política de colaboración con el Gobierno radical durante la guerra. Se formaron nuevos grupos pequeños desprendidos del tronco originario. Luego sobrevino otra escisión que partió en dos dicho tronco.

El Partido Comunista, en cambio, mantuvo su unidad, y tras los incontables virajes y evoluciones que en todas partes caracterizan su trayectoria pasó, al terminar la guerra, a colaborar con el gobierno. Edita un diario, "El Siglo", de gran circulación y constituye una fuerza popular en incansable crecimiento.

En cuanto a Venezuela, nos ofrece el fenómeno histórico de una expresión de Socialismo democrático que llegó al poder mediante el derrocamiento por la violencia de un gobierno constitucional.

Nos llevaría demasiado tiempo y espacio analizar las condiciones en que se produjo ese movimiento y las razones que éste tuvo para preferir derrocar por la fuerza al gobierno constituido antes que esperar los resultados de un proceso político que habría de coronarse con unas elecciones indudablemente controladas por fuerzas sociales reaccionarias y corrientes antipopulares del ejército.

Lo cierto es que ese movimiento se define por sus declaraciones oficiales, sus actos de gobierno y las vinculaciones que mantiene con los organismos obreros como una afirmación efectiva de socialismo democrático americano, en la génesis de cuyo espíritu parecen haberse fusionado influencias del Aprismo y de las corrientes socialistas internacionales.

DÉCIMATERCERA PARTE

LA SÍNTESIS AMERICANA

SENTIDO POLÍTICO Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

Otros partidos socialistas existen en América. Sin desconocer la importancia alcanzada por alguno de ellos y apreciando en su alto valor moral el contenido de valiente inquietud espiritual que trasuntan las actividades de todos, creemos poder terminar aquí la reseña de las expresiones más interesantes del Socialismo en nuestro continente.

Al menos con ellas tenemos suficiente para cimentar nuestra convicción de que así como en el ideario y en los fines de los mejor orientados se hallan los elementos sustanciales de una filosofía social y política eminentemente apropiada para América, con ellos el Socialismo recibe en compensación la influencia saludable de América.

A ésta le corresponde aportar al mundo una síntesis de la doctrina tradicional y del movimiento socialista contemporáneo, en la que se combinen, vitalizándose mutuamente, los elementos de una y otro que mejor sirven al objetivo de dotar a la humanidad de las soluciones de justicia, de libertad y de armonía que puedan considerarse complemento y superación de la obra de todas las revoluciones emancipadoras.

El proletariado americano ha de asumir la responsabilidad histórica de infundirle al Socialismo un espíritu que no posponga nunca, ante la aspiración de justicia social y la idea de igualdad, el sentimiento de libertad.

En América, por el instinto irrevocable del pueblo, que ha recibido esa herencia psíquica de las multitudes bravías que trazaron a punta de lanza el camino de la independencia, no se conciben formas de Socialismo sin libertad. Y al decir libertad el pueblo americano comprende todas las libertades públicas, que son para la personalidad humana como los miembros para el cuerpo, brazos y piernas del espíritu: la libertad de opinión, la libertad de palabra, la libertad de reunión, la libertad de imprenta, la libertad de asociación, la libertad de movimiento, la libertad de

creencia, la libertad, en una palabra, de ser hombre entre los hombres.

En América, más que en parte alguna, el Socialismo sólo puede sentirse como un camino hacia la libertad, más amplia y segura a medida que se avanza en los espacios de la civilización, tal como el pensamiento socialista debe concebirla. Aquí el Socialismo tiene que afirmarse en un sistema completo de soluciones de libertad, tanto como de soluciones de justicia económica y de igualdad social.

No ocultemos que mientras el Socialismo se presenta como una garantía de la libertad, como un ordenamiento social en el que las libertades dejan de ser nominales para ser sustanciales, pues pone en manos de cada uno los medios de ejercer los derechos y las libertades que la ley reconoce, se formulan objeciones desde el punto de vista de la libertad, precisamente, a sus normas de ordenamiento económico, que son las fundamentales de todo régimen social.

Las objeciones de ese género parten de quienes sostienen que la economía liberal es una garantía de la libertad del individuo. Se razona como si la supresión de la libre concurrencia y la falta de estímulo a la libre iniciativa privada, que podría resultar de la socialización de las industrias —y sobre todo— la concentración del poder económico en el poder político, eliminasen la libertad del individuo. La economía liberal se contraponen a la socialista por sus efectos políticos. Se plantea, pues, un problema de filosofía política que debe resolverse en términos de filosofía política.

La economía dirigida de los regímenes totalitarios es un modo de opresión política. Pero en las democracias el sentido de la dirección ha de ser democrático.

La garantía de la libertad del individuo reside en que sus posibilidades de ganarse la vida no dependen de la voluntad ajena. Y en asegurarle al hombre el uso y consumo de lo que necesita o produce con su trabajo; en poner el producto de su esfuerzo a cubierto de la voluntad de quienes se enriquecen con él.

Una economía socialista ofrece al individuo esas ga-

rantías. Si suprime la libertad de concurrencia, es porque se trata de una libertad análoga a la del animal más fuerte de la selva para devorar al más débil. Y cuando se suprime, por poblada de alimañas, la selva de la economía capitalista, esa desaparece con ella. En cuanto a la iniciativa de cada cual, no se la suprime sino que se la cambia de sitio y de objeto. No se le restan estímulos; se cambian los estímulos. La propiedad privada de los medios de producción no es la única fuente de la iniciativa económica. En muchos casos es, por el contrario, la tumba de esa iniciativa. No es sólo el deseo de riquezas ni de la preponderancia en el mercado lo que despierta en el hombre la aptitud de iniciativa. No es bajo esos acicates que se desarrolla el mejor género de iniciativa. Los obreros que en las fábricas particulares inventan perfeccionamientos técnicos, no dejan de inventarlos en las fábricas socializadas. Y en éstas se pueden adoptar, además de los estímulos materiales, estímulos morales que una fábrica privada no tiene a su alcance. Así, por ejemplo, en la URSS el renombre de que se rodea a los obreros destacados por sus inventos o su intensidad de producción, con citaciones en los diarios y la inscripción de sus nombres en listas expuestas al conocimiento del público, constituye estímulo poderoso de que las industrias privadas no pueden disponer.

Más seria y fundada es la prevención contra la concentración del poder económico en el poder político por los peligros que encierra para la libertad de los individuos.

Advirtamos, ante todo, que la misma economía liberal con su separación —a veces tan sólo aparente— del poder económico y del poder político, no impide que a la tiranía del capital privado se agregue la del poder público, y que éste se vuelva, como es frecuente, un instrumento de aquél.

En segundo lugar, no es esencial a la economía socialista la concentración o conjunción de esos dos poderes. En un régimen de socialismo democrático —y para hablar más claro— de socialismo liberal, la economía será regida por la sociedad, más que por el propio Estado,

que según Marx en un régimen perfecto estará por debajo y no por encima de la sociedad¹. Esta dispondrá de órganos económicos, no políticos, para regular y racionalizar la producción y el cambio. No podrían faltar los recursos para salvaguardar el derecho de todos y cada uno, y si predomina la preocupación de no sacrificar los derechos individuales que no se confunden con los privilegios de dominio y explotación, incompatibles con el Socialismo, se dejará un margen para el desarrollo de ciertas actividades económicas en que el ciudadano, sin perjuicio de los intereses generales, halle siempre un refugio de modesto individualismo económico o de cooperativismo privado, si lo considera necesario a su libertad personal.

Y aun mismo cuando el Estado, como poder político, concentre en sus manos toda economía, el uso que haga de ésta en relación con las libertades individuales dependerá de los principios de filosofía política que adopte. Si en él alienta el espíritu del socialismo demócrata liberal, o sea, el que se considera no una negación sino una superación del liberalismo político, y se concilia con los principios de éste en el campo de las relaciones políticas, la concentración económica será empleada para servir a la sociedad y liberar a los individuos de las opresiones del capitalismo y del régimen de la economía individual, pero no para tiranizar a nadie ni retacearle una sola de las libertades que el liberalismo político consagra.

Este liberalismo no se confunde con el económico. El económico conspira contra aquel en cuanto permite la formación de poderíos individuales que someten a su imperio el destino de muchos hombres y hasta gravitan sobre los resortes políticos de la colectividad. La economía socialista conduce a reforzar el poderío del Estado, pero si éste es verdaderamente democrático pondrá ese poderío al servicio de la sociedad y se mantendrá en el respeto de la personalidad de cada ciudadano, después de propor-

¹ "La libertad consiste en transformar el Estado; órgano superior de la sociedad, en un órgano subordinado a ella". Marx. Programa de Gotha.

cionarle las bases económicas de su afirmación y desenvolvimiento.

El peligro surge cuando por una concepción antiliberal de la organización política, que se proclama transitoria, se implanta una forma de dictadura que reúne en el poder del Estado todas las fuerzas económicas para aplicarlas y regirlas con un espíritu que no es precisamente el demócrata liberal.

Entonces, sí, podemos asistir a una mutilación de la democracia política y a una supresión de ciertos derechos individuales o colectivos, que obedece a un determinado concepto de la democracia que no es el nuestro.

Pero mutilaciones mayores se operan en muchos países de economía individualista sin siquiera la compensación de las garantías en el trabajo que la socialización permite dar a todos los habitantes del país —donde no existe, positiva conquista, la explotación del hombre por el capital privado— ni las ventajas que aquélla representa por el lado de la capacidad constructiva y realizadora.

Hay una noción alemana del Socialismo que Nietzsche expresa reciamente en uno de sus aforismos más atrabiliarios, según la cual aquel "desea para el Estado una plenitud de poder tal como sólo la tuvo el despotismo, y aun rebasa todo lo que muestra el pasado, porque trabaja en el aniquilamiento personal del individuo; y es que le parece un lujo incalificable de la naturaleza, que debe ser corregido por él en un órgano útil de la comunidad" (*Humano, demasiado humano*, ACUILAR. Madrid, pág. 252).

El filósofo se remonta a las ideas de Platón, que viejo socialista típico, "en la corte del tirano de Sicilia estimula los desarrollos excesivos del poder", y atribuye al Socialismo el propósito de prepararse sigilosamente para la dominación por el terror hundiéndose en las masas semicultas como un clavo en la cabeza la palabra *Justicia*. El puede servir para "enseñar de una manera brutal y notoria el peligro de todas las acumulaciones de poderes en el Estado, y en este sentido insinuar una desconfianza contra el Estado mismo" (Idem, pág. 253).

Ha definido perfectamente una forma bárbara de pseudosocialismo autoritario, que adoptó el nombre de nacional-socialismo, el nazismo, sanguinario y feroz, pretendido "antídoto" del verdadero socialismo y en realidad su antípoda². Pero no se puede negar que las escuelas socialistas que tienden a la instauración del socialismo por la violencia y lo conciben como una organización en que, prácticamente, el Estado es todo y el individuo nada o muy poco —aunque se trate de un Estado justiciero de trabajadores, no de clases privilegiadas, además, provisorio— prestan asidero al vaticinio nietzchiano de que al grito "La mayor cantidad posible de Estado" responderá un día el de "La menor cantidad de Estado posible" con que Herbert Spencer hacía el juego del liberalismo de Manchester.

Esto se experimenta en la experiencia de la URSS, y no precisamente porque allí se aprenda a desconfiar del Estado, es decir, de todas las especies de Estado, sino porque allí se aprende a sentir que para que un Estado tenga el derecho de resumir, dirigir y controlar una gran parte de la vida social es necesario que no sea el exclusivo instrumento de un solo partido político y que, por el contrario, conviva con el más amplio debate de las opiniones y con el completo ejercicio de la libertad y los derechos del hombre, en la masa y en el individuo, y reciba de esa libertad y de esos derechos la savia vital y el impulso cotidiano de sus inspiraciones y de sus actos. Es necesario que se confunda verdaderamente con la sociedad y no cercene al individuo sino que lo ampare o estimule en sus atribuciones sociales, en sus sentimientos solidarios y en las actividades útiles a sí mismo y al bien general.

Ningún Estado puede hacerlo como un Estado socialista, que ha abatido las potencias opresoras del egoísmo

² El repudio de Nietzsche del poder del Estado no fué óbice a que los fascistas alemanes —ateniéndose a otras ideas del contradictorio filósofo, lo proclamasen su precursor filosófico y que Hitler visitase en Weimar la casa donde murió, para consagrarlo como uno de los maestros y padres espirituales del nazismo.

económico y de la explotación del hombre por el hombre.

Pero si el estado socialista se entrega a la voluntad política de un partido único, sin más control que el de su propia conciencia y sin la concurrencia de ninguna fuerza que lo vigile desde afuera y lo rectifique y aun pueda reemplazarlo cuando proceda mal, sus facultades de organización y dirección económica se vuelven peligrosas para las autonomías personales del cuerpo y del espíritu.

La libertad necesita resguardarse de los peligros que la acechan de dos lados opuestos; el del Individuo anti-social y egoísta y el del Estado antiindividual y opresor.

Se trata de dos potestades que acaparan facultades para sí y suprimen libertades para los demás.

Hay un individualismo que tiene como contenido específico la defensa de aquel individuo prepotente. Hay un estatismo que se articula para la acción de ese Estado absorbente del individuo hasta en sus más legítimas expresiones.

Ambos extremos se oponen, como es natural, y se ha pretendido desde los tiempos de Herbert Spencer que esa oposición traduce una inevitable contienda entre el individuo esencialmente considerado como persona jurídica normal en un régimen de "libertad igual para todos", y toda forma de Estado que no corresponda a la fórmula tradicional del manchesteriano Estado "juez y gendarme".

La verdad es que el individuo concebido como tal persona jurídica, solidaria y conciliable con el principio de "la libertad igual para todos" no queda en contradicción con el Estado sino cuando este, en fuerza de no ser sino juez y gendarme en una ordenación social de injusticia económica, lo deja indefenso ante la explotación capitalista y sometido a otros individuos socialmente más poderosos.

La perfecta armonización del individuo con el Estado es un fin asequible.

Pero esa armonización sólo es posible si, por una parte, el individuo es social y no egoísta, y el Estado, por otra parte, no se erige en opresor de los derechos esenciales de la personalidad individual, sino en apoyo y garantía

de los mismos. Esto último no quiere decir, por cierto, que el Estado actúe como instrumento de los egoísmos o egocentrismos individuales, sino como limitación de ellos en cuanto representante de los altos intereses de la sociedad.

Es precisamente un Estado identificado con la sociedad el que, haciendo valer los derechos de ésta a no ser avasallada por el individuo prepotente y cumpliendo sus deberes para con los individuos y las masas, de acuerdo con un concepto igualitario, solidario y social de los destinos de unos y otras, puede fortalecer la personalidad física y moral de todos y cada uno de los componentes del conjunto.

El individualismo en cuanto sistema no concibe la libertad del hombre sino como un atributo del individuo abstracto y un derecho que sólo se basa en la afirmación de ese individuo erigido en centro y fin de todas las actividades y conquistas colectivas.

El Socialismo, en cambio, basa la libertad humana en la idea de que el hombre es un ser eminentemente social, y que no puede someterse aquélla al interés del individuo sin transformar a éste en un enemigo de la sociedad, es decir, de aquello que constituye el elemento vital del hombre.

No confunde el concepto individuo con el concepto hombre, porque el hombre está en el individuo pero también está en la masa, que son cosas distintas por más que la masa sea una suma o multitud de individuos.

Como bien social, de todos para todos, la libertad no puede existir sino a condición de socializarse o sea a condición de universalizarse en la sociedad y quedar a cubierto de las tendencias tiránicas del capital y de los monopolios privados, que obedeciendo a una ley interna de su propia naturaleza, utilizan al hombre como elemento de usufructo y le retacean el albedrío.

En un régimen de economía individual capitalista el individuo se afirma y crece jurídica y económicamente en la persona del privilegiado, pero se anula en la perso-

na del desposeído, que se agrupa en la masa y constituye la multitud, el bosque en el paisaje de la vida social.

Para que la libertad resplandezca fuerza es superar ese régimen de prepotencias egoístas que acaparan las posibilidades económicas, y condenan, como ciertos grandes árboles del bosque, a todo el contorno a vegetar en la aridez o a languidecer en la sombra.

Es, por lo demás, sentencia de la historia a que no logrará sustraerse ese régimen, cada día más estrechado entre el avance de las formas de solidaridad social impuestas por la interdependencia de los destinos humanos en el seno de las modernas colectividades, donde la gravitación del conjunto disuelve en la condición de todos la suerte de cada uno.

Se viven tiempos de nivelación, y los males de la justicia social van sumergiendo a las montañas del privilegio capitalista, si bien aún quedan muchas enhiestas, y zonas enteras de topografía montañosa.

El mundo se socializa a pasos agigantados y el sistema capitalista o el régimen de la propiedad privada capitalista, retrocede o pasa a hacer concesiones importantes a los principios del sistema contrario.

Pero en el tránsito de uno a otro sistema, sea cual fuere el camino por el cual se realiza, los pueblos han de esforzarse en conquistar el don de la completa libertad humana, y no perder en ningún caso ni un ápice siquiera de las libertades o fragmentos de libertades concretas que le son permitidas en el reino de las desigualdades sociales. Cada libertad concreta que se pierde es un paso atrás en el camino del progreso humano. Y esa pérdida no se compensa con ninguna adquisición de otra índole. Porque las libertades son más necesarias a la vida del hombre que el pan.

No es, por tanto, deseable un Estado que separando la idea de justicia económica y de igualdad social, de la idea de libertad política, tienda a realizar aquélla con el sacrificio de ésta.

Desde luego, sin libertad política, sin todo ese conjunto de libertades públicas y derechos personales que consti-

tuyen la democracia política liberal, no se realizan verdaderamente ni la justicia ni la igualdad. Esos derechos y libertades son un patrimonio social y jurídico del hombre, del que no puede despojarse sin cometer una injusticia. Y no hay igualdad entre los hombres cuando unos tienen en sus manos el poder y los que no piensan como ellos se ven privados de todos los medios para conseguirlo.

La lucha contra el capitalismo, los privilegios económicos y las injusticias e iniquidades sociales, no debe conducirse a reducir los horizontes políticos del pueblo, encerrándolo en un recinto donde la bomba asfixiante del Estado haga el vacío eliminando esas libertades, que son el aire moral de los pulmones cívicos.

El Socialismo se desvía de su misión integralmente emancipadora y reparadora si da en subestimar esas libertades que es tonto denominar "burguesas" cuando la burguesía las niega, y es, en cambio, el pueblo obrero quien las fecunda con su sangre.

Con esas libertades, precisamente, habrá de forjarse el Socialismo y en ellas, ampliadas y aseguradas en toda su expresión, habrá de apoyarse para cumplir la obra de repararle al pueblo una vida más digna, más justa, más humana y más libre.

Las corrientes del movimiento socialista que interpretan su más alto y verdadero destino, son las que quieren emancipar a los trabajadores de la tiranía del capital, pero no para que implanten una tiranía política, que pesará también sobre ellos, sino para que el hombre sea libre, por derecho y de hecho; y la sociedad lo ampare liberándolo y lo consagre liberado a la dignidad de ser dueño de sus actos, de sus palabras y de sus pensamientos.

EL MEDIO HISTÓRICO AMERICANO

Como floración de un mundo nuevo el Socialismo de América debe romper las vallas teóricas que reducen el espacio de la definición práctica del Socialismo interna-

cional. Viendo el proceso histórico del mundo desde mayor altura, en gran parte como espectador relativamente sereno, menos cegado el espíritu por las viejas culturas, por el apasionamiento de las polémicas seculares, más ágil por más joven y sin ataduras mentales que lo ligan indisolublemente al pasado intelectual, ha de comprender que puede la fuerza socialista desprenderse, sin peligro y con ventajas, de todos sus compromisos teóricos inútiles. Le es más fácil que al Socialismo europeo librarse de la sugestión de los prestigios tradicionales y apreciar hasta donde le son imprescindibles, o cómo le son innecesarias y perjudiciales, ciertas adhesiones tenaces a determinados conceptos teóricos que se vuelven delimitaciones excluyentes.

Europa es un mundo en el que esa tragedia humana de que las alas del ideal no logren nuncaacomparar su ritmo al de los reales impulsos de la historia, se aguzan e intensifican hasta adquirir los más consternadores caracteres. Lo que alguien ha llamado "la costra de la tradición" se había endurecido allí en muchas partes hasta el punto de constituir un obstáculo desesperante a la penetración de toda esperanza de pronta transformación de la compaginación jurídica del orden social. Esa impermeabilidad de las defensas del conservatismo de fondo conspiraba abiertamente contra el equilibrio de la conservación. Arreiciaba la pugna entre la fuerza del pasado y la del porvenir.

Hervía así el continente de ideales frenéticos, exasperados en ese choque brutal y entre los profundos contrastes de pobreza y riqueza que dividían a los hombres y condenaban a muchos millones a la miseria y al hambre. Ese mundo social y político marchaba sin ritmo, a encontronazos, a empujones, hoy hacia adelante, mañana hacia atrás. La tradición no tenía como en Asia —con ser más fuerte en algunas partes— bastante consistencia para contener la ola de las inquietudes renovadoras que la cultura y la civilización alientan e impulsan. Estas no tenían bastante fuerza para despejar el camino... Amé-

rica debe aprender la lección. Con una tradición menos rigurosa, las transformaciones pueden realizarse aquí sin tales esfuerzos violentos. Pero transportar a ella los métodos de renovación europeos puede provocar una ruptura del ritmo del progreso y arrojarnos a inconducentes aventuras.

Lo que no debe, naturalmente, olvidarse, es que América es una prolongación del viejo mundo, del cual ha recibido y recibe las formas de organización económica y social y política: los modos de explotación humana y de aprovechamiento del trabajo con toda la pirámide de privilegios que sobre esa base se eleva.

Esa fábrica institucional y consuetudinaria, ese sistema de relaciones de hecho y de derecho que ha cruzado los mares, canaliza el desarrollo histórico del continente americano en una secuela de opresiones, desigualdades, e injusticias, inherentes al régimen capitalista importado. Y es así típico del medio americano el espectáculo de grandes multitudes indígenas condenadas a la miseria y la abyección en factorías en que el bracero indio o criollo es una simple bestia de carga, mal alimentada y maltratada, en la cual suele cebarse la brutalidad de los capataces, y sobre la cual además se descuelga el peso de las trapiondas administrativas de los empresarios y proveedores, que se amañan para quedársele canallescamente con sus mezquinos salarios dándole por toda compensación el embrutecimiento sistemático y criminal del alcoholismo.

Debe encontrarse el medio más rápido y seguro para concluir con esa aberración; para eliminar de la vida del continente la llaga purulenta de los gomenales, de los verbatales, de los ingenios de azúcar de algunas regiones, de las minas y de los obrajes de otras; para redimir al indio; para elevar la condición del negro; para rescatar al atraso de las campañas silvestres las peonadas criollas que cuidan el ganado; para impedir que las empresas capitalistas que extraen para su lucro nuestras riquezas naturales agoten y degeneren con las peores formas de explotación las reservas humanas del continente o se enri-

quezcan con el hambre de los trabajadores nativos y extranjeros.

Claro está que nada puede ser tan eficaz a ese efecto como la política de un partido de la clase trabajadora que sea capaz por su potencialidad de acción de imponer en cada país de América orientaciones institucionales y gubernativas excluyentes de esos sistemas de explotación y envilecimiento, suplantándolas por las soluciones económicas y sociales que los sentimientos de humanidad reclaman y por otra parte también requieren los intereses bien entendidos de la nación.

Para esa lucha pueden ser, en alguna región, indicados o indispensables los movimientos de las fuerzas populares contra los poderes cómplices de tan afrentoso orden de cosas; y el fenómeno es de tal índole, que para una política de supresión de tales lacras no ha de ser difícil contar con el concurso de sectores de diversas clases sociales, como en el Perú el Apra pudo movilizar junto a los obreros, sectores de la clase media, y aún tener consigo el verdadero espíritu nacional, por encima de fronteras de clase.

En otros sitios será más indicada la táctica de la conquista pacífica y gradual del poder. Y mientras en un lado puede valer la pena echar abajo por la fuerza —aunque no sea solamente obrera— una situación arbitraria y fraudulenta o cínicamente ilegítima, para abatir obstáculos reales a la evolución salvadora, en otros ha de ser necesario alejarse de los procedimientos de la revuelta, que tanto han desprestigiado y perjudicado a la América Latina, para buscar caminos más largos pero menos inseguros.

Ha de pensarse, en todo caso, que lo peor que puede ocurrir a las fuerzas del Socialismo es quedar complicadas en movimientos que no realizan el objetivo proclamado, defraudando las esperanzas del pueblo, y resultan al final de cuentas un episodio más de la eterna disputa a mano armada por el poder que mantienen las facciones de la "política criolla".

Ese es un riesgo que no han sabido eludir, para su mal

y para mal del Socialismo, algunos grupos socialistas en ciertos países americanos. Sin contar con que no han faltado, por cierto, aventureros sin convicciones que se han decorado con el título de socialistas para meterse en combinaciones políticas nada recomendables¹.

Y agréguese la existencia de espesas capas inferiores de la sociedad que constituyen por su ignorancia, su incultura, su bajo nivel de vida en que arraigan los peores hábitos, el verdadero *lumperproletariat* de que hablaba Marx, una plebe lunfarda a la que atraen con los procedimientos más embrutecedores, para utilizarla como violento contingente cívico, desaforados demagogos encumbrados en el poder y por consiguiente amparados en la impunidad.

Quiere todo ello decir que el Socialismo en América no puede ceñirse, por lo que respecta a su acción, a cánones estrictos, iguales en todas partes. La doctrina que aspire a abarcar todas esas diferencias de actitud, en cuanto ellas sean científicamente justificadas por una motivación seria, tiene que ser amplia y no pagarse de dogmatismos. Ni una tendencia exclusiva a la toma del poder por la fuerza —que puede ser contraproducente y prematura— ni una incapacidad absoluta para admitir las soluciones de fuerza ante las situaciones que niegan el derecho. Ni un concepto estrecho de lo que ha de ser cuerpo y alma actuantes y elemento del Socialismo —la clase trabajadora—; ni un olvido de esa constante y profunda consustanciación del proletariado con el movimiento socialista en el deseo de ampliar con nuevos contactos y aportes de otros sectores

¹ En América Latina la demagogia de las facciones políticas que no conocen escrúpulos en materia de vestirse con denominaciones engañosas para sembrar el confusiónismo y disfrazar su verdadera índole, nos hace presenciar el más escandaloso abuso de los títulos partidarios. Y así tenemos, por vía de ejemplo, en el Brasil un partido Social Demócrata que no es sino una facción militarista y un Laborismo, que es el partido del ex dictador Vargas. Los partidos Laboristas que han brotado en América Latina después del triunfo Laborista en Inglaterra, pertenecen casi sin excepción a esa clase de aprovechamiento indebido de un nombre prestigioso.

sociales el radio de su proselitismo y multiplicar las posibilidades de su acción.

FUNCIÓN AGLUTINANTE DEL SOCIALISMO

Las mentalidades experimentan la presión de los hechos. Los criterios de evolución pacífica han quedado desacreditados en el clima histórico de la guerra. Muchos espíritus se sienten más inclinados a creer que sólo la preponderancia de la fuerza puede traer las soluciones decisivas, que a esperar que éstas vengan por el camino de una evolución en la que aparecen contemplándose elementos rivales, sistemas opuestos de organización social en alianzas o acuerdos políticos de difícil cimentación.

La guerra, sin embargo, ha obligado a juntarse a naciones rivales, clases opuestas, sistemas de organización económica antagónicos. Demuestra así que la conciliación de los contrarios es posible, —contra lo que sostenían los dialécticos comunistas— cuando ella es necesaria para enfrentar un contrario común. O en otros términos: que los contrarios de ayer pueden conciliarse hoy y los de hoy conciliarse mañana, si surge un peligro para todos ellos, un contrario que a todos ellos interesa suprimir. Se entabla una nueva oposición y lucha de contrarios, en la que no cabe o cabe conciliación; pero aunque ésta no quepa, ya se ha producido ella entre aquellos otros contrarios, hoy aliados, que reaparecerán sin duda como contrarios mañana nuevamente. Y esto basta para enseñarnos que la acción de un partido revolucionario o profundamente renovador tiene que desarrollarse, para no volverse estéril e irreal, en base a un criterio de acercamientos útiles entre la clase obrera y otras clases sociales para conquistas o defensas comunes. Esto es, por lo demás, un repetido consejo de Marx y Engels. Los comunistas lo han adoptado a su modo, frente al fascismo, con su táctica de “frente único nacional” (pese a que durante un tiempo la empleaban para apartar a la clase trabajadora de la colaboración con la burguesía democrática en la guerra

contra Hitler y Mussolini). Pero ese criterio conduce lógicamente al Socialismo en América a dedicarse no sólo a la obra de elevar al proletariado —entendido, desde luego, como el conjunto de asalariados y servidores del capital de las más diversas categorías y especies, en las ciudades y en los campos— sino también a la de educar, regenerar y elevar mental y moralmente a la clase media, capacitándola para que coopere en estos países a la realización efectiva de la democracia política.

Las naciones americanas viven, casi todas ellas, una etapa de incipiente organización política en que las formas democráticas suelen ser vanas apariencias para muchos aspectos de la democracia misma. Las oligarquías terratenientes o las castas militares ejercen el poder directa o indirectamente. En casi todas partes el Estado, mucho más, por cierto, que un servidor de la sociedad, es una función de la burocracia y del ejército, obedientes a su vez a determinadas influencias sociales, cuando no erigidos ellos mismos en una especie de potencia social aparte.

En la misma Unión americana del Norte la democracia adolece de vicios y defectos de considerable gravedad; y el solo espectáculo —en el corazón del continente de la fraternidad de las razas— de una población de muchos millones de negros sometida a un tratamiento social y político de estúpida desigualdad, grita al mundo que esa democracia de que el americano de Estados Unidos se siente por lo general tan orgulloso, cojea horriblemente. Concluir con esa afrenta que no se compadece con las máximas del cristianismo, en que el pueblo americano aprende sus preceptos morales, y choca rudamente con los principios democráticos de que se enorgullece, es empresa inaplazable. Y ella habría sin duda de colaborar con eficacia decisiva una clase media esclarecida, sobre todo en sus capas intelectuales, si el Socialismo desata por las vías normales del progreso social y político de la nación, un impulso que junte tras ese objetivo las energías solidarias de la clase obrera y de todos los elementos de la sociedad capaces de comprender y sentir la urgencia de una espe-

cie de revolución moral que rompa las murallas levantadas por el prejuicio, por la aversión, por los sentimientos de superioridad étnica entre negros y blancos. Para esa nueva cruzada, que vendría a completar la obra de Lincoln, el Socialismo debe poder contar con el concurso de todos los sectores sociales evolutivos y de todos los espíritus sanos.

Podrá pensarse que la mejor garantía de que ella se lleve a cabo consiste en la conquista del poder por la clase trabajadora bajo la bandera socialista. Es indudable que cuando ello ocurra esa anomalía anacrónica será de inmediato abolida, si no lo ha sido antes. Pero el problema no es de aquellos cuya solución pueda dejarse librada a las posibilidades de esa conquista, no cercana en un medio como el norteamericano, ni demorada hasta tanto el Socialismo se halle en el poder.

Cosa mucho más práctica y factible harán los socialistas si, en vez de confiarlo todo a la exaltación al gobierno de la clase que específicamente representan, se lanzan a demoler el castillo de esa odiosa desigualdad social por medio de una evolución de la opinión y del sentimiento público que conduzca a tal efecto, con el concurso de hombres de todas las clases y hasta de clases enteras no proletarias.

Para ello su partido ha de centrarse en una apreciación amplia de los caminos por seguir, a cubierto de exclusivismos inconducentes, de radicalismos infantiles, de concepciones teóricas reñidas con la realidad. Sin caer, claro está, en los extremos contrarios de perder su fisonomía propia de sano y honesto partido de la clase trabajadora —para no extraviar el báculo del método de la lucha de clases frente a los objetivos cardinales— ni de eludir las metas ambiciosas y los surcos profundos sin los cuales a veces las mejores siembras se malogran o no es posible construir torres altas y perdurables.

El Socialismo antes de Marx, con todo ese conjunto de teorías y fantasías que forma el caudal confuso y difuso del idealismo socialista de los reformadores utópicos y de los revolucionarios románticos, carecía de una base de doctrina científica, o mejor dicho, de una explicación científica que le diese arraigo en el terreno teórico de las concepciones de la historia, del análisis de los fenómenos económicos y del estudio de las formas sociales. Con eso aparecía dotado el Socialismo de un fundamento sólido que habría de servirle para imponerse, directa o indirectamente, en una vasta zona de la intelectualidad contemporánea y en el espíritu de los trabajadores más comprensivos.

Marx recogió las partes vivas y realistas de todo aquel farrago de conceptos, a veces contradictorios, y con su doctrina orgánica abrió paso en los cerebros de su época, a través de todos los prejuicios y obscuridades teóricas, a la verdad viva y progresiva del Socialismo, a la par que vinculándola al movimiento obrero, le abrió paso en los hechos sociales y políticos.

El gran hallazgo político de Marx fué la clase. La clase como cimiento y vehículo de la lucha en pro de las transformaciones sociales; del progreso histórico. La lucha de clases como método, llamado a movilizar a las multitudes obreras en proporciones colosales.

Más eficaz que la *idea*, que la razón, que la nacionalidad, ninguna de éstas tuvo el poder catalítico del interés de clase, que es un valor universal, un elemento poderoso de coordinación de las masas a través del espacio.

Los ideales, los conceptos políticos, morales, filosóficos; las doctrinas jurídicas; las nociones del Derecho, de la Nación, del Estado, de la Ley, no igualan en potencialidad concitadora a la conciencia y al espíritu de clase.

Con ella surgieron la Internacional de los trabajadores y

los partidos políticos del Socialismo, la Internacional de los gremios obreros y la Internacional de los partidos de la Democracia Socialista: el Socialismo contemporáneo en una palabra.

Sólo el lazo de las creencias religiosas y la acción coordinadora de la iglesia puede compararse al lazo de la clase y a la acción de las ideologías que la emplean para su difusión por el mundo y su empeño de organizarlo.

Surgió cuando ya las religiones no encendían guerras ni arrojaban a unos pueblos contra otros; cuando ya había pasado la época de la cuestión religiosa; y se acercaba a su crepúsculo la cuestión política de las nacionalidades y la independencia nacional (que resurge hoy con nuevos caracteres).

El Socialismo, como vasta inquietud espiritual en que se agitaban, enmarañándolo, numerosas corrientes y múltiples ensueños o afanes de emancipación y elevación humana, necesitaba un elemento natural de acción práctica, un sólido carro de guerra que lo transportase a través de las multitudes y las arrastrase consigo en un impulso de entusiasmo, de fervor y de esperanza.

Ese elemento no podía ser ya un sentimiento religioso ni un sentimiento civil de libertad abstracta o de reforma política. La idea republicana, el librepensamiento, el mismo anhelo de justicia económica y de igualdad social, no podían por sí solos levantar el oleaje de las multitudes en todas las regiones del globo a un mismo tiempo. Eran conceptos teóricos, eran principios doctrinarios que no apasionaban sino a los intelectuales o a los hombres del pueblo relativamente instruidos.

La noción de clase con el sentimiento de solidaridad de clase era otra cosa. Era un riel que se extendía rápidamente por sí sólo, y sobre el cual corría, como una chispa eléctrica, el ideal socialista, pasando por encima de todas las preocupaciones de nacionalidad, de religión y de raza.

Pueden discutirse cuanto se quiera las doctrinas que Marx hizo circular sobre ese riel; pueden haber envejecido en parte más o menos apreciable; pueden haber quedado en evidencia como errores teóricos... No im-

porta. Adheridas a ese vehículo, encauzadas en ese riel, las ideas de Marx lograron mover océanos de voluntades y penetrar fecundas en el corazón de la historia.

El mismo medio de transporte, el mismo concepto de la lucha de clases como móvil básico de progreso, puede haber tenido que modificarse o ceder el paso a concepciones más elásticas, menos rígidas de los resortes internos del proceso histórico y revolucionario. No podrá nunca negarse su eficacia y su trascendencia como instrumento para crear una civilización del trabajo y de la justicia social.

Sin Marx, el Socialismo hubiese continuado durante mucho tiempo perdido y oscilante en las nubes de la irrealidad, entre una incoherencia de luchas desordenadas, y a menudo divorciado, por obra de posiciones conceptuales confusas, de las agitaciones de un proletariado que trataba de defenderse, como mejor le daba a entender su simple instinto de conservación, de los efectos de una transformación económica despiadada, de un progreso técnico sin entrañas morales, forma de organización de una violencia sistemática a la que sólo podían responder sus primeras y principales víctimas con la violencia sin sistema.

El trajo las fórmulas que habrían de permitir utilizar por el Socialismo esas fuerzas oprimidas, y servir las en el sentido de su defensa o emancipación con las ideas y los métodos del Socialismo.

De ese modo el acervo de ideas morales, de justicia y de regeneración humana, que caracteriza toda aquella magna inquietud ideológica y sentimental del Socialismo de los precursores y de los adelantados, lejos de quedar relegado al olvido, para siempre empujado hacia la sombra de un pasado definitivo, como al principio llegó a creerse, pudo instalarse, acaso bajo otras palabras, en los avances que el movimiento socialista realizaba apoyado en las nuevas concepciones. Los tiempos no permitían que esas ideas humanitarias de reorganización social se impusiesen en las mentalidades si antes no se demostraba que condecían con las comprobaciones de la ciencia,

que no estaban reñidas con ningún principio científico y que, por el contrario, debía admitirse, con criterio científico, que esas ideas interpretaban una dirección de la historia, y al fin se encarnarían en los hechos porque existían en el seno de las sociedades modernas los elementos conducentes a su inevitable realización.

Los tiempos exigían que la crítica de los males de la sociedad capitalista y de sus instituciones fundamentales no fuese solamente una lamentación o una descripción más o menos a fondo de esos males; ni se limitase a señalarlos sin probar que era científicamente posible suprimirlos cambiando las instituciones. Había que cumplir un análisis científico de los fenómenos típicos del capitalismo y descubrir el verdadero carácter de las relaciones que a través de ellos se entablaban entre los hombres y las clases en que éstos se dividen. Había que explicar, mediante una hipótesis científica, cómo el capital explota al trabajo y se constituye a sus expensas en virtud de una retención de productos que no paga.

Todo eso lo hizo Marx cuando en el ambiente intelectual del mundo se había impuesto, ya con absoluto predominio el prestigio de los métodos científicos y de las concepciones científicas para la solución de los problemas que la realidad plantea, en todos los órdenes de la vida, a la mente y al destino del hombre. Eran los días en que Darwin⁴ revolucionaba las ciencias naturales con su concepción de la evolución de las especies mediante la lucha por la vida y la selección natural; en que Comte daba bases de positivismo científico a la sociología; en que Lombroso creaba la escuela criminológica positiva; en que Taine aplicaba el método de las ciencias naturales a las manifestaciones del espíritu y formulaba su teoría de

⁴ El Manifiesto Comunista, donde se encuentra en síntesis toda la teoría histórica y sociológica de Marx y Engels, antecedió en diez años al origen de las especies de Darwin, y la Crítica de la Economía Política de Marx vio la luz el mismo año. Pero el auge de las ciencias naturales, del método inductivo y experimental, del evolucionismo, que con Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire había hecho su aparición en esas ciencias, se acentuaba desde comienzos del siglo.

la influencia del medio ambiente en la producción artística; en que Spencer elaboraba una sociología biológica y fundaba la moral y la idea de justicia en el interés biológico de la especie humana; en que, finalmente, se puso de moda tratar a la sociedad sólo como un producto de la naturaleza y hasta como un perfecto organismo natural y se discutían entre los sabios las conclusiones que podían sacarse de la hipótesis organicista o de las teorías de Darwin desde el punto de vista de las ideas de filosofía social¹.

¹ Virchow en el Congreso naturalista de Mónaco, de 1887, combatiendo la doctrina evolucionista hizo poner en guardia contra ella a los conservadores por el refuerzo que aportaba a las ideas socialistas, uno de los cuales, Jacoby, discípulo de Marx, había publicado un libro, "Die Idee der Entwicklung" demostrando que existía entre ellas una íntima relación. Haeckel y Oscar Schmidt intentaron demostrar, en cambio, respondiendo a Virchow que el darwinismo y el socialismo eran opuestos. Enrique Ferri en un divulgado opúsculo da la razón a Virchow, sosteniendo que el socialismo permitiría que la ley de la selección natural, que en la sociedad capitalista no conduce al triunfo de los mejores se cumpliera debidamente sin necesidad de formas de lucha violenta, como en la actualidad o sólo en la forma de lucha que los hombres emprenden, unidos entre sí, contra la naturaleza por salvar o mejorar su vida.

También Bebel en su libro "La mujer y el socialismo" se había basado en Virchow para llegar a la conclusión de que el darwinismo da científicamente la razón al socialismo. Otros socialistas, en cambio, como el naturalista Ludowico Büchner, juzgan poco científico adaptar la doctrina de Darwin a las vicisitudes de las sociedades humanas. En cuanto al propio Darwin estimaba que la teoría de la selección no tenía nada de común con el socialismo y que se avenía más bien con el principio de la libre concurrencia económica. La verdad es que en la naturaleza dos principios actúan en competencia permanente y aunque contradictorios entre sí ambos contribuyen a la vida y a la evolución de las especies: el de la lucha y el del apoyo mutuo. Benoit Malon piensa que "la asociación para la lucha es la enmienda de la lucha por la vida, ley universal en el mundo zoológico, pero no en el mundo social". En lo que coincide con Engels, para quien la lucha por la vida estudiada por Darwin en la naturaleza se ha trasladado a la sociedad en el régimen capitalista, pero no tendrá lugar en un orden social regido por leyes humanas.

Se trata, en efecto, de una ley de la vida zoológica, y ésta no debe confundirse con la vida social, por más que ésta obedezca también a leyes naturales. En una sociedad bien organizada predo-

En medio de esas corrientes preponderantes en el espíritu de los tiempos, sólo una forma científica de Socialismo podía aspirar a rodearse de prestigio bastante para quedar, entre todas las parcialidades políticas, como una expresión nueva y superior de la vida colectiva en el plano ardiente de las luchas sociales. Cumplió así el marxismo una función histórica cuya importancia no se encomia nunca demasiado. Y esa función no hubiera sido de tanta trascendencia para los destinos del movimiento obrero y para la evolución de las instituciones y de la historia de la sociedad, si ella no hubiese abierto la brecha, para que todo el espíritu contemporáneo se sintiese invadido por la ola de los conceptos morales y humanitarios, de la idealidad profunda e integralmente democrática que inspiraba las más equilibradas expresiones de socialismo premarxista.

Porque el efecto más notable del avance que el Socialismo pudo efectuar gracias a su nuevo método y a sus nuevas teorías, es el hecho de que consiguió impregnar, bajo la presión de las aspiraciones incubadas en el alma de las multitudes proletarias organizadas gremial y políticamente, todo el espíritu de los nuevos tiempos. Ello se tradujo en la admisión y reconocimiento del fondo de realismo y verdad que había en muchas ideas que se tenían por absolutamente fantásticas, por inaplicables cuando sólo las agitaban las sectas o las comunidades socialistas o comunistas de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, o sólo germinaban en las esperanzas de mejoramiento de algunos obreros rebeldes o activamente disconformes, sólo capaces de agitaciones esporádicas.

Si la *ley agraria* de Babeuf quedó como postulado meramente teórico de una revolución abortada, tachada de irrealismo sobre todo por el fracaso del movimiento que había de llevarla a la práctica, la idea de la nacionaliza-

minaría el principio de la solidaridad y del apoyo mutuo, al que Kropotkin ha dedicado un bello libro donde fundándose en las comprobaciones de otros sabios demuestra que las especies deben más a ese principio que al de la lucha entre los seres de la misma especie o de especies distintas.

ción de la tierra derivada de la idea de comunidad de la tierra y sus productos, encontró en cambio favorable acogida en el pensamiento reformador de la época y pasó a ser una de las soluciones prestigiosas desde que el Socialismo se afirmó como una fuerza histórica eficiente ante cuyo empuje cedían muchas resistencias arcaicas y se modificaban muchos conceptos.

Del mismo modo, cuando Fourier ideaba formas de organización colectiva del trabajo y Saint Simon proponía que los Bancos centrales sirviesen a la producción coordinada en empresas nacionalizadas, sus ideas pasaban para la generalidad de la gente por simples fantaseos. Pero el principio de la producción coordinada y el principio de la nacionalización de las grandes industrias ganaron terreno a favor del prestigio que en las masas populares adquiriría, por ser bandera de todos los partidos obreros del mundo, la socialización de los medios de producción y de cambio.

Cuando Owen en Inglaterra abogaba por las ocho horas parecía hasta en los mismos círculos obreros una exageración fantástica. Pero cuando años después los partidos socialistas hacían de las ocho horas una reivindicación universal, que los trabajadores alcanzaban en algunas industrias por su acción gremial antes que por la intervención de la ley, la utopía descendía de las nubes a la tierra; y hoy con el impulso que la legislación del trabajo ha recibido internacionalmente como efecto innegable de la presencia y acción en el mundo de fuerzas socialistas con las que debe contarse en todas las vicisitudes de las naciones, nadie se resiste a aceptarlas.

Es por obra de los progresos del movimiento socialista científico, que, como decía Jaurés, "el pensamiento socialista es hoy la atmósfera que deben respirar todos los pechos aún los pechos burgueses".

Asistimos, pues, a estas horas —y la misma revolución soviética, hecha en nombre del Socialismo, ha contribuido notablemente por su parte— a una incorporación del idealismo socialista vivo o viable de todos los tiempos, a la mentalidad contemporánea, hasta el punto de darse el caso

de hombres que sin llamarse socialistas ni militar en el Socialismo aceptan sus conceptos sobre la organización de la sociedad y sus postulados y soluciones. Un ejemplo de esto —para no citar sino uno muy destacado— nos lo ofrece ese obispo protestante, el Deán de Canterbury, autor de un libro muy difundido: "El Poder Soviético". Este libro marca bien el grado de impregnación de la mentalidad socialista en el espíritu contemporáneo. He ahí que su autor llegó antes de visitar la URSS a conclusiones perfectamente socialistas, y adaptó a su razonamiento los principios "cristianos" del Socialismo y sus proyecciones constructivas, sin haber pasado por el Socialismo, o sea, por los cuadros de un partido socialista ni por la lectura de los textos de la propaganda socialista. Su observación personal, su espíritu cristiano, su sensibilidad moral, su razón, su sentido lógico y su sentido humanitario lo han arrastrado a esa ubicación categórica.

El Rev. Hewlett Johnson ha arribado luego a una coincidencia de hecho con los comunistas soviéticos, y su libro, de justificación y apología del comunismo en Rusia, tal como él lo ha visto, podría tomarse como una profesión de fe comunista. No podría en cambio su autor comulgar con el determinismo económico sin Dios y antiprovidencialista de la doctrina marxista de la historia ni aceptar el materialismo filosófico que en el concepto leninista es inseparable del materialismo dialéctico. Pero puede todavía esforzarse en demostrar que Lenin no era materialista y que creía en Dios, sin saberlo, y aunque se decía ateo, como le pasaría también a Gorki según Tolstoi...

Sea como fuere, nada hay en ese admirador del comunismo soviético que le impida marchar bajo sus banderas si no como miembro del partido, al menos como uno de esos proletarios que el partido conduce.

Así son también la inmensa mayoría de los obreros que militan en las huestes del Socialismo o lo secundan en su acción, dándole por lo menos su voto, apoyándolo en sus actos, cuando no formando parte de sus organizaciones y centros. Ellos han de ser —según los preceptos

de la doctrina que sólo conocen por intuición o no conocen realmente, pues les basta conocer los objetivos prácticos del programa socialista— los llamados a realizar el Socialismo, mientras los teóricos discuten si es o no exacta la teoría del valor, si es o no verdadera la teoría de la renta, si se cumple o no la concentración de los capitales, si están o no comprobadas tales o cuales hipótesis de Marx.

Eso obliga a pensar que ahora se puede llegar también al Socialismo sin sacar pasaje en los textos doctrinarios del Socialismo científico, porque han vuelto a ponerse en funciones los fundamentos morales y jurídicos del Socialismo, que hoy tienen en su favor la predisposición general del criterio público, sin que ello signifique que se hayan apartado los fundamentos científicos, de carácter económico y de carácter sociológico.

Estos proveen a quien los conoce y acepta, de una posición mental más firme como cimiento de sus convicciones. Pero si quiere hacerse de ellos, no fundamentos que cooperan con los otros y les prestan apoyo frente a objeciones que se plantean en el plano científico, sino bases excluyentes que hacen inútiles las demás o no hallan la manera de conciliarse con ellas para una acción en el plano de los hechos, se reduce arbitrariamente la plataforma teórica del Socialismo, su filosofía, si quiere decirse así, y se le restan fuerzas para la obra práctica cotidiana.

Si un espiritualista cristiano puede, como acabamos de ver, ponerse de acuerdo en el terreno de las ideas de organización social y de las realizaciones sociales con un materialista comunista como Lenin, y nada tiene que objetar al método de acción y de lucha adoptado por éste para llegar a estas realizaciones, ¿por qué los obreros, para poder llamarse socialistas y militar bajo las banderas del Socialismo, han de verse obligados a renunciar a tal o cual creencia religiosa y hasta a adoptar una posición filosófica? Si lo importante es la coincidencia en el programa, en las finalidades prácticas y en el método para aplicar aquél y desembocar en éstas, ¿por qué apartar a los que, aceptándolos, piensan que el fundamento del valor no

es el trabajo sino la utilidad o creen que el Socialismo debe venir porque responde al sentimiento de justicia y a las sollicitaciones de los más generosos ideales, y no tan sólo porque las fuerzas económicas de la sociedad conducen a su advenimiento?

El doctrinarismo marxista ortodoxo impone un cartabón estricto que se vuelve a veces un chaleco de fuerza para ciertas inquietudes del espíritu humano. Y su adopción rigurosa en la marcha del movimiento de la clase obrera hacia su incesante elevación encierra el riesgo de tornarse un elemento de debilidad, de ensimismamiento en concepciones *a priori*, sobre todo cuando ya el ideario y la tendencia ideológica socialistas se respiran en el ambiente, y las masas pueden aceptarlos con sólo dejarse llevar de sus inspiraciones espontáneas.

EL MARXISMO NO ES TODO EL SOCIALISMO

La doctrina socialista tiene que ser un sistema vivo, una organización ideológica amplia y conducente, no una inflexible regla mental que se esfuerza en meter la realidad en sus moldes en vez de adaptarse ella a la realidad. El pensamiento marxista en lo esencial tiende a eso, y éste es el espíritu, el temperamento de la doctrina de Marx, que se contraría en cuanto se quiere hacer de ésta una forzosa credencial para la condición de socialista y un mapa ideológico inmodificable para la acción socialista.

El marxismo no es todo el Socialismo, ya lo hemos dicho otras veces: es un cauce, y el cauce no es todo el río.

Grave error de los partidos socialistas del continente europeo fué imponerse una profesión de fe marxista. Eso los obligó a vivir en el equívoco y a retorcer el sentido obvio de las palabras. Tienen razón Lenin y los bolcheviques cuando les dirigen ese reproche. Pero no la tienen cuando pretenden hacer del total de las teorías del marxismo una piedra de toque del militante socialista. Porque el socialismo contiene al marxismo, y no éste a aquél.

Esos partidos no establecían con bastante claridad, aunque individualmente lo hayan hecho algunos de sus líderes, la separación entre el marxismo que sólo se atiene a la interpretación económica o científica de la historia y a los principios económicos de Marx, y ese otro marxismo que se apoya sobre todo en la dialéctica del materialismo histórico, y que en el marx-leninismo alcanza los grados de una total y absoluta comunión filosófica con la concepción materialista dialéctica.

Parecían no interpretar con suficiente coherencia el concepto marxista de la "evolución revolucionaria" en sus relaciones con la acción del partido, o había en ellos, por lo menos, dos conceptos de la acción que se neutralizaban.

Esos partidos solían mantenerse fieles, en el continente europeo, a las formas imperantes del léxico catastrófico, y para cada 1º de Mayo, por ejemplo, anunciaban pomposamente una actitud del proletariado que podía parecerse a una revolución social, dando pretexto a grandes despliegues de la fuerza pública y formando atmósfera para choques de la policía con los trabajadores, como en los tiempos de Blanqui. Todo se reducía a esos choques, y a veces ni siquiera a eso. Pero el tono de las proclamas revolucionarias seguía siendo el mismo en cada ocasión.

Al margen de ese socialismo doctrinario —marxista ortodoxo, o revisionista, o neomarxista— surgió el Socialismo del Laborismo inglés. Este se ha ido forjando una doctrina en la acción. Con método marxista, hace derivar su ideario y su programa de la *praxis*. El movimiento se demuestra andando... Esa conducta ofrece el inconveniente de que deja a las masas militantes sin una base ideológica sólida, y el Socialismo empírico que viene a ser esa política puede resultar vacilante y contradictorio. Los caminantes necesitan saber adónde van y les es muy útil disponer de una brújula.

Es en América donde deben surgir los movimientos de síntesis de esas corrientes, para crear un Socialismo con doctrina pero no dogmático y utópico, ni rígidamente

apegado a concepciones filosóficas, que son ajenas en realidad al problema de dar a los pueblos el mejor gobierno posible y a las sociedades la mejor organización viable.

Lo que la conducta individual y colectiva necesita para obrar son impulsos internos y objetivos determinados. Luego, para no esterilizar sus esfuerzos, necesita métodos de acción, una táctica, una estrategia, y para no degenerar en una persecución desenfundada de bajos fines y bestial satisfacción de apetitos, necesita frenos morales, todo un sistema y principios éticos, que cada época y cada pueblo, y cada clase, trazan a través del tiempo y del espacio.

El movimiento de la clase obrera hacia su emancipación necesita formas morales que lo impulsen, una ideología que le aclare los objetivos y le indique métodos eficaces para la acción. Pero su doctrina para la lucha no tiene por qué encerrarse en los estrechos límites de un compromiso incómodo con filosofías del conocimiento y del pensamiento que complican el problema de la visión de la realidad objetiva y que no pueden entender las multitudes ni estudiar a fondo la mayor parte de sus dirigentes.

Se corre el riesgo de erigir en una doctrina esotérica para iniciados, con textos que sólo pueden descifrar los sacerdotes, lo que debe ser una guía clara para la acción, un sistema de ideas sencillamente verificables en la práctica, relacionadas claramente con ésta, para interpretar los hechos de la vida social y política, y fundamentar y orientar los actos del pueblo.

Un pensador socialista ha de tener naturalmente su posición filosófica y basar su conducta militante en esa actitud de su conciencia filosófica y de su inteligencia y saber científico; pero no debe pretender que sus conceptos sobre las causas primeras o sobre el ser y el conocimiento se vuelvan obligatorios para todos aquellos que entran en la lucha política y social unidos, legítimamente, por necesidades o por razones ajenas a esos conceptos.

El comunismo soviético nos da un ejemplo objetivo de cómo el doctrinarismo dogmático y sectario se traduce inevitablemente en esa configuración de un Gobierno en

cierto sentido "sacerdotal", si se nos permite decirlo así. Para ser miembro del Partido Comunista en la U.R.S.S. es imprescindible adquirir conocimientos doctrinarios. Es forzoso aprender la Historia del Partido Comunista con las exposiciones que contiene sobre marxismo, materialismo histórico, materialismo dialéctico, y aceptar las ideas que allí se expresan sobre la materia, la realidad, el espíritu y sus relaciones. El resto del pueblo puede carecer de esos conocimientos y seguir apegado a sus concepciones idealistas, incluso a sus creencias religiosas o a sus más groseras supersticiones. Verdad es que se trata de difundir, además de la educación elemental, la filosofía materialista y el materialismo histórico y dialéctico en la enseñanza de los institutos. Pero lo cierto es que la doctrina marx-leninista, y si se quiere el marx-leninismo-stalinismo, sólo los aprenden quienes aspiran a ser miembros activos del Partido.

Hay allí, sin duda, excesivas complicaciones para la mentalidad de la masa, aún en un medio como el de la U.R.S.S. donde desde los bancos de la escuela primaria se empieza a familiarizar al niño con ciertos conceptos, y donde en el curso de las conversaciones y de los comentarios de la prensa y de todas las manifestaciones de la vida colectiva aparece a cada instante la referencia a algún principio comunista, a algún pensamiento de Marx, de Engels, de Lenin, de Stalin. Sin contar, todavía, con el interés que las nuevas generaciones revelan por la lectura de los libros políticos (que sólo pueden ser comunistas) y de exposición doctrinaria.

Pero la especialización en el conocimiento e interpretación de la doctrina queda confiada al Partido, que como hemos visto forma parte del ordenamiento institucional, que la Constitución prescribe, y cumple la función de proveer de elementos dirigentes al Gobierno y la Administración, de constituir el grupo dirigente de la clase obrera. Es, en realidad, el órgano de la dictadura proletaria.

Pero para el concepto del gobierno en la democracia política, y aún dentro de un concepto distinto, más amplio de la dictadura del proletariado (si se entiende por ella

el gobierno de la clase trabajadora y no la dirección efectiva de un sector calificado de ésta, el proletariado industrial, y aún dentro de éste, la dirección de un Partido, un grupo selecto, una *élite*) lo que hace falta es una capacitación política difundida, extensiva a la inmensa mayoría de la nación, sobre todo a la mayoría de los trabajadores, que son los más.

Es de Lenin la frase de que "las amas de casa llegarán a aprender el arte de gobernar". Es ésa, sin duda, una aspiración democrática. Pero puede volvérsela impracticable con sólo exigírseles a las amas de casa, para reconocerles elemental capacidad política, o sea la que habilita para reclamar de quienes han de gobernar, determinados fines concretos, y para saber en quiénes debe depositar el pueblo su confianza, la familiaridad con toda una serie de conocimientos científicos y de concepciones doctrinarias que incluso suelen prestarse a controversias engorrosas.

Se exagera por algunos la utilidad de la filosofía abstracta como luz para guiar los pasos del pueblo en las zonas de la vida social y política.

En la U.R.S.S. —donde impera un intelectualismo militante que impregna de determinados principios doctrinarios y filosóficos la educación de todos los espíritus y los somete a unánimes reglas del criterio para la vida y para la acción— se enseña que nada es tan práctico e importante para el hombre en sus relaciones con la vida política y económica, como su concepción del universo.

"Se piensa en Rusia que un ingeniero o un químico, si no comprende la filosofía del Socialismo —el materialismo dialéctico —no puede ser muy útil en el nuevo orden" (SHIROKOV, obra cit., pág. 26).

Allí se recuerda con especial agrado aquel pensamiento del filósofo griego:

"Hasta que la raza filosófica obtenga el gobierno de la ciudad no tendrá fin la miseria de ésta ni la de sus ciudadanos, ni la República alcanzará realmente la perfección".

Se trata, pues, de que los gobernantes sean filósofos, y de que lo sean, por tanto, los trabajadores, y con ellos las "amas de casa", si ellas han de gobernar. No puede negarse que la finalidad es plausible. Lo malo es que como las grandes masas, pese a la difusión extensiva de la enseñanza filosófica, tardan en compenetrarse con las nociones de esa filosofía abstracta, ese filosofismo político se vuelve en la práctica un sistema de gobierno por una *élite* tanto más reducida o menos extensa cuánto más se hace de las complicaciones y sutilezas filosóficas elementos de ilustración indispensables para los dirigentes.

Todo ello sea dicho —claro está— sin dejar de exigir una amplia preparación y cultura en quienes asumen la responsabilidad del gobierno, y de reclamar para el pueblo toda la mayor ilustración posible, incluso la filosófica, como el medio para capacitarlo siempre más en la apreciación y defensa de sus propios intereses y en la aptitud para regir y elevar sus aspiraciones.

Es obvio que el Gobierno debe ser ejercido por los mejores, los más capacitados intelectual y moralmente para gobernar. La fórmula de la democracia perfecta no puede ser sino la siguiente: El poder en la gran masa del pueblo —porque la soberanía reside en éste—; el Gobierno en manos de los mejores gobernantes.

Pero ¿por qué hemos de considerar capacitados para el Gobierno del país, o para la dirección política de las masas, solamente a quienes comulgan con ésta o aquella concepción del universo, a quienes creen o no creen en Dios?

Se dice que una clase gobernante debe tener una filosofía, y que la del proletariado es la del materialismo dialéctico, con sus correspondientes conceptos sobre la génesis y el desarrollo del mundo y de la vida universal. Pero si para la conquista del mundo histórico por el Socialismo hace falta unir el proletariado bajo amplias banderas de acción y darle en la unidad de miras e impulsos espirituales una fuerza de renovación avasalladora, debemos eludir los criterios estrechos que multiplican sin ne-

cesidad los motivos de separación y reducen los de acercamiento.

AMPLITUD DE PERCEPCIÓN

No debemos dejarnos cerrar la visión histórica por interpretaciones demasiado estrechas de la teoría científica de la historia.

En América la relación de los hechos históricos con las causas económicas suele advertirse sin muchos esfuerzos, porque en las sociedades del nuevo mundo la urdimbre de los móviles aparentes o superficiales; de los factores ideológicos y sentimentales; de los fanatismos y supersticiones de diverso orden; de las posiciones tradicionales del espíritu, heredadas de generación en generación; de los prejuicios en pugna; de los antagonismos conceptuales, es menos tupida que en las viejas sociedades donde a menudo los hechos históricos aparecen vinculados a toda una nube de fenómenos de la superestructuración política, jurídica, moral, religiosa y filosófica que obran como causas enérgicas y decisivas sobre el curso inmediato de la historia.

Ya han perdido interés científico ciertos aspectos de la vieja discusión sobre las relaciones entre lo económico y lo político. Y nos aparta de la realidad de la historia un concepto inflexible sobre la significación de la lucha de clases en todos los momentos de la vida social.

El mismo Aquiles Loria, pese a la rigidez de su concepción económica, tal como aparece en su libro "Las bases económicas del Derecho", reconoce en la historia épocas en que predominaba la cuestión religiosa, otras en que predominaba con igual intensidad la cuestión política; y una época posterior en que predomina la cuestión económica.

Vandervelde, por su parte, ha escrito:

"En el rincón del mundo en que nosotros vivimos, bajo este régimen capitalista que Marx caracteriza por su enorme acumulación de mercancías, y donde todas las cosas, mismo la fuerza de trabajo manual e intelectual, son consideradas como objetos de

cambio, aparece de más en más que las luchas políticas y sociales son, ante todo, a pesar de los camouflages tradicionales, luchas de clases. Pero cuando no nos atenemos más a los límites estrechos de nuestra Europa, ¿es todavía posible no ver sino conflictos de intereses, sino luchas de clases en enormes movimientos tales como el Kuomintang de los nacionalistas chinos, el svaradaj de los hindúes, el movimiento pannegro, y de una manera general lo que Lothrop Stoddart llama "la ola de los pueblos de color"?

"Aún mismo cuando sea establecido —lo que parece bien dudoso— que tales movimientos puedan ser reducidos, en último análisis, a elementos económicos, no resulta menos por ello que las fórmulas de la lucha de clases quedan sin aplicación práctica desde que saliendo de nuestros países caracterizados por el reino de la gran industria dirigimos nuestras miradas hacia el vasto mundo, ese mundo en que, a la época del Manifiesto Comunista, la empresa europea apenas había comenzado" (*Le Marxisme, a'il faillit?*).

No hemos de ver en esa teoría una simple postulación de que los actos del hombre de mayor trascendencia y repercusión en la vida social son los que pertenecen al mundo de las relaciones económicas, simplemente por el hecho de que el hombre en la historia aparece antes sometido al imperio de las exigencias físicas materiales, a la obligación de proporcionarse el sustento, que a la preocupación de darse reglas jurídicas, morales, políticas o religiosas. No se trata, en efecto, de la simple y elemental aplicación del *primum vivere, deinde philosophari*, aunque así lo parezca si se lee sin cuidado el siguiente párrafo de Engels.

"Así como Darwin descubrió la ley de desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley de desarrollo de la historia humana, a saber: el hecho elemental, hasta entonces oculto bajo el farrago de las ideologías, de que los hombres ante todo deben conocer" (F. ENGELS, *Discurso en las exequias de Marx el 27 de marzo de 1883*).

Desde luego, el problema de la prioridad en la sucesión de los móviles humanos de organización social carece de importancia para una científica interpretación de la historia. En un libro nuestro ya hemos recordado que Seligman, tomando nota de cierta refutación de Giddins y Salvatori a la teoría de Marx, dice que "toda discusión

respecto de la precedencia en el tiempo de una causa dada sobre un efecto dado está completamente fuera de juego. Recuerda esto aquella vieja querrela sobre cuál fué primero: el huevo o la gallina. Ya no hay discusión alguna entre los biólogos sobre la influencia del medio; sin embargo, cuando hablamos de la transformación de una especie determinada no pensamos necesariamente que el medio fué lo primero y que el organismo vino después. Sin el medio el cambio no habría tenido lugar, pero sin el organismo tampoco aquél se hubiese realizado... Aunque decimos que el organismo está determinado por el medio, es completamente indiferente cuál existía primero. Y esto es cierto con respecto a la humanidad. Todo progreso humano es, en el fondo, un progreso mental".

Cabe, naturalmente, preguntarse todavía, añadíamos nosotros, ¿qué es lo que determina el pensamiento humano? ¿qué es lo que da forma al pensamiento social? Frente, por ejemplo, a Fustel de Coulanges, para quien los hombres se dan su organización familiar, jurídica, social, de acuerdo con sus sentimientos religiosos, las concepciones realistas sostienen que el sentimiento religioso responde a las condiciones de la realidad social, y más precisamente a las formas vitales de su organización.

"No es la conciencia de la humanidad —dice Marx— lo que determina su existencia, sino que por el contrario, es la existencia social la que determina su conciencia". Y esto no quiere decir, como observa Seligman, que la existencia social venga primero y la conciencia venga después. "Cuando los biólogos nos dicen que el organismo está determinado por el medio no formulan necesariamente ninguna hipótesis sobre la prioridad de uno sobre el otro. Toda la cuestión del antecedente genético es indiferente".

Se debe, naturalmente, advertir que esa indiferencia sobre el problema de la prioridad pertenece al plano de la ciencia pura, y que en cambio para la acción práctica no carece de importancia, en algunos casos, saber qué fenómeno o qué serie de fenómenos aparecen antes en la vida de la sociedad. Esto ofrece entonces para el Socia-

lismo un interés vivo y permanente, porque se trata de un dato de innegable alcance ilustrativo para las orientaciones de la acción colectiva. Pero esto no puede, claro está, conducir a enfrascarnos encarnizadamente en disputas de doctrina sobre aspectos teóricos sin carácter verdaderamente científico ni hacernos olvidar la necesidad de una visión del desarrollo histórico que ha de ser tanto más certera cuanto menos se deje encandilar por percepciones unilaterales.

EL SOCIALISMO COMO REVALORACIÓN DE LA LIBERTAD

Nosotros no debemos recoger las pasiones que ofuscan a los socialistas del viejo mundo en sus controversias y rivalidades. Ni los denuestos del comunismo marxista contra el socialismo idealista; ni el desdén de los revisionistas contra el marxismo ortodoxo; ni las invectivas de los ortodoxos contra el revisionismo; ni las diatribas de los bolcheviques contra el Socialismo liberal.

El Socialismo en América puede afirmarse como un descendiente de todo lo que hay de bueno y armonizable en las diversas concepciones del socialismo mundial. La tierra de América es accesible al cultivo de una planta de socialismo que, siendo americano, sea al mismo tiempo, como lo es América misma, para el mundo. No nos preocupemos de coincidir o no coincidir con tal o cual corriente demasiado combatida o para algunos del todo desprestigiada. No deben detenernos motes ni afirmaciones antojadizas. Sólo ha de interesarnos el contenido real de cada concepción socialista, su naturaleza, sus soluciones, su posición ante la realidad y el ideal; su manera de encarar la una y de servir al otro.

Tenemos ya en América formas vivientes de Socialismo activo con carácter propio, que marcan rumbos. En cuanto configuran expresiones sociales y políticas originales y autónomas, libres de toda sumisión ideológica a formaciones foráneas, han de comulgar con principios y orientaciones de libertad civil, de respeto fundamental a la independencia del espíritu, de emancipación de las masas en la fortificación legítima del individuo, que son conquistas o aspiraciones de la civilización y que para el destino histórico de nuestro continente son mandatos consustanciales.

El Socialismo es una revaloración de la libertad. El ha dado a las masas, a los pueblos, el sentido de buscarle y

reclamarle contenidos a la libertad, relacionados con las realidades de su propia vida, para que puedan ser libres de hacer, de alcanzar, de "sentir" lo que desean o lo que deben desear. Ha dado un nuevo sentido a la libertad al ponerla en contacto con las necesidades vitales del hombre de las clases bajas. No se paga de lo que se ha llamado las libertades "formales". Quiere que las libertades sean efectivas; que todo hombre sea puesto en condiciones de disfrutarlas, de ejercerlas.

Da una acepción activa a la libertad, de acuerdo con aquel jurista francés, Duguit, que la quería "funcional". No se conforma con el aspecto pasivo de la libertad, que es sólo el derecho de renunciar a la acción. Reclama, sobre todo, el derecho efectivo de realizar la acción, la posibilidad de llevarla a cabo. No le basta con que el hombre tenga el derecho de decir lo que quiera. Exige que tenga la posibilidad de decirlo, que "pueda" decirlo.

Es un lugar común de su prédica demostrar que muchas de las libertades jurídicas que las leyes actuales reconocen al ciudadano se reducen para el obrero, para el desposeído, a la libertad de morir de hambre. Puede legalmente negarse a trabajar en condiciones poco humanas, pero si no halla la manera de imponer su voluntad a los dueños de los medios de trabajo, se condena a perecer. Las leyes le conceden en toda América la libertad del voto para elegir sus gobernantes; pero muchedumbres de hombres del pueblo no pueden, sin exponerse a dolorosas consecuencias, votar sino por los candidatos de sus amos o de sus caciques o de sus autoridades policiales. Esa misma libertad teórica del sufragio se vuelve para los proletarios de muchas regiones del continente, en campos y ciudades, una carga más, que los expone a graves inconvenientes o se traduce en un motivo más de corrupción y de envilecimiento.

Pero, sea como fuere, esas libertades son armas en potencia. El obrero puede adquirir el derecho efectivo de no dejarse explotar demasiado, usando la libertad de asociación y de coalición. Estas mismas libertades le abren las puertas de la libertad efectiva de palabra y hasta del

derecho de sufragio. Unas libertades se apoyan en las otras. Y aún las más simplemente formales, las más desamparadas, pueden ponerse a punto de madurez para su efectividad al calor de las otras en acción.

Cuando Lenin preguntaba: "la libertad", ¿para qué?", pudo haberse respondido: "pues para eso, para la libertad". Porque es útil, es necesario —claro está— saber para qué se quiere la libertad, a qué fines ha de servir. Pero no es prudente despreciar una libertad a pretexto de que no conduce a nada, o acaso solamente a la muerte, como la de morir de hambre.

La libertad de anular su propia personalidad, la de esclavizarse, la de suprimir la libertad de los otros, la de atentar contra las libertades del pueblo, son las que no se conciben como libertades.

Pero todas las que permiten al hombre afirmar su voluntad contra una voluntad opresora, aunque sea en forma de un desesperado gesto de suicidio físico, es una libertad, por lo menos relativa. Cuando un hombre puede exclamar, como aquéllos obreros españoles del relato de Fernando de los Ríos: "En mi hambre mando yo", es interiormente dueño de una libertad heroica a la que se aferra como un herido al hierro que le desgarró las carnes.

Al hombre de América, descendiente en gran parte de españoles, no se le puede dar a elegir entre esa libertad de mandar en su hambre, incluso la de morir de ella, y la satisfacción de su hambre sin libertad¹.

Es un sentimiento que muchos europeos, sobre todo desde que sus gobiernos se entregaron a lo que el poeta imperialista inglés Rudyard Kipling llamó orgullosamente "la carga del hombre blanco", no comprenden ni aprecian. Estos pueblos de la América Latina no están convencidos ni se dejan convencer fácilmente de que vale la pena someterse a las duras exigencias del progreso bajo las reglas del trabajo intenso y las nuevas disciplinas técnicas en una rápida transformación de sus medios de existencia

¹ El autor reconoce que algunos fenómenos políticos sobrevenidos en América Latina después de terminada la guerra parecen desmentir este aserto.

y de sus costumbres. Les cuesta amoldarse al concepto de que el hombre debe ser para el trabajo, y no el trabajo para el hombre. A menudo les toca vivir sometidos a penosas condiciones de trabajo; y en países en que la naturaleza suele ser cómplice de la indolencia y del atraso del nativo, su ideal es más la placidez de una oscura existencia sin fatigas que un acceso a todos los dones de la civilización y del progreso, si ha de ser al precio de quedar atados a una disciplina de producción enérgica y metódica.

Esa predisposición que generalmente acusa en el criollo una prolongación de la herencia psíquica del indio, y que se respira en el aire de un continente donde hasta hace poco el trabajo manual quedaba a cargo de pobres negros africanos en la esclavitud, conspira contra todo adelanto. Pero es acaso una de las oscuras raíces vitales de aquel sentimiento predominante en la población de América Latina que se traduce en una filosofía de la vida refractaria al concepto de una civilización en cuya órbita el hombre lo sacrifica todo al imperativo de la producción de riquezas, y no concibe el progreso sino como un tremendo engranaje mecánico donde el trabajo lo llena todo con su inquietud y su vibración pujantes.

En América el hombre de la calle y de los caminos quiere ser libre, y cuando de buena fe sigue a quienes suprimen libertades es porque no se trata de las que él ejerce o aprecia en el ámbito de una existencia colectiva en que grandes masas viven al margen de la civilización política y de las libertades civiles. O porque en su inmadurez política y su ignorancia se ha dejado engañar por quienes escamotean sus derechos, haciéndole creer que lo liberan. No le gusta enumerar las libertades, porque no cree que puedan ser cuatro o cinco, como decía Roosevelt, sino más¹ y al mismo tiempo reductibles todas ellas a una sola y total: la libertad de ser hombre y no instrumento de nadie ni de nada.

¹ Henry Wallace, el ex Vicepresidente de Estados Unidos de América, considera que las libertades fundamentales son siete, que enunció en un discurso pronunciado en Chicago el año 1942.

El Socialismo en América debe ser una potencia de sensatez y ponderación de todos los sanos valores de la vida humana. Y lejos de halagar las tendencias de indolencia y molición o de transigir con ellas, debe esforzarse en tonificar el pulso de las energías colectivas y levantar la moral de las gentes infundiéndoles un sentimiento de fe en las virtudes del trabajo y de desprecio a la poltronería y la pereza. Ha de convencer al pueblo de que si quiere rodear de ventajas y garantías al trabajo, y mejorar la suerte de los trabajadores, es precisamente porque las transformaciones sociales que preconiza tienen como principal base la producción.

El Socialismo quiere aumentar la producción para enriquecer al pueblo, no para abrumarlo con el trabajo forzado y empobrecerlo con la pésima distribución de las riquezas, como ocurre en el régimen capitalista. Tiene por eso muy en cuenta la productividad del trabajo. Quiere armonizarla con las condiciones más humanas del trabajo mismo, que son, después de todo, el mejor medio para estimularlo.

No puede, pues, en ningún caso aparecer como un cómplice de las predisposiciones a la corruptora holgazanería, sino como un promotor del esfuerzo fecundo que es imprescindible necesario para la construcción de una sociedad socialista y para la regeneración del individuo.

“Jamás triunfará el Socialismo —dijo Rosa Luxemburgo— en un pueblo formado por hombres perezosos, ligeros de criterio, egoístas, indiferentes y exentos de idealismo”.

No olvidarán nunca los partidos socialistas auténticos su misión de educadores del carácter; y en medio de tantas fuerzas de corrupción y envilecimiento, se han de distinguir como una escuela de austeridad y dignificación de los trabajadores, oponiéndose a los bajos instintos, a las torpes inclinaciones que aquellas otras fuerzas cultivan, excitan y aprovechan.

Se han de proponer infundir en la sociedad la moral del trabajo, que es condición *sine qua non* de la verdadera salud del espíritu. Porque eso es lo que corresponde

a quienes desean y procuran una organización social donde la tabla de valores morales coloque en su punto más alto las virtudes del trabajo, y no admita méritos ni dignidades que no se sustenten en él; ni permita que pueda vivirse sin trabajar, así como ha de asegurarse a todos los que trabajan el bienestar permanente y el goce más amplio posible de todos los beneficios de la civilización y la cultura.

Por otra parte, en medio del desorden político y administrativo, que suele ser en nuestros países un aliado más del "orden" capitalista, a las organizaciones políticas de los trabajadores les toca, como lo advertía el doctor Justo, ser, no elementos de revuelta y perturbación, sino partidos de progreso civil, moral y material, que bregan por sustituir las formas destructivas y disolventes de las luchas civiles por formas de lucha que siendo compatibles con el orden público son, sin embargo, profunda y realmente removedoras de las bases de un ordenamiento semifeudal y capitalista que ha de ser sustituido, mediante la acción consciente del pueblo trabajador, por un orden de veras, integralmente democrático.

EL PROGRESO INTEGRAL

El Socialismo no ha de ser tan iluso como para creer, al igual que algunos reformadores de otros tiempos, que puede esperarse la emancipación completa del proletariado de la buena voluntad de la burguesía, que no renuncia por cierto a aprovecharse de él. Pero no puede ser tan obtuso y simplista como para no ver que en la lucha social —y lo mismo ocurre en la lucha por la vida en el seno de la naturaleza— los contrarios deben a menudo asociarse contra males comunes, y que el propio concepto de la burguesía sobre el modo de servirse del proletariado, ha evolucionado bajo la fuerza de las circunstancias. Esto hace posible la ascensión de la clase obrera por caminos pacíficos, a condición, naturalmente, de que ella sea una fuerza consciente con la que deba contarse para las soluciones de la historia.

Ese es el criterio con que el Socialismo debe guiar sus pasos en América.

Por otra parte en América, que es, como alguna vez lo dijimos, el continente de la conciliación y de la síntesis, debe operarse la armonización entre el idealismo socialista y el socialismo científico materialista. Esa es la conciliación que América debe aportar a la historia del Socialismo.

Hoy se advierte que el marxismo ortodoxo deja un flanco demasiado descubierto a los ataques de corrientes del pensamiento que poseen mucha fuerza de atracción para el espíritu de gran parte de las juventudes, y por consiguiente, de creciente influencia en la formación espiritual de las generaciones. Las palabras y los conceptos de Justicia, Verdad, Libertad, etc., que tomadas en abstracto Marx desdenaba como razones de una resolución, por no considerarlas sino expresiones verbales cuyo verdadero significado les venía de los intereses a los cuales servían —pues la verdad del capitalista no es la verdad del obrero; ni la justicia de la burguesía es la justicia del proletariado— son realidades mentales de las que no puede prescindirse en la acción.

Es un grave error táctico colocarse en actitud de no poder emplear esas banderas sino con un dejo de escepticismo materialista y burlón. Las masas populares sienten y comprenden que sus luchas deben responder a aspiraciones de justicia, de verdad, de bien. Y en la interpretación de esos principios y en el contacto de las clases y de los hombres de todas las clases en el campo político, y por la difusión de una cultura que en muchos países acerca las inteligencias de todos los planos sociales, surgen módulos del espíritu general que gozan de inarrugable prestigio. Y uno de ellos es el entusiasmo y el fervor por esos ideales cuya mención sin especificaciones parecíale a Marx (véase su correspondencia con Engels sobre la iniciación de la Asociación I. de Trabajadores) nociva para la mentalidad proletaria.

El Socialismo se mutila torpemente cuando en su relación con el papel de los ideales rectores y de los princi-

a quienes desean y procuran una organización social donde la tabla de valores morales coloque en su punto más alto las virtudes del trabajo, y no admita méritos ni dignidades que no se sustenten en él; ni permita que pueda vivirse sin trabajar, así como ha de asegurarse a todos los que trabajan el bienestar permanente y el goce más amplio posible de todos los beneficios de la civilización y la cultura.

Por otra parte, en medio del desorden político y administrativo, que suele ser en nuestros países un aliado más del "orden" capitalista, a las organizaciones políticas de los trabajadores les toca, como lo advertía el doctor Justo, ser, no elementos de revuelta y perturbación, sino partidos de progreso civil, moral y material, que bregan por sustituir las formas destructivas y disolventes de las luchas civiles por formas de lucha que siendo compatibles con el orden público son, sin embargo, profunda y realmente removedoras de las bases de un ordenamiento semifeudal y capitalista que ha de ser sustituido, mediante la acción consciente del pueblo trabajador, por un orden de veras, integralmente democrático.

EL PROGRESO INTEGRAL

El Socialismo no ha de ser tan iluso como para creer, al igual que algunos reformadores de otros tiempos, que puede esperarse la emancipación completa del proletariado de la buena voluntad de la burguesía, que no renuncia por cierto a aprovecharse de él. Pero no puede ser tan obtuso y simplista como para no ver que en la lucha social —y lo mismo ocurre en la lucha por la vida en el seno de la naturaleza— los contrarios deben a menudo asociarse contra males comunes, y que el propio concepto de la burguesía sobre el modo de servirse del proletariado, ha evolucionado bajo la fuerza de las circunstancias. Esto hace posible la ascensión de la clase obrera por caminos pacíficos, a condición, naturalmente, de que ella sea una fuerza consciente con la que deba contarse para las soluciones de la historia.

Ese es el criterio con que el Socialismo debe guiar sus pasos en América.

Por otra parte en América, que es, como alguna vez lo dijimos, el continente de la conciliación y de la síntesis, debe operarse la armonización entre el idealismo socialista y el socialismo científico materialista. Esa es la conciliación que América debe aportar a la historia del Socialismo.

Hoy se advierte que el marxismo ortodoxo deja un flanco demasiado descubierto a los ataques de corrientes del pensamiento que poseen mucha fuerza de atracción para el espíritu de gran parte de las juventudes, y por consiguiente, de creciente influencia en la formación espiritual de las generaciones. Las palabras y los conceptos de Justicia, Verdad, Libertad, etc., que tomadas en abstracto Marx desdeñaba como razones de una resolución, por no considerarlas sino expresiones verbales cuyo verdadero significado les venía de los intereses a los cuales servían —pues la verdad del capitalista no es la verdad del obrero; ni la justicia de la burguesía es la justicia del proletariado— son realidades mentales de las que no puede prescindirse en la acción.

Es un grave error táctico colocarse en actitud de no poder emplear esas banderas sino con un dejo de escepticismo materialista y burlón. Las masas populares sienten y comprenden que sus luchas deben responder a aspiraciones de justicia, de verdad, de bien. Y en la interpretación de esos principios y en el contacto de las clases y de los hombres de todas las clases en el campo político, y por la difusión de una cultura que en muchos países acerca las inteligencias de todos los planos sociales, surgen módulos del espíritu general que gozan de inarragable prestigio. Y uno de ellos es el entusiasmo y el fervor por esos ideales cuya mención sin especificaciones pareciera a Marx (véase su correspondencia con Engels sobre la iniciación de la Asociación I. de Trabajadores) nociva para la mentalidad proletaria.

El Socialismo se mutila torpemente cuando en su relación con el papel de los ideales rectores y de los princi-

pios del derecho se clausura en la ortodoxia marxista. Marx —claro está— no los ha negado nunca⁷. Pero en algunas exageraciones de su tesis suele reducirse en todo tiempo a demasiado simples consecuencias contingentes de los modos de vivir, y se prescinde entonces de ellos como causas positivas de la acción sin asignarles nunca categoría de impulsos centrales de la historia. Hay, sin embargo, ideas y sentimientos morales que podemos juzgar esenciales al hombre, por más que hayan evolucionado a través de los tiempos y hasta no hayan existido en las épocas primitivas. Porque pertenece al destino esencial del hombre, para ser hombre completo, llegar a la adquisición de fuerzas ideales, de conceptos superiores y permanentes de la moral y del derecho, que no son por cierto accésibles a los seres inferiores, a los animales irra-

⁷ En otro sitio de este libro hemos consignado que, según Sorel, Marx distinguía en el derecho una parte constante y una parte accidental: lo que es esencial a la vida social y lo que es específico de un período político. Es exacto. (Véase el capítulo "La Vida Económica en la Explicación de la Historia").

En el Manifiesto Comunista se lee: "¿Es que no hay en esas instituciones (las de la superestructura) verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo régimen social?... ¿A qué se reduce esa objeción? La historia de toda la vida social hasta el presente ha tenido por constante estímulo los antagonismos de clase, y únicamente las formas de esta lucha han variado en las diversas épocas. Mas a pesar de estas variaciones en las formas de los antagonismos, el hecho persistente a través de todos los siglos pasados, es la explotación de una parte de la sociedad por la otra. ¿Cómo extrañar entonces que la conciencia social de todos los siglos, por variable y diversa que parezca, ofrezca ciertas fórmulas comunes? Estas fórmulas de conciencia subsistirán hasta la desaparición total del antagonismo de clases".

¿Querrá esto decir que en una sociedad sin clases no regirán esos principios de justicia y de equidad que consideramos conquistas permanentes de la conciencia humana?

Existirán, sin duda, actuando en el plano de antagonismos de otra índole, cosa que Marx reconoce, puesto que al final de "Miseria de la Filosofía" escribe: "Sólo cuando exista un orden de cosas en que no haya clases ni antagonismos de clases, las evoluciones sociales cesarán de ser revoluciones políticas".

Las *evoluciones sociales* se realizarán entonces también, naturalmente, mediante una "oposición de contrarios" —para decirlo con el lenguaje dialéctico— o mediante una lucha todo lo ate-

cionales, por más que éstos puedan poseer algunos instintos específicos de equidad y de solidaridad.

En el conjunto de los progresos morales e intelectuales realizados por la humanidad, hay muchos que no son ya conquistas relativas, progresos con relación a tal o cual punto de referencia, sino valores eternos, que se hallan por encima de todo relativismo. Por eso la humanidad sabe cuando un acto es condenable o es plausible; por eso venera a unos hombres y execra a otros; por eso existe un juicio de la historia, y por eso calificamos a cada paso, en nuestra vida cotidiana, a éste como bueno, a aquél como malo...

Los pueblos tienen, y dentro de los pueblos las clases sociales, una serie de principios que ninguno puede violar sin sentir el repudio de sí mismo. Y tienen también un concepto de lo que es el progreso histórico desde el punto de vista moral, y de lo que es el retroceso.

Se está poniendo de moda la calificación de "progresistas" para denominar países y pueblos de avanzada organización económica. El mundo se dividiría en países progresistas y en países no progresistas o antiprogresistas.

En la U.R.S.S., que ha lanzado a la circulación esa fórmula, tendríamos el prototipo de las naciones progresistas. Allí se progresaría porque después de haberse abolido el capitalismo y de haberse desalojado a la clase burguesa del poder, se preparan las cosas para avanzar todavía hacia formas de comunismo económico.

Se trata, pues, de un concepto del progreso que pone el acento sobre los aspectos estructurales económicos de la sociedad y olvida los aspectos espirituales y políticos de la estructura social.

Ese concepto parcial del progreso, esa idea de un progreso a medias no satisface a la mentalidad socialista integralmente democrata.

...nada que se quiera, pero lucha al fin, entre lo existente y lo venidero. Y en esa lucha u oposición, que no será una *revolución política*, los principios morales y jurídicos actuarán sobre esa base firme de las normas alcanzadas para siempre por la conciencia del hombre civilizado.

Esta tiene una idea más amplia del progreso. Quiere que éste no sólo posea ímpetus de voluntad creadora para realizar la transformación material del mundo y del campo de las relaciones económicas entre los hombres, sino asimismo aptitud espiritual para ampliar las vías de la libre discusión, de la fecunda contienda de opiniones, de todas las conquistas civiles y políticas en el sentido de la libertad de las personas y de las masas y la real soberanía del pueblo.

Hay en ese punto una polémica entre dos concepciones jurídicas y entre dos criterios de filosofía política.

Para la concepción jurídica social y para el criterio de filosofía política de la social democracia, los derechos de la sociedad son amparo y no restricción de los derechos de la persona humana a moverse, a pensar, a hablar, a discutir, a afirmar o negar públicamente lo que quiera.

Y el progreso de aquellos derechos debe, por consecuencia, realizarse sin sacrificio de estos otros, lo que obliga al Estado a vivir dentro de las normas más amplias y perfectas posibles de la democracia política.

El progresismo de esa concepción rompe los moldes del progresismo económico sin democracia liberal. Este podrá enfrentarse al progresismo capitalista, que supe- dita el hombre a las fuerzas materiales impulsadas por el afán de lucro y la ley inmanente del capital tendido a multiplicarse por encima y a pesar de todo. Pero no resiste el cotejo con el progresismo demócrata socialista, que aspira a emancipar al hombre de esa férula, y además reclama para él todas las libertades políticas y espirituales enunciadas en las constituciones de la democracia capitalista y burguesa, y aún otras más, o por lo menos, la vivencia efectiva, segura, permanente, universalizada, "socializada" de todas ellas.

Esta es la concepción del progreso histórico —sin retroceso ni estancamiento en ningún sentido— a que el pueblo trabajador se debe.

El Socialismo enseña, como lo afirma Jaurés, que hay progreso cuando se marcha en el sentido de liberar al hombre de las fuerzas que lo hacen servir de instrumento,

cuando es considerado cada vez más, según el precepto de Kant "un fin en sí".

Tanto es así que Engels lo ha definido, precisamente, como "el paso del régimen de la necesidad al régimen de la libertad".

Emancipar al hombre de la tiranía de los estados de necesidad, en que obedece obligatoriamente a designios de la historia que "nadie ha querido" (como dice el mismo Engels), para elevarlo a estados de libertad, en que su voluntad consciente domina las fuerzas sociales inconscientes, o sea, las dota de su propia conciencia, es la empresa del socialismo.

Impedir que los hombres sean aprovechados como instrumentos de intereses ajenos, y ponerlos en tal condición que se les trate como fines y no como medios, es el ideal del Socialismo.

Y éste es un ideal que la clase obrera socialista perseguiría, bajo un imperativo de su sentimiento y de su aspiración, aunque el capitalismo no estuviese condenado, por su propia fatalidad orgánica, a desaparecer para dar paso al Socialismo. Esta predicción, sin duda científica, fortalece su esperanza, da firmeza a sus convicciones, alienta sus esfuerzos en la lucha. Pero si el capitalismo no trajese en sus entrañas con sus contradicciones económicas, el germen de su propia disolución, el proletariado consciente, en nombre de aquel ideal de justicia, habría de luchar igualmente para sustituirlo por formas de producción socialista.

Claro está que el más potente elemento de eliminación que trae en su seno el capitalismo es el proletariado. Pero éste sólo llega a actuar como un elemento activo de transformación social cuando se mueve con una clara conciencia de clase, con una nítida noción de sus fines. ¿Qué hallamos en esos móviles de la acción proletaria: necesidades o ideales, intereses o principios morales?

No creemos forzoso ver en esos móviles distintos una contradicción. Nada se opone a que una necesidad orgánica, material, solamente física, vaya unida a un concepto de moral y a un principio jurídico. El hambriento que

reclama la satisfacción de su hambre lo hace obedeciendo a una necesidad imperiosa de su organismo, pero en su reclamación puede haber un llamamiento de justicia, y hay siempre una apelación al sentimiento de solidaridad humana.

En general puede estimarse que una simple conveniencia personal, es el interés, mientras que el interés colectivo, el interés de una clase, de un pueblo, aun siendo el simple interés económico se proclama un ideal. Ello no quiere decir que se le deba tener por un ideal desinteresado. Hasta puede ser un ideal que nada tenga que ver con la idea de justicia. La historia está llena de estos ideales de nación o de casta o de clase que no son sino ambiciones funestas. Y hay siempre un juicio superior para discernir la calidad de esos ideales, para reconocerlos como justos o como injustos, como plausibles o como repudiables.

Al Socialismo no se le puede acusar de blandir falsos o reprobables ideales colectivos. Los intereses de clase que sirve e invoca se concilian con la idea de justicia y los sentimientos de solidaridad humana. No los hay más legítimos. Su misma aspiración a conquistar el poder se halla inmune a todo contenido de innoble ambición, porque como tantas veces se ha expresado, la clase obrera es la única que no tiene privilegios que defender, y al emanciparse libra al mismo tiempo a otras clases de su posición insegura, y hasta redime personalmente a los elementos de la clase explotadora, de la odiosa función de mantener un poderío sustentado sobre la injusticia social y económica.

Tiene, pues, el Socialismo, fundamentos morales que comunican a las masas trabajadoras el orgullo de luchar por él. No se debe menospreciar el valor de ese estímulo. El pueblo trabajador debe sentir como un aliciente poderoso la belleza moral de agitarse y sacrificarse por una causa generosa, por un verdadero ideal de justicia y liberación.

Los fines inmediatos del Socialismo se han vuelto banderas del progreso civil, y son ya conceptos que casi no se

discuten del punto de vista moral. Hasta sus finalidades extremas se consideran no sólo conciliables con los preceptos de alguna religión, sino las únicas verdaderamente adaptadas a esos preceptos. Las verdades y reivindicaciones socialistas se han impuesto de tal modo —según ya lo hemos hecho notar— que muchas de ellas figuran en el ideario y el programa de casi todos los partidos políticos y aparecen hasta en los sermones de algunos sacerdotes. Puede halagar a los socialistas ver que los demás adoptan sus ideas, aunque sea para competir políticamente con ellos. Y puede esperarse que el Socialismo, o una parte al menos, se vaya realizando poco a poco hasta por la obra y la mano de sus adversarios políticos. Pero lo realmente deseable es que el Socialismo sea llevado a cabo por el impulso y la fuerza del movimiento socialista, única garantía seria de que lo que se haga no sea solamente una serie de concesiones demoradas y superficiales al interés del proletariado con el fin de entretenerlo y desorientarle más que de satisfacerlo. La célebre máxima que confía a los trabajadores mismos la obra de emanciparse, no pierde su vigencia.

El Socialismo no se concibe sino como la elevación y la emancipación del proletariado. Y éste no llega a ser en la sociedad contemporánea una clase consciente mientras no toma a su cargo el empeño histórico de realizar el Socialismo.

En el Nuevo como en el Viejo Mundo.

Y bien: la guerra ha terminado.

En la hoguera de los años 1914 a 1918 ardieron los últimos tizones del siglo XIX, pero el siglo XX, todavía en su infancia, se apresuró a recoger las brasas que permanecieron encendidas y jugó con ellas hasta que se produjo el nuevo incendio, que por su preparación, su duración, su intensidad y sus proyecciones, abarca todo el volumen y el significado de un destino en la historia de las eras humanas. Esta conflagración es el signo de todo el siglo XX.

Si hasta ella y durante ella toda la vida del siglo giraba en su torno, y ella fué como el malstrom, que en el centro del océano abre su pavoroso cono invertido donde se arremolinan las aguas y se hunden las corrientes, después de ella han de ser pocos los años que le queden para restañar las heridas, reparar los daños incalculables, reconstruir lo destruido y organizar el mundo sumido en la miseria física y en la barbarie moral.

La guerra ha sido una lección demasiado dura para que la humanidad no se sienta obligada a sacar de ella las más regeneradoras enseñanzas. Y sobre todo para que se convenza de que nada vale tanto como asegurar la paz, como crear las condiciones de vida interna en cada país y de convivencia internacional que hagan imposible la guerra, que ahuyenten para siempre su fantasma siniestro y no lo dejen volver nunca más a los caminos de la historia.

Desgraciadamente quedan infinitos brotes de discordia internacional en el terreno arrasado por la metralla y los más diabólicos explosivos que pueda concebir el cerebro humano; y aun en las tierras que permanecieron geográficamente alejadas del cataclismo bélico. Y la empresa de echar en un suelo tan removido y todavía convulsionado las bases de la paz parece aún punto menos que imposible.

¿Cuál es, entre tanto, la suerte del Socialismo en este reincorporarse del mundo civilizado entre las ruinas y la sangre de la catástrofe, para reanudar la marcha por las vías del esfuerzo pacífico, en que el sudor del trabajo reemplaza la sangre de los combates, y aunque a veces sea asimismo linfa de sacrificio y de angustia, dolor disuelto, es al menos fecundo como el del parto y dice de vida en acción y no de muerte?

El capitalismo está herido de muerte. Las guerras mundiales que brotan inevitables de su seno le abren la sepultura. Las guerras, que lo nutrían cuando eran solamente internacionales o de conquista, lo abaten y aniquilan al volverse conflagraciones en que los mismos vencedores resultan agotados y también en cierto modo vencidos.

Su misión en la historia ha terminado, y sólo sobrevive su incapacidad para regir el sistema de producción forjado por él, en virtud de la inercia de los intereses creados. Pero estos cada día van siendo menos poderosos ante el despertar de las fuerzas populares de renovación cuyos intereses son otros.

La dominación burguesa, el gobierno del mundo por los intereses de la burguesía capitalista, cede en todas partes su puesto al gobierno de corrientes políticas que responden cada vez más a la presión de los intereses obreros.

Los pueblos que han soportado directamente el peso y los horrores de la guerra se agrupan políticamente, en la hora inicial de su dificultoso restablecimiento, en torno de banderas de renovación económica y social que anuncian la marcha hacia tiempos de igualdad y de justicia.

El pueblo en todas partes entiende hoy que el capitalismo, al menos el gran capitalismo, debe ser abatido, y que los monopolios industriales en manos del capital privado deben ser socializados. Nadie se escandaliza ante la proposición de nacionalizar zonas importantes de la economía del país, y no hay, por eso, partido político que no se lance a tomar para su programa capítulos enteros del

programa de los partidos socialistas, que antes los horro-
rizaraba cuando éstos surgieron y aún mismo hasta el mo-
mento de estallar ese pavoroso conflicto comenzado el
año 1914 y reanudado en más vastas proporciones casi
20 años después.

Extinguido el incendio, vemos que la mentalidad polí-
tica de casi todos los pueblos de Europa y de no pocos de
los otros continentes se ha teñido de socialismo, hasta en
la persona de millones de ciudadanos que bajo etiquetas
de circunstancias votan contra los partidos socialistas.
En todo sector político del pueblo hay una dosis de ideo-
logía socialista, de tendencia al socialismo, de proclama-
ción de una parte de las finalidades socialistas.

El caso de Gran Bretaña —patria del individualismo
en todas sus expresiones— y el de Francia son señalada-
mente ilustrativos. El de esta última, cuyo destino y
cuyas vicisitudes sentimos siempre tan cerca en nuestro
espíritu, nos muestra un crecimiento impetuoso de la
marea socialista, si bien el Partido Socialista, que antes
de la guerra ocupaba el segundo puesto entre las
fuerzas políticas del país, pasó a ocupar el tercero. Allí
ocurrió que del primer puesto fué desalojado el Partido
Radical Socialista, cuya calificación de socialista no sig-
nificaba sino una competencia electoral contra el Socia-
lismo, del cual recogió una parte del programa mínimo,
pero haciendo hincapié en su defensa fundamental de la
propiedad privada y de la economía individualista. El elec-
torado de ese partido se redujo a términos de verdadera
liquidación, mientras crecían el del Partido Comunista y
el del Partido Socialista, que vieron surgir ante ellos, dis-
putándoles la preeminencia, una nueva fuerza, el Movi-
miento Republicano Popular, con un programa de “demo-
cracia cristiana”, que carga el acento sobre los problemas
sociales y no se niega a prometer la nacionalización de
considerables zonas industriales.

Hay allí, pues, tres poderosas fuerzas políticas que pos-
tulan cambios sociales en favor de las masas productoras
con un concepto de la acción económica del Estado que
no es el del individualismo capitalista.

En medio de uno y otro, el Partido Socialista ha su-
frido la acción desgastadora del Partido Comunista,
que le absorbe los elementos más extremistas del electorado
de izquierda, y del M.R.P., que le resta parte de los
más moderados. Pero se ve claramente que es su ideario
de democracia social (del socialismo demócrata liberal)
lo que realiza el milagro de alimentar a los tres cauces.
Porque el Partido Comunista no preconiza exactamen-
te los mismos principios constitucionales adoptados en
la U. R. S. S.: no proclama la dictadura del proleta-
riado; adhiere a la democracia política y se muestra
evolucionista y contemporizador en materia de reformas
económicas, especialmente ante la propiedad de la tierra,
lo que indicó que no es precisamente su programa “fran-
cés” lo que atrae a sus filas a los más extremistas, sino
sobre todo el prestigio de la victoria soviética contra
Hitler, y asimismo de la acción enérgica de sus guerri-
lleros en la reconquista de Francia, que hizo olvidar su
actitud de entregamiento neutralista durante los días del
pacto nazi-soviético. Y el M.R.P., si bien agrupa en sus
cuadros electorales a las derechas y a la reacción católica
seducidas por su programa de libertad de enseñanza, que
encierra un ataque a fondo contra la escuela laica, y con-
tando con controlar la orientación de esa fuerza que en-
frenta a los marxistas y a todos los “rojos”, acepta solu-
ciones para ciertos problemas sociales del momento que
pertenecen al programa práctico de la democracia social.

Sin duda allí comienza a realizarse, como en Gran Bre-
taña, esa parte de la revolución social que consiste en
salir del cerco del régimen capitalista por medio de una
evolución pacífica y democrática que conduzca sin sobre-
saltos, pero con avance continuado y firme, a una con-
ciliación de los principios de justicia económica con los
de la democracia política, tal como corresponde al genio
del socialismo francés, que bebió leche de libertad en
los pechos de la Revolución.

Esa evolución ha de ser obra en que, aún sin propo-
nérselo ni proclamarlo expresamente, colaboren los diver-
sos partidos que agrupan bajo sus banderas a los hombres

de las clases y capas sociales ansiosas de reformas profundas.

Debe entretanto temerse que el capitalismo extreme su resistencia, y lejos de darse por vencido, trate de ganar por la violencia lo que le arrebate la legalidad, y aun se esfuerce en encender la hoguera de una nueva conflagración con la esperanza de que en ella perezcan y se reduzcan a cenizas las potencias sociales y políticas opuestas a la perduración de sus designios.

El peligro de una nueva guerra parece haber quedado pendiente como un fleco de la hecatombe recién ultimada. Ese peligro puede agravarse y se agravará si el mundo penetra en el camino de una rivalidad armada entre dos opuestos sistemas de organización social y económico, en vez de buscar la manera de que ambos convivan y vayan evolucionando en la dirección que les impone la ley del progreso histórico, que sin duda ninguno de ellos podrá eludir.

La Sociedad de las Naciones Unidas, que surge como la más auspiciosa emanación de la horrible contienda, es la llamada a garantizar esa convivencia y esa evolución; para lo cual ha de ser imprescindible que se muestre capaz de imponer, contra todas las supervivientes tendencias a una fatal concurrencia armamentista, la idea y la práctica de un desarme universal efectivo, que lejos de ser una utopía, como muchos pretenden, es hoy más que nunca una salvadora aspiración perfecta y fácilmente factible.

Nada vale tanto como evitar una catástrofe bélica. La última acaba de enseñarnos que se ha llegado ya a un punto en que la historia no puede esperar de una guerra sino horrores y exterminio, de tanta magnitud que no hallarán compensación en ningún bien humano, previsto o imprevisto, por grande que éste sea. El propio desarrollo de su potencialidad destructora ha concluído por volver inútil e inaplicable la guerra como medio de abrir las vías del futuro o de satisfacer cualquier mandato del destino, como no sea el de un total suicidio de la civilización.

Esto lo sienten y lo saben los pueblos, las clases trabajadoras de todo el orbe civilizado. Pero de poco puede valer que lo sepan y sientan si se dejan arrastrar por impulsos de corrientes de la historia que, desatadas por antagonismos generados en planos profundos de la vida internacional, conducirán indefectiblemente al cataclismo.

La era del capitalismo, que toca a su fin, mantiene en vigencia formas típicas de expansión y dominación del capital que encuentran cada vez mayores obstáculos y se vuelven cada día mayor motivo de oposición y resistencia por parte del nuevo estado de conciencia pública que se difunde en las naciones.

La extensión y conquista de mercados para la colocación de capitales, y la explotación económica con vistas al crecimiento del lucro privado, seguirán siendo el móvil principal de la política exterior de las potencias capitalistas; y el régimen de colonias tributarias de la metrópoli continuará prolongándose en la historia, pese a los desgarramientos y desmoronamientos que reducen de hoy más su territorio y muestran ya el crepúsculo del colonialismo.

Dos actitudes, dos métodos de contrarrestación y eliminación de esas dos expresiones propias del imperialismo capitalista, pueden surgir en el campo contrario.

Una de ellas sería, desde luego, la de una campaña radical que organizando todas las fuerzas anticapitalistas las lanzase directamente, en un ataque frontal, contra el capitalismo y los gobiernos que lo siguen, apoyándose especialmente en el poderío militar y en la expansión de la influencia política de la URSS.

Pero una campaña que movilizase potencias militares y enfrentase bloques de naciones armadas hasta los dientes en nombre de dos concepciones distintas de la administración de las riquezas del mundo, sería un conducto rápido para llegar cuanto antes a la conflagración.

Tal vez esto es lo que desean los reaccionarios del imperialismo capitalista que se dan cuenta que el tiempo trabaja contra ellos y ansían probablemente poder atacar,

antes que sea demasiado tarde, el expansionismo soviético.

Se corre, pues, el riesgo de hacer el juego de esas fuerzas reaccionarias, y de cualquier manera, ello sería internarse en el camino fatídico de la catástrofe.

Seguramente se llegaría a ésta en condiciones poco favorables a la derrota por las armas del imperialismo capitalista; porque el radicalismo de la campaña podría conducir a un primer resultado contraproducente: la unión de las potencias anglosajonas, no ya para una simple y legítima defensa de los principios de la democracia política y liberal, sino para una política de guerra que a la mentalidad del pueblo de la Gran Bretaña, que necesita de sus colonias para vivir, podría parecerle legítimamente defensiva.

Las esperanzas de Churchill se verían así fácilmente colmadas.

La otra actitud es la que realmente responde al anhelo de paz, el más sagrado de todos desde que nada podría impedir en la historia, dentro de la concordia de las naciones, una marcha incesante hacia los fines que del otro modo se trataría de alcanzar quemando etapas y destrozando nuevamente a la humanidad entera.

Ella consiste en aprovechar las razones que desde ahora existen para que una coalición de las dos grandes potencias sajonas no sea posible con un objetivo de guerra mundial. Gobierna, en efecto, en Inglaterra un partido político que no habría de prestarse a los planes de Wall Street, si éstos quisieran colocar por encima de todo y a pesar de todo, su afán de hegemonía económica y financiera dentro de las viejas formas del dominio supercapitalista.

Esa es una corriente de la conciencia política inglesa que no puede sino servir de muy serio apoyo a las evoluciones del mundo en el sentido de una nueva manera de administrar las riquezas en beneficio del mayor número y sin desconocer el derecho de todos los pueblos a ser libres y dueños de sus destinos.

Hay que contar con ella para la empresa de mantener

la paz y abrir la ruta de los pueblos hacia cumbres de justicia y libertad. Así como no se puede prescindir del concurso del orbe Soviético ni de la poderosa República Americana del Norte, para la obra de garantizar la concordia e impulsar el progreso humano, tampoco se puede apartar a un lado del camino aquella fuerza política de los trabajadores británicos para que se vaya a la acera de enfrente o se debilite ante la potencia política rival, el partido conservador, que no desespera de recuperar el poder.

Hoy por hoy, no se concibe una política de paz que no sea de conciliación y armonía sobre todo entre la Unión Soviética y el Imperio Británico, mientras el gobierno inglés esté en manos del laborismo.

Y hasta puede afirmarse que toda política internacional que tienda a minar el terreno del laborismo inglés, es contraria a los destinos de la paz y de los intereses obreros. Porque ella sólo puede conducir al triunfo de los conservadores, y éstos no tardarían en ponerse de acuerdo con las más peligrosas corrientes de la política yanqui para forzar la mano en el sentido de restaurar el esplendor y poderío del capitalismo imperialista.

No es, pues, buena política crearle dificultades al Laborismo y especular con su desprestigio internacional exigiéndole que introduzca de inmediato y de golpe, en el intrincado problema del imperio colonial, los cambios más radicales, sin permitirle afianzarse en el gobierno y conducir las cosas por el camino de una evolución adecuada a las realidades políticas de la metrópoli. Es fácil señalar fallas y actitudes desagradables en el gobierno laborista frente a problemas como el de España o el de Grecia, el de Palestina o el de Indonesia, que nuestra sensibilidad democrática encara sin las limitaciones de la más mínima responsabilidad política con respecto a las necesidades estratégicas del Imperio Británico, que el pueblo inglés no desea ver repartido entre enemigos de Inglaterra, aunque admita su transformación, si es posible, sin desgarramientos del cordón umbilical demasiado dolorosos para la metrópoli.

No cabe tampoco desconocer que han faltado a la dirección de la política externa del Laborismo comprensión para los sentimientos populares de nacionalidad e independencia en ciertas regiones y formas menos parecidas a las que vino empleando la cancillería conservadora.

Pero nada justifica que no se quiera comprender la situación delicada en que se halla el nuevo gobierno y que se le hostilice desde el exterior y desde casa porque se mantenga unido, para muchos problemas de la postguerra y de la paz, al gobierno de los Estados Unidos, del cual no hubiera podido apartarse sin verse privado de imprescindible apoyo financiero y sin comprometer su prestigio popular y su permanencia en el poder. Hay cosas que no se le pueden pedir a un gobierno inglés en su caso si no se desea su suicidio al pie de su contrincante, que siendo el partido conservador no es, por cierto, una fuerza renovadora.

Si el mayor peligro para la paz reside en el empeño del capitalismo de Wall Street y de la City en no dejarse contrariar en sus viejos métodos de dominación la salvación consiste en hacer de Inglaterra, no un contingente para esa lucha por el dominio capitalista, sino un freno para las corrientes gerrerófilas. El Laborismo, que hoy no puede desvincularse de los Estados Unidos, ni conviene a los fines de la concordia mundial que lo haga, podría en cambio, sin ningún riesgo, negarse a acompañar una política exterior yanqui comprometedora para aquellos fines.

Fuerza genuinamente obrera, no podría, sin liquidarse, comprometerse con semejante política. Lleva dentro de sí los resortes que lo unen al anhelo de paz de todos los trabajadores del mundo. ¿Por qué, entonces, no reforzar en él esos resortes en vez de intentar debilitarlos? ¿Por qué hostilizarlo exigiéndole que dé, hoy mismo, la independencia absoluta a todos los pueblos coloniales del Imperio Británico que clara o vagamente la deseen, cuando el gobierno francés ha podido sofocar las rebeliones de la Indochina sin escándalo le nadie, y conserva su imperio con estatutos no más liberales que los británicos

para ciertas autonomías, contando para ello con el voto de todos los partidos obreros, sin excluir los más anti-laboristas?

¿Por qué no se le ha de reconocer al laborismo británico capacidad y deseo de una política colonial nueva y liberadora, cuando se le ve ofrecerle a la India la independencia en condiciones que son únicas en la historia?

El *slogan* del derecho de libre determinación de los pueblos y del respeto a la soberanía de las naciones ha podido ser empleado con mucha eficacia contra el gobierno laborista inglés en trances como el de las rebeliones de Indonesia y las protestas del pueblo egipcio por la permanencia de los ejércitos británicos en la tierra de los faraones.

Pero, ¡cuidado!, que puede dudarse de la sinceridad de ciertos lideratos del derecho de las soberanías nacionales cuando los líderes tienen también sus cuentas que arreglar con la historia, como es el caso de la URSS, que suprimió de una plumada la libre soberanía de las repúblicas bálticas, que eran estados independientes al comenzar la guerra y ahora son repúblicas soviéticas.

Si es en nombre de los intereses de la causa obrera, de la emancipación de las clases trabajadoras, de la derrota del imperialismo capitalista que debe librarse la lucha política en el mundo, velando al mismo tiempo porque nadie pueda encender nuevamente el volcán de la guerra, ¿por qué combatir al Laborismo, que es el más auténtico partido obrero contemporáneo, cuyo cuerpo son las *trade-unions* de trabajadores, y cuyo espíritu es del socialismo democrático?

Su derrota ¿a quién puede aprovechar en Inglaterra sino a los conservadores? ¿Eso conviene a la causa de los obreros y a la causa de la paz?

Con el mismo derecho con que el comunismo sostiene que desarrollar una política internacional hostil a la Unión Soviética es conspirar contra la paz, debe sostenerse que también se conspira contra la paz torpedeando al Laborismo Británico.

Habrá, pues, que preconizar una conducta de coinciden-

cia de las corrientes socialistas y obreras del mundo en el campo internacional. Esto no quiere decir, por cierto, que hayan de confundirse en un solo haz ideologías distintas. Coincidencia no quiere decir confusión. Y una política con los fines de conjurar toda veleidad belicosa y concederle al hombre, en todas las zonas del planeta, el clima histórico de una paz indivisible e inalterable, no significa desaparición artificial de rasgos diferenciales en la personalidad de cada una de las fuerzas coincidentes.

Ni ha de entenderse por ello la supeditación de las corrientes populares a la dirección de una de ellas erigida en conductora indiscutida para todos los azares y problemas de la vida interna de cada país.

No debe, por tanto, confundirse la cuestión de un acuerdo o tácita coincidencia de partidos y de organizaciones sindicales o políticas para defender o consolidar la paz, con la cuestión de la unificación de esos partidos y organizaciones, que es cosa sumamente distinta. Puede muy bien el Laborismo Británico haber resuelto que el Partido Comunista no sea admitido en sus filas sin que de ellos se deduzca forzosamente que no puedan laboristas y comunistas considerarse afines en el plano de una acción tendiente a frenar las fuerzas perturbadoras inclinadas a desviar las aguas de las vertientes por donde se abren los cauces de nivelación social y de justicia económica, fuerzas capaces, por ello, de desatar otra vez la furia de los elementos.

No tiene tampoco nada que ver esa política internacional de acercamiento de las clases trabajadoras bajo claras inspiraciones de concordia entre los pueblos y gobiernos, con la técnica política de los "frentes únicos", ni con el problema de las coaliciones parlamentarias o gubernativas, que deben encararse con criterio circunstancial en cada país.

En todo caso, la suerte del mundo requiere que los partidos de la democracia social —que han de ser los más celosos y seguros guardianes de los principios de la democracia política en su acepción más liberal, de los derechos y libertades públicas e individuales— no se

dejen copar por fuerzas que se mantienen atadas a concepciones de dictadura, por más que, para su actuación en el llano, adopten íntegro el programa de garantías políticas de aquellos partidos.

Los destinos futuros de la libertad no deben quedar comprometidos, cuando todo reclama que se la afiance y amplíe como base verdadera del porvenir a que aspiran todos los oprimidos y desposeídos, y con ellos todos los hombres de "buena voluntad", para decirlo con palabras del Evangelio.

Después de tanta violencia y tantas opresiones, lo que el mundo necesita es sumergirse en el ambiente de la libertad, el único donde el hombre puede sentirse digno y feliz.

Para combatir a la plutocracia nada es tan conducente como disciplinar las fuerzas obreras en el ejercicio de la libertad, con el fin asimismo de conquistarla en todos los terrenos y retenerla, como un tesoro que en ningún instante debe tirarse por la borda, porque esto equivale a despojarse de la vida misma.

Ese es el camino y no otro. De ahí que nada debe apartar a las corrientes que encarnan las garantías de esa acción y de esos fines, de la posición necesaria a su más clara y más vigorosa definición en tal sentido.

Eso es lo que confiere al socialismo integralmente democrático, hoy más que nunca, un puesto indisputable de orientador de la mentalidad popular, y lo que hace de él la esperanza más firme de pacificación internacional. Si los pueblos no se deciden por sus métodos y sus finalidades, si no están con él en su compromiso de fondo en pro de todas las libertades civiles y de la justicia económica, si no lo siguen en su certera visión de las mutaciones históricas y de las necesidades humanas, nos parece difícil predecir cómo se abrirán paso hacia la luz.

Moscú, 1945-1946.

Después de redactado este Epílogo, la política internacional y diplomática de la URSS no es, por cierto, la más indicada para propiciar un acercamiento de las diversas corrientes que dividen a la clase trabajadora mundial. Asistimos a un expansionismo soviético y comunista ejercido especialmente sobre los países de la órbita soviética, a través o por medio de los partidos comunistas locales. Se tiende así a arrasar progresivamente la democracia liberal en el mundo para sustituirla por la "democracia" comunista, la cual excluye la libertad política, que es el único contralor efectivo y la garantía fundamental de todas las otras libertades. Esa libertad "es indispensable para la emancipación económica del proletariado", como dice el Programa de París, redactado por Marx; y cuando ella falta, la emancipación, o no llega, o se pierde irremisiblemente si ha llegado. Invocando esa política de la URSS, el gobierno de Estados Unidos preconiza y adopta medidas de contención del expansionismo soviético, que incomoda y alarma al capitalismo yanqui y al capitalismo mundial, también naturalmente expansionistas.

El Socialismo no puede secundar los planes ni plegarse a los fines del capitalismo, ni puede consentir en que a título de contrarrestar una tendencia política e ideológica se lesionen los principios de la democracia en materia de libertad de opinión y de organización. Pero tampoco puede mirar con indiferencia que una potencia, aunque se llame o sea "de los trabajadores", anule con su poderío, valiéndose o no de sus agentes políticos (los partidos comunistas) las libertades del pueblo y los derechos del hombre. Él ha de tratar, por tanto, de evitar que el conflicto degeneren en una nueva guerra, y ha de esforzarse en que los pueblos queden a cubierto de los expansionismos rivales, y en que ninguna potencia pueda sojuzgarlos ni atarlos a su carro, con el sacrificio de sus libertades esenciales. (1947).

Í N D I C E

TOMO II

OCTAVA PARTE

LA EXPANSIÓN DEL SOCIALISMO

Capítulo xxviii. — <i>El programa de París</i>	13
Capítulo xxix. — <i>Jean Jaurés</i>	20
El affaire Dreyfus	21
El Bloque Parlamentario	23
Predicando la paz	26
Una Interrogación	33
Capítulo xxx. — <i>Las fuerzas socialistas se extienden</i>	39

NOVENA PARTE

EL PROBLEMA DE LAS INTERNACIONALES

Capítulo xxxi. — <i>La Internacional de Partidos</i>	53
La Internacional Socialista	54
La Internacional Comunista	59
Capítulo xxxii. — <i>La Internacional de Sindicatos</i>	66

DÉCIMA PARTE

RELACIONES DEL SOCIALISMO CON LOS ÓRGANOS ECONÓMICOS DE LA CLASE OBRERA

Capítulo xxxiii. — <i>El Sindicalismo</i>	75
Capítulo xxxiv. — <i>El Cooperativismo</i>	80
Aspecto ideológico del Cooperativismo	82

UNDÉCIMA PARTE

DIVERGENCIAS DOCTRINARIAS

Capítulo xxxv. — <i>El Revisionismo</i>	91
Capítulo xxxvi. — <i>El Comunismo Soviético</i>	101
Los Soviets	107
El Leninismo	115
Un viraje filosófico	132
Stalinismo	138

La Constitución vigente	147
¿Sociedad sin Estado o Sociedad sin Dictadura?	159
Trotskismo	169
Capítulo xxxvii. — <i>La Revolución Rusa</i>	173
Capítulo xxxviii. — <i>El Laborismo Británico</i>	187

DUODÉCIMA PARTE

EL SOCIALISMO COMO FENÓMENO HISTÓRICO

Capítulo xxxix. — <i>El Socialismo en Estados Unidos</i>	211
Georgismo	224
El movimiento sindical obrero	235
Capítulo xl. — <i>El Socialismo en México</i>	245
Capítulo xli. — <i>El Aprismo</i>	255
Capítulo xlii. — <i>El Socialismo en el Río de la Plata</i>	275
Capítulo xliii. — <i>El Partido Socialista en la República Argentina</i>	277
Juan B. Justo	293
Capítulo xliii. — <i>El Partido Socialista del Uruguay</i>	308
Capítulo xlv. — <i>El Socialismo en Chile y en Venezuela</i>	337

DÉCIMATERCERA PARTE

LA SÍNTESIS AMERICANA

Capítulo xlvi. — <i>Sentido Político y Organización Social</i>	345
El medio histórico americano	354
Función aglutinante del Socialismo	359
Capítulo xlvii. — <i>La Doctrina y la Acción</i>	362
El Marxismo no es todo el Socialismo	371
Amplitud de percepción	377
Capítulo xlviii. — <i>El Socialismo como revaloración de la Libertad</i>	381
El progreso integral	386
Epílogo	394